

Refugiados: Crónica de un Palestino

por Marcos Aguinis

1969

Título:

Refugiados: Crónica de un Palestino

Autor:

Aguinis, Marcos (1935 -)

Recuperado de:

escaneado del original + OCR y corrección.

Primera Edición:

1969

Esta edición:

Editorial Planeta - Buenos Aires - 1978.

Se ha corregido un error de armado en la edición de Planeta de 1978:

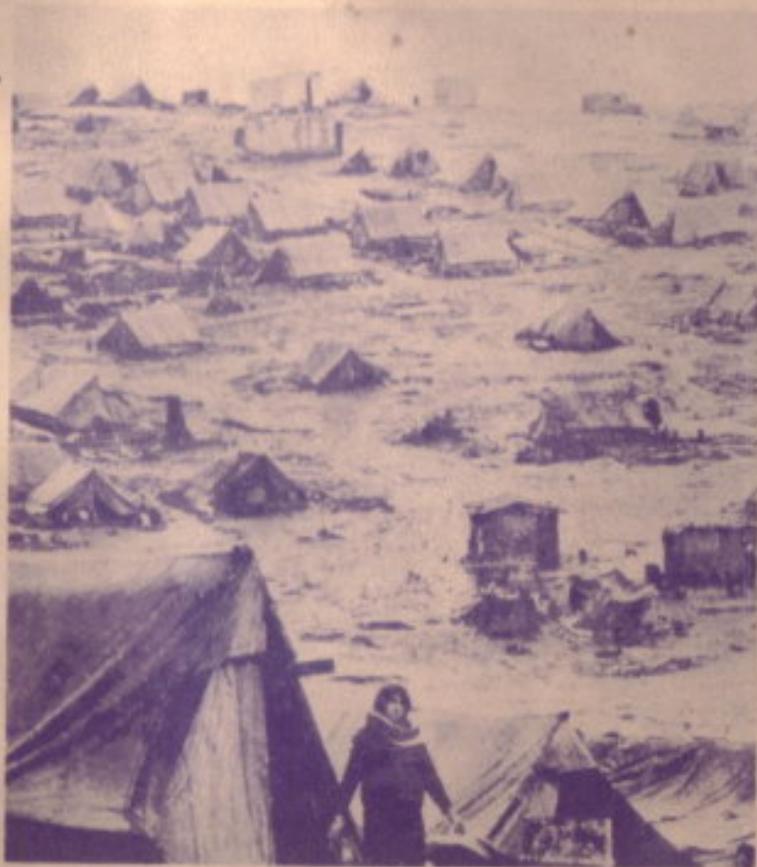
La última página del capítulo 5, a partir de: "- Se ha previsto todo...", estaba puesta como última página del capítulo 6.

La última página del capítulo 6, a partir de: "- He reflexionado sobre algunas... ", estaba puesta como última página del capítulo 5.

Julio - Agosto de 2014

Marcos Aguinis

Refugiados: crónica de un palestino



BIBLIOTECA UNIVERSAL PLANETA



Di la Verdad aunque sea amarga.

Di la verdad aun contra ti mismo.

Mahoma.

Contenidos

| | |
|--|-----|
| 1 - Fractura | 7 |
| 2 - El Gigante | 35 |
| 3 - Aporía | 65 |
| 4 - La Heroína | 89 |
| 5 - Entre el Garfio del Águila y La Inclemencia del León | 129 |
| 6 - El Vértigo de Amor, hace Girar las Esferas | 161 |
| 7 - La Pendiente | 185 |
| 8 - ¡Oh Tu Envuelto en la Capa! ¡Levántate y Predica! | 215 |

1 - Fractura

- 1 -

Quince de diciembre. Me acosté. La endemoniada Bettdeccke (edredón de abrigadas plumas que aman los alemanes) no me permitía conciliar el sueño presagiando algún acontecimiento. Entraba en calor sofocante y debía sacar una pierna, luego los brazos y por último arrojarla al suelo de un puntapié. Pero como se agotaba la estufa y la temperatura descendía rápidamente, el frío me obligaba a recogerlo y taparme de nuevo.

Durante plena batalla oí que la señora Schneider llamaba a mi puerta.

- ¿Qué hay? -- rugí.

- Acaban de telefonar para que vaya a la Clínica. Es urgente. ¡Y no me grite!

Me vestí lo más rápido posible, antes que el frío engarrotara mi cuerpo. Calcé los guantes, me envolví con el grueso echarpe de lana que me regaló Jorge Silverman y salí a la calle revocada de hielo.

La Clínica Neuroquirúrgica de la Universidad no estaba lejos. Al llegar a Friburgo de Brisgovia elegí precisamente un alojamiento en las proximidades, recurriendo a las listas que se confeccionan en la misma Universidad: las familias que disponen de cuartos para estudiantes lo comunican a una oficina que consigna la dirección, comodidades y precio de los alojamientos en oferta. La casa de la señora Schneider reunía buenas condiciones en cuanto a ubicación y alquiler. No me pareció exageradamente confortable, a pesar de los elogios que ella le prodigó cuando fui a conocerla, pero se podía pasar bien el invierno y estudiar tranquilamente. Contra una pared estaba la cama, luciendo su inflada Bettdeccke como una inmensa barriga. Al frente, la ventana no muy grande derramaba luz violácea; a mitad de camino se erguía la vieja estufa, como un animal negro y gruñón. Un ropero con luna, un escritorio modesto y algunas sillas completaban el mobiliario. Fui con mis maletas, acomodé ropa y libros y la habitación pareció volverse más alegre.

El aire frío de la noche me despejó y caminé con cierta ansiedad, imprimiendo la huella de mis zapatos sobre la nieve recién caída. El cielo resplandecía con su granizado tembloroso. Las calles se extendían silenciosas, indefensas. Mis propias pisadas me entretuvieron con su ritmo pendular.

Penetré en el moderno edificio. El aire caldeado del hall terminó por enderezar mi humor. Una enfermera cruzó a la carrera y dijo que los accidentados estaban en la sala de Radiología. Me dirigí hacia allí, donde

encontré a Jorge recogiendo el instrumental de angiografía cerebral. Sobre sus gruesos anteojos se notaba una minúscula mancha de sangre.

Un hombre inconsciente yacía sobre la mesa de rayos.

- Te mandé llamar porque tiene un hematoma intracraneano y supongo que querrás ayudar en la operación -- dijo.

- Una enfermera habló de accidentados, en plural.

- Son dos: éste y su hija. La hija se recuperó ya de una conmoción leve. Practiqué las radiografías de rutina y la envié a su cuarto.

- ¿Cómo ocurrió?

- Bah! Lo de siempre. Accidente de ruta.

- ¿Los trajeron hace poco?

- Hace cerca de dos horas. El viejo empezó a entrar en coma y por eso le hice la angiografía. Es una típica hemorragia extradural. ¿Quieres ver las placas?

- Las veré en la sala de operaciones. Voy a cambiarme. Supongo que Brauer ya estará allí.

Jorge asintió con la cabeza.

Fui al extremo del ala destinada a cirugía. Los corredores estaban desiertos y los pequeños focos de luz a nivel de los zócalos agigantaban mi propia sombra. Crucé el espacio de semi-asepsia y penetré en el vestuario. Encontré el casillero de Brauer abierto, con su ropa de calle colgada apresuradamente. Me puse el limpio pijama de cirugía y cubrí mis zapatos con botas de tela gruesa. Mientras caminaba hacia el quirófano calcé el gorro y cubrí mi cara con un barbijo.

El Privat Dozent Doktor Franz Brauer impartía órdenes, explicando a la instrumentista el tipo de operación que proyectaba realizar.

En pocos minutos trajeron al enfermo con la cabeza rasurada. Era un hombre adulto, de mediana estatura, fornido, pesado. Los enfermeros lo acomodaron sobre la mesa de operaciones, Examiné rápidamente sus pupilas, sus reflejos. Éste era el tercer hematoma extradural que veía desde mi arribo a Friburgo.

Nos lavamos cambiando algunas impresiones sobre el paciente.

- Tenga cuidado -- advirtió Brauer mientras se enjabonaba prolijamente las manos, muñecas y antebrazos, cepillándose todos los pliegues de la piel bajo la abundante espuma -- es un extranjero y mire en qué terminó por no respetar las señales de tránsito.

- ¿Cómo sabe que no las respetó? -- extraje un cepillo de un recipiente con antiséptico y comencé a lavarme con idéntica escrupulosidad.

- ¿Cómo pudo ocurrir el accidente, entonces? -- me contempló de soslayo.

Brauer se me ocurría extremadamente obtuso. Poco después agregó:

- ¿Sabe cómo se llama?

- Isaac Ben Aarón. ¿Se da cuenta? Es un judío. Y con ese apellido, seguramente israelí.

Lo miré de arriba abajo. En su voz se insinuaba la burla. Franz Brauer lucía desagradablemente grueso y robusto. Su dorado hirsutismo de tórax y brazos confluía en los hombros, espeso como charreteras. Su conducta extrovertida lo hacía simpático; pero esa simpatía se anulaba tras los excesos verbales que en más de una ocasión le trajeron agrias réplicas. Gustaba de las bromas pesadas y pesadamente desprovistas de agudeza, alternando frases serias con alusiones presuntamente cómicas que sólo le hacían reír a él. Por eso a sus espaldas lo apodaban *Beuer* (campesino) en vez de Brauer. Fue, sin embargo, uno de los primeros médicos que se me acercó en Friburgo, interesándose en mi vida y mis planes. Hasta me invitó a comer. Lo recuerdo claramente: en el restaurante ni siquiera me preguntó qué prefería, eligiendo con arbitrariedad el menú, caracterizado por un franco predominio de la cantidad sobre la calidad. Mirándolo ingerir la comida, al tiempo que rociaba sus fauces con cerca de dos litros de cerveza, me sentí inferiorizado. Retribuyendo mi insistente e involuntaria mirada, lanzó dos o tres pullas sobre mi poca resistencia al alcohol. Luego descubrió que las referencias al conflicto árabe-israelí me incomodaban. Distendió sus bultuosos párpados y sonrió complacido: había ubicado una llaga donde poner su dedo. Desde entonces no perdió ocasión para tocar el asunto con irrefrenable morbosidad. Hablaba del tema cada vez que me veía charlando con Jorge Silverman, que es un judío latinoamericano, y no podía dejar de hacerlo en este momento, que enfrentábamos un paciente israelí.

Nos cubrimos con el camisolín esterilizado y calzamos los guantes. Se encendieron varios globos concentrando su intensa luz sobre la cabeza del enfermo. Instrumentaba María Brunner, muchacha de juguetones ojos claros con quien había empezado una promisorio amistad. Elia le ofreció a Brauer un hisopo para desinfectar la piel. Brauer no levantó su mano y me miró fija mente.

- ¿Se animaría o apeararlo, aunque se trate de un enemigo? No comprendí bien, luego me apresuré en contestar con fingida nobleza, ganando tiempo:

- No es mi enemigo, yo no lo conozco. Aquí es un enfermo más.

- ¡Pamplinas! Es un israelí y es su enemigo. ¿Tiene la entereza de operario para salvarle la vida?

- ¿Usted me ofrece en serio que yo lo opere?

- ¡Sí!

Dudé un instante. Pero Brauer parecía decidido. Dirigiéndose a María Brunner ordenó:

- Entréguele el hisopo... yo actuaré como ayudante,

Lo miré una vez más, sin disimular asombro. Desde que había llegado a Friburgo, hacía escasos tres meses, me había limitado a trabajar ayudando en las operaciones. Anhelaba actuar como cirujano, porque era la única manera de aprender más a prisa descubriendo fallas y limitaciones. Pero no había sospechado que sería precisamente esa noche la esperada. Brauer tampoco lo había calculado: actuó movido por un impulso que no alcanzaba a entender del todo.

Recibí el hisopo y desinfecté la piel. Instalé compresas estériles. Brauer me dejaba actuar contemplando desde cierta distancia. Como testigo de un crimen inminente.

Cuando los preparativos concluyeron se instaló a mi derecha. María me extendió el bisturí y, con sus ojos, una palabra de aliento. Mis latidos se apresuraron. Apoyé los dedos de mi mano izquierda sobre la piel del enfermo, apreté el instrumento con mi derecha y lo hundía en la carne. Empezó a sangrar. Logré el periostio y coloqué el separador autoestático. La hemorragia arterial inundó el campo y el aparato de aspiración no succionaba con suficiente intensidad. Intenté efectuar una electrocoagulación de las arterias sangrantes sin resultado. El trabajo se me hacía difícil, torpe. Brauer alzó una pinza y la cerró hábilmente sobre la arteria rota. La hemorragia quedó cohibida.

- ¡Gracias! -- exclamé aliviado. E incómodo.

- Ese es el procedimiento -- sentenció --; ahora concluya la hemostasia.

Pincé, ligué y luego electrocoaguulé hasta que el campo quedó seco.

Volví a instalar el separador autoestático y empecé la trepanación. Mi frente se orló de gotas. ¡Era mi primera operación en Alemania! Además -- ¡qué condiciones!-, bajo la mirada burlona de Brauer,

Concluido el orificio craneano, empezó a manar sangre negra del interior.

- ¿Es o no un hematoma extradural? -- exclamó Jorge que había entrado para presenciar la confirmación del diagnóstico neurorradiológico. Sus anteojos ya estaban limpios.

- Nadie lo dudaba -- respondió Brauer.

Agrandé con la gubia el orificio y procedí a extraer los coágulos. Lavé con agua tibia. El cerebro estaba deprimido por efecto del hematoma. La meninge parecía intacta y su color normal. Sin embargo, al terminar de evacuar una parte de los coágulos empezó a brotar sangre roja nuevamente. Aspiré buscando la arteria que la producía y encontré el cabo

seccionado. Lo electrocoaguulé sin dificultad. La operación estaba casi concluida. El cerebro, no obstante, tardaba en re-expandirse. Interrogué a Brauer.

- Asegúrese que no sangre nada -- me aconsejó.

Repasé la hemostasia: era satisfactoria. María me extendió el porta-agujas cargado y empecé a suturar.

- ¿Cómo está el enfermo? -- pregunté mientras colocaba el primer punto.

- Igual -- respondió Jorge que le tomaba el pulso e investigaba las pupilas con una linterna, acucillado bajo los campos estériles --. Creo que se operó demasiado tarde: hemos perdido por lo menos una hora...

- La habrá perdido usted mientras efectuaba la angiografía

- Increpé Brauer --. Con los signos clínicos era suficiente para diagnosticar y operar.

- No demoré más tiempo del que se tardó en preparar la sala de operaciones -- se defendió Jorge con violencia contenida.

Brauer guardó silencio.

Concluí el último punto con una sensación amarga: era el primer enfermo que operaba en Alemania y no daba signos de transformarse en un caso feliz. Deseaba que abriera los ojos, recuperándose en forma espectacular, como había ocurrido con los otros dos casos y como ocurre en la mayoría de los hematomas extradurales.

María me ayudó a vendarlo. Luego le tomé el pulso, observé sus pupilas, investigué los reflejos, anoté su tensión arterial y medí su frecuencia respiratoria: obstinada rutina. Brauer se había sentado en un rincón de la sala y me contemplaba sonriendo.

- ¿Qué le parece? -- pregunté con ansiedad.

Brauer miró hacia la puerta para cerciorarse que Jorge ya no estaba y respondió:

- Bah! Un judío menos.

- ¿Saldrá del coma? -- insistí.

- --Parece que le preocupa en serio -- y dirigiéndose a María agregó --: Este es un árabe poco auténtico. ¡Miré cómo se desespera por un judío!

No le contesté y me puse a controlarle la tensión nuevamente. ¿Moriría?

No me interesaba el hombre por cierto; para mí ese Isaac Ben Aarón era un israelí a quien yo no tenía motivos para estimar. Me preocupaba el éxito de la operación en sí. Era un sentimiento egoísta donde sólo estaba en

juego mi prestigio. La vida de ese desconocido me importaba tanto como la de cualquier otro.

Brauer se acercó, me palmeó la espalda y con un tono nuevo, paternal, concluyó:

- No se preocupe; déle tiempo para que pueda reaccionar. Venga conmigo a la enfermería: redactaremos las indicaciones.

A la mañana siguiente no tuve tiempo para desayunar. A las 8 y 5 en punto comenzaba la reunión de médicos para hacer una revista de las actividades desarrolladas el día anterior. Tenía que presentarse el caso del hematoma extradural operado durante la noche.

Atravesé apresuradamente el caldeado hall y enfilé hacia la habitación del paciente. Mis piernas se frenaron cuando vi aparecer en el extremo del corredor al hierático Herr Profesor Theodor Günther: venía a la Sala de Conferencias. Demasiado tarde. Giré sobre mis talones.

En el espacioso salón dominado por un largo negatoscopio los médicos charlaban en grupos. Ya estaban Brauer y Jorge. Me dirigí hacia ellos.

El profesor Günther entró con paso majestuoso y los médicos le abrieron camino como si una guardia de honor presentara armas a un soberano. Se ubicó junto al negatoscopio dominante. Su espesa cabellera sobresalía como la nevada cúspide de una montaña. Corpulento, macizo, parecía más un atleta entrado en años que un cirujano con talento de artista. Su presencia imponía respeto, al margen de la aureola que irradiaba su prestigio científico.

De pie, dándonos la espalda, contemplaba la luz calcárea donde se irían instalando las radiografías. Dio la orden y comenzó la revista: operaciones, estudios complementarios, nuevos internados, pacientes en condiciones de alta.

Cuando se mencionaron los accidentes ocurridos durante la noche, Brauer describió en términos breves y justos, el estado del padre y de la hija. Aclaró que yo actué como cirujano y el pronóstico era aún incierto, aunque las constantes vegetativas se mantenían equilibradas, La intervención había sido correcta.

El profesor Günther giró levemente, se quitó las gafas y me buscó con sus ojos claros entre el apiñamiento de médicos. Al verme, sonrió y bajó los párpados. Los demás médicos me miraron también.

- Continuemos -- ordenó luego con su voz grave y bien modulada.

Durante quince minutos prosiguió la sucesión de protocolos y comentarios. Tuve que tironear de mi atención para que no huyera hacia los fascinantes globos de luz, la sangre negra que brotó del cráneo, las referencias burlonas del rubicundo Brauer.

Cuando concluyó la revista me dirigí por fin a la habitación del accidentado. Hice escala en el office del piso y busqué su carpeta. Se llamaba en efecto, Isaac Ben Aarón y su país de origen era Israel. Tenía 60 años.

Subí hasta su cuarto. Una enfermera controlaba el goteo de la solución que se le estaba pasando por perfusión intravenosa.

Me acerqué. Aún persistía el coma. Me senté junto a su cama y, automáticamente, puse la mano sobre su muñeca. El pulso era lleno y regular. Hacía mucho tiempo que no estaba junto a un israelí. Desde 1948. La guerra de entonces nos separó. Yo tenía 10 años y en mi ciudad natal de Ramlé vivían judíos. Algunos eran amigos de mi padre y solían visitarnos en casa, donde aceptaban café y dulces. Pero desde 1948 la palabra judío adquirió un sentido urticante y la palabra israelí se convirtió en sinónimo de enemigo.

Miré a Ben Aarón con curiosidad. En ese momento un judío podía simbolizar a todos los judíos y ese israelí representar a todo Israel. ¿Quería yo arrancarle alguna información a ese rostro inexpresivo, a esa boca inerte? ¿De qué parte de Israel vendría? ¿Habría estado en Ramlé, en esa ciudad, árabe que los judíos nos robaron, que permanece en mi memoria envuelta en una nube de limón y nogal?

- La sola idea de que este hombre conociera Ramlé me estremeció. En Ramlé nací. Nos arrojaron de nuestros hogares en 1948. La guerra quebró la continuidad de generaciones. Una raíz centenaria fue arrancada de cuajo, violentamente, y echada al otro lado de los alambres fronterizos. Este judío y miles de Judíos como éste se han desparramado por el suelo de mis padres levantando fronteras por el capricho de las armas. Para ellos Ramlé era una ciudad más, quizá un villorrio. ¿Qué podía significarles?

Comencé a examinarlo. Al observar sus pupilas, noté por primera vez que sus ojos eran oscuros, tan oscuros como los míos. ¿Qué me sorprendió? ¿Esperaba encontrar ojos claros, como son los de Jorge o los de otros judíos que conocí en Europa? Miré la tez de su cuerpo y era morena; su aspecto semejaba el de un árabe. Tomé precipitadamente la historia clínica y releí su nombre y su país de origen para cerciorarme que se trataba de un judío.

Entró Jorge.

- ¿Cómo está? empezó a limpiarse sus anteojos con el extremo del guardapolvo.

- Continúa igual. Es decir, al pellizcarle la piel parece que comienza a defenderse.

Jorge calzó sus gafas y se acercó con la intención de obtener algunos signos.

- ¿De que parte de Israel será? -- pregunté.
- Ignoro. Sus datos fueron obtenidos del pasaporte, pero si te interesa, su hija está en plena recuperación y podrá informarte.
- En fin, mucho no me interesa. Sólo que físicamente parece más árabe que judío.
- Su hija, en cambio, aunque de tez morena y cabellos castaños, tiene ojos claros -- informé, continuando el examen --. Acabo de estar con ella, habla fluidamente alemán. Me contó que está becada por la Fundación Humboldt y su padre vino a visitarla hace menos de una semana, ¡Qué mala suerte!... En fin, pregunta continuamente por su padre y tuve que contarle la verdad. No es de las chiquilinas que se dejan engañar con mentiras piadosas. Quedó apesadumbrada

Jorge me pareció realmente interesado por ellos. Lo atribuí al hecho de que son judíos. Supongo que lo mismo me hubiera ocurrido si se tratara de árabes. En ambos casos persiste un sentimiento tribal de aglutinación y mutuo apoyo.

- Si observas, alguna mejoría, avisa -- recomendó cuando nos separamos.

No tuve que aguardar mucho: cerca del mediodía Ben Aarón entreabrió los ojos. Se lo comuniqué a Jorge y corrió a verificarlo personalmente sin ocultar su alegría.

- 2 -

La operación tuvo otras proyecciones La inmediata se verificó en la Albertus Burse, un confortable y vetusto hogar para estudiantes católicos, Alberto Magno vivió en Friburgo y su imagen presidía la entrada del edificio construido bajo su advocación y dirigido por monjas. En él podían alojarse estudiantes alemanes o extranjeros. El comedor era muy concurrido y zumbaba de animación. No sólo comían los que habitaban en la Burse, sino sus amigos, fueran o no católicos, atraídos por el pulcro servicio y el menú extraordinariamente barato.

Jorge Silverman me condujo a la Albertus Burse a poco de conocernos y allí me presentó al "grupo latinoamericano" integrado por casi una docena de personas. Lo curioso es que a pesar del rótulo, varios no eran ni latinos ni americanos.

Jorge fue el primer extranjero que conocí en Alemania. Hacía tiempo que realizaba su perfeccionamiento neurroradiológico en la Clínica, y me pintó de cuerpo entero a los principales médicos, caricaturizándolos con mordacidad. Desde el primer momento fue muy amable, aún sabiéndome árabe. Al principio monté guardia. Era lógico. Pero a medida que lo fui

tratando comprendí que no ocultaba intenciones aviesas, que actuaba con natural amplitud y falta de prejuicios. Nació en Chile, país donde conviven inmigrantes de decenas de países que se respetan. Yo en cambio, no había conocido más que árabes, árabes en Jordania y árabes en el Líbano, donde estudié medicina.

Cuando me llevó a la Burse, sus amigos latinoamericanos no pudieron contener las bromas. Jorge no se incomodó: parecía satisfecho y mostraba su amistad conmigo como un triunfo.

Yo no conocía ese temperamento latino tan bullicioso y calido. Dicen que es parecido al árabe por lo hospitalario. Pero la hospitalidad árabe es solemne. En cambio nada está más lejos de la solemnidad que el trato mutuo entre latinoamericanos: enseguida se tutean, palmean o agreden. Hablaban en alemán por consideración conmigo, pero a cada instante soltaban alguna observación en castellano, idioma cargado de expresiones intraducibles que los hacía convulsionarse de risa. A poco de conocerme ya brindaron por la reconciliación judeo-árabe. Jorge les hizo eco. Yo seguí la corriente por educación. Habla vivido en carne propia la humillación árabe como para creer en semejante utopía.

Entre los miembros del grupo, los más interesantes eran el cura argentino Ignacio Nassif, el filósofo español Vicente Carballo y el lingüista alemán Gerhard Reiser; este último no hablaba castellano. Los restantes, colombianos, mexicanos, un uruguayo, venezolanos, merecerían capítulos enteros, pero me desviaría del asunto principal.

El 16 de diciembre almorzamos en la Burse. Con Jorge estábamos contentos: él porque el israelí vivía, yo porque mi operación fue exitosa. Encontramos sentado a la mesa, solo, al lingüista alemán, Aún era temprano. Nos ubicamos junto a él. Jorge le narró mi debut como cirujano. Gerhard me felicitó. Era un muchacho de unos veintiséis años, rubio, bien formado, pulcro. Sus ojos insinuaban una angulación vivaz. Hablaba perfectamente francés y su alemán sonaba melodioso. Nació en el Sarre, motivo por el cual se consideraba tanto hijo de Francia como de Alemania, aunque jurídicamente pertenecía a esta última. Por nacer en el Sarre se eximió del servicio militar. A Gerhard le hubiera enfermado integrar el ejército: era profundamente católico y anti-nazi, Jamás dijo que las actuales tropas alemanas hayan heredado el temperamento del Tercer Reich, pero sí que el rearme alemán contribuía a esfumar demasiado pronto una dura lección. Su amor repartido entre Francia y Alemania -- para mí -- le impedía ser un patriota cabal o -- según él -- le permitía ver por encima de mezquindades fronterizas. En más de una ocasión parecía querer acusarme de chauvinista, de sectario, por mi irreductible posición contra Israel. Gerhard profesaba gran afecto a los iberoamericanos -- temperamentalmente lo era --, logrando ser considerado uno de ellos sin dominar el español. Con Jorge simpatizaba mucho, pero insistía en hacer aparecer esa actitud como un símbolo de la reconciliación entre alemanes

y judíos, o entre católicos y judíos; insinuando que la mía expresara a su vez el anhelo de paz entre judíos y árabes. Aunque Gerhard era un individuo de luces evidentes, se tornaba pueril en sus pretensiones pacifistas:

Pronto arribaron los demás comensales armándose el abigarrado mitin de costumbre. Las laboriosas y eficientes monjas servían la comida. No había mucho para elegir. Pero ayudaba a forjarse la idea de que por unos escasos Pfennings nos despachábamos un menú de reyes, haciéndonos los pretensiosos alrededor del plato fundamental: “Algo menos de papas” o “Algo más de papas”, o “Sírname las papas en otro plato”. También era importante conversar mucho.

Terminada la comida, subíamos a la habitación de Ignacio Nassif, el sacerdote católico argentino, para tomar café. Era la sobremesa inevitable de nuestros almuerzos en la Burse. Su apellido revelaba claramente un origen árabe. En efecto, los padres de Ignacio provenían de Beirut. Pero Ignacio no conocía una sola letra de árabe y debíamos entendernos en alemán. Sin embargo su apellido y su origen eran suficientes para que nos señalaran como “la Liga Árabe” del grupo. Su familia practicaba el culto maronita, rama del cristianismo que sólo se diferencia de los católicos romanos por el rito. Ignacio pertenecía a la Orden de los Jesuitas. En Alemania completaba sus estudios de Filosofía sobre ciertos temas hiperestésicos vinculados al marxismo, para lo cual obtuvo una licencia especial de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Prodigaba un trato pausado y dulce, en contraste con su rostro. Los rasgos de ese rostro, tanto aislados como en conjunto, no eran bellos: nariz encorvada, mejillas secas, ojos protruidos y boca asimétrica. Era un cura con aspecto de pajarraco insolente. Pero su fealdad irradiaba una paradójica simpatía. Defendía sus ideales con ingenio mordaz y escapaba airoso de las pullas sobre sus obligaciones de abstinencia. Su habitación estaba colmada de libros; una máquina de escribir portátil siempre fuera del estuche emigraba de silla en silla y en un estante se acumulaba la vajilla para el café de nuestras sobremesas. Un pequeño crucifijo de madera labrada que pendía sobre su lecho era el único elemento religioso que se veía a simple vista.

A la sagrada hora del café no faltaba nadie: el único que solía llegar con atraso era Vicente Carballo, estudiante de filosofía, español. Cada vez que lo increpábamos, respondía con la misma flemática excusa:

- En España almorzamos más tarde que aquí.

Hacía años ininterrumpidos que vivía en Alemania. A la inversa de Gerhard Reiser e Ignacio Nassif, Vicente Carballo jamás aceptó vivir en la Burse: prefería su cuarto ruinoso y solitario e la entrometida fragancia monjeril. Sólo concurría al bullicioso edificio para comer y charlar. Era un individuo hermético, el reverso de lo que imaginaba en un español. De éste conservaba la dignidad y la apostura, con las que sobrellevaba su estoica indigencia bohemia. Vestía un solo traje en verano e invierno. Durante los

meses de vacaciones Se empleaba en alguna fábrica y reunía el dinero que necesitaba para la época de estudios. En la época de estudios casi nunca concurría a las clases de filosofía. Regularmente, todas las tardes, efectuaba su único gasto: comprar el cotidiano Le Monde de Paris. En la habitación donde se alojaba sólo poseía una percha para su único traje y una silla donde apilaba los diarios.

Pronto el humo opacaba la atmósfera. El único que no fumaba era Gerhard Reiser. El café no se bebía en forma simultánea porque no alcanzaba la vajilla; los que tenían el privilegio de sorberlo primero debían lavar las tazas para los siguientes. La conversación se acaloraba con facilidad y a la agitación de las frases se sumaba el movimiento de los que enjuagaban tazas, servían el café o alcanzaban el azúcar.

Ese día se entró de lleno en el conflicto árabe-israelí. Hacía tiempo que no se lo tocaba. Bastó una referencia a la operación que efectué para que prendiera el tema como rociado por gasolina.

- No le veo ninguna trascendencia extra-médica al asunto -- traté de concluirlo para evitar derivaciones enojosas --. Un hombre está herido y un médico lo cura. El médico no debe hacer diferencias con sus pacientes, eso es todo.

- No es todo -- reflexionó Vicente Carballo con el deseo evidente de provocar un combate --: se trata de un israelí, con quien un refugiado árabe no tiene chances de relación, excepto en un tercer país, como Alemania en este caso. La situación está cargada de trascendencia extra-médica -- se interrumpió para asumir una publicitaria actitud --: Supongamos que Le Monde saque un titular en primera página: "Cirujano árabe operó a un israelí", ¿Crees que no sería un impacto?

- Mezclas sensacionalismo barato con medicina -- Gerhard rechazó la idea con un gesto despreciativo.

- Es un sensacionalismo trascendente, en todo caso. No olvides que el conflicto de los árabes con Israel lleva demasiados años para ser medido con un cartabón de rutina: no hay otro que se le parezca —Vicente se definía por la seriedad.

- ¿Y el de Cachemira? -- saltó Gerhard. Tiene la misma antigüedad y me parece más irreconciliable aún.

- En cuanto a la antigüedad -- prosiguió Vicente con entusiasmo: había conseguido encender la discusión, es más viejo el entredicho que sostiene España con Inglaterra por la usurpación de Gibraltar. No te hablo de vinos para que tanto te importen los años. La india y Pakistán fueron a las armas, pero ¿por cuánto tiempo? Y si hubo escaramuzas ¿se han mantenido continuamente como ocurre en las fronteras de Israel? Desde que surgió Israel, no ha pasado un sólo año sin incidentes fronterizos. El asunto es caliente, explosivo. Las partes son inflexibles como India y

Pakistán, pero éstas mantienen vínculos diplomáticos, es posible reunirse alrededor de la misma mesa, discutir. El premier soviético ofreció mediar y las partes se reunieron en Taschkent. ¿Pero qué Taschkent existió entre Israel y los árabes? Me acuerdo que cuando se inauguró la Feria de Nueva York, el presidente de turno era el representante del Líbano en las Naciones Unidas. Como tal concurrió a visitar algunos pabellones y, entre otros, el de Israel. ¡Qué tormenta se desató entre los árabes! El embajador trató de explicarse, de justificarse: dijo que procedió como presidente de la UN no como delegado libanés. Israel era un país miembro de la UN y él debía visitar su pabellón como cualquier otro. Pero las excusas no le sirvieron: estuvo a punto de ser defenestrado ¿Le habrían armado el mismo escándalo por visitar un stand de la India a un embajador de Pakistán? No identifiques entonces dos cosas muy, muy distintas

- Te lo aceptaría sin el "muy" -- preciso Gerhard --, Me resisto a creer que el conflicto árabe-israelí es necesariamente distinto a todos los otros que existen hoy o existieron ayer, porque llegará a un callejón sin salida. Tu razonamiento te lleva a creer que jamás se solucionará ese conflicto.

- Quizá.

- Y yo creo que sí se solucionará. Entonces le encontrarás una enorme semejanza con otros conflictos ya no dirás que es único.

- ¡"Crees" que se Solucionará!... Vaya riguroso análisis del problema.

- En cambio yo no creo ni dejo de creer: observo los hechos con objetividad. Y los hechos no son favorables a tus creencias, es decir a tus deseos, Gerhard.

- No te pavonees con tu objetividad por que ni conoces todos los hechos ni los que conoces te han sido transmitidos con absoluta "objetividad". A menos que Le Monde no informe otra cosa que "hechos objetivos" sobre el Medio Oriente.

- ¡Puedes ironizar cuanto quieras, pero Le Monde no es inferior ni menos independiente que los periódicos alemanes que tú lees! -- chilló Vicente incorporándose para la lidia.

Jorge le tiró del saco y lo hizo sentar.

- Tómate el café. No es necesario que defiendas tus ideas a los gritos.

- Hablo con objetividad, no como un niño que confunde un deseo con una realidad: una escoba no es un caballo -- protestó Vicente, y dirigiéndose a mí, preguntó agitado aún:

- ¿Tienes algún elemento de juicio que te haga pensar en una solución?

Antes que yo pudiera abrir la boca, saltó Gerhard.

- ¡Vaya dónde buscas objetividad! Es un refugiado palestino y está cargado de amargura. Para él la herida es demasiado reciente y aún está abierta.

¡La manoseada herida!... Sus palabras me violentaron, pero comprendí que mi intervención tendría auditorio si era serena.

- Te equivocas, Gerhard. Siendo parte del conflicto, conozco pormenores que no te los proveen ni Le Monde, ni los diarios alemanes, ni siquiera las mismas agencias informativas árabes.

Se hizo silencio. Depositó un pocillo sobre una mesita.

- No creo que haga al fondo de la cuestión determinar si el conflicto árabe-israelí es único en su género. Para nosotros, los árabes, se trata lisa y llanamente de una usurpación territorial efectuada con el apoyo del imperialismo.

Mis ojos se encontraron con los de Jorge.

- Una parte del pueblo judío está comprometida en esta acción -- proseguí --. El resentimiento árabe, sin embargo, no se extiende a todos los judíos. Respecto a la solución, ella llegará; indudablemente. Los refugiados esperamos retornar a nuestras tierras y nuestros hogares: el suelo de Palestina será liberado. Algún día este conflicto tocará su fin. Con justicia.

- ¿Y los judíos? -- preguntó Gerhard --. ¿Qué harás con los millones de judíos que viven en Israel? ¿Pretendes solucionar el problema de los refugiados árabes creando refugiados judíos?

- Pretendemos una Palestina democrática donde vivan armónicamente árabes, cristianos y judíos. No nos interesa exterminar judíos... ni expulsarlos, como los judíos expulsaron árabes.

- La dinámica de la historia -- intervino Vicente --. Toynbee ha escrito que los crímenes infligidos por los nazis a los judíos hallaron su compensación en los crímenes cometidos por los judíos con los árabes.

- ¿Qué crímenes? -- interpeló Jorge subiéndose los anteojos que resbalaban sobre su nariz.

- Éste -- me señaló --: los refugiados palestinos. Seis millones de judíos asesinados en Europa provocaron de rebote un millón de árabes expulsados de sus hogares.

- ¡Eso es ridículo!

- ¡Toynbee no es ridículo!

- Sí lo es, en caso de haber afirmado tal cosa —le enfrentó de pronto, airadamente, Ignacio Nassif. Se puso de pie; parecía más alto; su nariz de águila y sus ojos protuídos adquirieron cierta ferocidad --. Soy árabe por ascendencia y algún pariente lejano mío estará en la situación de

refugiado. Pero no es justo comparar el asesinato bestial, premeditado, altamente científico realizado por los nazis, con el saldo lamentable de la guerra árabe-israelí. No es lo mismo, por amargo que resulte confesarlo. Mezclar la tragedia judía con la árabe es deshonesto aunque esta última sea más reciente. Si la causa árabe exige justicia, que esa justicia no se contamine con el panfletismo. Cuando con otros sacerdotes visité el campo de Dachau donde exterminaron millares de judíos junto a millares de católicos, comprendí que el martirologio judío no encaja con lucubraciones políticas o comparaciones históricas. Se está mitificando, se está deformando la historia reciente. Y esto no beneficia a la causa árabe. Ninguna causa justa puede afirmarse sobre la mentira y las ilusiones. Toynbee ha pretendido acomodar los acontecimientos a una teoría. Y el resultado no es brillante.

- ¡Bravo! -- gritó burlescamente Vicente Carballo --. ¡He aquí un historiador superior a Toynbee!

El cura se encogió de hombros.

- 3 -

Regresamos a la Clínica caminando. El sol exhalaba su quieto aliento tibio sobre el paisaje nevado.

Con Jorge conversé sobre medicina. El profesor Günther nos habla sugerido un tema de investigación interesante y puso a nuestra disposición el abundante material ya acumulado en su servicio. El trabajo sería firmado por los tres, aunque la realización del mismo correría por cuenta nuestra. Era justo: la idea y el material no nos pertenecían. Pero chocaba el rastro de explotación intelectual. Muchos trabajos firmados por el profesor Günther y uno o más de sus colaboradores en realidad habían sido elaborados en su mayor parte por dichos colaboradores. Esta modalidad no es exclusiva de Alemania: en Francia, España, Iberoamérica ocurre con frecuencia lo mismo, según me he enterado. Y a la lista no es difícil agregarle otros países. Pero en Alemania esta anomalía choca menos, parece más natural o lógica, quizá debido al sistema que rige su medicina. Las investigaciones científicas realizadas, orientadas o simplemente sugeridas por el director de un Servicio, reportan mérito y gloria en primer lugar al mismo director. Sus colaboradores, en vez de sentirse explotados se regodean por el honor de estampar su firma junto a la de él. Es un mandarín cuyo dominio sólo termina con su muerte o jubilación y que recibe respeto, obediencia y admiración gracias a la ley. Su rango lo ha elevado por encima de sus semejantes, creando un abismo que ni él mismo podría eliminar.

Avanzamos por la Hugstetter Strasse que desemboca en la amplia zona donde se encuentran emplazadas las diversas clínicas de la Universidad.

No lejos, pero totalmente separado de ellas, está el "Institutviertel", especie de barrio para varios institutos, en cuyo salón auditorium asistí a una reunión de la Medizinische Gesellschaft. Allí trabajaban dos amigos egipcios: Sherif Tamir y Omar Dakani.

Entramos en la Clínica y fuimos directamente a la biblioteca. Teníamos tiempo para ocuparnos del tema que nos asignó Günther.

Quedamos sorprendidos al encontrarlo justamente allí: se iba al mediodía y regresaba a las cuatro de la tarde, jamás a las dos.

Nos saludó amablemente.

- Pasen, pasen. Estoy buscando una obra de Heinrich Meiersohn. Estoy seguro de haberla visto aquí, pero no puedo encontrarla.

Hablaba sin mirarnos, de pie frente a los anaqueles, recorriendo los lomos de los libros. Su estatura le permitía alcanzar los estantes superiores. Vestía ropa de calle: era fácil comprender que había regresado expresamente con ese propósito. Su pelo de cuarzo estaba ligeramente desordenado.

- ¿Leyeron algo de Heinrich Meiersohn? -- murmuró extendiendo su cuello hacia un grupo de volúmenes.

- No... en fin, no me acuerdo en este momento -- respondió Jorge luego de interrogarme con los ojos.

- Fue profesor mío en Berlín. Cursé allí algunos años de medicina. Le tenía mucho aprecio... Murió durante la guerra.

- ¿Qué asignatura enseñaba?

- Neurología es claro. Tenía una habilidad semiológica envidiable. Gracias a él me incliné hacia la neurología y luego hacia la neurocirugía.

El profesor Günther parecía distinto: jamás se había dignado ofrecernos una conversación tan amistosa. No sabiendo qué decir, nos pusimos a recorrer también los anaqueles, tratando de encontrar alguna inscripción con la palabra Meiersohn.

- Ese libro no aparece... ¿Habría estado realmente aquí o fue una alucinación mía?

-¿Cómo se titula?

- Tratado de Clínica Neurológica. Lo estudié y luego consulté repetidas veces. Fue casi un libro de cabecera. De esos que nos acompañan siempre hasta que una razón cualquiera nos lo hace olvidar por muchos años, Muchos años... Pero se vuelve a él Ahora deseo hojearlo aunque sea como un homenaje a su memoria. Meiersohn era un hombre afable y

paciente. Tenía las dotes de un científico aguerrido a pesar de su juventud. Hizo Una carrera brillante, que suscitó admiración Sus clases eran muy concurridas. Significaba un privilegio trabajar a su lado.

Nos sentamos obedeciendo a una indicación de su dedo. Nos sentíamos algo arrobados. Teníamos la impresión que nos distinguía, volcando en nosotros emociones personales Finalmente preguntó si habíamos avanzado en el plan de investigación que nos propuso.

- Veníamos a compulsar la bibliografía.

Günther dio unos pasos directamente hacia un grupo de libros, los extrajo del anaquel y depositó sobre la mesa. Formó una torre. Se alisó los cabellos con la mano.

- Lean primero aquí: tendrán una noción de conjunto. Estas obras son fundamentales Luego les será más provechosa la compulsión. Avísenme sobre cualquier dificultad

- Gracias Herr Professor

Günther se dirigió hacia la puerta. Puso su mano en el picaporte y, girando hacia nosotros, nos interpeló elevando las cejas:

- ¿Permanecerán aquí hasta tarde? Por favor, díganle a la bibliotecaria que averigüe si al Tratado de Clínica Neurológica de Meiersohn lo ha llevado algún médico a su casa.

- Cómo no, Herr Professor.

Casi con la mitad del cuerpo fuera del recinto, añadió:

Sería Una pena que haya desaparecido Su autor no pudo gozar otra edición de la obra... Murió demasiado pronto, asesinado por los nazis. ¡Auf wiedersehen!

- 4 -

Isaac Ben Aarón cursó hacia una recuperación notable. Su hija lo acompañaba; en ella no quedaron rastros del accidente. Coincidí con Jorge que era una bella muchacha. No tenía pizca de semejanza con su padre: pelo castaño y ojos muy claros, llamativamente luminosos sobre la tez bronceada. Mi primer encuentro fue breve y no dejó recuerdo como si lo hubiera reprimido en la caldera subconsciente y, aunque constituye el comienzo de una tragedia -- la tragedia que cuento..., pasó como un haz de minutos ordinario y gris.

Conversaba Poco con ellos, sólo lo indispensable para informarme sobre la evolución del paciente. Cada vez que entraba en su habitación, la tensión nerviosa me invadía de inmediato

La muchacha me solía contemplar fijamente; sentía Sus ojos sobre mis hombros como linterna de detective Pero no intentó dilatar mis visitas. Tampoco reveló sentimientos de culpa como suponía que cualquier israelí debía experimentar frente a un refugiado árabe. Se filtraba cierto orgullo en sus pocas palabras y en sus actitudes.

Yo no realicé tampoco ninguna tentativa de aproximación. Bien al contrario, iba a su cuarto lo indispensable. Nuestras actitudes no tenían la misma motivación, pensaba. Ella sencillamente me ignoraba. Yo en cambio, proyectaba la carga de aversión que había acumulado contra los judíos durante mis años de refugiado. La Indiscutible tranquilidad de la muchacha exasperaba mi Irritabilidad.

En varias ocasiones intenté averiguar en qué parte de Israel vivían, pero el sólo hecho de prolongar una conversación me resultaba penoso. No les tenía afecto. Su origen estaba demasiado vinculado al mío y *el trait d'union* contenía material explosivo.

Mi relación con Jorge Silverman era distinta. Nació y vivió en Chile, jamás estuvo en Israel ni me dijo que pretendiera radicarse allí. Su carácter de judío se debía a la religión que profesaba, supongo, aunque —debo confesarlo— jamás dio un solo indicio de religiosidad. Creo justo diferenciar a los judíos de Israel de los que no viven en Israel. Los primeros libraron una guerra contra nosotros y nos expulsaron de Palestina. Es cierto que los judíos de todo el mundo apoyaron esa acción y se regocijaron con su triunfo. Pero la usurpación la efectuaron los judíos de Israel y son ellos los que deberían restañar nuestras heridas. Jorge me ha demostrado que un judío puede sentir afecto por un árabe y no sé si algún día llegará Incluso a comprender la justicia de nuestra causa. En cambio; cualquier israelí no aceptaría nuestras razones: iría contra sí mismo.

La actitud de esa muchacha me lo confirmaba. Jorge dio un paso hacia mí y trató de ganarse mi amistad. Ella, por el contrario, se mostró indiferente; no pareció importare un rábano que fuimos expulsados, que soportamos la indigencia y la ruina moral. Cada vez que entraba en su habitación me asaltaban estos pensamientos. ¡Como para estar tranquilo en su presencia!

Veintidós de diciembre. Se cumplieron siete días de la operación. Le saqué los puntos. La herida había cicatrizado bien y el estado neurológico y general eran satisfactorios.

Me dirigí luego al despacho del profesor Günther. Me había pedido que lo mantuviera informado sobre la evolución de Ben Aarón. A decir verdad, Ben Aarón se reponía aceleradamente y, excepto las primeras horas del postoperatorio, no registró ninguna señal de gravedad. Su lesión tampoco revestía especial interés: era un cuadro muy frecuente y muy conocido de la neurocirugía. Pero el profesor Günther manifestaba una preocupación llamativa. Casos más raros no le importaron tanto. Creí que habla

descubierto algún signo nuevo o preparaba algún trabajo sobre las hematomas extradurales. No me atreví a formularle ninguna pregunta y me limité a transmitir mis impresiones sobre la evolución del paciente. Günther además de visitarlo en ocasión de la revista diaria de los internados, solía ir a verlo en otros momentos.

Este interés despertó curiosidad entre varios profesionales. Era inusitado e inexplicable. Algunos tímidos comentarios, de esos que corren sigilosamente a espaldas de los jefes, llegaron también a mis oídos. Pero pronto hallaron su respuesta.

Günther ofreció una cena al cuerpo médico de la Clínica con motivo de la próxima Navidad. La señorita Jander, su secretaria, me transmitió la invitación. El ágape tendría lugar en un pintoresco restaurante ubicado en las afueras de Friburgo, al cual se llegaba por un camino Sinuoso que recorría el borde occidental de la Selva Negra. Nunca había estado allí y, tanto a Jorge como a mí, nos alivió el oportuno ofrecimiento del doctor Brauer de llevarnos en su auto.

A la hora convenida pasó a buscarnos. Lo acompañaba su esposa, una mujer elegante y conversadora. Seguramente reconocía la dureza de su propio rostro, porque intentaba ablandarlo con una perpetua y fatigante sonrisa. Equilibraba con esfuerzo la tosquedad de su rubicundo marido, al cual no sólo debía soportar estoicamente sus pesadas gracias, sino atenuarlas para el aceptable consumo de terceros: la pobre mujer no se daba descanso para ofrecer una imagen más pulida de su prosaico cónyuge.

Cuando llegamos, unos pocos matrimonios ya se habían congregado. El salón era muy acogedor, revestido de madera oscura, con un hogar encendido y numerosas mesas tendidas para grupos de seis, ocho o diez personas.

Brauer besó las manos de todas las damas, resoplando en las reverencias. Jorge esbozó una mueca y murmuró a mi oído:

- En Chile averiguaríamos antes si esas viejas se lavaron las manos. O en todo caso, besaríamos sólo a las jóvenes.

Integramos el grupo que conversaba animadamente sobre la belleza de la noche. Se congratulaban sobre las providenciales nevadas que habían bendecido la ciudad para que ésa fuera una "verdadera Navidad". Algunas mujeres comentaron las últimas monerías de sus niños, otras sus planes para las vacaciones de invierno.

En pocos minutos el salón se llenó de gente. Aún faltaba el Herr Direktor y su esposa.

- Es raro que se atrase. No he conocido a nadie más puntual -- observó alguien.

- Estará controlando al israelí -- dijo burlonamente en voz baja el profesor Schimm.

-Es cierto -- apoyó Brauer -. Jamás se dedicó tanto a un caso que no tiene nada de nuevo ni de interesante.

- Será que le busca repercusión política a la cosa -- agregó riéndose Schimm --: un israelí fue operado en su servicio por un refugiado palestino. Puede recibir un cable de Escandinavia anunciándole que se hizo acreedor al Premio Nóbel de la Paz. ¡Ja, ja, ja!

- ¿-No lo notan distinto? -- preguntó Brauer.

- Sí, es cierto. Parece más alegre, comunicativo.

- Fíjense que hace unos días ordenó revolver toda la Clínica buscando el viejo tratado de Meiersohn. ¡Para qué le puede servir! —comentó Schimm.

- ¿No se habrá vuelto coleccionista? ¡Ja, ja, ja!

Se abrió la puerta y una ráfaga helada conmovió el recinto. Todos giramos. Entraba el profesor Theodor Günther con su esposa, elegantemente vestidos y sonrientes. Detrás de ellos venían su hija y otra muchacha.

Quedamos mudos: era la hija de Ben Aarón.

El profesor Günther saludó a cada uno de los presentes acompañado por su esposa, mientras su hija y la israelí avanzaban detrás.

Percibí que los médicos cambiaban guiños: el director sufría una claudicación de sus resortes mentales.

Mientras se desplazaba mayestáticamente por el salón, saludando con parsimonia, inclinando su robusta y plateada cabeza, cambiando frases amables, algunas damas se acercaron solícitas a las muchachas.

Günther se dirigió a la cabecera engalanada con flores y candelabros; hizo señas para que nos acercásemos.

- Todos los años decoro mi mesa de Navidad con los huéspedes extranjeros que honran nuestra Clínica.

Los comensales se ubicaron rápidamente. El ruido de las sillas en movimiento se opacó en el creciente rumor de la conversación.

En la mesa principal se instaló también el segundo en jerarquía: Profesor Karl Mecke, viudo o soltero, jamás acompañado por mujer. Mecke era un neurocirujano muy hábil: se le consideraba hombre de brillante porvenir en el desarrollo de la medicina alemana. Era fuerte y alto, sus ojos escudriñadores y misteriosos rehuían tras sus gafas que calzaba sobre una nariz pequeña, encogida, y orejas llamativamente aplastadas contra su cabeza. Hablaba poco, envuelto en enigma y distancia: tenía una reserva como cota de metal. Cuando lo ayudé en largas operaciones describió con atenta minuciosidad la semiología de varios enfermos, pero

jamás facilitó otra relación que la vinculada estrictamente al trabajo. Supe que llegó a Friburgo en 1949. Nada más. Brauer me advirtió sobre su misantropía y tuve que amordazar mi curiosidad para evitar un mal rato. Jamás hubiera intuido la gravitación súbita y aplastante que Karl Mecke adquiriría en el curso de mi vida y en el desarrollo de esta historia. Se sentó junto a la esposa de Günther. El rostro hierático de Mecke, rubia máscara de indiferencia apuntó escrutadoramente hacia la hija de Ben Aarón.

Las copas se llenaron con el dorado vino del Rin. El profesor Günther abrazó la suya, con deleite, como a una fruta, y se puso de pie:

- Queridos amigos: ésta es una noche excepcional para mi vida. La alegría me embarga: quisiera transmitirla a cada uno de ustedes. Dios ha bendecido el advenimiento de este nuevo fin de año con la presencia de la hija de quien fuera mi verdadero maestro: ¡la hija del profesor Heinrich Meiersohn!

Günther señaló con su mano a la muchacha israelí.

La desorientación era total.

- Brindemos por este reencuentro -- prosiguió --. ¡Feliz Navidad! ¡Un año próspero y venturoso!

Decenas de globos resplandecientes planearon a la altura de las cabezas y luego escanciaron su vino.

El interés se centró naturalmente en la muchacha. Se llamaba Myriam. Respondiendo a preguntas de unos y otros me enteré que nació en un barco de refugiados judíos frente a las costas de Palestina. La recogió y crió Isaac Ben Aarón, quien se dedicaba entonces a perforar la muralla erigida por las fuerzas británicas contra la inmigración judía a Palestina. Su primera infancia se desarrolló a lo largo de las angustias y vaivenes de la Guerra Mundial. Luego siguió la lucha contra Gran Bretaña y a continuación estalló la guerra abierta con nosotros.

Theodor Günther rememoró episodios de sus años pasados junto al profesor Meiersohn. Yo, más que escucharle, contemplaba a Myriam, que permanecía atenta a cada palabra, hechizada por el sortilegio de la entusiasta evocación.

El profesor propuso otro brindis. Alzó su copa, miró uno por uno a varios comensales -- entre ellos a mí -- y sorbió un trago. Lo imitamos. Después coloqué mi copa sobre la mesa, pero la volví a levantar porque Günther aún la sostenía en la mano y saludaba a cada uno. Recién entonces, parsimoniosamente, la deposité. Me di cuenta que Jorge, Myriam y yo éramos los únicos que no habíamos brindado a la usanza alemana, porque los tres bajamos las copas antes de tiempo. Nos miramos y sonreímos. Fue el primer gesto que me acercó a la judía.

El vino era exquisito y Günther deseaba hacernos probar varios tipos, por cierto que advirtiendo sobre sus cualidades y ocultos poderes. Era un buen conocedor, como todo alemán bien nacido que vive a orilla del Rhin. Nos explicó cuáles eran las mejores cosechas desde 1920 en adelante. Mencionó una docena de nombres fascinantes que yo no pude retener, explayándose sobre virtudes y sutiles diferencias.

- Me ha sorprendido en Friburgo la escasez de cerveza y abundancia de buen vino -- comentó Jorge --. Antes de venir, imaginaba Alemania como un enorme barril de cerveza. Ahora constato que la cerveza no predomina fuera de Baviera y que el vino es la bebida gustada y valorada por la mayoría de los alemanes.

- Así es -- asintió Günther --, Por lo menos yo, cuando tengo sed bebo cerveza, jamás vino. Pero cuando deseo brindar, filosofar o gozar un momento, lo acompaño con buen vino y sólo con vino. ¿En Chile no es así?

Jorge rió.

- ¿Por qué se ríe?

- Porque es difícil imaginarse aquí, en Alemania, cómo se bebe vino en Chile. La mayoría del pueblo sabe y confía que el vino chileno es de la mejor calidad. No sé si el pueblo consume lo mejor o si lo mejor se exporta: Lo cierto es que se bebe con sed o sin sed, hasta que las rodillas se aflojan, la nariz se enrojece y los ojos empiezan a bailar. En Alemania, cuando se pide vino, empieza un ritual complejo. Pero en Chile todos esos prolegómenos se abrevian. El vino venga o no embotellado, sea de la cosecha 1930 o de 1967, se deja caer sobre la garganta a chorros, como el agua sobre la aridez del desierto. El "roto" chileno es el gran consumidor, naturalmente. Vive impregnado de vino, carnina a los tumbos, viste harapos, pero tiene una picardía y patriotismo capaz de soportar las más agudas pruebas, incluso borracho. Merece admiración. Pero no se lo concibe sin una botella en la mano o, por lo menos, aforándola. No discrimina marcas ni cosechas: sólo le importa un aspecto del vino: que no se termine. -

- Me recuerda una anécdota apócrifa -- intervino Myriam --: después del Diluvio Noé plantó una viña y luego con el vino recién descubierto se embriagó. Viéndolo Dios en tan lamentable estado, le preguntó con qué planta elaboró la bebida. Noé pensó que no le quedaba más recurso que mentir: "Hice el vino de la higuera" -- dijo bajando los ojos; Dios meditó un instante: "Por haber confesado, Noé, te recompensaré: la higuera dará fruto dos veces por año...".

Jorge añadió que Chile se habría ahogado con un Diluvio alcohólico si en verdad el fruto con el que se fabrica vino pudiera tener dos cosechas.

- Los franceses son “hermanos de vino” de los chilenos, entonces -- habló por primera vez Karl Mecke --. Si mal no recuerdo, hay una vieja estadística que habla de una consumición de 80.000 litros diarios en París. Cuando estuve una temporada, con motivo de un Congreso, conocí a varios enfermeros que se traían el desayuno en el portafolio: un sándwich y una botella de vino. Verlos tomar vino a esa hora, me produjo gastritis...

- Propongo hacer otro brindis, pese a su gastritis -- rió Günther.

- ¡Por el “roto” chileno! -- propuso Myriam.

- ¡Por la mentira de Noé! -- retribuyó Jorge subiéndose lo anteojos.

- ¡Para que el Rhin se torne vino! -- redondeó Günther.

Nos miramos uno a uno y sorbimos un trago. Continuamos con la copa en alto, nos miramos nuevamente y la depositamos sobre la mesa.

Jorge, Myriam y yo cruzamos nuestros ojos, divertidos, sonrientes, diciéndonos:

- Esta vez brindamos a la alemana.

- 5 -

Al día siguiente subí a la habitación de Ben Aarón con menos disgusto. Caminé con paso liviano los corredores, sin presentir el desenlace que cerraría mi visita.

Entré, como de costumbre, habiendo solicitado ya el carro de curaciones para cambiarle el vendaje.

La herida había cicatrizado bien y el enfermo estaba en condiciones de alta. Se lo comuniqué mientras terminaba la curación.

Ben Aarón me extendió la mano y expresó su agradecimiento en árabe. Era la primera vez que lo hacía; hasta entonces chapuceaba el alemán. No pude menos que reconocer mi asombro por la claridad de su pronunciación, aunque se percibía un acento extranjero.

- No es tan extraño -- dijo --: el hebreo y el árabe tienen un mismo origen. Hay más de un lazo de unión.

Lo observé un instante y no contuve mi réplica:

- Todos los judíos del mundo insisten en nuestro vínculo de sangre o vínculos de cultura. No sé hasta dónde es cierto. A mí no me desagradaría. Pero pregunto si siempre recuerdan los judíos ese vínculo al que hacen referencia.

Ben Aarón mantuvo su sonrisa.

- Que yo recuerde -- contestó --, ningún judío de nota ha negado o se ha avergonzado de nuestro parentesco con los árabes.

- No me refiero a negarlo con las palabras, sino con los hechos. Usted sabe a qué hago alusión -- me dispuse a salir.

- No exactamente... Es decir, usted es un árabe refugiado, que huyó del territorio de Israel y....

- De Palestina —interrumpí.

- Bueno, si lo prefiere así, pero comete un error al calificarse como refugiado de Palestina viviendo en Palestina. Usted, según entiendo, vivió en la parte de Palestina que se anexó Jordania en 1949 luego de la guerra contra Israel. En otras palabras, usted se ha desplazado de una parte de Palestina ocupada por Israel a otra parte de Palestina ocupada por Jordania. Usted no abandonó Palestina y, por tanto, no es refugiado de Palestina.

Lo miré seriamente: usted se burla.

- ¡Pero no!...

- Usted sabe demasiado de mí.

- ¿Le disgusta? me ha operado, me ha salvado la vida y es natural que yo haya hecho unas pocas preguntas para saber quién es. No dejé de sorprenderme cuando me contaron que se trataba de un médico árabe que vive en Jordania y lleva el aditamento “refugiado de Palestina”. Le aseguro que me alegró. Otros quizá hubiesen tenido miedo: podía haberme matado... Pero yo me alegré. Algún día los árabes y los judíos nos trataremos como buenos vecinos.

- Cuando se arreglen ciertas injusticias.

- Las injusticias no son medidas por un patrón único. No piense que la sufrida por usted es la peor.

- Quedé sin responderle. Noté que la conversación lo había fatigado. Hice un movimiento para retirarme.

- No, quédese -- pidió, agarrándome la muñeca --. Cuénteme algo de usted.

- Señor Ben Aarón, no es momento, tengo que trabajar. Además, usted es un convaleciente aún, pese a que lo damos de alta.

- Me siento muy bien. Hace días que penetra en mi habitación, me cura la herida, imparte las instrucciones y se esfuma. ¿Cree que para un israelí es fácil charlar con un árabe de allende la frontera? Tenerlo aquí es un privilegio y no lo quiero perder.

- Un privilegio un tanto amargo.

- Parece que le sentó mal el desayuno, doctor... -- intentó bromear.
- No, me sientan mal los israelíes. Discúlpeme que se lo diga.
- Al contrario, me agrada su franqueza.
- Y a mí me asombra su placidez. Discúlpeme de nuevo.
- Es que actuamos en consonancia con nuestros sentimientos: yo me siento amigo de los árabes y usted se siente enemigo de los judíos. Yo estoy tranquilo y usted tenso.
- ¡Con qué facilidad los judíos se sienten amigos de los árabes! Dígame, señor Ben Aarón ¿oyó usted por casualidad sobre la guerra de 1948 y la expulsión de centenares de miles de árabes? ¿Tuvo noticia de la masacre cometida en Deir Yazin, donde se asesinó a 250 civiles? -- lo miraba con sorna --. Se los asesinó, se les quitaron sus tierras, se los expulsó y luego... ¡somos amigos!
- Usted no lo pinta muy equilibradamente.
- ¿Me falta algún detalle? ¿Tengo que enumerarle las ciudades y aldeas que quedaron desiertas luego de la limpieza que efectuó el ejército judío? ¿Tengo que contarle las penurias, el hambre, las enfermedades que azotaron a multitudes de infelices?
- No, no... Las conozco muy bien. Yo he trabajado en campos de refugiados durante muchos años, dentro y fuera de mi país. Refugiados de Europa, refugiados de África y refugiados de Asia. Todo lo que usted me describa es para mí familiar. No se olvide que si usted me presenta centenares de miles de refugiados árabes, yo le puedo presentar centenares de miles de refugiados judíos. El pueblo judío ha pasado la mayor parte de su historia como pueblo de refugiados. No hay otro pueblo en el mundo que lo pueda superar ni antes ni ahora. Y si usted se siente un expulsado, recuerde que los judíos han sido expulsados no sólo una, dos o diez veces, sino sistemáticamente a lo largo de toda su historia y a lo ancho de todo el mundo.
- Y ese pueblo que sufrió en su carne la amargura del destierro, hiere a otro pueblo, con quien afirma estar unido por lazos de sangre.
- Usted simplifica. Atribuye el problema de los refugiados árabes a una maldad judía. Es un esquema pueril... y también cínico, reduciendo problemas nacionales complejos a una competencia entre víctimas y verdugos.
- Desde su torre de triunfo, a un israelí le resulta cómodo platicar sobre el tema, enredarlo, buscarle antecedentes o consecuencias, siempre al margen de la causa fundamental, si no quiere que digamos la única: invasión y usurpación territorial sionista, neocolonialismo.

Ben Aarón estalló en carcajadas. Su risa me puso nervioso.

- Vea doctor... En el año 1948 usted era muy joven. La memoria no es fiel después de tantos años y se deja deformar por el tiempo y por la carga afectiva. Temo que su memoria haya sido deformada profundamente -- puso su mano sobre la mía --. En primer lugar desconoce que en 1922 Winston Churchill traicionó a los judíos (o mostró por primera vez las intenciones inglesas) al dictaminar que la Declaración Balfour (treta con la que consiguieron el Mandato sobre Palestina) no era aplicable al este del río Jordán, y creó el artificial emirato de Transjordania (donde no podía asentarse un solo judío), que quedó hasta fines de la segunda guerra mundial bajo la supervisión del mismo Alto Comisionado británico para Palestina. Los judíos tenemos derecho a afirmar, entonces, que son los árabes, con apoyo inglés, los que nos usurparon dos tercios de la Palestina original. Sería bueno revisar los documentos, reactivar la memoria. También dudo que usted haya sido “expulsado” de su hogar. ¡No me interrumpa aún!... Aunque su desgracia empezó en 1948, tampoco son únicos responsables de ella los judíos.

- ¡Quiénes, si no!

- Prometo recoger toda la documentación que me sea posible y traérsela, doctor. Me agradecería que usted mismo la examinara. ¡Los refugiados palestinos son los más grandes ignorantes de su propia desgracia!

Esboqué una mueca.

- Eso es lo más trágico -- agregó.

Su rostro se reconcentró. Yo estaba muy lejos de dar crédito a sus palabras. Me levanté.

- No se vaya -- insistió aún --. Deseo sinceramente conocer su vida, me interesa.

- ¿Le asalta algún sentimiento de culpa?

- ¿Usted no entenderá jamás? Para un israelí, los árabes son parientes difíciles con quienes algún día terminará por amigarse. ¿Y quién no tiene alguna curiosidad por la suerte de sus parientes?

- Mediocrementemente ingenioso. .. ¿Por dónde empiezo? Nací en Ramlé.

- ¿Ah, sí? En Ramlé vivo yo.

- ¡Qué!...

En ese momento entró Myriam, portando algunos paquetes. Me saludó en alemán y se acercó a su padre adoptivo para ponerle alegremente en las narices el ramo de flores que habla traído. Luego empezó a arreglarlas en un jarrón sobre la mesita ubicada cerca de la ventana. Su persona llenaba el cuarto; irradiaba una fuerza peculiar, mezcla de seguridad y de oculta dulzura. Mientras acomodaba el conjunto, parloteaba:

- En Israel amamos las flores. Hoy es viernes y todos los viernes a la tarde regresamos con flores a casa para celebrar el día santificado.

- ¿Es usted religiosa?

- No, pero respeto la tradición. Dios, el sábado, los diez mandamientos y tantos otros aspectos de la religión judía ahora son universales: pero para nosotros están profundamente ligados a nuestra identidad, no podemos olvidarlos.

- Su padre me estaba contando que viven, en Ramlé.

- Sí, en efecto. Es una hermosa ciudad. ¿La conoce?

- ¿Cómo no la voy a conocer? Nací allí.

Myriam separó sus manos de las flores y giró sobre sus talones. Era la primera vez que rompía su caparazón de indiferencia. Que depositaba sus ojos sobre mis ojos.

Ramlé era mi ciudad. Es cierto que viví pocos años, porque en 1948 sobrevino la guerra y la mayor parte de sus habitantes huimos hacia el este. Pero allí vivieron mis padres. Crecí en Jordania oyendo su nombre a diario, mezclado con lamentos y esperanzas. Mi familia mitigaba sus dolores - y aún lo hace -- recordando “los hermosos tiempos de Ramlé”. Ese nombre que en árabe es tan vulgar (significa arena), adquirió celestial tintineo. Conocí más a Ramlé -- diría mejor -- cuando la abandoné. Mis oídos se inundaron de relatos y descripciones. Hablaban mis padres y mis tíos y mis primos y los amigos de mi familia; cada uno contribuía con un detalle, a veces diferente, a la preservación de ese altar mnésico. Crecí envuelto por la nostalgia de Ramlé. Cuando partí hacia el Líbano para cursar medicina, empecé a sentir que Ramlé, señalada a pocos kilómetros de la frontera, estaba mucho más lejos, a una distancia inalcanzable para mí, para nosotros. Se convirtió en un ideal.

- Ramlé tiene un significado especial para los judíos -- dijo Myriam --. Quizá debiera aclarar que es un poco subjetiva esa apreciación, pues mi padre fue masacrado por los nazis: en Ramlé está la prisión donde se encarceló a Adolf Eichmann.

- Ramlé tiene un significado más profundo y objetivo —repliqué con indignada superioridad—. Fue fundada en el año 716 por un árabe, el sultán Suleiman, hijo de Abd-el Malik y constituyó un centro de cultura musulmana durante siglos.

- Existió antes de 716 —corrigió la muchacha—. Algunos estudiosos cristianos afirman que allí nació José de Arimatea, quien enterró a Jesús en su propio sepulcro. Es decir, ya existió en tiempos bíblicos.

- Eso no es seguro —intenté refutarla—. Fue un paraje desconocido y opaco hasta que los árabes la convirtieron en capital de Palestina. Ramlé estuvo y estará siempre ligada a la historia y a la cultura árabes.

- Vea doctor -- su tono subió una nota --: Ramlé es para mi tan querida como lo puede ser para un árabe. Conozco de ella tanto como puede conocer usted. No se olvide que por allí pasaron también cruzados, mamelucos, turcos y franceses. No es una ciudad de virginal pureza árabe. Ricardo Corazón de León la convirtió un tiempo en su cuartel general. Saladino destruyó sus fortificaciones. Los turcos la sojuzgaron y convirtieron en cabeza de distrito. Los franceses, al mando de Bonaparte, la transformaron en centro de operaciones; todavía se puede visitar el aposento que él ocupó en el convento de los Franciscanos durante su permanencia en la ciudad.

- Buena memoria... -- me burlé.

- No es difícil recordar --replicó inmutable --. Si interesa, no se olvida. ¿Dónde vivió?

- Cerca de la mezquita Jami-el Abiad, la “mezquita blanca”.

- ¿La mezquita blanca? -- repitieron Myriam y Ben Aarón al unísono.

- Sí, en efecto.

- ¿Dónde, exactamente?

- Bueno, si conocen la mezquita es posible orientarse.

Noté un cierto cambio en la actitud de ambos. Ben Aarón, en particular, tenía los rasgos más tensos.

En pocas palabras ubiqué la ex residencia de mi familia. Cada pormenor se mantenía agudo en mi memoria como una lanza. Describí la calle, la calzada, el aspecto general de mi casa y las casas de los vecinos como si las estuviese contemplando.

Ben Aarón, amablemente, pidió más detalles. Repasé habitación por habitación. Con agresividad. Ramlé se descubrió radiante ante mis ojos. Me sentía excitado, rodando sin freno. Hablé sobre la vida cotidiana en Ramlé, sobre recuerdos de mi infancia. Describí la Torre de los Cuarenta, junto a la mezquita, en cuya base estarían enterrados los cuarenta compañeros del profeta Mahoma. Con algunos amiguitos solíamos burlar, la custodia y correr por los 120 escalones que conducían a su cúspide, desde donde se dominaba un panorama soberbio. Recordaba el patio de la mezquita, en cuyo centro se encontraba la hermosa fuente de Nebi-Saleh donde cada año se celebraba la fiesta de la primavera.

Ben Aarón y la muchacha no me interrumpieron más. Cuando callé se hizo silencio. Los miré, esperando alguna pregunta. Pero la pregunta la formulé yo:

- ¿Conocen pues mi casa? -- mi voz Sonó ronca.

La respuesta se demoró.

- ¿Cómo está? -- insistí --. Mi padre se estremecería como un niño si la viera. ¿No fue destruida, demolida?

Ben Aarón tragó saliva.

- Donde antes vivían cien, ahora viven dos mil... La calle ha cambiado, los edificios son nuevos.

Permanecí inmóvil.

- Es la ley del progreso --continuó Ben Aarón --. Usted no reconocería más ese lugar.

No pude esquivar un pellizco en mi garganta. Aguardé que cediera, para que mi voz no me traicionara. Pero ¿qué más se podía decir? ¿No era ya bastante? Caminé hacia la puerta y salí sin saludar.

2 - El Gigante

- 1 -

Deambulé por los corredores, fui a la sala de rayos, bajé a la biblioteca, entré al quirófano y releí la lista de operaciones, volví a salir. El profesor Karl Mecke me detuvo. Sus gafas reflejaron una lámpara y me encandilaron brevemente.

- ¡Qué le pasa! Tiene el aspecto de querer pegarle a alguien. Hace rato que lo veo ir y venir sin sentido.

Observé su rostro duro y misterioso, sus orejas pegadas, su nariz insolente.

- Me siento mal. Me retiraré.

Descolgué mi abrigo y salí de la Clínica. La mañana era fría, pero estallaba de luz. Aspiré hondo y caminé esquivando la sombra de los edificios. Esperé en el refugio. Cuando llegó el tranvía no subí y empecé a marchar. Lo habré hecho muy de prisa, descargando la tensión sobre mis pisadas porque demasiado pronto me encontré sobre la calle Schlossberg, en el otro extremo de Friburgo. Esa calle marca el límite de la Selva Negra. Me interné en el bosque. Mis zapatos se hundieron en la nieve con un crepitar sedante. Las coníferas vestían armiños: al rozar sus ramas se desgranaron sobre mis hombros con un breve susurro

Jadeando, con la nariz roja y envuelta por la nube de mi aliento, penetré en la confitería que domina las laderas del Schlossberg. Me ubiqué junto a una ventana y pedí un café caliente.

Mis ideas no se habían ordenado. El mozo balbuceó unas palabras pero no entendí lo que dijo, ni me interesó.

Puse varios cubos de azúcar en el café. Endulzándolo mucho podía tolerarlo. El café en Alemania siempre me ha parecido “jugo de paraguas negro”. Lo ofrecen en tazones exagerando la proporción de agua. El calor se irradió desde mi garganta a todo el cuerpo; sólo en eso residía su efecto tonificante.

Palpé mi ropa y fui al automático para obtener un paquete de cigarrillos. El mozo intentó retirar la vajilla.

- Aún no me voy -- aclaré.

- Creí que iba a casa de sus amigos.

- ¿Qué amigos?

- Los doctores Tamir y Dakani.

- ¿Por qué iba a ir?

Me contempló pasmado.

- ¿No entendió el mensaje? Se lo repito: ayer estuvieron aquí y me pidieron que, si lo veía, le dijera que deseaban hablarle.

Agradecí con un ademán y me ensimismé.

Intenté encauzar los pensamientos, comprender si tenía o no sentido, si era o no real la sucesión de hechos que acababa de protagonizar. Evoqué la imagen de mi familia hundida en el destierro y la desesperanza, al otro lado de los alambrados fronterizos... Nuestra casa en Ramlé... El rostro sereno, agresivamente sereno de Ben Aarón. Su hija adoptiva.

Por momentos sentía ganas de correr a la Clínica y romperle la cara a esos judíos, descargar el odio que se había acumulado en mi espíritu durante los años de campamento. Luego pensaba en una venganza más sutil. O me rendía ante la evidencia de lo inoperante: ni bálsamo para el dolor ni reparación de la injusticia. La encrucijada avivaba heridas y no ofrecía soluciones. El odio ardía como brasas que de pronto se rociaban con alcohol, produciendo llamaradas gigantescas. Al extinguirse, las brasas seguían ardiendo... y quemando.

Miré el cenicero: lo había llenado de colillas. Transcurrió casi toda la mañana. Alcé el abrigo y salí.

No fui a la Burse, evitando encontrarme con Jorge. Entré en un restaurante cercano a la Catedral gótica y ordené un almuerzo poco complicado, que engullí sin apetito. Luego caminé sin rumbo, contemplando las vidrieras.

Llegué a la casa de Sherif Tamir y Omar Dakani. Ambos habían obtenido el doctorado en química; se perfeccionaban en Friburgo desde hacía menos de un año como becarios de la Fundación Alexander von Humboldt. Eran egipcios y trabajaban en el Institutviertel, a poca distancia de mi Clínica.

Me atendió la elegante dueña de casa, de unos cuarenta atractivos años. Al preguntar Por sus inquilinos me examinó de arriba abajo, como si hubiera dicho una grosería. Me hizo pasar de mala gana, cerró la puerta y desapareció.

Subí la escalera de granito.

Sherif Tamir y Omar Dakani se alegraron de verme. Acercaron una silla.

- ¿Qué le pasa a la *Hausfrau*?

- Nos echa -- dijo Omar, comprimido, de cabeza cuadrada, labios carnosos.

- ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

- ¡Cuéntale! -- Omar le dio un codazo -- a Sherif, quien se aproximó para hablar más bajo.

- ¿Conoces el tipo de relaciones que teníamos? Meneé la cabeza.

- ¿No te lo comentamos, entonces?... Pero algo sospechas

- Sherif era el más alto de los tres, de rasgos apolíneos—. Esta mujer, desde que llegamos aquí, se deshizo en atenciones. Nos arreglaba la pieza, se ocupaba de comprarnos provisiones, nos satisfacía en mil detalles. A la tarde y a noche venía a conversar, cada vez con mayor frecuencia, y las cosas progresaron. Desde esta ventana veíamos partir al cornudo de su marido y ella enseguida subía. No fue difícil ni imprevisible que en poco tiempo termináramos en la cama. Al principio las cosas marcharon bien. Es una mujer caliente que dio un buen comienzo a mi actividad en Alemania. En Egipto no tuve la suerte de conocer algo mejor. Me ha hecho llegar a verdaderas proezas, bautizándome “Campeón!”.

- Al grano, al grano -- lo apuró Omar, extrañamente molesto.

- No quiso compartir el lecho contigo ¿verdad? Es claro, no aceptaba la poliandria. ¡Pero yo era feliz! ¡Un campeón de la cama! Las cosas marcharon bien, hasta que hice nuevas relaciones. Se puso celosa o no se qué: no admitió compartirme. Discutimos cuando se negó a admitir chicas en mi pieza. La empujé hacia Omar ¿cierto, Omar?, pero fracasamos. Se me aferró obstinadamente y llegó al colmo: intentó forzar mi puerta cuando yo estaba acostado aquí con Herta, la secretaria de mi jefe. El paraíso perdió sus encantos... Yo ansiaba que su marido la descubriera, pero resultó imposible: es un perfecto idiota. Mira estas paredes -- hizo un amplio gesto --: deberían estar cubiertas de cuernos. ¡Cuernos de todas las especies: rectos, curvos, ramificados!

Movió las manos como si cargaran pesas.

- ¡Fue un escándalo cuando le gritó a Herta que era una puta igual a todas las otras que venían a visitarme! La pobre se quedó de una pieza. Yo no conseguí digerirlo y le descargué una bofetada. Se puso a chillar con tal desenfreno que temí la llegada de algún policía. En ese instante decidimos buscar otro alojamiento.

- Les conviene

- Hemos encontrado uno bastante cómodo y barato, pero recién se desocupa el 2 de enero.

- Lo grave -- intervino Omar, rascándose su pelo de alambre enrollado --, es que ella se enteró y exige que nos vayamos de aquí mañana.

- ¿Mañana? Faltan diez días hasta el 2 de enero.

- Pero quiere tomarse un pequeño desquite.

- ¿Qué harán?

- Irnos -- se encogió de hombros Sherif --. Amenazó denunciarme por intento de violación. ¡Si será puerca!

- Aprovecharemos este lapso para viajar a Garmisch -- dijo Omar --. Un colega del Instituto ha obtenido una reserva para tres personas en una buena pensión, pero resbaló en la nieve y se fracturó una pierna. Ofreció transferirnos la reserva.

- En vez de pagar un hotel en Friburgo, preferimos pagarlo en Garmisch. De todos modos, con motivo de Navidad y Año Nuevo casi todo el mundo sale de vacaciones, los becarios en primer lugar -- dijo Sherif.

- Justamente por esto queríamos hablarte.

- Sí... Vendrás con nosotros; la reserva es para tres personas.

- Déjenme pensarlo.

- Nos divertiremos - aseguró Sherif --. Por otro lado, te agradeceríamos que nos permitas guardar transitoriamente nuestras maletas, libros y ollas en tu cuarto, hasta que regresemos. De aquí nos expulsan con todo.

- No hay inconveniente. Pero respecto al viaje, les confieso que no estoy con suficiente ánimo y no tenía ningún proyecto para estos días.

- ¡Déjate de historias! -- me palmeó burlonamente Sherif --. Si nada te detiene en Friburgo, ven con nosotros. Al ánimo te lo inyectará Garmisch.

Me resistí aún. Omar Dakani y Sherif Tamir insistieron. Sus incidentes con la *Hausfrau* me trajeron caprichosamente el recuerdo de mi matrimonio con Modiha, también acusada de infidelidad Y el día de la boda: ella vestía collares y pendientes; el carmín de sus labios y el relieve artificial de sus ojos no conseguían disimular su adolescencia. Sus ojos siempre abiertos, endurecidos por el temor; y su grito prolongado...

- Pasaremos a buscarte.

- 2 -

Al día siguiente aguardé en la puerta de casa el Volkswagen de Omar.

Sólo había comunicado mi partida a dos personas: el profesor Günther y la señora Schneider. El profesor Günther me deseó felices vacaciones y preguntó si alguna vez había practicado esquí y visitado los hermosos campos de nieve del Shlossberg, a pocos minutos de Friburgo. Le conté sobre las estaciones de deportes invernales que conocí en el Líbano, pero confesé que en esa materia era un neófito poco dotado. La señora Schneider, por su parte, aprovechó para recordarme que a partir del 1 de enero aumentaría el alquiler.

Mis compañeros llegaron con bastante retardo. Tuvieron una última y feroz discusión con la dueña de casa, quien incluso arañó el rostro de Sherif. Prácticamente huyeron. Ella les siguió gritando desde la ventana. Hasta que el auto dobló en la primera esquina continuaron oyendo sus voces.

Dejaron cajas con libros, vajilla y ropa en un ángulo de mi cuarto. Luego descendí mi equipaje y lo acomodé en el Volkswagen. A los pocos minutos arrancamos hacia Garmisch-Partenkirchen, vía Munich. Preferimos hacerlo por la autopista. El día era gris, como la mayor parte de los días invernales de Alemania.

Mis compañeros lucían alegres a pesar de la riña. Cuando nos encontramos en los alrededores de Friburgo Sherif miró hacia atrás y saludó a la lejana flecha de la Catedral esfumada por la bruma:

- ¡Adiós “Freiburg die Heilige”!¹

Era muy frecuente esta denominación en sus labios. Protestaba por el temperamento pequeño-burgués de la ciudad chica. Los friburguenses estaban opacados por una atmósfera de insoportable puritanismo. Y a continuación -- contradictoriamente -- solía efectuar su conocida descripción de la mujer alemana, a la que siempre llamaba “*Walkiria*”, como si en sus brazos se convirtiese en fiera. Concluía con una grave advertencia: acuéstate con una estudiante, así por lo menos, entre acto y acto se puede hablar. Si no morirás exprimido como un zángano.

Sherif pasaba por el mismo estado de euforia que caracteriza a casi todos los estudiantes árabes que viajamos al exterior. Súbitamente nos encontramos en una sociedad liberada de gran parte de las restricciones que reglan la conducta femenina en los países musulmanes.

Sherif era ocurrente. Su compañía divertía. Lanzaba exabruptos originales y uno no podía evitar festejarlos. Sus aventuras eran simples juegos; incluso las escoriaciones que dejaron en su rostro las uñas de esa mujer no eran más que gérmenes de humor y estímulo. Su complexión atlética expresaba seguridad y suficiencia, pero su rostro destilaba picardía. Cuando lo conocí mejor, supe que no era un haragán. Las mujeres no le quitaban todo el tiempo ni el sexo le nublabla la mente. Era un químico que ganó su beca en buena ley. El aprecio que se conquistó en el Instituto no sólo se debía a su don de gentes, a su humor, a su atractivo físico. Sabía graduar las horas de trabajo y era metódico, pero sin que el método lo convirtiera en prisionero. Vivía intensamente sus horas de vigilia: gozaba con tanta fruición los placeres como se concentraba sobre los alambiques y las fórmulas durante su estudio. Era franco y abierto. La mayor parte de las ocasiones que estuve con él fue en reuniones de amigos donde la conversación casi no salía del tema “*walkiriano*”; pero no tardé en apreciar su agudeza en otros asuntos. Sherif quería evitar las apreciaciones

¹ Friburgo “la santa”.

eruditas: a sus intervenciones de algún brillo las remachaba con alguna broma que deshacía cualquier hechizo académico.

Omar Dakani, al contrario, era introvertido y menos dotado físicamente. Por lo tanto se encontraba en franca desventaja respecto de las mujeres. Tampoco tenía la chispa de Sherif para animar una reunión. Cuando hablaba “en serio” se ponía tenso, le irritaban las interrupciones y las disensiones. No era capaz de sazonar sus ideas. Pero oía con paciencia, con la misma paciencia que exigía de sus interlocutores. Todos decían que era desagradable discutir con él por su acritud e inflexibilidad. Aunque el estipendio que percibía por su beca era igual al de Sherif, parecía tener más dinero, quizá porque no lo despilfarraba o porque recibía alguna cuota adicional de su familia. Pudo adquirir un Volkswagen usado que solía prestar a sus amigos, especialmente cuando estos le conseguían alguna chica. Tenía la desgracia de no ser amado: las mujeres no le duraban. Se mantenía aferrado a una concepción sexual primitiva: la mujer era un objeto de placer que no podía a su vez gozar. Actuaba brutalmente, con sadismo, enfureciéndose cuando ella pretendía adoptar una participación activa. Y a pesar de los consejos y burlas de Sherif, persistía en su tozuda actitud.

Antes de entrar a la autopista vimos numerosos jóvenes. A pedido insistente de Sherif, Omar frenó junto a dos muchachas que se dirigían a Stuttgart. El día no era apropiado para permanecer a la intemperie. Pero no era un espíritu humanitario el que nos impulsó llevarlas, sino la posibilidad de comenzar con algún color nuestra aventura. Nos comprimimos en el asiento aplastando bolsos y valijas, contentos de la nueva compañía.

Las muchachas no resultaron bellas ni conversadoras. Estudiantes, sí, pero no del tipo que Sherif aconsejaba para alternar sexo y cultura. Evidenciaban una franca hipotrofia de ambos elementos. Las atenciones que les prodigamos desde el comienzo (cigarrillos, guías turísticas, interés por su viaje), empezaron a cansarnos. Pronto lo único que sentíamos era la incomodidad. Nos hacíamos señas, deseando largarlas pronto en Stuttgart.

Después que bajaron, Omar prometió no detenerse ante nadie que hiciera autostop, aunque Sherif lo implorara de rodillas.

En Ulm almorzamos en un restaurante cercano a la Catedral. Teníamos una buena vista sobre el templo. Después de comer le hicimos una breve visita enterándonos que su torre es la más alta de estilo gótico en el mundo. Afirman que desde ella se pueden ver los Alpes en un día despejado. Las calles estaban poco transitadas y no encontramos materia de diversión.

Reiniciamos' la marcha. No hubo otro incidente, excepto la insistencia de Sherif de quedarse esa noche en Munich. Eso era nuevo. Discutimos un

largo rato y pudimos transar: seguiríamos hasta Garmisch pero antes nos detendríamos un par de horas en Munich para visitar su barrio bohemio: Schwabing.

Cuando entramos en la ciudad, aún estaba claro. La animación en el centro era digna de verse. Una-multitud se desplazaba cargada de paquetes, haciendo compras para la próxima Navidad. A través de las ventanillas del auto quisimos absorber las imágenes nerviosas de colorido. Con un mapa abierto sobre mis rodillas, indicaba a Omar la dirección que debía seguir Avanzamos por la Amalienstrasse, populosa arteria estudiantil que conducía hasta la Academia y pasaba por la antigua Universidad; antes de la guerra en esa calle cada familia alojaba estudiantes.

Sherif hablaba sin cesar elogiando las conocidas tradiciones de Munich, la contagiosa alegría de su pueblo, la virtud de su cerveza, los tesoros acumulados en sus pinacotecas. Comparaba a “Freiburg die Heilige” con “Munich die Lustige”.² Oponía los apetitos reprimidos de la ciudad chica a la libertad creadora de la gran urbe. Parloteaba con exaltación.

Tardamos casi media hora en llegar a Schwabing. Estacionamos el Volkswagen, lo cerramos con llave y nos lanzamos a recorrer el barrio

El frío había disminuido y la caminata prometía ser agradable. Los edificios eran casi todos nuevos, monobloques en su mayoría. Pero la suciedad estaba presente, con cachet bohemio. En los balcones colgaban ropas y botas de vino A través de una ventana se oía música dodecafónica y de otra ventana fluía el último ritmo danzante.

Entramos en un bar y pedimos cerveza. Aprovechamos para orinar e higienizamos un poco. Sherif fue el último en salir. Cuando volvía a nuestra mesa, una pelirroja lo saludó por su nombre. Se detuvo, mirándola con duda. Luego de una breve conversación pareció reconocerla, Continuó charlando y terminó a su lado, olvidándose de nosotros.

Con Omar bebimos nuestra cerveza y, viendo que Sherif ya había pedido otra para él y su imprevista compañera, presentimos dificultades. Aguardamos un tiempo prudencial y nos levantamos. Hicimos suficiente ruido con las sillas para que. Sherif se sintiera aludido, Al fin vino para rogarnos que continuásemos solos hasta Garmisch: él nos alcanzaría con el último tren de la noche. Había conocido a la muchacha en un Congreso de Química donde actuó como traductora. Tenía mucho que conversar con ella.

- Casi ni la reconoces y ahora tienen mucho que conversar -- observó Omar con sorna.

Sherif me guiñó un ojo. Nos acompañó hasta la puerta empujándonos dulcemente:

² Friburgo "la santa" con Munich "la alegre".

- No te amargues, Omar. En Garmisch te conseguiré otra pelirroja que te quitará la hiel del corazón

Le deseamos buena suerte con evidente hipocresía y subimos al auto. En una hora y media recorrimos los 96 km que nos separaban de Garmisch. Había oscurecido completamente, como si en vez de ir a la montaña hubiéramos descendido a una caverna.

Enfilamos hacia la pensión Aunque era tarde y los demás huéspedes ya habían cenado, nos prepararon un plato caliente. El comedor solitario olía a frambuesa.

Nos preguntaron si preferíamos la Bettdecke o frazadas. Me alegró esta atención concedida a los extranjeros. ¡Por supuesto que elegí las frazadas! Descansaría de ese endemoniado acolchado que martirizaba mis noches de Friburgo.

Estábamos bastante fatigados y decidimos ir a dormir sin esperar a Sherif, cuyo tren llegaría pasada la medianoche.

- 3 -

Al despertar comprobamos que Sherif no había venido. Omar hizo un breve comentario admonitor sobre las farándulas de su compañero. Desayunamos y decidimos iniciar nuestras actividades prescindiendo de él.

Fuimos a un negocio que alquilaba equipos completos de esquí. Por entre dos nubes que se desperezaban lentamente, el sol empezaba a prodigar sus rayos abundantes y tibios. La nieve de las calles había sido barrida y los automóviles circulaban con libertad. Numerosos esquiadores se desplazaban hacia los campos de deporte.

No tuvimos dificultad en proveernos de todo lo necesario. Lo único que nos faltaba era saber esquiar. Omar ni siquiera sabía calzar los botines.

Nos inscribimos en un grupo de ignorantes. La primera lección consistió en ascender una ladera nevada con el equipo puesto. El frío de la mañana dejó de sentirse. ¡Nunca imaginé que transpiraría tan profusamente! A la hora ya me habla quitado la chaqueta y el pullover, atándolos alrededor de mi cintura. Caí varias veces, resultando engorroso incorporarme: tenía la impresión de que los pies habían crecido tanto que todo el cuerpo giraba alrededor y en dependencia de ellos.

El instructor hablaba en alemán y luego repetía en inglés. Nuestro grupo era muy heterogéneo. Sólo nos unía una condición: no saber esquiar. Confieso que ese rasgo común era ridículo en una estación como Garmisch, hacia donde confluyen campeones olímpicos.

Al atardecer, luego de un baño emoliente, fuimos a tornar una copa. Me dolían los músculos, pero mi cuerpo estaba como aligerado por una sensación de bienestar. Entramos en un bar lleno de jóvenes. Se oía hablar varios idiomas. Logramos ubicarnos en un rincón y nos desplomamos sobre confortables butacas. El aire estaba impregnado de humo y risas. Los abrigo y bonetes manchaban de color el fondo oscuro de la madera. Nos encontrábamos en plena montaña, en vísperas de Navidad, mezclados con esquiadores de todo el mundo.

- Lástima que o esté Sherif.

- El es así -- repuso Omar --. Incluso es capaz de quedarse toda la semana en Munich. Si no llega mañana, avisaremos en la pensión, para no pagar por tres. Ya me hizo una trastada semejante cuando viajamos a Lucerna: se encontró con una amiga en Basilea y se disculpó conmigo diciendo que tenía mucho interés en conocer a fondo el Museo. ¿Te das cuenta? Y me dejó continuar solo. Es muy irresponsable o quizá, contradictorio. Lo Conozco bastante por el hecho de pasar casi todo el tiempo con él, sea en el trabajo, sea en casa y he llegado a estimarlo Pero algunas de sus salidas son asombrosas y extemporáneas. No sólo me refiero a las mujeres; al fin de cuentas es cosa suya. Pero en política, por ejemplo, tiene algunas ideas que llenan de perplejidad o de indignación. Hemos discutido en varias ocasiones y ha logrado enfurecerme, sinceramente. Pero cuando uno está por estallar dice un chiste oportuno y desarma. Hasta ahora no sé qué piensa sobre una serie de cosas. Mira: hay momentos en que se me revela como un comunista; en otros parece un nacionalista árabe; elogia a Nasser y lo insulta; elogia a Bourguiba y lo insulta. ¡Hasta elogió a Israel! Y también la insultó. No creo que sea tonto ni loco. Pero ahí lo tienes, cambiando de ideas con la misma naturalidad que los árboles cambian de hojas. Se me ocurre que las ideas no le duran más que las mujeres; o tiene varias simultáneamente, en ambos casos. Se lo dije. ¿Sabes cuál fue su respuesta? Que mis prejuicios impiden que yo capte la unidad de su pensamiento.

- Es un individuo que juega con las mujeres, con las ideas, con los amigos, con todo.

- Sherif no parece un intelectual árabe. Hay cosas que un árabe no dice ni drogado. ¡Y él lo dice y lo repite! Con frecuencia defiende la peligrosa doctrina Bourguiba. Eso ya es repudiable. ¡Y va más lejos! Según él, Bourguiba está bien orientado pero se mostró mezquino con Israel. ¿Te das cuenta? ¡Habla como un sionista!

Omar Dakani evidenciaba sincero enojo. Arrancó unos pétalos del ramito que adornaba la mesa y los fue deshaciendo con los dedos. Yo lo comprendía. Su rostro cuadrado, de cejas pobladas, adquirió un tormentoso resplandor. Su boca carnosa se contrajo con fuerza y disgusto. Y no era para menos: la doctrina Bourguiba significó una grieta en la monolítica posición árabe frente a Israel. Habib Bourguiba, en su calidad

de presidente de Túnez, inició una publicitada gira por el Medio Oriente en marzo de 1965. Su propósito no era claro. En Jordania lanzó una propuesta para solucionar la cuestión de los palestinos originando una ingente ola de perplejidad: sostuvo que se debía entrar en negociaciones de paz con Israel! Todo el esfuerzo árabe por destruirlo se, desmoronaba entonces como un castillo de naipes, anulando para siempre nuestras justas demandas. Bourguiba repitió sus propuestas en otros países árabes y, no conforme con ello, la reafirmó en su conferencia de prensa mantenida en París. Sostuvo que las fronteras de Israel debían retroceder hasta las determinadas por las N.U. al efectuar la Partición de Palestina en 1947. También afirmó que los refugiados palestinos hallaríamos la solución que no se logró en 17 años de beligerancia. Claro: nos pagarían indemnizaciones, se permitiría la reunión de familias, se nos colonizaría en otros países, pero la gran injusticia no sería jamás saldada: la mayor parte de Palestina quedaría en poder de los judíos.

- ¿Y cuáles son las mezquindades de Bourguiba? -- pregunté escandalizado.

- Poner condiciones para negociar. Según Sherif, los árabes nos encontramos ante hechos consumados y sólo hallaremos la victoria en ofensivas de paz: reconocer a Israel e iniciar un trabajo planificado regional que incluya un Estado palestino.

- ¡Es fantasioso!

- No te apures: Sherif es raro, desconcertante. Una noche, mientras yo estudiaba, entró con el periódico en la mano señalándome el nuevo presupuesto votado para la UNRWA. Empezó a lamentarse sobre la situación de los refugiados, describiendo sus penurias y privaciones como si las estuviera viviendo. Al principio no le presté mayor atención, pero continuó hablando. Su énfasis parecía tan sincero, que giré en mi sillón y observé su enorme figura recortada como la de un poeta posesionado en la creación de una elegía. Nunca oí palabras tan conmovedoras. Sherif mostraba su fibra más noble a través de una elocuencia maravillosa. Cuando llegó al final, se sentó en el borde de la cama con los ojos fijos en el suelo, el cabello despeinado y el diario pendiente de sus dedos. Yo no podía romper ese silencio que parecía parte de la densa lamentación con que llenó la pieza. Sherif descendió lentamente su mirada y, cuando alcanzó la mía, lanzó una observación disparatada sobre el olor que despedían los calcetines que me había quitado una hora antes... Así, brutalmente, rompió todo el encanto de un discurso inolvidable. Sabes bien cómo procede a la inversa, cerrando una perorata pornográfica con una frase magnífica que parece extraída del cielo.

- 4 -

El 24 de diciembre sirvieron una cena especial con motivo de Nochebuena. Nos pusimos la mejor ropa.

En un rincón habían instalado un abeto con la alegre decoración tradicional. Todo lucía brillante y limpio. Culminaba la fiebre de preparativos que agitaba a Europa desde semanas antes. Parecía que el año confluyera en esa noche, centro del tiempo universal.

No era la primera vez que asistía a una fiesta cristiana: en el Líbano tuve ocasión de participar y conocer muchas de ellas, aunque según el rito oriental. La Navidad en Alemania me atraía porque siempre la consideré una festividad de cuño europeo. Los discípulos de Jesús y los primeros cristianos no acostumbraban celebrar el cumpleaños del Maestro. Pude comprobar que el 25 de diciembre es una fecha que no se menciona en la Biblia ni en las tradiciones primitivas. En esa fecha el tiempo en Tierra Santa es frío y lluvioso; esto no coincide con el relato de los pastores que vivían al aire libre; a esa altura del año ya no hay pastura en los campos y las ovejas han sido encerradas. Es poco probable que María hiciera un viaje tan largo de Nazareth a Belén, debiendo atravesar terrenos montañosos e inclementes, poco antes de dar a luz. Se aduce que el viaje de María fue impuesto por la ley de empadronamiento exigida por Roma, pero a los romanos no les faltaba sagacidad como para lanzar un edicto que los rebeldes judíos no cumplirían aprovechando la contingencia del mal tiempo reinante. A Roma le era más efectivo llevar a cabo dicho empadronamiento cuando se realizaba la peregrinación anual a Jerusalén al comienzo de la primavera. Todas estas razones me indujeron a creer que Navidad y nacimiento de Jesús tienen poca vinculación histórica. Ello no era óbice para que la aceptase como una hermosa tradición “europea” y me deleitara su celebración.

Nos acomodamos junto a los otros huéspedes. No faltó quien preguntara si éramos cristianos. Omar y yo profesamos el Islam -- creo que esto ya lo sospechaba la mayoría -- y aclaramos nuestro respeto por Jesús y muchos personajes de la historia sagrada cristiana. Luego de estas consideraciones el ambiente se distendió.

Por la circunstancia de ser los únicos “infieltes”, nos tributaron atenciones más cálidas. Parecían sentirse obligados.

Una señora expresó que la emocionaba celebrar Navidad con dos musulmanes: la vieja rivalidad entre ambas religiones se disolvía junto al pequeño abeto encendido con sus esferas de color; esa Navidad estaba enaltecida por el clima de tolerancia y acercamiento inaugurado por el Concilio Ecuménico Vaticano II. Agradó el énfasis preciosista que puso en su intervención. Amablemente le respondí que esa rivalidad no siempre fue aguda. Añadí que el espíritu de tolerancia no es patrimonio ni creación del Concilio: la Aleya 256 de la segunda Sura del Corán ordena:

“Nada de imposición en cuanto a religión”.

Esta cita causó sorpresa. Para muchos el Islam era coercitivo. El diálogo se animó. Atribuí los falsos conceptos de Occidente a una enseñanza dirigida a menospreciar al Islam. La belicosidad religiosa -- dije -- no es atributo exclusivo del Islam: a su turno lo fueron todas las confesiones, incluso la cristiana. Opiné que el Concilio Ecuménico lanzó una consigna de tolerancia y acercamiento grata a toda la humanidad, sólo cuando la humanidad evolucionó hacia un punto que exigía esa consigna.

Un hombre notablemente corpulento me pidió que relatara la versión musulmana del nacimiento de Jesús: sería una contribución al encanto de la noche.

Ese hombre tenía algo de magnético, quizá el timbre abovedado de su voz, quizá la imponente de su físico, quizá su cabeza desordenada con espesos mechones blancos.

- El Corán no se detiene en detalles -- expliqué --: menciona algunos pocos hechos u objetos con los que recrea el ambiente, lo llena de poesía e insinuaciones y reafirma el mensaje de fé. La narración es como sigue: "María se retiró de su familia para dirigirse hacia el este. Cubrió su rostro con un velo para protegerse. Entonces la visitó el espíritu de Dios anunciándole su sagrado designio. María, virgen, concibió en su seno al futuro Mesías. Esta situación la obligó a refugiarse en un lugar apartado". Refiere la Sura decimonovena que "los dolores del parto la sorprendieron cerca de una palmera. En su angustia, lanzó un grito de desesperación: ¡Ojalá hubiese muerto antes de esto y me hubieran olvidado completamente! Pero el dolor fue mitigado por Jesús, quien acababa de nacer y la consoló: No te apenes, porque el Señor ha hecho correr un riachuelo a tus pies. Agita el tronco de la palmera y caerán sobre ti dátiles maduros y frescos. María regresó a su pueblo llevándolo en brazos. Pero la recibieron con palabras muy duras: ¡Tu padre jamás fue un adúltero ni tu madre una adúltera! María indicó que interrogaran al niño.

Ellos le respondieron burlescamente: ¿Cómo hablaremos a un niño que aún está en la cuna? Sin embargo Jesús habló y les dijo: Por cierto que soy el siervo de Dios, quien me concederá el Libro y me designará profeta; me hará benefactor dondequiera esté y me encomendará la oración y el azaque mientras viva; me hará piadoso con mi madre y jamás permitirá que yo sea soberbio ni rebelde, la paz fue conmigo desde el día en que nací, será conmigo el día en que muera y el día que sea resucitado. Este es Jesús, hijo de María."

Me escucharon atentamente. La mayoría ignoraba esta versión. Manifestaron su asombro por mi memoria.

- Mi memoria no es superior -- repliqué -- Los musulmanes estudiamos al Corán desde niños, como seguramente no lo hacen los cristianos con la Biblia, siguiendo el método de grabarlo línea tras línea. Reconozco que es un método abandonado por la pedagogía moderna, pero tiene sus

ventajas. Saber de memoria el Corán no sólo implica recordar Aleyas en cada circunstancia de la vida, sino haber introducido en la mente la riqueza lingüística de ese Libro. Los niños no comprenden todo lo que repiten, pero a la larga su memoria se convierte en un cofre lleno de material precioso, sea idiomático, sea moral.

- Quizá me equivoque -- se excusó tímidamente un joven --, pero la enseñanza musulmana se centra en el Corán y hasta pareciera bastarle con el Corán. En el mundo cristiano del medioevo ocurría otro tanto con la Biblia, considerada entonces como la única versión infalible de toda ciencia. Creo que ese resabio medieval persiste entre los musulmanes.

Mahoma nos ha dejado magníficos Hádices³ que responderán con elocuencia -- le contesté --. Dijo: “La ignorancia es una mala cabalgadura, que hace ridículo a quien la monta y al que la conduce”. “Instruirse es deber de todo musulmán”. “Buscad la ciencia, aunque debáis ir a la China para encontrarla”. “El que es amado por Dios comprende la religión por las ciencias, y para adquirir las ciencias hay que estudiar”.

- Pero siempre supedita todo a la religión, es decir al Corán...

- No exactamente. Mahoma también enseñó: “Por cierto que la tinta de los sabios es más preciosa que la sangre de los mártires”. Si aún piensas que el Islam limita el avance de la ciencia, recuerda este otro Hádice: “Asistir a las lecciones de un sabio es más meritorio que hacer mil genuflexiones, que visitar mil entierros”. Al margen de esto, es necesario comprender que el Islam excede los límites de una religión: es un modo de vida. No es fácil separar la Iglesia del Estado, porque el Islam no es propiamente una Iglesia, sino una reunión de fieles, una comunidad, lo que se llama umma. Lo jurídico y lo ritual, lo sagrado y lo profano se atornillan, se confunden.

- La fórmula cristiana de dar al César lo que es del César y a Dios...

- No es aplicable. Excepto el Líbano, ningún Estado árabe tiene una Ley o constitución separada del Islam.

- ¿Ni siquiera los más progresistas?

- ¿Qué entiendes por progresista? La Constitución de Siria de 1964, que la proclama república democrática, popular y socialista, exigía que el Presidente fuera musulmán de la secta sunni y que la fuente de la legislación sea el derecho musulmán. La Constitución de Argelia proclama en un artículo que el Islam es la religión del Estado.

- Pero ¿no aspiran los palestinos a un Estado laico?

- El sentido de lo laico no es igual entre árabes que entre europeos.

- Usted me asombra.

³ Máxima o tradición del Profeta.

- ¿Por qué? Somos universos diferentes. No está bien expresarlos con palabras iguales, sin cambiarles antes el sentido. Una irresponsabilidad. El error está en las palabras, no en la divergencia de universos.

El que me pidiera la versión coránica del nacimiento de Jesús me tendió su mano grande.

- Soy Rolf Freytag. Su conocimiento del Islam me ha impresionado.

- No soy el único árabe que conoce su religión.

- Pero sí uno que sabe transmitirla. ¿Estudia en Alemania algo afín con teología?

- No... soy neurocirujano.

- ¿Ah, sí? Original combinación: neurocirujano y teólogo.

- No bromeé; de teólogo no tengo nada.

- Pero usted es seguramente un hombre devoto. ¿La vida en Friburgo le permite cumplir con los deberes rituales?

- ¿Deberes rituales? Conociendo el Islam se sabe que los verdaderos deberes son los éticos, no los rituales. Y es posible cumplirlos en Friburgo tan bien como en la Meca.

- Buena respuesta -- se sentó a mi lado.

- Además, no soy demasiado ortodoxo... -- aclaré.

- Lo celebro: yo tampoco. Para mí las religiones (perdone: el Islam es una religión) sintetizan las aspiraciones e instintos del hombre. Por un extremo lo elevan hacia el cielo y por el otro lo maniatan a la tierra. Según la época que nos toque vivir, estamos más cerca de un cabo o del opuesto.

Tenía una figura atlética, imponente. Fumaba una retorcida pipa bávara, con diminutos adornos.

- ¿Cuál es su profesión? —pregunté.

- Abogado.

Hice un movimiento de aprobación. Correspondía a semejante físico: su sola presencia debía encoger el corazón de la otra parte.

- ¿Le gusta Friburgo? -- lanzó una bocanada de humo.

- Sí.

- Allí vive una mujer de gran talento: Ingrid Beickert. Es una filóloga de nota. Somos grandes amigos y hace tiempo que le debo una visita. Friburgo es un centro importante de estudios filológicos.

- Si, me lo dijo precisamente un estudiante de filología

- recordé a Gerhard Reiser.

Sin rodeos, cambió de tema:

- ¿De qué parte de Jordania es usted?

- ¿Cómo sabe mi procedencia?

- Por él -- apuntó con su pipa al hotelero que departía enfrente con varias personas.

- No soy jordano, sino palestino. Mi pasaporte es de Jordania.

- Ah, ya entiendo. Es usted un refugiado de Palestina.

- En efecto -- respondí con inevitable perplejidad, pero también con orgullo.

Freytag giró su amplio cuerpo para contemplarme de frente. Puso una mano sobre mi hombro y dejó que su boca se desplegara en abierta sonrisa.

- ¡Encantado de conocerlo, entonces!

- 5 -

Al día siguiente, mientras desayunábamos, apareció Freytag vistiendo un juvenil equipo deportivo. Nos saludó con aire jovial y se incorporó a nuestra mesa. Cumpliendo una fórmula alemana preguntó si habíamos dormido bien; respondimos que sí: entrar en detalles sobre una noche interrumpida por pesadillas u otros inconvenientes, si los hubo, no interesaba; bastaba una contestación afirmativa.

El doctor Freytag se frotó las manos, llamó por su nombre a la muchacha que nos servía y pidió un abundante desayuno.

Mientras esperaba sacó una tostada de mi plato prometiendo devolverla.

- ¿Cómo va el esquí?

- Nos hemos incorporado a un grupo de aprendices. Tanto Omar como yo conocemos algunos rudimentos, pero es como no saber nada.

- Aprenderán pronto. El esquí es uno de los deportes más hermosos y completos, pero no el más difícil... si se lo ama. Soy aficionado a varios deportes, especialmente la natación y el tenis, Pero el esquí es mi favorito. Desde que vivo en Munich no he dejado pasar un solo año sin venir a practicarlo. Lo hago siempre durante las vacaciones de Navidad, pero además aprovecho numerosos fines de semana Para aprender el esquí sólo es necesario esto: ¡tesón! -- afirmó cerrando su enorme puño --. ¿Qué tal el instructor?

- Paciente, habla en alemán y traduce al inglés, nos ayuda a incorporarnos cuando rodamos por la nieve, nos estimula a continuar cuando protestamos por el cansancio.

- Ustedes necesitan ver. Es necesario que el deporte entre por los ojos y sea digerido por el subconsciente, Luego hay que lanzarse, como el que baila o nada por primera vez.

- Y romperse la nuca.

- Vengan hoy conmigo: obtendrán otros beneficios.

- Usted se aburrirá infinitamente, perderá la mañana.

- Amigos, si los invito, es porque no pienso aburrirme.

Le trajeron el humeante desayuno. Inspiró gozoso y lanzó un rugido de aprobación. Separó una tostada y la instaló en mi plato, cumpliendo la devolución prometida.

Omar prefirió tomar su lección habitual y yo decidí acompañar al doctor Freytag. Me resultaba sobremanera simpático y una mañana con él prometía, al menos, ser alegre.

Camino al teleférico Rolf Freytag silbó una melodía. Dijo que a floraba espontáneamente cuando sus nervios estaban sosegados; la había aprendido cuando niño y era la única compañía que jamás lo abandonó. Era difícil determinar su edad. La abundante cabellera plateada no coincidía con las facciones juveniles de su rostro y mucho menos con el vigor de sus músculos. Caminaba con paso firme: empezó a resultar difícil mantener su ritmo, pero disimulé.

Calzamos los esquíes y ascendimos la ladera compacta de nieve. El lo hizo con envidiable rapidez. Yo transpiraba. Corrigió el movimiento de mis rodillas. Subimos un poco más. Al rato me detuve para quitarme el pullover y atarlo alrededor de la cintura. Tal como ocurrió en los días anteriores, traspuse el umbral de la fatiga y la ignoré. Avancé con más energía. Freytag iba adelante, me estimulaba con su vozarrón Yo observaba atentamente los detalles de sus movimientos, la inclinación del cuerpo, la posición de los bastones, la firmeza de sus tobillos. Cuando alcanzamos una altura apreciable nos detuvimos para efectuar el descenso.

Ante nuestros ojos se extendía una inmensa sábana blanca salpicada por los manchones verde oscuros de las coníferas. Los esquiadores, como puntos de color, se desplazaban zigzagueando, levantando nubes en sus giros, rayando la alba superficie.

Freytag explicó brevemente las normas del nuevo método austriaco. Corrigió otra vez mi flexión de rodillas y tobillos. Concluyó recordándome que esquiar no consiste en deslizarse por una pendiente en línea recta, sino esquiar con elegancia los obstáculos y controlar la velocidad. El iría primero. ¡Adelante!

Con un fuerte impulso se lanzó ante mis expectantes ojos. Su cuerpo se inclinó con elasticidad, girando ampliamente o en ángulo agudo. Sus hombros dirigían como timón el camino de los esquíes, rotándolos en sentido inverso al del giro, lo cual le permitía efectuar un gracioso y continuado balanceo. Poco a poco su figura se redujo en la profundidad. Cuando por fin llegó abajo, agitó sus brazos invitándome a seguirlo.

Apreté los bastones, los clavé en la nieve. Concentré la atención en la posición de mis piernas; mantuve firme los tobillos. Me deslicé satisfactoriamente. La velocidad aumentaba. Pronto vi que iba derecho hacia un montículo. No pude realizar la maniobra para evitarlo y avancé en línea recta. Sentí que el corazón me subía a la garganta. En un santiamén se había invertido la inclinación de mi cuerpo, alcancé la cima del montículo y me sentí volando por el aire. Traté de conservar el paralelismo de los esquíes, pero al tocar otra vez el suelo perdí el equilibrio y rodé levantando una cortina de nieve.

Tardé un rato en incorporarme. Me sacudí la ropa y miré hacia abajo. Freytag hacía señas para que prosiguiera. Retomé la posición y avancé otra vez.

Preguntó si me había hecho daño. Ante mi negativa, me palmeó la espalda.

- Lo sentirá más tarde —dijo riendo; después agregó— ¿Repetimos la prueba?

Antes que tuviera tiempo de contestarle se puso en marcha. Canturreó un poco. Mientras subíamos me explicó de nuevo; con risueña obstinación, las normas del deslizamiento. Insistió en la necesidad de controlar la velocidad, de aprender a frenar. Describió cada uno de mis defectos. El ascenso esta vez fue más rápido y llegamos más alto. Lanzó una exclamación de placer ante la majestad del paisaje. Se divisaban los tejados de Garmisch y los verdes campanarios a bulbo, tan típicos del arte bávaro. A nuestras espaldas se erguía la imponente Zugspitze con sus casi 3.000 metros de altura.

Esta vez descendimos juntos. Su voz sonora indicaba mis movimientos. Zigzagueamos con lentitud y pude esquivar un grupo de erizados abetos. La exigencia de mantener los esquíes paralelos me parecía endiabladamente difícil. Pero Freytag no permitía licencias. Luego de algunos minutos tuve la sensación de que no controlaba el arco de un giro y caí de cabeza. Freytag me incorporó de un tirón, sin dejar de reírse. Me sacudió la nieve y continuamos hasta el final.

Cuando nos quitamos los esquíes intentó consolarme:

- No sé si es mucho lo que aprendió conmigo. Pero le aseguro que se conquistó mi simpatía.

- Vamos, ¿encima se burla?

Me invitó a beber unas copas en el Club de esquiadores: aún faltaba una hora para el almuerzo.

Nos instalarnos junto a la ventana de doble vidrio. Una radio transmitía música. Fuerte olor a madera de abedul brotaba del techo y las paredes; Sobre la mesita cubierta con mantel a cuadritos blancos y rojos reverberaban tres bolas azules junto a una rama de muérdago florecido.

- El lugar es confortable, evoca los solitarios refugios para alpinistas.
- Conozco varios. Pero esto es mucho más lujoso.
- Sí, claro
- Ni hablar de las provisiones. ¿Pedimos algún cocktail con lava en ebullición?
- Me conformo con un buen *cognac*.

Cesó la música. Freytag cruzó su boca con el índice: escuchemos el informativo. Hoy será más abundante que nunca.

La radio sonaba bastante fuerte. “Ha sido abierto el muro de Berlín. Miles de alemanes hacen cola para reunirse con sus parientes. Casi todos llevan obsequios de Navidad. Las autoridades de la Zona de Ocupación Soviética ⁴han repetido su gesto humanitario y lo utilizan como propaganda política. El Muro de la Vergüenza, desde su erección el 13 de agosto de 1961 hasta hoy, es el símbolo de nuestra trágica división nacional. En estos días en que el mundo celebra el nacimiento del Redentor, desde las iglesias de Alemania se elevan las plegarias por la unión de nuestro pueblo y por la recuperación del territorio patrio amputado”.

Rolf Freytag escuchaba mirándose las uñas. Aguardé la conclusión de la tanda.

- ¿Qué opina sobre la recuperación de esos territorios, allende los ríos Oder y Neisse?

Levantó la copa de *cognac* como si leyera en ella. Desde un costado emitía agujas de luz.

- Esos territorios, amigo mío -- respondió con triste certeza -- no se recuperarán jamás.

Contrajo la frente y deglutió otro sorbo. Las agujas de luz se desplazaron.

- He llegado a esta convicción después de haber pasado por una larga experiencia. No creo que me comprenda, aunque tenemos un rasgo muy importante en común: anoche usted me explicó que no es jordano, como señala su pasaporte, sino palestino, es decir “refugiado de Palestina”. Yo

⁴ “Sowjetische Besetzung Zone” como en la República Federal Alemana se denominaba a la República Democrática Alemana.

nací en Silesia, al otro lado de la línea Oder-Neisse. Por el acuerdo de Potsdam, al finalizar la guerra, fuimos obligados a evacuar esos territorios.

Se produjo la migración más grande de la historia: nueve millones de alemanes abandonamos hogar y tierras. Por lo menos dos millones desaparecieron en el camino. El mundo estaba absorto con los juicios de Núremberg, con el descubrimiento de los crímenes sin parangón que cometieron los nazis. Por eso el mundo no tuvo margen de atención para enterarse de lo que pasaba con millones de alemanes que también sufrieron la bota del nazismo. Yo soy el único sobreviviente de mi familia. Una parte murió en la guerra, pero mi esposa y mis hijos perecieron en la marcha.

Sorbió otro trago.

- Este siglo -- prosiguió -- es el siglo de los refugiados. Piense en esta cifra: ¡solamente en Europa, desde el año 1912, se han visto obligados a abandonar su patria sesenta y ocho millones de personas!

Asocié instantáneamente a mis hermanos, el millón de refugiados palestinos y me sentí algo incómodo. Estaba acostumbrado a considerarla la cifra más elevada y cruel del mundo, que por sí sola merecía prioridad en cualquier consideración.

- No mencioné a los refugiados de otras partes -- añadió --. ¡Se calcula que desde el comienzo de este siglo hasta la década del 60, se han producido en total cerca de ciento cincuenta millones de refugiados!

- Esas cifras son increíbles.

- Son reales. Desde que me establecí en Munich e inicié una nueva vida, he dedicado muchas horas a reunir y estudiar una frondosa documentación sobre el asunto. Todo el material que he podido recoger, sea en estadísticas, sea en relatos personales, me ha resultado siempre valioso. He dictado varias conferencias. Me apasiona este horrible producto de nuestra pedante centuria.

Por ello se alegró de conocerme, pensé. Soy el capítulo inconcluso.

- Usted es un refugiado, como lo he sido yo y...

- Disculpe -- lo interrumpí, captando al instante el giro de su frase -- ¿Por qué dices "como he sido"?

- Cuando transcurran algunos años más -- agregó acentuando cada palabra -- usted también dirá "como he sido". Pero no porque vuelva a su viejo hogar, como tampoco volveré yo.

- Se equivoca. Los tiempos son distintos. También los lugares. Palestina no es Alemania. Y la paciencia árabe, la fantasía y la terquedad árabes, tampoco son las alemanas. Yo volveré: a una Palestina árabe y libre.

- Veá, querido amigo. La historia de los refugiados en todo el mundo es tan ilustrativa como para permitirme formular semejante aseveración, aunque le resulte monstruosa.

- Sí, es monstruosa. Palestina es mi hogar y mi destino. Mientras viva fuera de ella, continuaré sintiéndome un refugiado.

Además, los palestinos no somos únicamente un problema de refugiados. Así comenzó. Ahora ya es un problema nacional.

Por el rostro de Freytag pareció cruzar un velo.

- 6 -

Después de cenar Omar lo invitó a un rincón de la sala. Yo le había contado sobre su notable exposición en el Club de Esquiadores: 68 millones de refugiados en Europa, 150 millones en el inundo sólo hasta el año 1960. Nueve millones de alemanes expulsados, 2 millones muertos en la dura marcha hacia el exilio. Estadísticas atroces.

- Usted conoce mucho el tema de los refugiados -- empezó a tirarle la lengua.

- Ah, mi hobby! -- sonrió Freytag quitándole importancia.

- Un hobby algo tenebroso... Informarse sobre tanta miseria y frustración resulta, ¿cómo le diré?... no muy alegre.

- Depende de cómo se lo mire. Un médico estudia enfermedades, penetra en sus horrores y aprende a curarlas. Es distinta la situación del médico y la del enfermo. Yo he sido refugiado, es decir un enfermo. Me puse a estudiar los refugiados para llegar a ser médico.

- ¿Y ahora puede curar la enfermedad?

- Igual que los médicos: curar muchas veces, consolar siempre.

- Como "médico" ¿ya no se siente más enfermo, es decir, refugiado?

- No. Al llegar a "médico" me di cuenta que estaba curado.

- Extraño razonamiento, doctor.

- Nada extraño. El hombre soporta mejor su desgracia cuando rompe la introversión y consigue identificarse con el dolor ajeno. El desgraciado que consuela puede llegar a sentirse feliz. Es una fórmula esquemática, pero se cumple a veces; por lo menos en mi caso.

- Usted va demasiado lejos. Una cosa es sobrellevar la herida y otra es creer que esa herida no existe -- insistió Ornar.

- La herida existió, pero se ha curado. No puedo identificar cicatriz con herida abierta. De hacerlo me convertiría en hipocondríaco. Los hay, entre los refugiados.

- Es decir, ¿gente que se considera refugiada sin serlo?

- Mire, amigo Dakani, es un lugar común repetir que la evolución prodigiosa de la técnica ha conducido al acercamiento de los hombres, Pero esta misma técnica produjo divisiones de estados y de pueblos, migraciones forzadas, intercambios de masas. Si escudriñamos la historia, veremos que siempre hubo grupos que sufrieron insoportables presiones de otros grupos más fuertes originándose huidas o expulsiones. La secuela inmediata de casi todas las guerras no sólo fueron cadáveres y prisioneros, sino también los movimientos migratorios de poblaciones inocentes acuciadas por el terror. Una guerra no sólo concluye en muertes sino en refugiados. Esta palabra es de reciente cuño, pero no así su origen. Ahora bien, desde el comienzo de este siglo, se calcula que las dos guerras mundiales y una seguidilla de guerras locales produjeron 150 millones de refugiados hasta 1960. Esta cantidad abrumadora es suficiente para condenar a nuestro siglo como el más depravado, el más inhumano y cruel de cuantos se tenga memoria, Si quiere un punto de arranque, señalaré las guerras de los Balcanes que precedieron la primera contienda mundial: Turquía, vencida, no sólo tuvo que lamentar muertos y prisioneros, sino 100.000 turcos refugiados que abandonaron sus hogares ancestrales en Macedonia y Tracia occidental.

Se interrumpió. Luego preguntó tranquilamente.

- ¿Continúo? Es aburrido.

- Es apasionante -- repliqué --. Por favor, siga.

Sonrió. Bajó los párpados reconcentrándose y abrió sus grandes manos.

- A poco de estallar la primera guerra mundial, la humanidad ya estaba lanzada irremisiblemente hacia un porvenir muy sombrío, donde prevalecían técnicas de destrucción en masa y cada vez se tenían menos contemplaciones con la población civil. En el verano de 1915 las autoridades de la Rusia zarista deportaron 150.000 colonos alemanes de Volinia; los turcos adoptaron idénticas medidas con griegos y asiáticos. El volumen de refugiados ascendió sin cesar. Al finalizar la guerra, el establecimiento del Estado soviético originó una avalancha de refugiados rusos cuyo número era alarmante: un millón y medio. El presidente de la Cruz Roja Internacional hizo un llamado a la Liga de las Naciones para organizar un Comisariato para Refugiados. La solicitud prosperó y se designó para tan urgente misión a un conocido investigador polar noruego: Fridjof Nansen, quien un año antes había contribuido significativamente para aliviar el hambre en Rusia. La obra de Nansen expresa con elocuencia la gravedad del problema de los refugiados en esa época. Creó el "*Nansen Passport Bureau*" y desplegó una ayuda intensiva para el

asentamiento y creación de trabajo para los refugiados rusos cuya situación empeoró cuando la URSS en 1922, considerándolos enemigos del nuevo Estado, los despojó de su ciudadanía. Nansen también ejerció su influencia en las negociaciones entre Turquía y Grecia, pero no consiguió impedir la expulsión de 600.000 turcos y de más de 1.000.000 de griegos. Cuando este inusitado intercambio de poblaciones no pudo ser detenido, creando un sombrío precedente para el futuro, Nansen trató de lograr que por lo menos se lo hiciera humanitariamente. Se ocupó luego de recaudar ayuda financiera para medicinas, víveres y ropas. En 1922 Nansen recibió el Premio Nóbel de la Paz. Después de su muerte se fundó en Ginebra la “*Nansen International Office for Refugees*” para continuar su obra. Y como institución esta oficina fue también honrada con el Premio Nóbel.

- Conozco la obra de Nansen -- acoté --. Y no es necesario que lo apoye tanto en el Premio Nóbel. Lo que usted acaba de narrar es muy interesante, doctor Freytag. Pero con ello no explica la acusación de hipocondríacos que formuló' contra ciertos refugiados. -- Muy sencillo. Hipocondríaco es quien, basándose en ciertos síntomas, se considera más enfermo de lo que en realidad está y a veces se atribuye males que no tiene; ningún médico lo satisface. ¿Se da usted por aludido?

- No coincido con su planteo.

- He mencionado los refugiados rusos, turcos y griegos. Tenemos que añadir 300.000 armenios, 200.000 búlgaros y otras cifras menores. ¿Cuántos suman? Compárelos con los refugiados palestinos.

- Suman tres veces más -- acepté con disgusto.

- Quería que usted mismo lo dijera...

Dakani lanzó una torva mirada.

Rolf Freytag extrajo de su chaqueta la pipa; hurgó en sus bolsillos y encontró la bolsita de tabaco. En un minuto consiguió figurar mí apasionada convicción: que los palestinos no éramos el paradigma de la tragedia contemporánea. Me sentí agraviado.

- Veamos que pasó después -- empezó a llenar parsimoniosamente la pipa --. Historia fresca, trillada. En 1933 Alemania cometió el error más burdo de su historia otorgando el poder a Hitler y poniendo en marcha un motor que transformaría la faz de la tierra. Nació una ola emigratoria como consecuencia de las persecuciones raciales y políticas, que se volcó sobre los países vecinos. Antes que se disparara una sola bala el número de estos refugiados alcanzó 400.000. Pronto se agregaron 360.000 españoles que huyeron a Francia cuando terminó la guerra civil. El mundo estaba en vísperas de su mayor desgracia. Por ese entonces yo vivía en Breslau y sentía que tras la euforia fanática de los nazis un diluvio de sangre ahogaría a Europa. Y así fue. Luego llegó el arco iris de la victoria pírrica: a

los alemanes se nos arrancó todo el territorio que se extiende más allá de la línea Oder-Neisse, entregándoselo a Polonia, para compensar a este país por las tierras que se anexó la URSS desde su acuerdo con Hitler; el resto de Alemania se dividió en dos partes desiguales transformándose en las puntas de lanza que una mitad del mundo aplica contra la otra mitad; Berlín quedó aislada como una isla, dividida a su vez. Ustedes conocen a través de lo que han oído la magnitud del bombardeo aliado contra ciudades alemanas: mientras Hitler rugía históricamente prometiendo victoria y lanzaba niños al frente, las bombas se descolgaban como inmensas planchas negras que aplastaban casas, iglesias, puentes, hospitales, destruyendo algunas ciudades hasta en un 90 %. Una rendición oportuna habría impedido esta carnicería de la población civil, pero los dirigentes de Alemania continuaron su locura hasta conseguir la mayor catástrofe nacional. No quiero excusar a Alemania cuando hablo de sus dirigentes, pero creo que esa lección debe aprovecharse. Nuestros dirigentes nos han conducido a un verdadero suicidio colectivo. Creo que en otros pueblos se repite la misma situación -- me señaló brevemente con su índice.

Nos quedamos unos minutos en silencio, los suficientes para que se acumulase en mi mente el recuerdo de ciertas notas periodísticas que atribuían a dirigentes árabes la responsabilidad de nuestro infierno.

- Tuvimos que abandonar el terruño -- prosiguió Freytag descansando la cabeza sobre el respaldo del sillón --. En Alemania se repite mucho esa espeluznante cifra de los nueve millones. Una enorme multitud se puso en movimiento. Las potencias vencedoras tenían un odio ardiente contra nosotros, por nuestros crímenes, los más aterradores y diabólicamente sistematizados que haya cometido el hombre. No se tuvo compasión con los alemanes, como los alemanes no la tuvimos con los judíos, los polacos ni los rusos. Los medios de locomoción eran rudimentarios, faltaban alimentos y ropas. Pero teníamos que marchar, teníamos que huir. Las interminables caravanas avanzaron a través de un invierno atroz. Dejaban como huellas de su paso los cadáveres de niños, ancianos y débiles. Mi esposa y mis hijos son parte de esas huellas... Sin embargo, esa migración, la más grande, fue ignorada por el mundo. El mundo estaba perplejo informándose sobre las matanzas nazis, los campos de concentración, los experimentos humanos, los crematorios, la explotación comercial del cabello, la grasa y la piel. El mundo seguía atentamente el proceso de Nüremberg. No podía romper su consternación para fijarse en los alemanes que morían de hambre, de frío y de epidemia en los caminos del destierro. A nuestras espaldas quedaron hogares, la tierra que nos vio nacer y donde florecieron nuestras ilusiones. El arte atesorado por generaciones a lo largo de los siglos fue abandonado, las raíces fueron cortadas. Parecía la huída de Lot al abandonar Sodoma, porque estaba prohibido mirar hacia atrás.

La enorme fortaleza del doctor Freytag no amenazó desmoronarse, ni siquiera narrando este episodio. Sus ojos continuaban secos, imperturbables. Omar pretendió tocarlo:

- El dolor que encierra esta historia debería hacerle pensar que continúa siendo un refugiado y que debe luchar para reconquistar su hogar. A menos que... habiendo perdido su familia, ya no le interese el resto.

- Señor Dakani, todo lo que usted resume en la palabra "resto" es muy importante para mí. Soy patriota, amo a Alemania. He sufrido por ella y he matado por ella. Mire estas manos, que son fuertes, que parecen limpias. Con estas manos empuñé armas, torturé y asesiné. Estas manos abandonaron los libros para defender la patria, aunque su bandera era criminal y sus dirigentes alienados. Con estas manos aplasté el cráneo de un polaco cuando golpeó con su machete a un grupo rezagado de viejos que emigraban con nosotros, lo envolví en una frazada y cargué su cadáver como un bulto de ropa hasta que pude enterrarlo en la nieve durante la noche. En Breslau nací y me eduqué, daría años de mi vida por recorrer de nuevo sus calles y contemplar su Universidad. Pero no me pida que luche por reconquistarla, que derrame la sangre de una sola persona más, que ponga en peligro la estabilidad y seguridad de mi pueblo. He reconstruido mi vida en Munich. Lo demás quedó atrás, junto con la guerra. Volver a Breslau significa expulsar a los polacos que están ahora establecidos allí; significa producir más refugiados. ¿Hasta cuándo?

Esa noche tardé en conciliar el sueño. Ante mí persistía la imagen de Rolf Freytag, con quien habíamos seguido conversando hasta horas avanzadas. Su informe sobre los refugiados estaba lleno de sorpresas y de episodios conmovedores. Quizá mi condición de víctima de protagonista, exageró mi enorme interés. Me identificaba con su miseria y sus angustias doquiera viviesen. El problema de ellos era mi problema. Sus tormentos eran los mismos que habíamos padecido y aún padecen muchos de mis hermanos. Mientras escuchaba, en mi mente parecía trazarse una línea que colocaba a los refugiados palestinos de un lado y a los demás del otro, provocando una continua comparación. Las causas no eran siempre iguales como tampoco lo era el grado de pauperismo y desesperación. Había países donde el problema alcanzó tal magnitud que no se creía factible un arreglo a breve plazo; sin embargo, aunque allí el número, las necesidades y los factores técnico-políticos eran muy graves, se terminó con el problema. Nosotros en cambio, después de tantos años, no sólo aumentamos el número y la indigencia, sino que no vislumbramos la solución.

Los refugiados palestinos nos hemos convertido en un pueblo espectral (como eran los judíos), que sueña con retornar a un suelo que ya no le pertenece y que vive en medio de hermanos que no lo asimilan. Permanecemos junto a la frontera tratando de ver cada mañana a través de los alambrados y del magnético horizonte, nuestro hogar perdido.

Nuestra herida en vez de cerrarse es reabierto diariamente con una puñalada. Año tras año prometen el retorno y nuestros corazones se alegran, Pero año tras año nos golpea otra frustración. Y entre alegría y frustración fue creciendo una conciencia nacional. Como ocurrió con los judíos. ¡Qué paradoja!

Quise preguntarle a Freytag su opinión sobre nuestro futuro, pero callé. Dejé que hablara sobre otros refugiados. Su erudición era notable, No sólo había reunido un enorme caudal de datos, sino que había viajado hasta el Extremo Oriente. Lo que él denominaba hobby era una pasión arrolladora.

Me impresionó la historia de los refugiados en Hong Kong. Nuestra desgracia parecía despreciable. Al producirse la Revolución China, Hong Kong era una posesión británica. Los comunistas la respetaron para evitar un conflicto con el Reino Unido o para asegurar un puente de enlace con Occidente. El torrente de refugiados no fue esperado ni detenido por la administración inglesa, que terminaba de reparar los estragos de la guerra durante la cual se habían bombardeado las instalaciones del puerto, permitido una invasión de ratas y la transformación en azote endémico del paludismo. Centenares de miles de personas rodaron en avalancha por sus calles. En poco tiempo el número de habitantes aumentó más de siete veces. Hong Kong se transformó en la ciudad más densamente poblada del mundo. Al principio los recién llegados invadieron las casas destruidas por la guerra: cada habitación y cada pasillo fue ocupado. La aglomeración alcanzó proporciones que en Europa serían inimaginables. Una pieza debía servir a dos y tres familias. Pero el número de personas desbordó las casas y ya no había más techos disponibles. Los nuevos refugiados trataron de proveérselo, construyendo chozas con papel, lata y harapos en las plazas, terrazas y balcones. Se agotaron esos espacios e invadieron las calles. Las chispas originadas por el fuego que hacían para cocinar su mísera comida, prendía en las barracas. Los incendios se tornaron frecuentes, algunos muy grandes, provocando muchas víctimas. Las autoridades iniciaron la construcción de enormes monobloques de cemento, algunos de seis y otros de siete pisos.

Freytag se extendió en la descripción de esas enormes colmenas que vio con sus propios ojos. La densidad humana era espantosa. Los servicios sanitarios ridículos. Por cada piso había dos grifos de agua que debían abastecer las sesenta habitaciones repletas de gente, limitándose el magro suministro a cuatro horas en total. La atención médica era imposible, como asimismo la internación, ni siquiera de los casos más graves, porque no alcanzaban los hospitales: los enfermos debían acostarse sobre esteras debajo de las camas, porque en éstas se amontonaban de a tres enfermos juntos.

En ese viaje mi itinerario comprendía también Corea y Vietnam —agregó Freytag—. Ambos países sufrieron una partición, semejante a la de Palestina. La partición de Palestina fue muy compleja en sus causas y en

sus consecuencias, La partición de Corea y Vietnam (también la de Alemania), en cambio, se debió a factores esencialmente políticos. En todos los casos se produjeron millones de refugiados. En 1951 las Naciones Unidas crearon un organismo para ayudar a los coreanos según el modelo de la UNRWA, que ustedes conocen bien -- me contempló a través del tul celeste que emergía del hornillo de su pipa bávara—. Se llamaba UNKRA, sigla de "*United Nations Agency for relief to Korean Refugees*". Este organismo fue disuelto cinco años después porque había cumplido totalmente su cometido, asentando cerca de... ¡tres millones de refugiados! (muchos más que los palestinos), incorporándolos a la nueva economía y consiguiendo su absorción. Tampoco fue una tarea sencilla: los gobiernos utilizaron la tragedia de los refugiados como propaganda política y no querían desprenderse de un instrumento emotivo tan contundente. Se evidenció una paradoja: ¡los mismos representantes de los refugiados eran los menos interesados en mitigar su infortunio! Las fuerzas internacionales no sólo tenían que luchar contra la miseria de los refugiados, sino contra la protervia hipócrita de sus defensores. El mundo oía sus encendidos discursos, llenos de lágrimas e indignación, pero no sabía que entre bambalinas obstruían los caminos de ayuda. Los fines políticos eran más importantes que el destino de toda esa multitud despojada.

Estas palabras de Freytag zumbaron largamente en mi cabeza. Los refugiados palestinos somos mucho menos que los coreanos; la UNRWA es anterior a la UNKRA. Sin embargo, nuestro problema no se resolvió. Conozco muy bien a la UNRWA, con sus camiones cargados de alimentos, sus *jeeps* de inspección y sus equipos sanitarios móviles. ¿Cuánto tiempo durará aún? Un escalofrío me recorrió al pensar que alguna vez terminará su mandato, que el mundo se cansará de aportar dinero para su presupuesto, que no llegarán más a los campos de refugiados palestinos alimentos, ropas, medicinas. ¿Qué pasará entonces con centenares de miles de hermanos míos hundidos en los campamentos, que sólo sirven como cantera de mano de obra barata para propios y extraños?

- 7 -

Ya estábamos acostados, Entró ruidosamente y encendió la luz.

- ¡Sherif! -- exclamó sorprendido Omar --. Temíamos que hubieras muerto.

- ¡Bah! No exageres. No creo en tus angustias. He llegado en el último tren que viene de Munich, tal como lo prometí.

- Si pero ¿cuántos días después?

- No saqué la cuenta. Las horas hermosas se escurren como la nieve derretida.
- Por si lo has olvidado: mañana volvemos a Friburgo...
- Claro, viajaré con ustedes. ¡Los honraré con mi compañía!
- ¿Dónde dormirás esta noche? Hemos cancelado tu reserva.
- No te aflijas, ya hablé con el hotelero. Buen tipo. En seguida repondrán la tercera cama de esta pieza. Pero si lo prefieres, no me molestará dormir contigo.
- Gracias. Que traigan otra cama.
- ¡Muy bien, Omar! cada vez eres más razonable -- le dio unos golpecitos sobre la cabellera negra --. ¿Qué tal lo pasaron aquí? Munich es el paraíso. Lástima que no les propuse quedarnos allí toda la semana.
- No has hecho otra cosa.
- Pero sin tu estimulante compañía, Omar -- le imitó el grave ceño.

Cuando sonó el despertador Sherif le arrojó un manotazo ciego tirándolo al piso y se tapó la cabeza con la almohada. Ornar lo zarandeó con violencia hasta lograr hacerlo bajar, mascullando improperios. Lo arrastramos al comedor. Allí encontramos a Freytag. Se había levantado algo más temprano para despedirnos. Presentamos a Sherif, cuyo aspecto somnoliento y desaliñado era verdaderamente gracioso.

- ¿De modo que usted abandonó a sus compañeros para quedarse en Munich? -- Freytag le sacudió la mano, entre malicioso y divertido.
- ¿No vale Munich una semana?
- ¡Una semana y mucho más! ¿Estuvo en la Hofbrauhaus? Un turista no dejaría de verla,
- Sí, la visité. Pero no me asombraron sus galpones llenos de insaciables consumidores, quizá porque ya había oído algo al respecto. Me causó placer, eso si -- miró hacia Omar, como si esperara una reprimenda --, la visita a los urinarios, realmente enormes, donde interminables filas de parroquianos eliminan los cuantiosos litros de cerveza que ingieren. ¡Ese es el espectáculo!

Freytag carcajeó.

- ¿Qué le gustó más en Munich?

Sherif reflexionó, abrió grande los ojos para despabilarse y se peinó el cabello con los dedos.

- El Ministerio de Guerra,
- ¡Qué! -- exclamó Omar -- ¿Tú, el pacifista?

- El Ministerio de Guerra es una ruina -- explicó Freytag --. Las bombas lo dejaron así y no será reconstruido. Impresiona téticamente. Para nosotros es un monumento muy significativo.

Esa ruina es una enseñanza y una advertencia. ¿Por eso le gustó, Tamir?

- No podía haberlo expresado mejor -- hizo la reverencia de un borracho.

- Bueno, ahora cuéntenos qué le disgustó.

- He pasado días muy agradables y la pregunta se hace difícil -- se rascó la cabeza --. Recuerdo que no me cayó bien encontrarme con que en los paseos, jardines y parques públicos, la mayor parte de los bancos son privados y tienen una chapa con el nombre del propietario. Es algo intrascendente. ¡No lo crítico! Pero me disgusta. Tampoco me agradó que mientras paseaba por Munich, mis acompañantes o guías circunstanciales señalasen los lugares donde Hitler vivió, donde Hitler condujo un desfile, donde Hitler escupió, donde Hitler esto o aquello; me revela ¿cómo diría?... una falta de pudor.

Freytag lo contempló pensativo. Sherif untaba con mantequilla su pan, sin darle mucha importancia a lo dicho.

- Sus observaciones son interesantes. Aprovechó bien el tiempo.

- ¡Por supuesto! Fueron auténticas vacaciones: cerveza, risa y mujeres... Sin preocupaciones.

- ¡Cómo si las tuvieras! -- acusó Omar.

- Las mujeres son otra cosa -- añadió imperturbable Sherif untando otra tostada con mirada vacilante.

- Son *Walkirias* -- acotó riendo.

- Son *Walkirias* -- asintió convencido. Y bostezó.

Freytag contenía su sonrisa.

- ¿Cómo haré para llevarme algunas *Walkirias* a Egipto?

- Sherif le preguntó seriamente a su rebanada de pan.

- ¿No las conseguiría allí, acaso?

- ¡Jamás! -- la mordió.

- ¿No exagera?

- ¿Si exagero? Usted no tiene idea... En Egipto, de cada dos mujeres que seducía, una estaba clitorictomizada. ¡Como para que sea una *Walkiria*!

- ¿Qué dice?

Instantáneamente me asaltó el recuerdo de una penosa y excepcional escena vivida cuando niño en nuestro campo de refugiados. Me

descubrieron y golpearon. Se aproximó amenazante una navaja manchada. Varias chiquillas aprovecharon el tumulto para huir. La que había sido amputada se contraía de dolor sobre el lienzo blanco. Después me explicarían las razones de higiene sexual que justificaban la bárbara tradición de amputar el clítoris, tan bárbara y traumatizante como la circuncisión, la perforación de las orejas o de la nariz: una tonelada de fascinantes argumentos. Tradición que felizmente agoniza, que vino de Sudán y alcanzó a Egipto, Palestina y Jordania. La navaja sangrienta se sacudía en el aire, me corría. Mientras, Freytag rogaba una explicación más detallada. Omar dijo algo en el tiempo que se tarda en fumar un cigarrillo y fuimos a recoger nuestras valijas. Las acomodarnos en el Volkswagen, Sherif seguía bostezando.

Freytag nos acompañó hasta la calle. Cuando apretó mi mano, sentí una corriente de afecto perdurable.

3 - Aporía

1

Al atardecer llegamos a Friburgo. Omar Dakani y Sherif Tamir se dirigieron a su flamante domicilio. Les auguré mejor fortuna con la nueva *Hausfrau*.

La señora Schneider me recibió con una exclamación de alegría. Daba por sentado que en ese mes aumentaba el alquiler, como me lo advirtió en el momento de partir hacia Garmisch. Mientras desempacaba, fue a prepararme un plato caliente. Era la primera vez que lo hacía y debía interpretar su gesto como inusualmente cordial. Luego se sentó a contarme los intrascendentes sucesos que ocurrieron durante mi ausencia. A su defectuosa pronunciación, debido a la dentadura postiza, se añadía el inconveniente de que hablaba en dialecto y me arruinaba el alemán que había aprendido con tanto esfuerzo.

Advertí sobre mi mesita una pequeña fuente con dos piñas, algunas esferas de color y una ramita de abeto, que acomodó como ornamentación de Navidad. Se lo agradecí.

Cuando terminé de comer le confesé mi cansancio. De mala gana se levantó, retiró la vajilla y me deseó una noche reparadora.

Dormí profundamente. La vieja cama y su tradicional Bettdecke me dieron la sensación de haber regresado un poquito al hogar. ¡Como si en Friburgo estuviera mi hogar!

Desperté bien dispuesto. A las 8 llegué a la Clínica, fresco y descansado, para participar en la revista diaria presidida por el Profesor Günther. Sentí un olor familiar, mezcla de medicamentos y de limpieza. Me dirigí a la sala de reunión y allí encontré a los médicos conversando animadamente, muchos bastante tostados por el sol de los campos nevados. Casi todos relataban las impresiones y aventuras de las vacaciones de invierno recién concluidas. Los médicos que debieron permanecer en sus puestos cuidando las guardias, oían y preguntaban con interés. A las 8 y 5 entró el Profesor Günther. Avanzó hacia el negatoscopio por el amplio corredor que le abrió la gente.

- Espero que hayan disfrutado estos días de fiesta -- dijo con voz grave, paternal, sonriente -- y nuevos bríos impulsen el trabajo del año que hoy comenzarnos. Escucharemos el informe del profesor Mecke. Adelante, Herr Professor. Usted quedó a cargo de la Clínica durante nuestra ausencia y supongo que hay novedades -- se restregó las manos y miró hacia la vacía luminosidad del negatoscopio.

El profesor Karl Mecke se adelantó con un fajo de radiografías. En forma ordenada se refirió a los nuevos internados, los estudios realizados y las operaciones.

La reunión se prolongó más de lo habitual, debido a que se revisaba el movimiento de toda una semana. Cuando terminamos, el profesor Günther me rozó la manga del guardapolvo con un dedo y me pidió que lo acompañara a su despacho. Con la mirada me indicó un sillón. Tomó una carta en su mano y se respaldó en su silla giratoria.

Hizo un rodeo. Formuló dos o tres preguntas, quizá más por cortesía que por interés, sobre mi viaje a Garmisch. Después habló sobre el trabajo que preparábamos con Jorge Silverman. Insistió en que leyéramos los libros que nos entregó en la biblioteca para que estuviéramos bien informados sobre los aportes ya realizados. Günther era un hombre que publicaba mucho y estaba entrenado en el mecanismo de elaboración mental, práctica y literaria de los trabajos científicos. Paulatinamente nos deslizamos hacia mi actividad quirúrgica. Yo debía reforzar mi actuación en el quirófano para adquirir más hábito. En forma progresiva se me daría la oportunidad de actuar como cirujano y no sólo de ayudante. Günther condujo la conversación hacia el hematoma extradural de Ben Aarón. Comparó este caso con otros de su larga experiencia, que también tardaron muchas horas en recuperar el conocimiento después de la craneotomía. Me recomendó que guardara un resumen de su historia clínica para armar una estadística personal de mi actividad en Friburgo.

- ¿Le ha notado alguna secuela neurológica o psíquica? Usted lo ha seguido en todo el postoperatorio.

- Ninguna secuela, Herr Professor, por lo menos durante su permanencia en la Clínica. Antes de partir a Garmisch, yo le avisé que estaba en condiciones de alta.

- Cierto -- recordó.

Günther contempló la carta que sostenía en su mano. Luego, elevando las cejas, a través de las cuales sus ojos me miraban con picardía, añadió:

- ¿Qué le pareció ese Ben Aarón?

Encogí los hombros e hice un gesto con las manos, desconcertado por la intención de la pregunta.

- Bueno... no sé... ¿En qué sentido?

- Ben Aarón habla árabe -- acotó Günther --. Supongo que ello facilitó un buen *rapport*. Es una persona interesante, su vida está llena de acontecimientos y matices.

- Puede ser -- trataba de encontrar una salida que no me comprometiera.

- En una ocasión me confesó estar muy contento de que un árabe lo haya operado...

Sonreí.

- Esta carta me la dejó él.

- ¿Partió de Friburgo?

- Sí, durante nuestra ausencia.

Mis labios se abrieron para preguntarle si lo acompañó su hija adoptiva, pero pude retener las palabras en mi garganta. Günther extrajo el papel y movió levemente la cabeza.

- Consigna términos muy amables sobre usted,

- ¿Ah, sí?

Me extendió el sobre.

Desplegué la hoja mecanografiada:

Estimado Sr. Profesor T. Günther:

He recibido un cable de mi país y debo volar de inmediato. Lamento que usted no se encuentre en Friburgo para despedirme personalmente.

Me siento bien y creo que el viaje no me afectará.

Deseo expresarle mi agradecimiento por las atenciones que usted me ha brindado, evidenciando una profunda dimensión humana paralela a su indiscutida relevancia profesional.

También quiero manifestar mi aprecio por el joven neurocirujano palestino que me operó. He descubierto en él a una persona sana y honesta. Si ha emergido de la penosa situación en que se hallan sus hermanos refugiados, más fácil le será realizarse plenamente en el futuro. Espero reencontrarlo algún día, pues le quedo en deuda.

Lo saluda con respeto y cordialidad,

Isaac Ben Aarón.

Levanté mis ojos y encontré los de Günther, Extendió su mano y le devolví la carta. Se incorporó, acercándose. Me puse de pie y avanzamos lentamente hacia la puerta.

Apoyó su brazo sobre mi hombro.

- Colega -- dijo --. Yo guardo un recuerdo imborrable del primer paciente que operé; creo que le ocurre lo mismo a casi todos los cirujanos. Pero lo perdí de vista, nunca supe más de él. No escribió a mi jefe elogiándome, ni reveló interesarse por el futuro de mi carrera.

- ¿Soy afortunado, piensa usted?

- Sí, la carta de Ben Aarón es una satisfacción técnica y moral.

- 2 -

Rayando el mediodía se acercó Jorge.

-¿Almorzamos en la Burse? Gerhard Reiser me anunció que transmitirán un programa de televisión muy interesante; podríamos verlo si no llegamos tarde.

- ¡Cómo no!

Buscamos los abrigo, atravesamos el reverberante y espacioso hall y salimos a la Hugstetter Strasse. El día era gris, la nieve se transformaba parcialmente en barro. Caminamos hasta el refugio. El tranvía frenó con precisión, se abrieron las puertas, nos acomodamos en su interior tibio, confortable. En pocos minutos estuvimos en la vieja Albertus Burse. Penetramos al comedor hirviente de voces. Nuestros amigos ya ocupaban una mesa. Nos saludaron con alboroto. Casi todos habían salido de vacaciones. Gerhard Reiser estuvo en el Sarre, con su familia. Algunos se desplazaron a Suiza y Austria. El filósofo español Vicente Carballo acababa de regresar de Berlín, adonde viajó contratado por un tal González, rico turista madrileño entrado en años a quien sirvió de intérprete. Ese trabajo le permitió ganarse los marcos imprescindibles para continuar vegetando en Friburgo. Vestía, como era esperar, el mismo único e impoluto traje de fibra eterna.

Todos hablamos al mismo tiempo.

Cuando concluyó el almuerzo, Gerhard nos invitó a una sala contigua donde estaba el aparato de TV. Pronto iba a comenzar un programa sobre las *Verbindungen*. Yo nunca había tenido aún oportunidad de conocer una *Verbindung* y me interesaba enterarme sobre esa faz tradicional -- ¿también reaccionaria? -- de las universidades alemanas. El café sería bebido después en la habitación del cura.

Frente al aparato de TV instalado sobre una fuerte repisa a considerable altura, se alineaban sillas comunes en hemicírculo. Casi la mitad ya estaban ocupadas por estudiantes que habían terminado de almorzar y otros que esperaban que se desocupara una mesa del comedor. Nos instalamos provocando mucho ruido. Chistaron exigiendo silencio. Una voz exclamó, fastidiada:

- ¡Los latinoamericanos...!

Estaban transmitiendo el informativo. Como siempre, las noticias de Alemania y del mundo. Dedicó varios minutos a las obras de colaboración técnica que Israel realizaba en los países subdesarrollados, mostrando

una secuencia altamente propagandística. Ya sabía que desde años antes del establecimiento de relaciones diplomáticas normales, en Alemania se destinaban espacios, tanto en la radio como en la televisión, a comentar el adelanto de Israel y su ayuda a diversos países de Asia, África y América latina. Las palabras del locutor y las imágenes difundidas, señalaban a Israel como un factor positivo.

Una imprevista voz rompió la concentración del auditorio.

- ¡Grandes obras, pero con nuestro dinero!

Se refería a las cuantiosas sumas que Alemania pagó a Israel en concepto de reparaciones por los saqueos de guerras

Desde otro extremo, replicó otra voz, también estentórea.

- ¡Repítelo, nazi!

No hubo respuesta. En electrizado silencio se continuó observando la pantalla. Concluyó el informativo y empezó el programa destinado a las *Verbindungen*.

Verbindung significa unión, alianza. La *Verbindung* es una institución profundamente ligada a la Universidad de habla alemana, encontrándosela, por lo tanto, también en Austria y Suiza. Su origen, según la tradición, se remonta al legendario medioevo. Posee el reminiscente sabor de una logia. Cuando un estudiante se gradúa y abandona los claustros, sigue perteneciendo a su *Verbindung* original. Cada una posee sus emblemas y distintivos, especialmente gorras y cintas; los estudiantes las lucen en los días de fiesta. La mayoría de las *Verbindungen* se dividen en dos grupos: protestantes y católicas. En ambos casos sólo se admiten varones, puesto que se trata de una "Unión" de caballeros que hacen voto de castidad.

El programa de televisión se centró en Una *Verbindung* protestante de Tübingen. Con asombro descubrí que en pleno siglo XX los estudiantes usan en sus reuniones botas, espadas y sombreros mosqueteriles. La ropa no es un simple disfraz, sino símbolo y rito. Las espadas relucen contundentes, porque con ellas se resuelven los duelos. Lejos de ser repudiado o prohibido, como ocurre en casi todos los países que se jactan de su "civilización occidental", el duelo conserva plena vigencia y garbo. Muchos profesores aparecen en sus elevadas cátedras luciendo profundas cicatrices faciales que atestiguan viejas lides de florete. Los miembros de las *Verbindungen* efectúan desfiles marciales al son de trompetas. Para muchos es un espectáculo carnavalesco, pero para ellos entraña la fe que se resume en "Dios, Libertad, Honor y Patria".

Con pericia, los técnicos de la TV lograron captar imágenes de algunos duelos, enfocando el tajo abierto por la espada. Luego apareció Un adulto luciendo orgulloso su cicatriz. Se veía un desfile y en seguida una reunión:

aquí aparecían uniformados, sentándose y poniéndose de pie con disciplina, bebiendo cerveza y cantando en latín y alemán. Por último transmitieron las opiniones de diversos sectores universitarios sobre las *Verbindungen*. Recuerdo las palabras de un jovencito que se expresaba con frases hechas acentuando las consignas de la “*deutsche Sprache*”⁵ y la “*deutsche Kultur*”⁶ y lanzó epítetos furibundos contra el “*Amerikanismus*” que había infectado a Alemania y amenazaba destruir sus fuentes puras. El locutor le preguntó qué entendía por “*Amerikanismus*”, pero el jovencito, al ser arrancado bruscamente de su discurso memorizado, titubeó y no pudo contestar.

Cuando terminó el programa nos dirigimos a la habitación de Ignacio Nassif para beber la tradicional taza de café. El cura, mientras ordenaba la vajilla, opinó:

- Esa *Verbindung*, tan solemne en Alemania, causaría risas en la Argentina.

- ¡Usar gorritas de colores y cruzarse el pecho con cintas! En Chile los tomarían por maricones -- añadió Jorge.

- No les falta hombría, precisamente. Pero es una falsa hombría. La sublimación que pretenden con su voto de castidad, no está bien dirigida.

- ¿Lo dices porque son aficionados al duelo?

- No sólo el duelo. La afición por los uniformes, la música marcial, los desfiles, las órdenes, en cierta manera orientan hacia una psicología totalitaria. No hablo como católico y sacerdote únicamente. Se me ocurre que la *Verbindung* es una precursora y sucesora del nazismo.

- Formulas una acusación muy seria, Ignacio -- le advirtió Vicente Carballo --. Pero no disiento. Hacen gala de un crudo chauvinismo. Si todo quedara en eso, no tendría importancia, pero al verlos desfilar con sus uniformes de capa y espada, parecen soldados de la *Wehrmacht*. Ahora que viajé a Berlín, tuve que llevar al señor González a la Universidad Libre. El viejo exigió que le mostraran una *Verbindung*, de la cual traía referencias desde España. Como ustedes se imaginan, pedía un imposible porque era época de vacaciones. Tanto insistió que me puse a buscar algunos de sus miembros. Aunque tuvimos suerte y los encontramos, el viejo no pudo darse el gusto de asistir a una reunión; lo único que conseguimos fue una recomendación para concurrir a otra *Verbindung* aquí, en Friburgo; por eso González decidió hacer escala en Friburgo, aunque no estaba incluido en el itinerario.

- ¡Tenaz, el viejo!

⁵ Lengua alemana.

⁶ Cultura alemana.

- No me lo digas a mí... Esta semana presenciaremos personalmente el espectáculo que vimos por televisión. Si ustedes quieren venir, están invitados: en la carta que traigo de Berlín no se determina cuántas personas asistirán.

La propuesta de Vicente Carballo nos entusiasmó. Convinimos rápidamente en acompañarlo.

- 3 -

Me telefoneó Omar: se encontraban muy bien en la nueva casa, y la dueña no se entrometía en sus asuntos privados. Preguntó si vi el afiche que colocaron días atrás en los edificios centrales de la Universidad. No, aún no había andado por allí. Se enunciaba una conferencia del Agregado Cultural de la embajada israelí sobre el tema: "Israel, factor de progreso en el Cercano Oriente". Omar, Sherif y casi todos los estudiantes y becarios árabes de Friburgo asistirían para abuchearlo: nadie debía faltar.

Cuando colgué el receptor recordé que la misma noche tenía cita en la *Verbindung*. Pero mi obligación no toleraba dudas: asistiría a la conferencia. Era la primera vez que asistiría a un acto en Alemania con el deliberado propósito de perturbarlo políticamente.

La tarde del día fijado me sentí inquieto. Apenas concluí mis tareas me retiré de la Clínica. Jorge, viéndome salir, me detuvo para avisarme que no concurriría a la *Verbindung*.

- Yo tampoco -- le contesté.

Distraje las últimas horas de la tarde en una librería y luego compré las provisiones de la semana en el supermercado que estaba a la vuelta de casa.

Gené frugalmente y me dirigí al edificio central de la Universidad. Aún era temprano, de modo que hice el trayecto a pie. La noche estaba despejada y fría. El cielo resplandecía con su mismo granizado de hielo tembloroso, la nieve crepitaba bajo mis zapatos, las calles se extendían silenciosas, indefensas, como el 15 de diciembre, cuando me llamaron para atender a Ben Aarón.

Entré en la espaciosa aula. Algunas personas ya se habían instalado. Me quité el abrigo, lo doblé y, después de sentarme, lo deposité sobre mis rodillas. Aún no veía árabes. Hurgué en mi saco y extraje un cigarrillo.

Al rato entraron Omar Dakani y cuatro sirios.

- Vamos más adelante, desde aquí no podremos hacer nada.

Los seguí. Nos ubicamos en la segunda fila, junto al pasillo lateral. La primera fila estaba reservada para invitados especiales. Me explicaron que otros grupos se instalarían atrás, desde donde no podrían ser identificados cuando comenzara la silbatina. Casi todos los árabes residentes en Friburgo se habían plegado a esa acción, naturalmente.

- Y Sherif?

- Prefiero que no venga. A último momento quiso disuadirme, insistiendo que no lograríamos nada positivo. Es el loco de siempre. Entre sus ideas simultáneas, hoy predomina la conciliatoria.

Poco antes de las 21 llegó Jorge, que se sentó por el medio. No había ido a la *Verbindung* para asistir a esta conferencia... Pero él venía a escucharla y nosotros a evitar que se la escuchara; él a regodearse con un mito, nosotros a desmitificar.

La sala se llenó. Las facciones de Omar y los cuatro muchachos que lo acompañaban se mantenían tensas. Miré por quinta vez mi reloj.

Una salva de aplausos saludó la entrada del joven diplomático israelí, a quien acompañaban profesores y representantes de instituciones oficiales. Me sentí molesto por los honores que recibía, honores dirigidos a Israel. Observando atentamente al judío, no me percaté de la muchacha que integraba su séquito.

Omar me tocó el brazo.

- ¡La conozco! Es una israelí becada por la Fundación von Humboldt, Estuvimos juntos en una reunión de becarios en Bad Godesberg.

Apenas puse mis ojos en ella, reconocí a Myriam Ben Aarón.

- ¿La conoces también? -- preguntó Omar, apoyado en el borde del asiento.

- Sí.

- Es una judía arrogante. La quise abordar en Bad Godesberg, pero me eliminó con una suficiencia insoportable. Sabía que estudia aquí, pero no la pude encontrar nunca. ¡Friburgo es pequeño! ¡Y mira dónde! Judía presuntuosa... ¡Ah, si la pudiera agarrar!... Mira qué cuello tiene... Mira ese pecho... -- me codeaba nerviosamente.

El rumor de voces y los aplausos se fueron apagando. Omar tenía el busto echado hacia adelante como una fiera dispuesta a saltar.

Un profesor presentó al Agregado Cultural en nombre de la Universidad de Friburgo. Fue breve y preciso, ofreciendo enseguida la tribuna al huésped. Cuando éste se dirigió al estrado, los aplausos llenaron nuevamente la sala. Nosotros permanecemos quietos, decididos a consumir otra

operación en nuestra larga y fúnebre lucha contra el sionismo. Una lucha triste. Sangrienta. Trágica.

El judío se dispuso a iniciar su disertación. Súbitamente, el aire de la sala colmada fue rajado de un extremo a otro por un silbido penetrante. Luego hubo silencio. Pero el clima ya se transfiguró.

El diplomático permaneció sereno; acomodó sus anteojos y recorrió lentamente al público, especialmente el sector de donde provino la interrupción. Representaba a Israel, al culpable. Dakani movía rítmicamente su pierna derecha. Cuando parecía recuperado el orden, el orador agradeció a las autoridades universitarias la tribuna y se propuso entrar en materia.

- Señoras y señores, Israel es un país joven y muy viejo al mismo tiempo. De su vejez milenaria extrae una profunda sabiduría; de su juventud la pujanza...

- ¡¡Fuera, cerdo judío!! -- gritó un coro de voces.

Todas las cabezas giraron hacia atrás activadas por un resorte. Empezó el taconeo contra el piso de madera. Nos plegamos. El polvo se levantaba como vapor. Lamenté que se hubiera dicho judío y no sionista.

El introductor del acto corrió a la tribuna para reclamar compostura. Quienes no deseaban escuchar al disertante que salieran. Golpeó con su palma el pupitre, pero ya no se lo pudo oír. Los silbidos eran más agudos y el suelo tamborileaba ensordecedoramente. Los asistentes que chistaban reclamando silencio, aumentaban la confusión. Algunos se levantaron señalándonos con el puño y gesticulando frases que se perdían en la barahúnda general. Un hombre ubicado detrás mío apoyó sus manos sobre mis hombros para frenar mi taconeo. Con un envión me liberé. Furioso me golpeó la cabeza. Me puse de pie y lo tomé por la solapa. No se arredró y me descargó un puñetazo en la mandíbula. Le contesté con otro obligándolo a sentarse.

Una piedra cruzó el aire, rozó la cara del Agregado Cultural y rebotó en el pizarrón. El clamor aumentó. Casi toda la primera fila se levantó para rodear al diplomático. Los proyectiles cruzaban encima de nuestras cabezas y rebotaban en las paredes. Uno dio en la frente del profesor. Protegiéndose con las manos, el grupo que rodeaba al israelí intentó ganar la salida. El culpable huía: le faltaban aviones de bombardeo y comandos asesinos para mantener su arrogancia.

- ¡Ahora! -- ordenó Omar,

Cuatro muchachos se abalanzaron hacia la puerta. El caos ya era total. Algunos asistentes iniciaron escenas de pugilato. Grupos de estudiantes árabes saltaban de butaca en butaca por el medio del aula tratando de aproximarse al israelí. Recordé que Sherif se negó a participar en esto. El desenlace se tornaba impredecible.

Corrí hacia Omar, abriéndome paso a codazos. Separada de mí por sólo dos cabezas, estaba Myriam Ben Aarón. La aglomeración era terrible. La masa humana desconcertada se apretaba a sí misma como un torniquete, pujando por salir. Sentí que me faltaba el aire.

- ¡Abre Omar, abre por Dios! Pero no me escuchaba a través del estruendo.

Algunos cigarrillos arrojados en la confusión produjeron una columna de humo. Empezaba el incendio, Omar estaba cubierto de sudor. Su boca se contraía en una mueca intransigente. El público desesperado lo aplastaría. Pero él seguía las etapas del plan. De un golpe seco giró el picaporte. La puerta se abrió hacia afuera y Dakani saltó hacia el corredor. Una marea de personas se abalanzó tras él. Varias cayeron, pero las impetuosas olas de gente rodaron por encima. No había freno posible. Me sentí levantado, mecido y empujado como bote en el mar. Mis pies tropezaron con los cuerpos tendidos en el suelo y me invadió el horror. La corriente humana se desplazó por el corredor arrastrándome. En la calle divisé a Omar con Myriam, inconsciente, en sus brazos.

_Ayúdame -- urgió --. La llevaremos a casa. ¡No perderé esta presa!

La aferré por las piernas, él por los hombros y corrimos hasta el Volkswagen. La depositamos en el asiento posterior.

- Espérame. -- Omar corrió otra vez hacia la Universidad. Me senté al volante. Miré hacia atrás y contemplé el hermoso cuerpo desvanecido. Me recorrió un estremecimiento. La gritería no cesaba. La gente corría por las calles en todas direcciones. Oí la sirena de los vehículos policiales. Omar tardaba en regresar. ¡Diablos, por qué demoraba!

En un instante me asaltaron cien pensamientos. Recordé cuando Myriam trajo las flores y alegremente las puso en las narices de Ben Aarón. Recordé la cena con los médicos de la Clínica y la leve sonrisa que nos dirigimos cuando brindamos a la alemana. Apareció la figura del profesor Günther, que me hablaba, me aconsejaba, me apoyaba. Pero ¿qué dirá Günther cuando sepa que he participado en el secuestro de la muchacha? Omar la violaría. Y detrás de él, ofuscados, se arrojarían sobre ella otros. Mi carrera estará arruinada. Günther no me lo perdonará nunca, me hará cerrar todas las puertas.

Me afirmé al volante y arranqué. Estaba cometiendo un acto torpe, una traición. Me dominó el instinto del gamo. Doblé en la primera esquina tratando de ganar las calles aledañas, rumbo a la autopista. La velocidad me impulsaba a más velocidad. La policía bloqueó el edificio central de la Universidad, pero yo ya había escapado, con el acelerador a fondo. Al cabo de pocos minutos salía de Friburgo. Antes de llegar a la autopista me detuve en un recodo del camino, como la liebre que decide comprobar si ya no está al alcance del cazador. Esperé un rato. Ella continuaba inconsciente. Me trepé al asiento y me incliné para examinarla. No tenía

lesiones externas, respiraba bien y el pulso se mantenía tenso. Palmoteé suavemente sus mejillas, pero no se despertó. ¿Qué hacer? ¿A dónde llevarla? A casa no; la señora Schneider era chismosa y complicaría el asunto. ¿A la Clínica? Jamás, sería confesar que estuve en el acto y participé de los disturbios. De pronto se me ocurrió una idea: ¡la Albertus Burse! Las monjas podrían atenderla hasta que se recuperara. Pero a mí no me conocían bien.

Tendría que hablar con Ignacio Nassif. El era de origen árabe y me comprendería, me ayudaría; además, era un sacerdote. Miré el reloj: 21 y 45. A esas horas estaría junto con Vicente Carballo y el resto del grupo en la *Verbindung*. Dudé un instante. Se me agolparon Günther, Omar, Modiha, el acto de graduación en Beirut. Comprimí el volante como si fuera el pescuezo, de un criminal. Arranqué otra vez y enfilé hacia el centro de Friburgo. ¿Era una imprudencia? En esos momentos no pensaba claramente. Hice un rodeo para evitar, la Universidad. Encontré la calle que buscaba. Y la casa de exterior ruinoso. Miré otra vez a Myriam, que seguía igual. Cerré el auto con llave. ¿Y si alguien la veía? El frío había empañado los vidrios del Volkswagen y resultaba difícil distinguir adentro. Quise tranquilizarme con este detalle sin importancia y caminé resueltamente hacia la casa. Me atendió un joven, pregunté por Ignacio Nassif.

- Pase.

- No, esperaré aquí. Llámelo, por favor.

- No lo conozco. Pase.

Entré y me arreglé un poco la ropa. Crucé un breve corredor que conducía a una puerta detrás de la cual se oía una voz. Mi anfitrión la abrió. Me deslumbró un recinto lleno de luz y gente. De golpe percibí grupos uniformados con botas altas hasta las ingles, cintas que cruzaban el pecho y botones dorados sobre las chaquetas azules.

Todas las miradas se volvieron hacia mí. En la cabecera, el jefe de la reunión se puso de pie y con una larga espada golpeó la mesa profiriendo un grito en latín:

- ¡*Silencium!*

Levantó un fajo de papeles.

- Continuaré leyendo los gratos acontecimientos de nuestra *Verbindung* -- y, dirigiéndose a mí, añadió --: Veo que tenemos otro huésped.

Quise ocultarme en el ángulo de la puerta, pero ya era tarde. Vicente Carballo hizo señas para que me acercara. Estaban todos. Caminé hacia Ignacio Nassif mientras el *Segnior* hablaba. Cada asistente tenía un jarro de cerveza que algunos miembros de la fraternidad se ocupaban de llenar después de cada sorbo.

- Brindaremos por el nuevo miembro del grupo español

- invitó el *Segnior*, confundíendome por tal.

Levantó su mano y aguardó a que todos los imitaran. Me hicieron señas para que agradeciera. El *Segnior* levantó su enorme recipiente y lo vació, el muy bestia, sosteniéndolo con una mano mientras con la otra hacía la venia militar.

- Ignacio: necesito hablar contigo -- le susurré al oído.

- ¡*Silencium!* -- rugió el *Segnior* golpeando con el plano de su aceros Nuestra *Verbindung* acrecentó su número; se han incorporado a ella los estudiantes Werner Haupt y Agustín König, aquí presentes.

Alzó otra jarra llena y la vació en la misma forma. Retiraron el recipiente y corrieron a traerle otro, desbordando espuma.

- Hemos recibido una carta del profesor Luis Ritter, quien estudió en Friburgo y ha sido *Segnior* de nuestra *Verbindung*, anunciándonos que acaba de publicar un nuevo libro de su especialidad.

Exhibió la pesada jarra, irguió su pecho, hizo la venia y la bebió a fondo.

- Ignacio, salgamos; necesito hablarte -- insistí.

- ¡*Silencium!*

Mi frente se orló de transpiración. Ignacio comprendió que me traía un asunto grave. Dirigiéndose al *Segnior*, en latín, le pidió autorización para hablarle.

- ¡Aleas! -- accedió molesto.

- Mi amigo ha venido a buscarme, tenemos que salir por unos minutos.

- Vuestra salida perturbará la solemnidad de esta reunión. Os pido aguardar hasta la terminación de la parte oficial. Faltan veinte minutos. Ahora procederé a efectuar el ascenso jerárquico del cofrade Hans Weber.

Un muchacho avanzó con sonoro paso por el centro de la sala. Se puso firme y escuchó atentamente las palabras que pronunciaba el *Segnior*, quien bebió esta vez una rutilante copa de vino.

La impaciencia me mordía las vísceras. Miré el reloj: 22 y 5.

Ahora debíamos brindar todos. Me colocaron un vaso en la mano. Un grupo con uniforme de distinto color se puso de pie: eran huéspedes de otras *Verbindungen*. Se brindaba por ellos. Los uniformados hicieron la venia, imitando al *Segnior*.

- ¡Con ésta ya llevo cinco! -- exclamó Vicente Carballo, enrojecido y exultante.

- ¡*Silencium!*

La reunión se me hacía insoportable. No podía esperar más. Los aullidos del *Segnior* y su bárbara ingesta de alcohol me desesperaban.

- Cantaremos nuestro amado Lied a las vírgenes -- ordenó.

Carballo guiñó el ojo. Casi todos los de nuestro grupo sonrieron. Un frondoso coro de voces inundó el recinto. Algunos entonaban con unción, otros gritaban desafinadamente.

Oculto por el canto, pude hablarle a Ignacio.

- Estoy en un aprieto. Necesito tu ayuda. Asistí a un acto en la Universidad donde tenía que hablar un israelí. Se armó un desorden descomunal. Creo que hay heridos, porque la gente corrió hacia afuera pisoteando a los que caían. Una muchacha sufrió una conmoción. La tengo en un auto. Necesito llevarla a la Burse para que las monjas la atiendan.

- Por qué a la Burse? Llévala a la Clínica.

- No, no puedo. Me complicaría. Es largo de explicarte. Necesito que guardes silencio, que no se sepa que estuve en ese acto... Y tampoco que ayudé a la muchacha.

Ignacio me contempló confundido.

La canción había terminado. El *Segnior* exclamó:

- ¡*Coloquium!*

Se comenzó a charlar con excitación; era un intervalo que se concedía y debía aprovecharse.

Aferré a Ignacio del brazo y lo levanté, obligándolo a salir.

- ¡Eh! ¿Adónde van?

Franqueamos la puerta. Ignacio no alcanzó a colocarse el abrigo y lo empujé a la calle. Abrí el auto y lo hice entrar.

Myriam continuaba desvanecida.

- Esta es la muchacha.

- Llévala a la Clínica -- insistió --. No seas imprudente. Las monjas tendrán miedo, porque el asunto parece turbio: llamarán en seguida a un médico o a la policía.

- Esta muchacha es la hija de quien fue maestro del profesor Günther, con quien yo trabajo. Le tiene un afecto o un sentimiento de deuda extraordinario. Si le pasara algo se arruinará mi carrera. ¿Entiendes?

- No, porque no sé cuál es tu culpa.

- Estuve en el acto donde tenía que hablar el diplomático israelí y participé en la provocación del desorden, junto con varios estudiantes árabes. ¡Soy tan culpable como ellos! Incluso intercambié golpes con un alemán que intentó hacerme quedar quieto. Esta muchacha es judía... No sé porqué ni cómo sufrió la conmoción. Omar Dakani la tenía en brazos, ya desvanecida, cuando salí a la calle y la cargamos juntos en el auto.

- Dónde está Dakani?

- Lo abandoné... El quería llevarla a su casa. Comprendí sus intenciones y huí con ella para evitar una violación.

Ignacio mordió sus labios.

- Hum!... Mira, lo mejor es que te vayas a tu casa. Yo la llevaré a la Clínica.

- Te complicarás.

- ¡No perdamos más tiempo! Déjame sentar al volante.

Ignacio puso el motor en marcha. Condujo velozmente por las calles frías y desiertas rumbo a la Clínica, evitando internarse en el centro, donde la policía había establecido un cordón alrededor de la Universidad. No hizo más preguntas. Pasó cerca de casa, frenó bruscamente y esperó que yo descendiera.

- Después habrá que devolverle el auto a Dakani.

Apenas cerré la puerta, salió como un bólido. El estruendo del motor se perdió en algunos segundos. Me rodeo un silencio pesado y negro. Hundi mis Manos en los bolsillos y empecé a caminar. Mis zapatos parecían cargados de piedras. El frío que me agujoneaba las orejas, no producía el efecto tonificante de siempre. Con los ojos fijos en el suelo, distinguí los umbrales de los edificios vecinos. Extraje la llave. Mi taconeo al subir las escaleras retumbó sonoramente. Entré en mi cuarto y prendí la luz. La familiaridad del ambiente me reconfortó. Encendí un cigarrillo; palpé la radio portátil y sintonicé músicaailable. Al rato me levanté para acomodar la ropa limpia que la señora Schneider había dejado sobre una silla. Luego me acerqué a la ventana, la abrí y un hábito helado me sopló en el rostro. La calle continuaba vacía. Cerré nuevamente. Sin darme cuenta recorrí varias veces la habitación en un sentido y en otro. Por fin me arrojé sobre la cama. Crucé las manos bajo mi nuca y traté de reflexionar. Quise tranquilizarme restándole importancia a lo acontecido. No era el primer escándalo estudiantil que se producía en Alemania, en Europa o en el mundo. Quizá no había heridos de gravedad. Bueno, quizá sí los había, pero se produjeron por la aglomeración: era un accidente. Los árabes tenemos derecho a repudiar a un diplomático israelí: eso es lo que hicimos. Si posteriormente degeneró en una batahola, no era culpa nuestra. ¿Lo interpretaría así la policía? En general la tolerancia con los extranjeros es amplia. Además, aplicarnos sanciones podría acarrear un embrollo en la política exterior. Alemania no querrá nuevos conflictos con

los países árabes. Es posible que la embajada de Israel exija castigo para los culpables. Pero los culpables somos varios, muchos, casi todos los árabes residentes en Friburgo. ¡No se puede encarcelar a toda una comunidad, la mayor parte mantenida por becas internacionales o alemanas!

Me pesaban los párpados. Las ideas continuaban girando y me dormí con la luz encendida. No sé cuánto duró mi sueño. Myriam estaba tendida en la camilla de la sala de operaciones y yo la palmeé suavemente en las mejillas. Abrió los ojos, como si hubiera estado simulando. Se incorporó y me hizo retroceder. Estaba más hermosa que nunca. ¡Lástima que era judía! Me miraba con una expresión indescifrable. ¿Qué se escondía tras sus ojos? Se acercó más. El asombro me había quitado las fuerzas. Me sentí empujado por sus ojos oceánicos. Di varios pasos hacia atrás, pero ella estaba cada vez más cerca. La pared en mi espalda. Myriam se aproximó aún. Su nariz ya estaba pegada a la mía. Un suave perfume me estremeció. Sentí ganas de abrazarla, pero no tenía fuerzas para levantar los brazos. Mi absurda impotencia me angustiaba. Un raro temor aflojaba mis rodillas. El perfume de Myriam excitaba. ¡Dios mío, qué hermosa era! Cerró los ojos. De repente por mis brazos corrió la fuerza y la estreché. Miré su boca y vi correr a un lado el hilo de una lágrima. Tuve pena, súbitamente. Su cuerpo cálido y tierno se aflojó, como si yo le hubiese transferido la impotencia que me había estado torturando. Quise besarla. Pero una mano me oprimió el hombro obligándome a girar la cabeza. Era Omar, Separó a Myriam y la arrastró hacia la camilla. Le comprimió el cuello con firme designio criminal. Ella levantó las manos pidiendo auxilio. ¡La mataba! ¡La mataba! Me arrojé sobre Dakani, pero me rechazó de un golpe. Tomé impulso y me abalancé otra vez, haciéndolo caer. Myriam corrió a la puerta, trastabillando, y no pudo abrirla. Se oían risas. Omar me estrangulaba ahora a mí. Myriam golpeó la puerta con los puños y los pies. Las risas eran más fuertes. Dakani apretaba sus dedos como un torniquete de acero. Mi cabeza estaba hinchada de sangre. Transpiraba. Iba a morir. Los golpes de Myriam contra la puerta testaruda no conmovieron a nadie. Me agité con desesperación para liberarme. Desperté de golpe y me senté en la cama. El resplandor de la lámpara castigó mis órbitas. Lentamente me desvestí. Apagué la luz y traté de dormir.

- 4 -

La señora Schneider trajo el desayuno, parlotando. Mi cabeza estaba embotada y dolorida mientras ella daba vueltas alrededor del tumulto ocurrido en la Universidad. El diario traía amplias noticias. Eso excitó su lengua.

- No ocurría antes -- se quejó --. La vida moderna es calamitosa. Los jóvenes son irrespetuosos y desobedientes. Son irresponsables. Eso es, irresponsables. Antes la Universidad era un lugar solemne, digno. Sólo entraban en ella los caballeros, ¿Cree que se silbaba en las aulas?

Yo la miraba de cuando en cuando, asintiendo con breves movimientos de cabeza para evitar discusiones.

- Los estudiantes extranjeros han degenerado nuestra Universidad. Hay demasiados extranjeros y traen costumbres anarquistas.

- Eso es xenofobia, señora Schneider.

- Xeno... ¿qué? -- abrió grandes los ojos y tragó saliva, empujando con sus dientes postizos el labio inferior.

- Xenofobia: odio a los extranjeros. Yo también soy extranjero.

- No lo digo por usted Herr Doktor! -- levantó los brazos disculpándose --. No me interprete mal. Usted es una buena Persona) yo estoy muy contenta con usted. Usted no participaría en un desorden como el de anoche... Me refiero en general.

- Sí, sí. La entiendo -- pretendí tranquilizarla.

- ¿Me entiende? No lo quise ofender. Usted ha venido a estudiar. Pero otra gente viene a hacer política, trae los problemas de sus países a Alemania. Eso no está bien, Me refiero a eso, solamente a eso.

- ¿Me puede facilitar el diario? -- deseaba conocer las versiones que publicaba sobre el incidente.

- Si, por supuesto.

Salió presurosa de mi habitación y en seguida lo trajo. Corrió la panera; extendió las hojas. Se calzó las gafas y señaló con el índice un ángulo de la tercera página.

- Vea, vea. Los extremistas han provocado una tragedia. Hay heridos, tuvo que intervenir la policía... *¡Mein lieber Gott!*

- Déjeme leer, por favor.

Siguió hablando, salpicándome por momentos con gotitas de saliva. Le quité el periódico.

Me alarmó la importancia que la prensa había otorgado al incidente, En una sola noche alcanzó gran repercusión. Informaban agentes de policía, testigos presenciales, médicos. Había un saldo de nueve heridos, uno de ellos, muy grave. Los daños materiales eran considerables. La policía detuvo a cerca de treinta personas sospechosas y tomaba declaraciones a numerosos testigos. Algunos atribuían la responsabilidad del desorden a árabes chovinistas asociados con grupos neo-nazis.

La señora Schneider continuaba perorando, acusando y lamentándose. Su dialecto regional martillaba desagradablemente en mis oídos. Cada vez que tragaba saliva parecía que expulsaba la prótesis dentaria y se ayudaba con la mano para volverla a su sitio. No me dejaba concentrar en la lectura.

Me levanté bruscamente, doblé el periódico y aduje que se me hacía tarde.

En la vereda lo continué leyendo mientras caminaba hacia la Clínica.

Una mano se apoyó sobre mi hombro.

- Sherif! ¡Qué haces aquí a estas horas!

- Te esperaba. Ven conmigo.

Señaló el Volkswagen de Omar, aparcado junto a la acera. Por lo visto, Ignacio Nassif se ocupó de devolverlo. Abrió la puerta, invitándome a subir. No acepté: a esa hora ya debería estar en la Clínica. Insistió y comprendí que no era correcto negarme. Enfiló hacia el centro.

- Acaban de levantar la incomunicación de algunos detenidos, entre ellos, Omar. Hablé con él y me pidió tu colaboración. La cosa se ha puesto peor de lo previsto -- meneó la cabeza --. Lo presenté y por eso no fui a la Universidad. ¡Si serán estúpidos! ¿Qué logran con esto? Los estudiantes árabes apareceremos como salvajes y cada vez seremos más indeseables en Europa. Es necesario obrar rápido. ¿Sabes que hay heridos? -- me contempló de soslayo y agregó --: Omar me propuso un plan... -- aguardé otro instante --. Eres el único que tiene un status especial como refugiado y, en consecuencia, una situación privilegiada ante la opinión pública; digámoslo claramente, se pueden apiadar de ti... Además eres amigo de un tal Silverman, judío latinoamericano con quien trabajas. Tu situación es muy ventajosa porque saliste de la Universidad antes que interviniera la policía, no huyendo, sino para auxiliar a una muchacha judía, haciéndola conducir a la Clínica.

Lo miré, sin decir palabra.

- Vamos, no disimules. ¿Me enciendes el cigarrillo?... ¡Gracias! Todo el mundo sabe que anoche entraste transfigurado en la *Verbindung*, de donde sacaste al cura a empujones. Bueno, esto es parte del planteo... Tendrás que presentarte a la Policía espontáneamente y declarar que Silverman te invitó a ese acto sionista, a donde él también concurrió. Silverman te aseguró que en esa conferencia sería tratado el problema de los refugiados de palestina bajo un enfoque nuevo. Logró interesarte. Incluso te hizo invitar a numerosos estudiantes árabes de Friburgo, Este trabajo lo realizaba Silverman contigo desde hacía varias semanas. Accediste finalmente, e invitaste a muchos árabes, aunque no te hacías ilusiones sobre las novedades que aportaría esa conferencia. Era, además, la primera vez que ibas a escuchar a un diplomático israelí, lo cual es cierto ¿no es así?

- Lo único cierto de todo el cuento que estás armando.
- Qué armó Omar, en todo caso...
- Sigue, quiero saber hasta dónde llega.
- ¿No te das cuenta? ¡Haremos creer que los árabes caímos en una trampa! Fuimos a un acto donde grupos organizados sionistas provocaron el disturbio para achacárnoslo. Silverman es sionista y obró como parte de ese mecanismo diabólico.
- Silverman no es sionista y lo único diabólico es la mente de Omar. Yo no me prestaré a esta maniobra. Es infantil, ridícula y peligrosa.
- Sabía que te negarías al principio -- me palmeó la rodilla con su mano libre --. Omar también lo preveía. Por eso me encargó que te recordara que la lucha de todos los árabes contra Israel, se libra para beneficiarte a ti y a millares de palestinos iguales a ti. Apesadumbra descubrir que los destinatarios de todo ese esfuerzo, no lo merecen. Cuando deben poner el pecho, dan la espalda.
- Frases hechas.
- Escúchame bien. Hay varias decenas de árabes detenidos. Es posible que la justicia los sancione abreviando o suspendiendo sus becas, Es mucho lo que se malogrará. La prensa atacará a los estudiantes árabes y tú sabes muy bien que en Alemania gozamos cada vez de peor reputación. Esto nos perjudicará. Por otra parte, Israel no perderá la ocasión para obtener ventajas políticas o económicas. No olvides que, si bien fue abucheado un diplomático judío, fue dañada una Universidad alemana y los heridos, incluso los graves, son todos alemanes.
- Esto hubo que preverlo antes,
- ¡Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo!... Me opuse a esa manifestación primitiva y estéril, Me opuse más que tú, porque ni siquiera fui. Pero veamos el presente. Tenemos que solucionarlo. No es lógico que nos lavemos las manos.
- Mira, Sherif: todo lo que ocurrió ayer me desagrada enormemente No es la manera de vencer a los judíos. Una provocación semejante en Alemania nos hace aparecer como sucesores de los grupos de choque nazis. Y ya vi en el diario que algunos adjudican el disturbio a la asociación de árabes chovinistas con elementos neo-nazis. Fui a ese acto a instancias de Omar, para abuchear al judío, pero no sospeché siquiera las consecuencias que ahora nos apabullan. La proposición que me haces, o que me transmites, es inaceptable. Es pueril. No sólo no me creerán, sino que caeré también en la redada. En vez de ayudar a los demás, ingresaré en la lista de los sancionados. No se trata de una actitud cobarde, para salvarme. Mi presentación a la policía complicará las cosas. Sé que me das la razón, en el fondo.

- Hay algo que aún no te dije. En los diarios de mañana aparecerá un comunicado de la embajada egipcia, concebida según la proposición de Omar.

- ¡Qué!

- Es necesario desviar el golpe. ¿No lo terminas de entender?

- ¿Qué tiene que ver la embajada egipcia en todo esto?

- Omar y la mayor parte de los detenidos son egipcios. Es lógico que alguien interceda.

- Es natural que interceda. Pero no entiendo ese comunicado según la proposición de Omar.

- Ese comunicado variará según tu actitud. Si obras tal como te lo he propuesto, el comunicado apoyará tus declaraciones. Todo será presentado como un plan sionista destinado a crear animosidad contra los árabes residentes en Alemania.

- ¿Me harás creer que la embajada egipcia actúa según las ocurrencias de Omar?

- No te vayas a cuestiones secundarias. Yo expongo las cosas tal como son. También cuál es tu deber.

- Justamente tú, Sherif, me hablas de semejante deber... Confieso que te entiendo menos.

- Sé que dudas... Es natural. Pero si recurren a ti, es porque confían en ti y porque estiman que no te perjudicarán. Al apoyar tus declaraciones, la embajada egipcia presionará en tu favor; todo el problema será elevado a otro plano, el debate se trasladará al nivel político. La opinión pública hesitará. No espero que el cien por ciento nos crea, pero no será un cien por ciento el que nos acuse. Nuestra responsabilidad se diluirá, entrará en tela de juicio. Quien tiene sentimientos anti-judíos creará en nosotros sin tapujos y el indiferente no nos señalará como únicos culpables. Hay algo más importante aún, que te toca en forma directa: se reactivará el problema de los palestinos. Conviene. Eres un refugiado, una víctima que con suerte y con ayuda de los organismos internacionales ha podido cursar una carrera y llegar hasta aquí, para perfeccionarse. Se tendría que ser muy cruel para no conmovirse con la historia de tu vida, privarte de tu beca y malograr tu carrera. Hasta la embajada de Israel se sentirá frenada cuando sepa que las sanciones podrían ser aplicadas a un refugiado... ¡Pero estoy exagerando! ¿Por qué hablar de sanciones? Eso si no te creen, como dices. ¡Te crearán! En fin... así pienso.

Sherif disminuyó la velocidad cuando nos aproximamos a la Jefatura de Policía. Frenó a cincuenta metros de distancia. Yo no sabía qué decirle ni qué hacer. Presentarme espontáneamente y declarar que fui embaucado como un imbécil, me parecía un enorme globo. Sólo existía una posibilidad

en cien que me creyeran, nos liberaran de culpa y cargo a todos los árabes e iniciarán un proceso contra Jorge y los judíos que asistieron al acto.

- No está en mi temperamento levantar una calumnia contra nadie y menos contra Jorge Silverman, que es mi compañero de trabajo y siempre fue correcto conmigo.

- Pero... ¡no me vengas ahora con posturas románticas!

- Basta, Sherif. Llévame a la Clínica. Todo este plan de Omar sólo demuestra que es una bestia tan grande hoy, como lo fue ayer al ilusionarse que con una provocación pública haría tambalear a Israel.

- Te echas encima a toda la colonia árabe.

- Lo siento. Pero no sé decir mentiras tan grandes. Las descubrirán en mi rostro -- suspiré con fastidio --. Me contradeciré una, dos y cien veces. Jorge Silverman negará todas mis inventivas. ¡Es ridículo! Si quieres que ayudemos a Omar y los demás detenidos, piensa en otro procedimiento. Ojalá que todo este disturbio sirva para algo. Pero no servirá para nada. Quizás sólo de enseñanza.

- He prometido a Omar que lo ayudaré. Quedó fuertemente esperanzado en el éxito de tu intervención. Te confieso que tampoco estoy convencido de la lógica de su plan, pero no se me ocurre nada mejor. ¿Qué hacemos?

- Vámonos de aquí.

Sherif no se decidía. Al fin partimos rumbo a la Clínica. Sherif Tamir tenía razón, Omar Dakani tenía razón, yo tenía razón, Todos teníamos razón, todos obramos por el bien de todos...

Meneé la cabeza, frustrado, impotente. No cometí ningún desmán. Conseguirnos arruinaré el acto de propaganda al israelí. Pero surgieron más complicaciones de lo que seguramente el mismo Omar Dakani previó. Salvé a una muchacha judía, pero eso no cuenta. Grité y pateé contra el Agregado israelí, pero eso tampoco cuenta para que los árabes no me juzguen severamente en el futuro por no haber seguido las instrucciones de Omar.

Empujé la transparente puerta de acceso y entré en la Clínica. La conferencia matutina había concluido y los médicos se encontraban recorriendo las salas. Me dirigí a mi armario, me cambié y subí hacia las habitaciones de los enfermos a mi cargo.

Avancé por los lustrosos pasillos deseando encontrar la habitación donde habían internado a Myriam Ben Aarón, aunque ese deseo me resultaba molesto. Esa muchacha altiva y segura alternaba en mi mente con su otra imagen, cuando yacía flácida en el asiento posterior del Volkswagen. Saberla próxima, ubicada en el mismo edificio, me anudaba el epigastrio.

Realicé mi trabajo habitual y al mediodía fui al centro. Almorcé solo. Luego volví a casa. Me arrojé en el lecho e intenté dormir, aunque muy pocas veces lo hago después del mediodía, Pero necesitaba relajarme. Mi fatiga no sólo se debía a las pocas horas de sueño de la noche anterior.

Mi decisión de no presentarme a la policía ¿significaba haber dado un paso en falso? ¿Lo lamentaría en el futuro?

Por la tarde volvió Sherif y me impuso de las últimas novedades. Omar continuaba detenido con alrededor de otros diez estudiantes. Liberaron al resto. Le conté a Omar que yo no aceptaba su plan. ¡Tembló de cólera! No lo quería ni entender; me insultó. Según Sherif, era probable que en pocos días liberaran a todos. ¡Eso era lo indignante! El disturbio, los heridos, la intervención policial, no servirían para nada. Sería un suceso intrascendente más. Con el agravante del mal papel jugado por los árabes y el peor recuerdo que dejarían en la opinión pública alemana. En pocas horas esta situación había alcanzado su máxima tensión y amenazaba resolverse sin pena ni gloria.

Así pensaba, entonces.

- 5 -

La señora Schneider trajo el diario doblado sobre la bandeja del desayuno. Lo extendió mientras acomodaba la vajilla, haciendo verborágicos comentarios. Aún continuaba excitada por el disturbio ocurrido en la Universidad. Empecé a leer. En casi media página se transcribían los ecos del tumulto. Declaraban testigos nuevos. Informábase sobre la evolución de los heridos. Una lista daba cuenta de los detenidos, árabes en su casi totalidad, la mayoría conocidos míos. Omar Dakani entre ellos. Más abajo, un titular:

Acusación de la embajada egipcia

El embajador de la República Árabe Unida había convocado a una urgente conferencia de prensa y expresado su preocupación por el nuevo tipo de guerra psicológica que se realizaba contra los árabes. Afirmaba que era evidente el interés de Israel por dar la mayor trascendencia a ese desgraciado suceso y obligar a reducir las partidas de ayuda para los estudiantes árabes. A ese acto concurrieron muchos judíos -- manifestó--, incluso una estudiante israelí que fue internada por un desvanecimiento intrascendente. Todo llevaba a pensar que el desorden fue provocado por los mismos judíos en presencia de árabes para hacer recaer sobre estos la reprobación del pueblo alemán. El acto en no era una manifestación sionista tan importante -- insistía el embajador corno para que los residentes árabes hubieran concurrido en grupos organizados con el propósito de frustrarlo, tal como pretenden muchas opiniones sutilmente

orquestradas por los judíos. El diplomático egipcio exigía la inmediata liberación de los árabes detenidos y una investigación a fondo para descubrir a los verdaderos culpables de ese vandálico atentado contra los bienes y las vidas del pueblo alemán.

- ¡Yo no entiendo nada! -- exclamó por fin la señora Schneider.

Me encogí de hombros.

- ¿Por qué no me lo explica usted? -- Se paró en una actitud cómica.

- No, no tengo nada que explicarle. Sé apenas lo que dice el diario.

Titubeé un instante. Mordiéndose una uña lanzó la pregunta.

- ¿Debo creerlo?... Me han dicho que usted estuvo...

- Estuve ¿dónde?

- En la Universidad... la noche del desorden.

- ¿A quién se le ocurrió semejante cosa?

- Me han dicho... Usted es árabe. Asistieron todos los árabes de Friburgo -- se retorció los dedos.

- No es cierto, señora Schneider.

- ¡*Dank Gott!* Ojalá sea así... Estaba muy preocupada. Mis vecinas han venido a preguntarme si usted estaba preso, si hace reunión en casa. Me acosan con sus interrogatorios. ¿Qué debo decirles?

- Hable menos.

- ¡No puedo! -- levantó sus manos --, Siempre hablé mucho y nunca tuve problemas con mis inquilinos. Aquí se hospedaron estudiantes, trabajadores, profesionales. Todos honorables y correctos. Jamás vino la policía. Y ahora, de repente... ando en la boca del barrio. Me pidieron que tenga cuidado. ¿Me puede acusar la policía de encubridora?

- Encubridora de qué.

- No se enoje Herr Doktor. Pero la gente habla... -- retrocedió un paso.

- La que habla es usted, señora Schneider,

- Tengo miedo, Herr Doktor -- se acercó de nuevo y puso su mano sobre mi codo, suplicante --. No quiero verme envuelta en líos. A mi edad no aguantaría una requisitoria. Yo alquilo porque necesito dinero. Si mi marido viviera, sería otra cosa... Usted es bueno, no creo que haya participado en ese tumulto. Pero... ¡qué sé yo! ¡No sé qué pensar!

- Señora Schneider: ni el tumulto ha sido tan grave ni a mi se me acusará de nada. No tiene porqué preocuparse ni escuchar las tonterías que imaginan sus vecinos.

- Dios lo oiga, Herr Doktor!

- Busque otros temas para conversar en el barrio.

- No es fácil -- estaba desconsolada_...., Mis vecinos, desde el saludo ya empiezan a preguntar por usted. Y yo lo aprecio a usted, Herr Doktor. Lo aprecio de verdad.

Terminé el desayuno. Recogí mi abrigo y fui hacia la puerta. Ella me siguió para hacerme recomendaciones.

- ¡Cúidese,- Herr Doktor!

Meneó la cabeza, pensando en la inutilidad de sus palabras.

- La juventud de hoy es tan desaprensiva.

Antes de una semana quedaron en libertad todos los detenidos. Contribuyó la circunstancia de que no se hayan producido muertes. No se pudieron determinar los culpables, ni siquiera después de identificar a muchos de los que abuchearon al orador. Se concluyó en que la muchedumbre asustada por la inminencia de un incendio obró despavoridamente originando los daños. Era evidente -- algunos pocos periodistas se atrevieron a afirmarlo -- que todo el proceso fue neutralizado en las esferas políticas superiores. A pesar de la indignación pública, las protestas de organizaciones judías y las demandas de la embajada israelí, no hubo ninguna punición y se dio por cerrado el asunto.

Me causó una íntima satisfacción esta prueba de la eficiencia diplomática árabe. Los países de Europa habían desarrollado ese talento sutil a lo largo de centurias, desde que la Grecia clásica estableció las primeras misiones diplomáticas permanentes e inviolables entre sus ciudades-estados. Pero las naciones árabes resucitadas a su vida independiente, no contaban con esa tradición. Cometían muchos errores que las hacían aparecer torpes, inmaduras, incluso brutales. Tuvieron que aprender rápido y adaptarse a normas extrañas, retorcidas. La hipocresía, ejercida con inquebrantable serenidad, es la clave del éxito. La sonrisa y el puñal, la promesa y la extorsión, dosificadas artísticamente, con elección micrométrica del momento oportuno, obtienen los resultados brillantes. Federico II lo precisó: "El secreto de la política consiste en mentir con oportunidad".

La embajada israelí tuvo que conformarse con la promesa que le formuló el Gobierno Federal de brindarle mayor protección en los actos futuros.

Los árabes detenidos fueron liberados sin cargo ni culpa. Los heridos fueron visitados por un representante del Ministerio de Salud Pública, quien lamentó lo ocurrido y decidió hacerse cargo de los gastos que su tratamiento demandara hasta lograrse la total recuperación.

La embajada egipcia protestó en otro comunicado por haberse cerrado el proceso sin descubrirse a los verdaderos culpables.

Las notas periodísticas disminuyeron de tamaño, replegándose hacia las últimas páginas.

4 - La Heroína

1

Un domingo de mañana -- ya habrían pasado las diez -- caminaba por el centro de Friburgo. La gente se desplazaba lentamente gozando un imprevisto sol de invierno. Pasé frente a la Catedral. Contemplé esa masa armoniosa de piedra esculpida, gótico haz de agujas que confluían en el cielo.

- Buenos días Herr Doktor.

Reconocí esa voz y me volví.

- ¡Myriam Ben Aarón!

Quedé inmóvil.

Vestía un saco de piel marrón y cubría su cabeza con un gorro de la misma piel. Lucía más hermosa que en mi recuerdo.

Al cabo de unos segundos extendió la mano.

- Es increíble que haya pasado tanto tiempo...

- Es verdad.

- Deseaba agradecerle por la ayuda que me brindó cuando el tumulto.

- No tiene nada que agradecer -- dije en forma brusca, estúpidamente trabado. Busqué algún tema que no se refiriese al tiempo, pero sólo atiné a sonreírle.

- Bueno... Estamos parados aquí, en medio de la calle. ¿Hacia dónde va? -
- señaló con sus manos direcciones opuestas.

- Sin rumbo... Paseaba.

- Yo voy a casa de una amiga. Es cerca. ¿Desea acompañarme?

Enlazó su brazo y empezamos a caminar.

Saqué un paquete de cigarrillos.

- ¿Fumas?

- Si.

Le tendí fuego. Incluyó su cabeza ovalada; la frente ya tenía unas levísimas arrugas; sus párpados caídos la hacían mas bella... o menos temible.

- He ido a la Clínica en varias ocasiones -- comentó --. Me resulta más cómodo encontrarme con el profesor Günther allí que en su casa, en las afueras. Nunca te he visto.

- Extraño. Todos los días concurreo a la Clínica, para eso vine a Alemania. Habré estado en otras secciones.

- Seguramente -- no le dio importancia --. ¿Cuánto tiempo permanecerás en Friburgo?

- Dos años.

- ¿Contento aquí?

- No está mal.

- Has ganado la estima de Günther, lo dejé traslucir en varias ocasiones.

- ¿Ah, sí? Conmigo es muy parco.

- En la Clínica con todos -- sonrió --. A él se lo descubre fuera del trabajo, cuando es despoja de la toga.

- Hace muchos años que es Direktor: ya podría haber reducido las aristas impuestas por la jerarquía de su cargo.

- Es una modalidad inherente a la estructura sanitaria del país. Günther no es la excepción.

- ¿Cuánto tiempo hace que vives en Alemania? -- la conversación seguía dura, forzada.

- Apenas seis meses.

- ¿Siempre en Friburgo?

- No. Primero en Colonia. Preparo un trabajo sobre el movimiento iluminista y allí inicié mis investigaciones. Ahora reviso los Archivos y Documentos que conserva esta ciudad. Creo que en pocos meses estará concluido.

- Te gusta la historia.

- Es mi profesión.

Al rato dije:

- ¿Te ha becado la Fundación Alexander von Humboldt para realizar ese estudio?

- ¿Cómo lo sabes?

Encogí los hombros: lo escuché por ahí.

- En este momento mi país tiene en Alemania dos becarios. El otro es un ingeniero agrónomo que vive en Hamburgo. Nos costó aceptar las becas --

hizo una pausa y me miró, como para cerciorarse de mi interés en escucharla -- Reconozco haber venido con cierta prevención. El recuerdo de las masacres nazis es demasiado fuerte aún. Pero no podemos rechazar las buenas intenciones de millones de alemanes que anhelan sinceramente borrar el pasado horrible de sus relaciones con los judíos.

- El profesor Günther ¿es uno de ellos? -- pregunté, pensando en las razones de su repentino tono confesional.

Reflexionó un instante: puede ser.

- ¿Qué hizo durante la era nazi? Entonces no era Direktor ni vivía en Friburgo.

- Mejor no averiguar demasiado.

- Crees que...

- Y... Pocos alemanes han enfrentado a ese régimen. Bajaron la cabeza, esperando que otras fuerzas lo destruyeran. Para los mejores de ellos, el peor castigo ahora es su conciencia. Y si se esfuerzan para purgar culpa o error...

- Sinceramente, creía que los judíos eran más vengativos -- dije con una pizca de morbosidad.

- ¿Vengativos?

Pude haber empleado una palabra más exacta, pero callé. Seguimos caminando por el centro, cada vez más concurrido por la multitud heliófila.

- Hablas muy bien el alemán -- observé.

- Mi ascendencia es alemana.

- Ah! El profesor Heinrich Meiersohn.

- Sí, mi padre. Pero no lo conocí -- comentó con extraña indiferencia.

- ¿Tu madre te enseñó el idioma?

- Tampoco la he conocido.

- ¿Ambos murieron en Alemania?

- No, sólo mi padre. Mamá falleció poco después de darme a luz, en Israel. Es decir, en sus aguas territoriales -- precisó con orgullo.

Contraje la frente, simulando desconocer esa historia.

- No es habitual ¿verdad? -- apretó levemente mi brazo.

- No, por cierto.

Doblamos una esquina: es allí.

Interrumpiendo una fila de edificios deprimentes, reproducidos unos de otros por aburrimiento o impaciencia de los arquitectos, se encogía la casita de revoque violeta. Tenía algunos elementos barrocos, demasiado discretos, quizá por pudor ante sus sobrios y lineales vecinos.

Junto al timbre, en una pequeña chapa de bronce donde reverberaba el sol, se leía: Ingrid Beickert.

- Ingrid Beickert... Ingrid Beickert... - murmuré.

- ¿La conoces?

- No recuerdo.

- Es una mujer maravillosa. En parte, le debo la vida.

- ¿La vida?

- Es una de las pocas personas que sí enfrentaron a Hitler. Escondió judíos y lo ayudó a escapar a Alemania. En 1939 refugió a mi madre y mis hermanos en su propia casa. Después de la guerra nos visitó en Israel. Allí fue recibida como una heroína por millares de sobrevivientes.

Apretó el timbre.

- Gracias a ella... - se interrumpió meneando la cabeza con una ahogada risita.

- Gracias a ella ¿qué?

- Supe de todas las circunstancias que rodearon mi nacimiento. Recopiló una montaña de datos y me ha destinado un capítulo de sus Memorias.

Se oyeron ruidos de puertas. En seguida apareció una mujer enjuta, cuyo rostro resplandeció al vernos. Saludó alegremente a Myriam. Ingrid Beickert evocó mi nombre, recordando que operé a Isaac Ben Aarón. Nos invitó a pasar.

- Yo solamente acompañaba... -- me excusé.

Ingrid Beickert insistió. Miré el reloj y accedí: por unos minutos, solamente.

Entramos en un saloncito cuyo amplio ventanal derramaba una cascada de luz. Dos paredes estaban tapizadas con libros, desde el suelo al techo. Sobre el escritorio, en un ángulo, se acumulaban papeles y revistas. Un buda de madera oscura y brillante irradiaba calma desde un pedestal barroco.

Nos sentamos en torno a una pequeña mesa circular.

Ingrid Beickert era menuda, pero su voz firme y clara. Tenía ojos verdes enormes, injertados en su rostro pequeño y tierno como dos piedras fosforescentes. Las arrugas tenues se irradiaban desde sus órbitas e intentaban alcanzar los labios. El cabello corto empezaba a platear sobre

el bronceo color original. Sus manos nerviosas acompañaban la entonación de sus frases con gestos elocuentes. Usaba un minúsculo prendedor sobre la solapa de su traje de franela amarilla. A su lado, Myriam semejaba un álamo junto al ligustro.

Quiso hacerme sentir cómodo: se interesó por mi trabajo y las condiciones de mi beca. Conversamos sobre la Universidad contó algunas anécdotas sobre su actividad docente. Riendo, fue a buscar en un libro la hoja de papel con la horrible caricatura que le dedicó un estudiante.

- ¿Qué enseña?

- Filología.

- ¿Filología? -- súbitamente se imantaron las asociaciones. ¿Esta era la talentosa amiga de quien me habló Rolf Freytag en Garmisch? ¿Le gusta Friburgo? Allí vive una mujer de gran talento. ¿No la conoce? Debería... Friburgo es un importante centro de estudios filológicos.

- Usted es amiga del doctor Rolf Freytag, de Munich.

- ¡Por supuesto! Hace decenios que lo conozco... lo conozco bien -- guiño con picardía..... Es un travieso muchachote, muy noble y muy inteligente.

- Nos hospedamos en el mismo hotel, en Garmisch, durante la semana de Navidad. Al saber que yo vivía en Friburgo, la mencionó a usted -- dije con apresuramiento.

- ¿Se divirtió en su compañía?

- Mucho, especialmente en las canchas de esquí.

- Rolf es formidable -- exclamó con entusiasmo --. Ha sido el mejor amigo de mi esposo. Su presencia es rejuvenecedora. No hay depresión que lo resista.

En el camino hacia el teleférico Freytag silbó una melodía. La melodía que afloraba cuando se ponía alegre: era lo único que jamás lo abandonó. En cambio su esposa e hijos quedaron enterrados en la nieve, cuando el forzado exilio. Porque nuestra centuria es la más depravada, más inhumana y cruel de cuantas se tenga memoria... En Breslau nací, pero no me pida que luche por reconquistarla, que derrame la sangre de una sola persona más. Volver a Breslau significa expulsar a los polacos que se han establecido ya allí y significa producir más refugiados. ¿Hasta cuándo?

Los ojos verdes de Ingrid, enormes como medallones en su cara pequeña, tal vez descubrieron el encrespamiento de mi memoria. La palabra refugiado es de reciente cuño. La secuela de casi todas las guerras no sólo fueron muertos y prisioneros, sino movimientos migratorios de poblaciones acuciadas por el terror. En 1922 la Unión Soviética despojó de la ciudadanía a un millón y medio de rusos. Grecia expulsó a seiscientos

mil turcos y Turquía a un millón de griegos. Los gobiernos utilizaron el infortunio de los refugiados coreanos como propaganda política.

Estábamos hablando sobre mi trabajo en Alemania, las condiciones de mi beca. Y ante la mesa circular, en un cálido ambiente navideño, Freytag insistía que derramar más sangre significaba producir más refugiados ¿hasta cuándo?

La horrible caricatura que dibujó un alumno de Ingrid Beickert nos hizo reír, efectivamente. Los gobiernos utilizaron el infortunio de los refugiados coreanos como propaganda política, siguió demostrando Freytag incansablemente, superponiendo su voz a las nuestras.

Myriam se quedaba para el almuerzo. Me levanté, decidido a partir. Me acompañaron hasta la puerta, como si quisieran continuar estimulando con su presencia el vórtice de frases inquietantes que repiqueteaban de pronto en mí interior: refugiados, Breslau, coreanos, primera y segunda guerra, post-guerra.

Desde la esquina volví a contemplar la casita, una intrusa violeta entre cajas de piedra gris. Llegué hasta el maravilloso haz de agujas pétreas de la Catedral que seguían hiriendo el cielo: empezaban a darse cita unas nubes de color ciruela. Sobre las calles y paredes ya no chorreaba la misma luz.

Ocurre que basta un contacto mínimo para reparar en la dimensión de una persona. Gerhard Reiser comentó sobre un folleto de filología que se le había extraviado; no lo podía comprar en ninguna parte porque se había agotado. Lo escribió Ingrid Beickert.

Otra vez la señora Schneider hizo un elogio del nivel cultural de Friburgo. Su mala dicción me provocaba un rechazo instintivo, involuntario. Ese día se empeñó en hacerme conocer las glorias de su ciudad, no sólo de gentes que nacieron y murieron en ella, sino también egregias figuras que permanecieron lapsos variables, uniendo sus nombres a la historia de Friburgo. Me asombré cuando nombró a Alberto Magno; en su chismes con las vecinas, no imaginaba que cupiera un filósofo medieval. La lista que ella conocía no era muy extensa -- ¡gracias a Dios! -- y en esa lista incluía con admiración a Ingrid Beickert.

El profesor Gustav Schimm era un melómano y asistía regularmente a los conciertos de "Música Nueva", donde se ejecutaban creaciones de vanguardia. Disfrutaba esos conciertos desde el amanecer, comentando las piezas que escucharía. Su entusiasmo era contagioso y lograba así arrastrar muchos colegas -- que solían volver decepcionados. Pero Gustav Schimm era un adicto incondicional de la revolución sonora. Con redoblado júbilo citó un día el elogioso artículo que publicó el diario sobre una composición estrenada en esos conciertos. Era un artículo chispeante. ¿Quién se atrevería a desautorizarla? ¡Lo firmaba Ingrid Beickert!

Al cabo de un par de semanas, a la mesa de entradas de la Clínica llegó un pequeño sobre. Extraje una tarjeta. Ingrid Beickert me invitaba a la celebración de su cumpleaños.

- 2 -

Me enfrenté con Omar en la puerta de acceso al ala antigua de la Universidad Allí cobrábamos la mensualidad de nuestras becas. Era poco antes del mediodía,

Cuando nos vimos, Omar palideció, adquiriendo esa fisonomía brava, temible, que ya conocí en otras ocasiones. Lo contemplé sin moverme, tratando de conservar mi serenidad. En un santiamén desfilaron por mi memoria recuerdos amistosos, excepto el último.

Omar avanzó lentamente, indeciso. Sus músculos faciales se tornaron prominentes, sus cejas se cerraron, aguzando el resplandor colérico de los ojos. Su cabeza cuadrada parecía hundirse en los hombros, apuntando su frente como lo hace el toro antes de atacar.

Extremadamente tenso y sin quitarse los guantes me asió la solapa. Con voz susurrada, apagada por la ira, exclamó:

- ¡Eres un cobarde, un traidor!

Le comprimí los antebrazos con fuerza y los arranqué de mi ropa. Aprisionándolos contra los costados de su cuerpo, traté de hacerle entrar en razón. Pero su sensorio se había clausurado. Rechinando los dientes se liberó y descargó un puñetazo sobre mi mejilla izquierda. Me tambaleé; di un paso hacia atrás.

Tropecé contra un montículo de nieve y caí dando tumbos. Omar permaneció en guardia, provocativo. Algunas personas se acercaron, curiosas. No bien me incorporé sentí que la sangre me llenaba la cara Me lancé sobre Ornar. Alcanzó a esquivarme. Pero la velocidad no me impidió agarrar su sobretodo. Fui a dar contra la pared, arrastrándolo. Con rapidez apoyé un pie en el muro y lo derribé con el peso de mi cuerpo.

Fue una escena lamentable. Rodamos sobre la nieve enlodada. Nuestros zapatos resbalaban como enjabonados. Pero la furia nos enceguecía y continuamos propinándonos golpes con codos y rodillas. Giramos hasta la mitad de la calle. Se interrumpió el tránsito. Empezaron los bocinazos mezclados con gritos. Los golpes indiscriminados de Omar se hundían en mi cara y bajo vientre. El dolor me encrespaba como resorte. No veía más que su cuerpo convulsionado junto al mío, y le devolvía la paliza con todas mis fuerzas y todos mis medios.

Una multitud se agolpó gritándonos frases incomprensibles. Nos separaron con violencia y condujeron al interior de la Universidad. Ornar desapareció. Me quitaron el abrigo, los guantes y me limpiaron con una toalla. Me acribillaron a preguntas, que no podía contestar debido a mi gran agitación.

Al cabo de un rato me sentí mejor. Respondí con evasivas: que habíamos reñido por cuestiones personales, intrascendentes, que montamos en una cólera desproporcionada. Agradecí y me fui a cobrar el estipendio.

Bullían los comentarios.

- ¿Dinero? ¿Una amiga?

- Sí, sí, algo de eso...

Estaba incómodo, sucio, tenía la cara enrojecida.

- Son árabes... Cuestiones entre árabes... Guerra santa...

Vi aparecer a Omar en el otro extremo, rodeado por varias personas. Su estado no era mejor al mío. De no haber sido por el dolor que sentía en mi cabeza, me hubiera reído. Avanzaba rengueando, tenía las ropas manchadas y el labio superior edematizado. Sus ojos aún centelleaban de furia. Sus acompañantes lo sujetaron para evitar que se abalanzara otra vez. Esperaron que yo cobrara y me fuera. Luego le permitieron arrimarse a la caja. Me siguió con la mirada, como una fiera a través de los barrotes.

Volví en taxi. Era una hora desusada de regreso. Abrí la puerta de calle con sigilo e intenté alcanzar mi habitación sin que me viera la señora Schneider. Pero no pude escapar a su control. Vino desde la cocina, curiosa, con una papa en la mano a medio pelar. Cuando me vio se le cayó la papa y lanzó un chillido de horror, invocando a Dios y a todos los santos.

- No es nada, no es nada. Caí en la calle. Prepáreme un baño.

- Sí, sí, enseguida. ¡*Mein Lieber Gott!*... Esta juventud no tiene ojos, ni oídos ¡Qué barbaridad! Piensan en la luna y no saben por donde caminan.

La dejé mascullando lamentos y consejos. Entré en mi pieza y busqué un antiséptico en el botiquín. Frente al espejo limpié las escoriaciones de mi rostro.

Estaba muy cansado. Empiné la botella de *cognac*, que me reconfortó. Abrí el diario y me puse a leer hasta que la señora Schneider avisó que el baño estaba listo. Me sumergí en la cálida caricia envolvente del agua. El vapor opacaba los vidrios. Con su densidad narcotizante. Me observé el cuerpo, los brazos, las piernas: moretones en todas partes. La abrigada ropa de invierno amortiguó los golpes. Permanecí en el agua un rato largo.

Me tiré sobre la cama. Quedé sin almuerzo: cuando me percaté, había dormido hasta cerca de las dos de la tarde.

Fui a comprar algunas provisiones y preparé unos emparedados que acompañé con una taza de chocolate.

Sentía dolores en todas partes, aunque no me faltaba apetito. Mientras merendaba, recordé con indignación la riña. ¡Qué Omar Dakani! Era de temperamento violento e ideas inflexibles, no perdonaba mi negativa a colaborar en su plan. Pero no hubiera Imaginado tamaña reacción. Ya había transcurrido más de un semana desde que fuera puesto en libertad y tuvo tiempo de serenarse, incluso resignarse a que el disturbio terminara sin éxito. Al menos todos los árabes fueron liberados sin que se les atribuyesen oficialmente la responsabilidad del tumulto. La sacamos bien barata, él en primer lugar. Si lo quemaba la brasa de la frustración, que investigara sus razones, las cuales no afincaban ciertamente en mi negativa a colaborar -- porque hubiera fracasado -- sino en el esquema pueril o imprevisor de su plan estúpido.

Mastiqué con rabia. Mis pensamientos estaban orientados en ese momento por un factor somático evidente: los dolores de músculos y articulaciones

La señora Schneider llamó suavemente pregunto si dormía.

- No, ya me levanté hace rato. ¿Qué desea?

- Lo busca un amigo suyo.

Me incomodó que vinieran a perturbarme en ese momento.

- Que pase.

Se abrió la puerta y apareció Sherif. Me incorporé para recibirlo. Pero el dolor curvó mi columna

- Vaya, vaya -- sonrió, cerrando la puerta tras de sí --. Quédate sentado. Veo que no estás en condiciones deportivas.

- Así es.

- ¡Hum! -- me examinó el rostro, la nuca, las manos --. No estás peor que Omar. ¿Qué les pasó?

- El te lo habrá contado

- ¡Qué va! Cuando regresé del almuerzo lo encontré tendido un su cama, la ropa sucia, los zapatos puestos y embarrados el rostro lleno de contusiones, el labio hinchado. ¡Dantesco! Estaba durmiendo, pero se despertó al oírme entrar. Le pregunté, asombradísimo. ¡Para qué! Me largó tal metralla de Improperios que tuve que llevarme un brazo a la cara. Pude comprender lo principal, o sea que ustedes dos se repartieron alegres trompadas poco antes del mediodía frente a la Universidad. De modo que,

sabiendo el estado de un boxeador -- abrió los brazos, en actitud burlona -- , vengo a comprobar el del otro.

Sherif vio la botella de *cognac* sobre mi mesa y la levantó. Empezó a buscar una copa en el aparador.

- No sólo eres un mal boxeador, sino un anfitrión deficiente. Sabes que acabo de almorzar, vengo a informarme sobre tu estado de salud y no se te ocurre convidarme con un poco de este noble digestivo.

- Ya son casi las 3.

- Toma tranquilamente la lechita -- señaló mi taza y los emparedados --. Yo me las arreglaré con esta botella. Ahora cuéntame qué pasó. Eres más tranquilo que tu contrincante.

- Nos enfrentamos por casualidad. Me insultó y luego me descargó un puñetazo aquí, en la mejilla. Te aseguro que yo quería tranquilizarlo, hablarle en forma razonable. Pero me caí, me enlodé, escuché risas. Omar permaneció sobre la vereda, tenso, agresivo, listo para repetir su golpe. Me hirvió la sangre, no sé bien qué pasó después, lo cierto es que caímos y nos revolcarnos furiosamente en el barro hasta que consiguieron separarnos. Eso es todo. Cobré mi mensualidad y me vine. Supongo que él hizo otro tanto. Ahora estoy con todo el cuerpo dolorido y preguntándome si Omar no tiene algún resorte psíquico en mal estado.

- ¡Prosit! -- brindó levantando su copa.

Se arrellanó en el pequeño Sofá y buscó en sus ropas cigarrillos. No los encontró e hizo un gesto para hacérmelo saber. Le arrojé el paquete que yacía sobre mi mesa.

- ¡Gracias! -- lo recibió en el aire. Extrajo uno y se metió el paquete en el bolsillo.

Luego de esta pausa, adquirió un aspecto más serio y habló moderadamente.

- ¿Conoces la historia de Omar? -- me lanzó una bocanada de humo. Asentí Con la cabeza.

- ¡Bueno! Entonces no hay que asombrarse. ¡Qué quieres!

- Puedo comprenderlo, pero no aguantarle una trompada. Tampoco lo tolerarías. Al menos, así lo creo...

- El abuelo de Omar perteneció a la Hermandad Musulmana. ¿Lo sabías también? ¿No? Era un extremista, vivía aguijoneado por una explosiva mezcla de nacionalismo y fanatismo religioso. Practicaba el terrorismo. Todos sus hijos, incluso el padre de Omar, que luego fue el coronel Ahmed Dakani, heredaron ese fanatismo. En 1948 marcharon a la guerra de Palestina. Lucharon como leones. El viejo murió en el campo de batalla y

sus hijos fueron ascendidos. Cuando regresaron) derrotados, con la moral a la altura de los tobillos, el gobierno los recibió como triunfadores. El coronel Ahmed Dakani se alejó de la Hermandad, se enemistó con sus hermanos, no soportó esa falsificación destinada a evitar la caída del endeble rey Faruk, exigiendo que se descubrieran las verdaderas causas de la derrota, que se modernizara el ejército egipcio, que se limpiara la corrupta administración de Faruk. Fue uno de los pocos oficiales temerarios que proclamó públicamente algo terrible: la franja de Gaza permaneció en manos egipcias, no gracias a los méritos de la defensa, sino gracias a la presión que ejercieron las potencias occidentales contra los judíos para que no la ocuparan. Este era otro servicio que prestaban Gran Bretaña y Estados Unidos a los gobiernos árabes adictos. ¡No me mires así! no invento: basta releer los diarios de esa época. Mientras, la Unión Soviética enronquecía gritando en favor de Israel. ¿De esto, sí te acuerdas...? Era bastante humillante, por cierto. Se necesitaba un cambio revolucionario, El coronel Ahmed, con el mismo fanatismo que años atrás había servido a la Hermandad Musulmana se dedicó entonces a combatirla.

- Como tantos otros valientes. ¿Qué tiene que ver con la epilepsia de Omar? ¿Para qué remontarse hasta ese tiempo?

- Calma -- Sherif estiró sus manos --, calma. El coronel Dakani tuvo que ocultarse para salvar la vida, pero la persecución alcanzó a su esposa y sus hijos: fueron tomados como rehenes por la hermandad. Omar fue hecho rehén En cualquier niño esta experiencia se hace imborrable. ¿Qué los salvó? La revolución de 1952. El coronel Dakani, naturalmente, integraba el grupo de oficiales comandados por Naguib. Pero no se conformó con destituir al heliogáballo Faruk: le impacientaba el curso de la revolución, que ya no era tal, porque entronizó a Fuad II, hijo del cerdo. Protestó, intrigó, hasta que un año después fue liquidada la vieja dinastía y se proclamó la república. Se unió a los oficiales más fogosos que se nucleaban alrededor de Nasser. Bueno, las consecuencias se conocen: Naguib fue declarado traidor y echado a la cárcel. La Hermandad Musulmana fue disuelta; el coronel Dakani se dedicó a perseguir y exterminar la cofradía donde él mismo había crecido y se había educado. Incluso encarceló a sus propios hermanos. ¿Quieres mejor escuela para Omar? ¿Puede salir de semejante Incubadora un ser flexible y razonable?

Sherif fumó en silencio, entrecerrando los ojos ante la densificación del humo.

- Detalles más o menos, es historia conocida -- dije al rato, palpándome las articulaciones contusas.

- Hay algo más que posiblemente ignoras. Cuando se produjo el ataque israelí contra Egipto en el año 1956, el coronel Dakani luchó con bravura incomparable. Pero es difícil imaginarse cuál podía haber sido su estado de ánimo al ver que en menos de cinco días Israel conquistaba un territorio

dos veces más grande que el suyo y aniquilaba al ejército egipcio organizado por la revolución. ¡Cuál sería la desazón de ese coronel valiente, patriota, al debatirse impotente contra el avance judío! Los soldados egipcios huyeron, huyeron por miles, como ratas. ¡Lo digo, lo repito! con vergüenza, y como lección... El esfuerzo de años, realizado con entusiasmo, se desmoronó con un estrépito de pesadilla. El poderío militar egipcio era una ficción, un engaño. Las causas de la derrota de 1948 no fueron subsanadas por Nasser. El odiado Israel podía más que el tonante Egipto, adiestrado y pertrechado.

- ¿A qué viene ese elogio a Israel?

- A esto, El coronel Ahmed Dakani fue tomado prisionero. No fue muerto. ¿Entiendes? no fue muerto... como se difundió, como tal vez creías. Tampoco permaneció encerrado en un campamento militar. El y cientos de oficiales se convirtieron en huéspedes de ciudadanos israelíes. Cada uno de estos oficiales fue invitado por una familia israelí, sin guardia ni acompañamiento, a recorrer aldeas y ciudades. Increíble ¿verdad? Hacía mucho que en una guerra no se producían gestos de caballeros. O de hipócrita diplomacia, da lo mismo. Les mostraron el país, con su poderío económico y científico, que el mundo árabe sólo conocía a través de la anti-propaganda. Por supuesto que mostraron lo que les convenía: era otro tipo de propaganda, bastante hábil, Y consiguieron sembrar en el corazón de estos oficiales la inquietud de que no era tarea fácil destruir a Israel. Y algo más insólito: la factibilidad de una cooperación entre árabes y judíos, Sí, señor. Y no te atragantes. En el espíritu del coronel crujió una estructura que parecía tener consistencia de la roca. Volvió a El Cairo envejecido. Su derrota se produjo mientras viajaba confortablemente por los caminos d Israel, no en el campo de batalla, como creyó al principio. Junto con otros oficiales, pensaba que el nuevo Egipto necesitaba otra bandera: una verdadera revolución social en vez de dispersar esfuerzos en guerra estéril. Pensaba seguramente lo que yo pienso: nuestras revoluciones han sido meros cambios de piel, nuestros ejércitos siguen siendo los viejos ejércitos, nuestra mentalidad la vieja mentalidad. No teníamos un ejército popular, ni sindicatos organizados, ni libertad de prensa. Dependemos del caudillo de turno... o más bien, de los militares de turno. Así no llegaremos lejos, ni aunque destruyamos a Israel y ahogemos a todos los judíos. Seguramente pensaba así el coronel Dakani cuando viajaba de regreso.... A su tristeza la asistió la audacia: decidió esclarecer al gobierno y a los compañeros de armas sobre la realidad de la situación. Realmente, le asistió la audacia, mucha audacia. Cuando llegaron a suelo egipcio, se produjo la más bochornosa sorpresa ¡fueron recibidos como héroes, en triunfo! ¡Nasser logró transformar la victoria israelí en un triunfo egipcio sin precedentes gracias al apoyo mancomunado de norteamericanos y rusos! El coronel Dakani recordó de pronto su regreso varios años atrás, en 1948, cuando Faruk también los recibió con laureles. ¡La misma falsía, la misma demagogia! Insultó,

escupió, pateó, conspiró. Esto era reaccionario, estúpido. Pero enseguida fue descubierto y... ejecutado. Ejecutado ignominiosamente. He ahí cual fue su verdadero fin -- aplastó en el cenicero la colilla de su cigarrillo -- ¿Tú qué sabías? ¿Qué murió como un héroe en el Sinaí? Eso es lo que cuenta Omar, porque sería insufrible para él que señalaran a su padre como un anti-nasserista que propugnaba terminar Con la beligerancia. Omar carga sobre sus hombros la vergüenza que implica el fin trágico de su padre. Inflexible como su abuelo, como sus tíos, como lo fue su propio padre, Omar es un anti-israelí fanático, en la medida que ello puede compensar la ignominia. El dolor por la muerte de su padre en el cadalso, se canaliza a través de un odio casi animal contra los judíos. Igual que su padre, lamentablemente es de las personas que para cambiar de opinión, tiene que partirse, hacerse añicos; no es el tallo verde que se dobla, sino el gajo viejo, reseco y muerto que a la menor inflexión se quiebra. Es el pasional, el fanático. Por eso te pido que no lo juzgues con dureza. Debes comprenderlo, incluso perdonarlo.

Contemplé a Sherif, arrellanado en el sofá. Estaba envuelto por el humo del cigarrillo, con el *cognac* en su mano derecha y una expresión interrogativa en el rostro.

Pero mis moretones no me dejaron articular el perdón.

- 3 -

Operé con el doctor Brauer un aneurisma cerebral, Hice la primera parte, la craneotomía y luego actué como su primer ayudante, Un médico japonés recientemente incorporado a la clínica se desempeñó como segundo ayudante. Jorge Silverman le había efectuado el estudio neurorradiológico y yo habla consignado su sintomatología clínica. Günther nos encomendó estudiar los casos con patología vascular quirúrgica como tema de Investigación durante nuestra permanencia en Friburgo, Debíamos describir y tabular todos los síntomas y signos registrables pre y postoperatorios

Jorge entró al quirófano cuando Brauer había concluido la disección del aneurisma. Se cubrió con ropas estériles y nosotros nos apartamos un poco para dejarle observar el estrecho campo. Cambiamos algunas palabras referentes a la afección de este paciente y luego continuamos trabajando en silencio. Brauer ligó exitosamente el cuello del aneurisma. Lo hizo fotografiar, satisfecho y empezó a suturar. Jorge salió, había concluido la parte difícil y riesgosa.

Brauer hizo algunas preguntas al japonés, que respondió como pudo, en su deficiente y recién aprendido alemán. Luego se dirigió a mí.

Lo vi el domingo por la mañana.

- ¿Dónde?

- En el centro. Estaba muy bien acompañado...

Hice una mueca.

- No sabía que era amigo de la señorita Ben Aarón -- añadió.

- Usted no lo puede saber todo.

- ¡Gasa! -- ordenó a la instrumentista extendiéndole la mano. Repasó la herida y se apartó. Yo comencé a efectuar el vendaje, ayudado por el japonés.

Luego, en el vestuario, Brauer reparó en las huellas de la gresca con Omar que aún se veían en mi cuerpo.

- Fue una caída -- dije.

- Hablando en serio, ¿esa muchacha es amiga suya?

- Podría llegar a serlo -- empleé un tono cordial para compensar la agresividad de mis palabras anteriores.

- ¡Inverosímil!

- ¿Por qué?

- ¿Cómo por qué?... Porque usted es un refugiado palestino y ella una judía. Usted podría quizá seducirla, engañarla. Pero no ser su amigo, tenerle simpatía. O yo no entiendo nada de política.

- Tiene razón -- coincidí ambivalentemente.

Brauer giró para mirarme. Aún no se había prendido la camisa; su abundante vello dorado le almohadillaba pecho y abdomen.

- Entonces... ¿Es una aventura? -- le brillaron los ojos --, Dígame. Esa seguridad, esa arrogancia, ¿no es para tanto? ¿Es fácil abordarla?

- ¿Usted la trató alguna vez, acaso?

- La asistí cuando la trajeron desvanecida del tumulto que ustedes provocaron en la Universidad.

Brauer no advirtió mi pasmo.

- ¿Se enteró o no de ese tumulto?

- Sí, me enteré -- fingí no darle importancia.

- Raro que usted no haya participado... -- reflexionó, terminando por cerrarse la camisa.

- ¿Qué pasó con la muchacha? -- pregunté.

- Ella asistió a ese acto. Sufrió una lipotimia o una conmoción. La trajo un cura argentino Al rato de internada recuperó el conocimiento y se quiso ir. A duras penas conseguí convencerla que permaneciera aquí hasta el día siguiente. ¡Qué mujer hermosa!

- ¿No fue nada importante, entonces?

- No, pero Günther la hizo quedarse un día más. Conversó con ella. ¡Qué prestancia, que desenvoltura! -- su cabezota parecía enrojecer, como ante un manjar apetitoso.

- Usted es muy enamoradizo... -- bromeé, tratando de desviar la conversación

- Es una muchacha poco común,

- Intente conquistarla, entonces -- medí su amazotado físico.

- Usted se burla... ¡Árabes! -- hizo Una mueca despreciativa --. Ustedes son una calamidad: acaparan a todas las mujeres del país. Ni las judías son una excepción

- Vamos, doctor Brauer, no se lamente así.

- ¡Las becas sólo deberían concederse a los árabes eunucos! -- espetó cuando nos retiramos del vestuario,

- 4 -

En la Burse, mientras mirábamos televisión después de la cena, Ignacio Nassif me pidió hablar a solas. Casi la mitad de las sillas estaban ocupadas en esa improvisada platea frente a aparato de TV instalado sobre la repisa de madera oscura. El público era inquieto, entraba y salía empujando la puerta vaivén que lanzaba bocanadas de olores y bullicio del vecino comedor. Algunos se sentaban sólo para hacer tiempo.

Subimos al segundo piso. La habitación estaba arreglada y el aire era puro. Parecía otro cuarto. Las veces que entré allí después del almuerzo con casi todos los latinoamericanos para tomar café, fumar y charlar a los gritos, prevalecía el desorden, con el fondo sonoro de la vajilla en movimiento y la niebla irrespirable del tabaco Pero ahora imperaban el silencio, el Orden, la pulcritud

Nos sentamos frente a frente,

- No eres católico -- empezó Ignacio con cierta dificultad -- y tampoco hemos nacido en el mismo país. Sin embargo, hay algo que me liga a ti, más de lo que puede ligarme por ejemplo, a un persa, Soy argentino y apenas conozco el idioma de mis antepasados Para entenderme contigo necesito emplear el alemán, una lengua que no es mía ni tuya. Pero mis

padres nacieron en el Líbano, mi apellido es característico y también lo es mi nariz, mis pómulos, mis labios, mi cabello. Un factor imponderable aproxima a lo árabes con los hijos de árabes. Quizá el tiempo debilite ese nexo y hasta desaparezca pero ahora existe.

Desde que vine a Europa, hace casi un año, mantengo una ligera vinculación con los estudiantes árabes, Digo ligera, porque es esporádica. Pero me agrada conversar con ellos, incluso oírles contar anécdotas sobre sus vidas, su familia, su medio social. Me agrada también alternar sobre temas religiosos.

- ¿Me invitaste a protagonizar una lid entre el Islam y la Iglesia?

- Nada de eso, Ya no discuto sobre religión: escucho más de lo que hablo y en lo que hablo no meto proselitismo. La fe no admite discusiones: planea en otros niveles. He trabado conocimiento con muchos árabes que viven en Friburgo. Pero esa relación es superficial, sin vínculos amistosos profundos. Hace poco, en una situación embarazosa, has recurrido a mí, ¿por qué? ¿por qué justamente a mí?

Contraje la frente, apoyé las yemas de mis dedos unos contra otros, sin encontrar la respuesta.

- ¿Amistad? ¿Confianza? ¿Mi investidura sacerdotal? -- me ayudaba a encontrar el vocablo justo.

- Sí... un poco de cada cosa.

- Sin embargo, después no quisiste volver a mencionar el incidente.

- Es poco feliz.

- Entonces escucha -- se acomodó en su asiento --. Hace algunos días me han propuesto ingresar a la Organización de Estudiantes Árabes de Friburgo. Te confieso que esta sociedad despertó mi interés, porque excede el esquema habitual de las organizaciones de estudiantes por nacionalidad, cuyos objetivos son circunstanciales, motivados por la necesidad de ayuda mutua, facilitar encuentros, estrechar lazos, Su propósito fundamental es luchar contra Israel, aunque sólo se hable de contrarrestar la propaganda sionista, de actuar defensivamente. Ese objetivo, aparentemente correcto, justifica el disturbio que provocaron en la Universidad, porque la conferencia de un diplomático israelí implica "propaganda sionista". Cuando me invitaron a esta Organización no dije no ni sí. Entendieron que dije sí y me vinieron a buscar para una asamblea. En esa oportunidad no se tocó fondo. Pero pude extraer algunas conclusiones: primero: no perteneces aún a la entidad, lo cual me llamó la atención, pero te invitarán a que te incorpores; segundo: los medios que utilizarán en la lucha contra Israel no serán teóricos ni académicos, sino que se echará mano a todos los recursos, lícitos o ilícitos. El disturbio provocado en la Universidad ha demostrado que a mayor parte de los

residentes árabes de Friburgo pueden colaborar con entusiasmo en la lucha. Una persona habló mal de ti y se opuso a tu incorporación.

- ¿Omar Dakani?

- Si. Pero no explicó claramente sus razones. Afirmó que eres cobarde y que esa cobardía provoca el olvido de tus deberes para con la causa árabes. Se debatió brevemente y luego se votó, resolviéndose invitarte. Dakani no ocultó su disgusto, pero no formuló más objeciones. De modo que pronto te entrevistará una pequeña delegación

Caminé unos pasos. Contemplé el crucifijo labrado en el respaldo de su cama: mudo testimonio de un diálogo que presentía urticante. Volví hacia Ignacio

- No crees en los ideales de esa Organización ¿verdad?

- Mi creencia poco importa en este caso, porque la Organización vivirá con ella o sin ella.

- Pero acaban de incorporarte y ya eres desleal. Tu relato es una infidencia. Un pecado, para decírtelo en palabras familiares a tu Investidura.

- Así es, lamentablemente -- Ignacio eligió una de las cuatro pipas que se alineaban en un pequeño soporte de bronce y se la puso en la boca. Abrió un cajón del escritorio y extrajo una bolsita de tabaco. Se respaldó en su silla y empezó a llenarla, pensativamente.

- Trato de ayudarte -- prosiguió luego, con voz distante, contemplando la cinta de humo que brotaba del hornillo --. Cuando viniste aquella noche a pedirme ayuda, dijiste algo cierto: tu carrera estaba en peligro. El profesor Günther te hubiera descalificado; no hubieras tenido nada más que hacer en Alemania.

- Estaba perplejo, actué por automatismo. Fue un accidente con derivaciones forzadas. Pero un accidente no es mi vida ni mis obligaciones. Me debo a mi pueblo, a mi país. Aunque suene con grandilocuencia es lo real y profundo.

- Pero no te hiciste guerrillero.

- No... Me falta la pasta de héroe, seguramente. Me suele asaltar la duda. Escucho con excesiva pasividad, tal vez. Reconozco mis defectos.

- O no confías en la fertilidad de la sangre.

- Puede ser, Ignacio. Puede ser.

- Entonces, tal vez nos comprendamos. Como Sacerdote del Tercer Mundo, como persona comprometida con los pueblos Oprimidos de América latina, entiendo a los árabes mejor de lo que supones. Si tus

palabras Suenan grandilocuentes -- se rascó la barbilla --, las mías deben sonar vanidosas.

- Dudo que entiendas a los árabes -- repliqué evacuando mi crítica sin perder el tono amable --. Sinceramente Ignacio, desde que te conozco, jamás te he oído pronunciar un reproche contra Israel.

- Un reproche contra Israel... ¡vaya prueba!

- Tampoco has condenado su expansionismo ni sus vínculos con el imperialismo inglés primero y después norteamericano ni su agresividad ni siquiera la invasión sionista que empezó en 1917 y culminó con nuestra expulsión. Y has tenido muchas oportunidades para haberlo hecho. En cuanto sacerdote, tal vez no te disguste la calidad teocrática de Israel, pero me sorprende que ignores su racismo. Me sorprende porque te reconozco vanguardista.

- Has derramado los mejores argumentos. Casi mecánicamente. Y como un exabrupto.

- ¿Esa es tu objeción?

- No. Los argumentos suenan convincentes. Pero, como dijo Marx, "del mismo modo que los demócratas tornaron la palabra pueblo en un ente abstracto, ustedes substituyen el proceso revolucionario por las frases revolucionarias".

- ¿Todo lo que dije no son más que frases, para ti?

- ¿Sabes por qué no las respeto aunque las he escuchado hasta el cansancio? Porque no es justo medir con distintas varas. La afirmación nacional de los judíos se llama racismo, expansionismo, agresión. El propósito árabe de arrojarlos al mar: noble corriente progresista. Aceptando que Israel sea todo lo despreciable que quieras, por expansionista, teocrática, pro-imperialista y agresiva ¿por qué sólo Israel debería ser borrada? Habría que borrar a Estados Unidos, también. Y otros países.

- No vengas con sofismas. Israel es un estado artificial, un enclave extraño entre nosotros.

- Que ha derramado sangre para sobrevivir. ¿Eso no debe tenerse en cuenta? Más artificial sería el Estado palestino híbrido que aún no ha sido fundado y cuya mitad por lo menos de sus habitantes (los judíos), rechazan. Pero esto no se ve ni se razona, porque es manejado en un nivel mágico, diabólico.

- No eres siquiera sensible a la creación de una Palestina democrática, binacional, donde convivan árabes y judíos?

- ¿Crees que los judíos deben asistir a la escuela de la democracia árabe?

- ¿Y los árabes a la escuela de la segregación judía?

- Crees que después de Biafra de los conflictos en Chipre, en Irlanda, en Québec ¿se puede aún confiar en la salud de los Estados binacionales? Una Palestina binacional sería el comienzo de una lucha más sangrienta. Los árabes tienen derecho a afirmar su nacionalidad y también los judíos. ¿Por eso te parece que defendiendo a Israel? Defiendo lo que es igualmente justo para todos. Los árabes deben luchar por sus derechos, legítimos y sagrados, pero sin pretender erigirlos sobre la tumba de los derechos ajenos.

- Así lo hicieron los judíos, precisamente.

- Los judíos no constituyeron su Estado sobre una civilización palestina, Hasta la primera Guerra Mundial, Palestina ni figuraba en los mapas.

- Pero existía un pueblo. Sin conciencia nacional todavía, es cierto. Pero era el pueblo de esa tierra, el mismo que soportó a los romanos, los cruzados y los turcos. El pueblo palestino no fue inventado en Europa, como el movimiento sionista.

Me hirió la apostasía de Ignacio Sin mucha reflexión le largué un golpe bajo:

- Por algo dicen que los jesuitas se entrenan en la ponzoña de la discusión. Gran habilidad para demostrar que lo blanco es negro.

Torció ligeramente la boca, como si me hubiera perdonado la bofetada antes de recibirla Su repentina superioridad me exacerbó aún más. Agregó:

- La inmigración de considerables contingentes de judíos a Palestina coincidió con un período de inevitables cambios en el modo de vida que durante siglos había prevalecido entre los árabes del Medio Oriente. ¿Yo te lo tengo que decir? Los judíos no eran responsables de esos cambios desde luego, sino las comunicaciones, la industrialización, las guerras inter-imperialistas Los cambios afectaron a ciertas clases sociales árabes: primero la amenaza de perder privilegios y luego la pérdida de esos privilegios. El trastocamiento material, la evasión del poder, las penurias originadas por el desarrollo social, hicieron nacer el resentimiento El chivo emisario se acababa de presentar: lo judíos. Los hacendados y terratenientes contribuyeron a formar partidos políticos extremistas cuyas plataformas propugnaban atrasar el reloj, volver a buenos tiempos del pasado feudal. Tú mismo has mencionado los hermosos viejos tiempos de Ramlé, como un paraíso perdido. Eso es reaccionario No olvides que hasta 1950, la principal Oposición al Sionismo se basaba en que difundía idearios socialistas, comunas colectivas y libertad sexual. Actualmente se lo acusa al revés. Pero esto es característico de las concepciones mágicas, donde el rigor se diluye en el delirio. Las masas árabes, oprimidas y frustradas, son obligadas a desviar su ascenso social, para combatir a un chivo emisario: Israel. ¿No te das cuenta? Los reinos petroleros, los *sheiks* y los gobiernos militares mesiánicos aportan dinero

pare esta guerra que entretiene al pueblo y no beneficia a los palestinos La revolución árabe ha sido frenada, mejor dicho, torcida, para que esos regímenes no se conviertan en el blanco del terrorismo como ocurrió en el pasado y debería ocurrir en el presente. La última novedad es que la "guerra santa" se realiza para erigir un Estado "laico", Y esta novedad no sólo es tragada por árabes bien intencionados como puedes serlo tú, sino por las izquierdas infantiles atadas al maniqueísmo y la hipnosis de las frases fuertes.

Lo miré con rabia.

Ignacio; ¿puedo creer que eres un resentido que te avergüenzan tus antepasados el apellido de tu familia o tus rasgos raciales? ¿Cómo puedes ignorar que nuestro enemigo ha sido y es Israel?

- ¡Bah! Si seguimos discutiendo, dirás que soy un agente sionista.

- Quien sabe...

- Igual en todas partes... Basta colgar un epíteto y ¡santas pascuas! Quedo descalificado: lo que pienso es basura. Una técnica muy desarrollada en nuestro siglo. Es parte de la magia que sostiene a las ideologías: en un sitio te dicen comunista, en otro revisionista, en un tercero trotskista, en un cuarto sionista ¡y listo! Tus reflexiones se convierten en porquería, en veneno. Y quedan neutralizadas. Cualquier hechicero tendría envidia.

-¿A dónde pretendes llegar? No te entiendo.

- A pedirte que no te dejes arrastrar por Organizaciones que participan de la alienación que denigra a la causa árabe -- separó su pipa para mirarme a los ojos; percibí cierto temblor en su mano.

- Yo salvaré la causa árabe... -- sonreí con un dejo de amargura.

- Seguramente no. Pero podrías contribuir. Podrías contribuir.

- ¿Sí?... ¡Cómo! -- me levanté --. Esto es increíble, Ignacio. Resulta que yo, nacido y expulsado de Palestina, adherido con uñas y dientes a la razón de mi pueblo, debo escuchar los consejos de un argentino descendiente de árabes, que sólo conoce a los árabes por mentas. ¿No te parece demasiado aberrante?

Ignacio encogió los hombros, de la misma manera que cuando lo acusaron de pretender superar a Toynbee. Seguramente consideraba terminado el tiempo útil de discusión. Era metódico y eficaz hasta en el intercambio de ideas: esta vez, un intercambio de llagas.

Su habitación blanca y tersa me pareció, repentinamente, un cubículo onírico. Muerto el diálogo, decidimos bajar.

Releí la tarjeta que me envió Ingrid Beickert. Cumplía sesenta años, la agasajaban sus amigos. Ocasión para expresar reconocimientos, Pero ¿por qué me invitaba? Sólo me había visto una vez, en aquel soleado domingo. Pergeñé razones. Primero: su simpatía por los judíos la hacía sentirse obligada ante el cirujano árabe que operó y asistió a un israelí, aunque desde el punto de vista estrictamente médico mi actuación no poseyera demasiada relevancia. Segundo: tal vez conocía mi conducta en el tumulto, la ayuda que brindé a Myriam y las dificultades que esa ayuda provocó ante mis correligionarios. Tercero y más remota posibilidad: entre los asistentes, Ingrid Beickert esperaba a Isaac Ben Aarón, de regreso en Alemania, con quien deseaba ponerme en contacto, impulsada por una inquietud semejante a la de Gerhard Reiser por ver consumada la reconciliación de árabes y judíos.

Al llegar ese día se acentuó mi hesitación. Era apenas un conocido de esa mujer y sus relaciones me resultarían extrañas. No me emocionaba su desempeño durante la guerra salvando judíos. En la fiesta abundarían los judíos, sin duda. A mi cuestionable actuación ante el plan de Omar -- o de quien fuese --, sumaría mi más cuestionable acercamiento a una mujer y un ambiente pro-judo o, sin eufemismos, pro-israelí.

Pero Ingrid Beickert era “una autoridad en filología”, “ilustre habitante de Friburgo”, “autora de artículos brillantes”, “gema de la intelectualidad alemana”, según afirmaban Gerhard Reiser, el profesor Schimm, la verborreica señora Schneider. Resolvió detener sus ojos sobre mi insignificante persona e invitarme a su cumpleaños: por algunas de las razones que se me ocurrieron, o por las tres, o por otras que descubriría más tarde.

Con la ansiedad colgada en mi pecho fui a la cita. Camino al centro compré flores. Era tarde y no quedaba mucho para elegir; me conformé con un ramo algo marchito,

Llegué a la Eisenbahnstrasse siguiendo el mismo Itinerario de aquel domingo. Reconocí la encajonada casita violeta con elementos barrocos. Oprimí el timbre. Un camarero abrió la puerta. No esperaba la presencia de un camarero, de modo que pregunté si no me había equivocado, Me invitó cortésmente a pasar.

Ya en el corredor se amplificaron las ondas de muchas voces. El salón -- característico por las paredes forradas con libros, el sereno y oscuro buda afirmado sobre un retorcido pedestal -- se había ampliado considerablemente comunicando con habitaciones vecinas. Me sentí en ridículo, con un ramo de flores colgándome de la mano. Traté de localizar a la anfitriona. El camarero reiteró que lo siguiera. Avancé tras él como alpinista colgado de una cuerda, por entre la aglomeración de hombres y mujeres que sostenían vasos y cigarrillos, charlando animadamente.

Llegué hasta Ingrid Beickert, sentada en un sofá, La caricatura que le hiciera aquel estudiante se superpuso al rostro real. Al verme, sonrió afectuosamente y me tendió la mano. La felicité y entregué las flores, que recibió delicadamente. No las elogió, lo cual no habría sido justo; sólo agradeció mi gentileza. Se incorporó, Era una mujer menuda, de esas que pasan desapercibidas.

- Le presentaré a un amigo común -- dijo enlazándose a mi brazo.

¡Zas!, creí. Había llegado Isaac Ben Aarón. Estaba otra vez en Friburgo, con la herida plenamente curada y el estado clínico en buena forma. Entre Myriam e Ingrid decidieron brindarme la sorpresa... grata para él, desde todo punto de vista

¿No lo dijo en su lecho?: yo me siento amigo de los árabes, yo estoy tranquilo y usted tenso... deseo sinceramente conocer su vida, me interesa... ¿cree que para un israelí es fácil charlar con un árabe de allende la frontera?

Caminamos con la lentitud y el zigzaguo que imponía la gran cantidad de gente. Ingrid sonreía sin afectación, dirigiéndome en la serpenteante ruta. Estaba mejor peinada que la vez pasada, lucía un traje largo verde oscuro, el mismo prendedor y un collar. La obligaron a detenerse con cumplidos o bromas. Se había concentrado una verdadera notoriedad: escritores, músicos, críticos de arte, algún político, dos o tres diplomáticos, profesores universitarios. Las presentaciones ocasionales eran breves, como si se estuviera efectuando una revista de la que sólo quedaría en la memoria una sucesión anónima de caras. Yo apretaba las manos, a veces besaba las manos. Era un joven modesto, un simple cirujano árabe "amigo" de Ingrid Beickert -- "amigo", repetía ella --. Llegamos al ángulo donde se mantenía ausente, en lejana meditación, el lustroso buda. Conversaban cuatro hombres. Busqué la cabeza de Ben Aarón que debería caracterizarse por el cabello aún corto.

- ¿Interrumpo?

Los cuatro giraron. Lo reconocí. No era Ben Aarón. Brotó de mi garganta una exclamación alegre.

- ¡Doctor Freytag!

Nos estrechamos largamente las manos. Palmeó mis hombros con estuendo. Preguntó sin aguardar respuesta sobre mi vida, mis estudios, mi humor, mis amigos. Luego explicó a los otros: lo he conocido en Garmisch, allí nos hemos divertido mucho con el esquí.

Me contempló de arriba abajo:

- ¿Lo continúa practicando en Friburgo?... ¿Poco? ¡Malo, malo! El esquí es un deporte que brinda todo, pero exige un pago: ¡tesón! -- rugió cerrando

su enorme puño y me pareció oírlo en la hostería de Garmisch vistiendo su rutilante equipo deportivo.

Rolf es formidable, había dicho Ingrid aquel domingo. Su presencia es rejuvenecedora. No hay depresión que se resista a su arrolladora jovialidad.

Nos ofrecieron bebidas. Alzamos las copas y brindamos por la salud, por el esquí, por el aniversario de Ingrid. Evoqué las sabanas blancas salpicadas de coníferas y los puntitos de color que se contorneaban levantando cortinas de nieve. Y yo girando en el aire, luego revolcándome, hasta que Freytag me levantaba de un tirón, riéndose: no sé si aprendió mucho, pero le aseguro que se conquistó mi simpatía; y después en el Club de esquiadores: los territorios allende el Oder y Neisse, amigo mío, no se recuperarán jamás.

Freytag tapaba el buda. Sus hombros anchos y su cabeza fuerte no sólo ocultaban la estatuita, sino su calma. De Freytag fluía vigor, movimiento, énfasis. Ingrid, pequeña, pero con ojos inmensos como platos, armonizaba curiosamente con él. ¿Era la vitalidad de la voz? ¿las arrugas que ligaban comisuras de párpados con comisuras de labios? ¿cierta elegancia en la construcción de frases? ¿el “imponderable espíritu” al que se recurre cuando fallan las demás instancias? Ambos eran amigos sólidos. Ella incluso lo ayudó a obtener su cargo en la Universidad de Munich después de la guerra, como lo recordaron con placer.

Tras la oreja de Ingrid vi algo conocido. Pero el camarero lo cubrió con su cuerpo. Escuchaba a Freytag y recordaba la nieve de Garmisch, el ascenso por la blanca ladera con el pullover atado a la cintura. Y desde lo alto, Freytag se lanzaba con decidido impulso, inclinándose con elasticidad, dibujando eses desiguales, mientras los hombros dirigían la orientación de los esquíes haciendo un gracioso y continuado balanceo.

La densa muralla de gente se abrió. El camarero se hizo a un lado. De la oreja de Ingrid asomó, bruscamente, una pareja. Myriam Ben Aarón y Jorge Silverman se aproximaron:

Myriam estaba hermosa, Se había cambiado el peinado, que sentaba a su piel dorada y sus ojos transparentes. Su entrada revistió cierta majestad. Rozó la mejilla de su amiga. Dio la mano a cada uno de nosotros. Aprecié el torneado perfecto de su brazo desnudo. El contacto de su piel me provocó un ligero estremecimiento. Jorge la seguía, saludando también; sus anteojos me parecieron más grandes que nunca, como dos aros.

Llegó otra bandeja cargada de copas. Jorge levantó dos, ofreciéndolas a Ingrid y a Myriam. Fijé mis ojos en Myriam, que me devolvió la mirada. Jorge pareció convertirse en un obstáculo.

La ampliación de nuestro grupo y los desplazamientos de sus integrantes corrieron a Freytag; el buda quedó frente mío, armonioso, pacífico y

distante, gozando el placer de su ensimismamiento. Paradójicamente, la serenidad del buda no coincidía con mi estado. Mientras Freytag lo cubría con su inmenso cuerpo, estuve tranquilo. Viéndolo, con Myriam cerca, renacía mi ansiedad. Ya no me concentraba en la conversación; oía el formidable rumor de la multitud que llenaba los cuartos, percibía el humo de los cigarrillos, atendía la mutación de los grupos que se achicaban, dilataban, fundían o fragmentaban desprendiendo personas con una copa en la mano.

- Mi primera impresión fue haber descubierto un erudito del Islam -- bromeó Freytag.

- Tan erudito como cualquier musulmán medio -- repliqué.

Freytag apoyó su manaza sobre mi hombro:

- Que memoriza Hádices y Aleyas...

- Como cualquier musulmán medio -- insistí.

- ¿Es usted muy religioso? -- preguntó Ingrid Beickert, súbitamente interesada en el asunto.

- Contestarle con un sí o un no, equivocaría. La perspectiva europea actual de la religión no puede trasladarse al Islam.

- Por cierto.

- Dice por cierto, pero dudo que entienda exactamente lo que yo quise decir. Las perspectivas, los contenidos, la gravitación, incluso las motivaciones son diferentes. Mi familia o, mejor, el ambiente en que nací me inyectó la fe. Es algo que se hace carne, que no se puede sacar de uno sin dejar de ser el mismo. Con la edad, las experiencias, el choque con otras culturas, mucho cambia, naturalmente. Pero la borra persiste, llámese valor ético, artístico, nacional.

- Sin embargo -- opiné Ingrid --, el Islam es para muchos una religión en el sentido más estricto de la palabra, sin tantos elementos colaterales. Por algo se afirma que el cristianismo es la religión del amor, -el judaísmo la religión de la esperanza y el Islam en cambio, la religión de la fe.

- No es exacto, aunque suene convincente. La historia del cristianismo documenta que no fue todo amor... Esas definiciones son tendenciosas y han sido formuladas sin rigor, sin objetividad.

Mis últimas palabras no se oyeron bien, por la interferencia de voces y aplausos. Giramos sorprendidos. Myriam, en punta de pies, estirada, pareció entender el motivo del alboroto: piden que alguien toque el piano.

- Ah! -- dijo Ingrid Beickert --. Debe ser a Georg Kestler.

- ¡Claro, Georg Kestler! -- se entusiasmó Freytag --. Gran idea. Permiso, me acercaré.

Me alivió el oportuno corte a nuestro diálogo sobre el Islam. No es tema para esclarecer en una fiesta. Los prejuicios de centurias, incluso en gente ilustrada y flexible, no se quiebran con dos parrafadas dichas en un grupo heterogéneo más dispuesto a pasar un rato agradable que a romper calcificaciones ideológicas.

Myriam siguió a Freytag. Yo caminé tras Myriam. Dificultosamente, entre los invitados que llenaban el salón y que habían orientado sus cuerpos hacia el piano.

El músico se sentó. Su cabeza gris, ojos acuosos, labios finos, tez amarillenta, adquirieron vigor contra el fondo negro y resplandeciente del instrumento. Se frotó enérgicamente las manos.

Algunos se sentaron: en sillas, sillones, brazos de sofás, cojines, en el suelo. Myriam permaneció junto a mí -- o yo junto a ella --, apoyada contra los gruesos cristales del amplio ventanal que me había impresionado aquel domingo, cuando derramaba una cascada de luz.

Un vacío sonoro iba apoderándose del ambiente. Georg Kestler se concentraba, luego anunció lacónicamente: Beethoven.

Bajó su cabeza. Mantuvo las manos suspendidas a escasa distancia del teclado, listas para caer con medida fuerza. Aguardé otro instante, breve, tenso de expectativa. Y atacó. Se estremecieron los caireles. El recinto se hinchó rápidamente de sonidos. Ondas interminables, eléctricas, que se resolvieron iridiscentes e impetuosas. El cuerpo del anciano ejecutante se agitó con el torrente majestuoso de la música. Algo estaba fluyendo con prodigalidad, enlazando partículas, haciéndolas vibrar con energía inagotable.

Miré de soslayo a Myriam. Escuchaba como transportada. Afuera estaba nevando. Tras el vidrio caía el puntillado manso y tenue que se amontonaba sobre las ramas, bordando un feérico encaje.

El ritmo poderoso de Beethoven penetraba, desplazaba, impulsaba, pellizcaba. Myriam a mi lado era como una flor que atrae a la abeja enloquecida. Sentí su mano que rozó inconscientemente la mía. Quise tomársela, pero no me atreví.

Georg Kestler desgranaba las notas en una cuenta densa y maravillosa. Me inundaba. La transpiración brotó en el dorso de mi nariz, en la convexidad del mentón. ¿Qué temía? Me aproximé a la muchacha percibiendo su cadera. Rocé el dorso de su mano. No se movió. La rocé nuevamente. Myriam abrió su mano y me la ofreció. Me estremecí. La tomé. La apreté. Se me mojaba el cuello. Me aproximé más aún.

Permanecemos quietos y sin mirarnos. Recordaba cuando arranqué el motor con un bramido largo que se desmadejó en la noche fría y huí con ella de la Universidad. Desde la escalinata Omar agitaba los brazos insultándome. Chirriaban los neumáticos en las esquinas. Los vehículos

policiales tendían el cerco. Ella estaba atrás, flácida sobre el asiento, desmayada o agónica.

Quería averiguarlo. Necesitaba salir de la ciudad, aproximarme a la autopista. El cono de los faroles ahuyentaba las sombras. Árboles. Un recodo del camino, Giré con violencia y frené en pocos metros. Omar puteaba, la policía ya lo estaría arrastrando hacia el carro celular, persuadiéndolo o reduciéndolo a bastonazos. Myriam dormida, pálida, conmocionada. Sus mejillas suaves. Buen pulso. Pero no se sabe... Nunca se sabe que pasará con un traumatismo de cráneo. ¿A dónde llevarla?

Georg Kestler articuló los acordes finales con vehemencia. Se puso de pie. Los aplausos atronaron. Myriam desprendió su mano para aplaudir también. Al verme inmóvil, exclamó: ¡no te pareció bueno!

- Sí, si, mucho -- me uní a los aplausos.

Myriam siguió contemplándome, tal vez asombrada por el brillo de mi frente, de mi nariz. Sonreía. Se enlazó a mi brazo y empujó hacia el músico.

- Quiero felicitarlo. Hace tanto que no escucho una ejecución tan perfecta, tan ajustada.

- Muchos piensan igual -- señalé con el mentón el compacto círculo de admiradores que enjaulaban a Kestler.

Jorge Silverman se acercó por atrás y, poniendo una mano sobre mi hombro y otra en el brazo de Myriam, se introdujo como una cuña. Sus anteojos seguían pareciéndome excesivamente grandes.

- ¿Se ilusionan de poder llegar hasta el pianista? ¡Déjenlo para después, cuando lo liberen! Vamos a donde estábamos antes.

El buda oscuro, cerrado en su enigmática sonrisa, nos esperaba sobre el ondulante pedestal. Descubrí una bandeja con algunos vasos llenos. La alcé para ofrecérsela a Myriam y Jorge. Enseguida llegaron Ingrid Beickert y Freytag, exultantes. Se me ocurrió que Beethoven es un antigériátrico efectivo. Les tendí la bandeja. Hablamos sobre música. Con tal que de la música no saltasen al Islam.

Myriam reveló estar bien informada sobre las corrientes modernas, las nuevas escalísticas, el microtonalismo, la música no temperada, las perspectivas instrumentales, los laboratorios electrónicos, las vinculaciones de la música con matemáticas y filosofía.

- El profesor Gustav Schimm -- comenté rato después -- me ha invitado a los conciertos de "Música Nueva" que se realizan aquí.

- Yo asisto siempre -- dijo Myriam --. Son muy interesantes. Algunos autores hacen revelaciones sorprendentes.

- Pero en esta época, es difícil discernir quién es realmente grande en música -- opinó Ingrid --. Es decir, trascendente. ¿Verdad, Myriam?

- Es muy discutible -- sonrió--. Vivimos en uno de los períodos más agitados de la historia del arte. Es necesario identificarse con él y, desde adentro apreciarlo, gustarlo, averiguar adónde nos lleva. En Israel se han efectuado encuentros internacionales de música contemporánea; su éxito aumentó a medida que el auditorio dejó de buscar los valores propios de otras escuelas y de otros tiempos. Se convirtió en parte activa, en colaborador del autor valiente que busca una expresión genuina de nuestra época.

- Aunque no guste...

- ¿Gusta nuestra época? El artista no cambia la realidad: la expresa.

A las 22 empezaron a despedirse algunas personas.

- ¿Cuándo vuelves a Munich? preguntó Ingrid Beickert al fornido abogado.

- Pasado mañana. Quiero arreglar algunos asuntos pendientes en Friburgo. ¡Pero no pienses mal! Son asuntos estrictamente profesionales...

- En esto, no pondría la mano en el fuego por ti, zorro. Ya que te quedas, ven mañana a tomar el té.

- De acuerdo.

- Venga usted también -- me invitó de súbito --. Prepararé una torta que les recuerde Garmisch-Partenkirchen.

- Me confunden sus atenciones -- atiné farfullar.

- Yo me sentiré muy feliz -- replicó.

Jorge sostuvo el abrigo de Myriam. Aún nevaba finamente. Freytag me preguntó dónde vivía y coincidiendo nuestra dirección, propuso que caminásemos juntos. Jorge acompañaría a Myriam.

Freytag avanzaba balanceando ampliamente sus brazos como si estuviera haciendo gimnasia. Comentó los encuentros de esa noche, con viejos amigos, con un escritor discutido, con dos abogados de Friburgo. Yo me esforzaba en seguir el hilo de su conversación, pero mis pensamientos volaban hacia Myriam y Jorge que se alejaban en sentido contrario. ¿Hubiera preferido acompañar a la muchacha en vez de charlar con el silesiano? ¿qué me atraía en Myriam? ¿cuáles eran mis sentimientos profundos? ¿se estaba produciendo una metamorfosis en mi corazón y en mi pensamiento? Sería malo: arrastraría complicaciones y angustias.

Freytag preguntó por Omar y Sherif. Guardaba un buen recuerdo de este último, aunque sólo pudo conversar con él cuando nos desayunamos en Garmisch el día de la partida. Sherif parecía drogado, pero habló con agudeza mientras blandía su cuchillo con un trozo de manteca en la punta,

como efectiva batuta de director. De Omar no hizo comentarios, lo cual me resultó más cómodo, evidentemente.

- Hace mucho que frecuenta a Ingrid? -- preguntó.
- Es la segunda vez que voy a su casa.
- ¿Nada más? Le tiene afecto, por lo visto.
- Sin conocerme...
- Hemos conversado sobre usted. Le interesa mucho su status de refugiado árabe. Mucho.
- ¿En qué sentido?
- Ingrid tiene un gran corazón. Sin comprender la magnitud de su corazón, no se pueden interpretar correctamente sus actos. La mejor parte de su vida fue destinada a la ayuda de perseguidos. Esa pasión por el sector desgraciado de la humanidad no se apaga nunca; quien no la tiene, duda que exista.
- ¿Me tiene lástima, ella?

Freytag me miró y, tras una ligera mueca, añadió:

- Quizá usted se tenga lástima a sí mismo. Ingrid piensa y siente con profundidad. La lástima es efímera.

- 6 -

Modiha volvió a visitarme en sueños, como solía hacerlo tiempo atrás, cuando su muerte injusta resonaba en el aire, en las arterias. Otra vez su rostro adolescente apareció muy acicalado, como en el día de nuestra boda; el polvo blanco mezclado con agua de rosas anemizaba sus mejillas y el aceite de jazmín abrillantaba sus cabellos negros. Los pendientes bailoteaban a los costados de su estirada garganta emitiendo rayos caprichosos. Miraba el suelo, temerosa, buscando protección. Gritaron que venía el viento: que venía el viento: que venía el viento. Se levantaron globos ocres de tierra. El traje nupcial de Modiha quiso salirse del cuerpo. Las ráfagas lo tironeaban, empujándola también a ella. Se desgarró su blusa. Modiha luchaba con los trapos que iban desprendiéndose como hojas de un árbol. Otras mujeres la contemplaban. Su piel morena como la madera de un cedro se agrandó. Quedó desnuda y temblorosa. Indefensa contra el viento animal. Se encogió para ocultarse de mi mirada. La abracé. Percibí su senos endurecidos mientras las otras mujeres se retiraban. Quedamos solos en un globo ocre que inflaba el viento. Su piel estaba tibia y ligeramente transpirada. Me ofusqué, aplicando mi boca sobre su cuello. Gritó y su grito se mezcló con el bramar

incesante de las ráfagas. Rodé hasta el borde de la cama. Y vi a Nahhás, su hermano rígido y exigente, que nos amenazaba con un puñal. Había penetrado en el globo transparente de tierra ocre para matarnos. ¿Por qué, Nahhás? -- dije roncamente --: es nuestra noche nupcial. Nahhás, sin quitarnos su mirada seca, extendió el arma como un índice refulgente hacia la ventana oscura: repentinos copos de nieve se arremolinaban a impulso del viento. Era la primera vez que se presentaban en mi vida. Giré para mirar a Modiha: desapareció.

Recordé el sueño mientras caminaba contra el viento, los faldones del abrigo adheridos a mis muslos, rumbo a la casita violeta. El silbido del aire podía interpretarse como un ¡alto, detente! Ingrid Beickert y Rolf Freytag son incondicionales de los judíos. ¿Qué esperas de ellos? Solamente profundizar tu traición a Omar, a Sherif, a Modiha, a tu pueblo. El viento que desnudó a Modiha, que formó el globo de tierra, que agitó los copos de nieve, era el mismo que ahora intentaba frenarme con una oportuna advertencia.

Ingresé en la Eisenbahnstrasse apoyándome sobre las paredes - grises. La chapa reluciente: Ingrid Beickert. La pintura violeta se estaba descascarando,

Me recibió ella misma. No más camarero ni ambiente festivo. La ayudé a cerrar la puerta con algún esfuerzo: las oleadas de aire no habían sido invitadas a tomar el té. Se produjo una aislación tibia: afuera continuaban las protestas y consejos que me resistía a escuchar.

Avancé por el corredor que fue testigo de mis ingresos anteriores: con Myriam la primera vez, con un ramo de flores marchitas la segunda. El salón -- sus paredes forradas de libros, el buda negro reflexionando sobre un pilar barroco, la mesita redonda -- había recuperado la sobriedad de aquel domingo. Y la amplia ventana derramaba luz, aunque menos intensa; era indudablemente la ventana que señaló Nahhás con su cuchillo.

Ingrid Beickert me invitó a sentarme junto a la mesita. Un débil silbido se esforzaba por violar las aberturas diluyéndose en los cortinados. A los pocos minutos Ingrid se levantó para atender el timbre. El resoplido indignado del viento se extendió por la casa. Un portazo lo apagó. Brotó entonces la voz potente de Rolf Freytag; en seguida su cuerpo llenó el recinto.

Después de tenderle la mano, elegí el asiento que me evitaría la contemplación del inquietante buda. En cambio no me molestaba ver el escritorio que amenazaba derrumbarse bajo el peso excesivo y pertinaz de infinitas carpetas. Tal vez sería el primero en presenciar ese momento grandioso, mientras los dos alemanes se contaban las últimas noticias: se partiría por el medio, se torcerían las patas y las torres de papeles se desplomarían sobre la alfombra levantando una nube de polvo y fragor.

Ingrid sirvió una suculenta repostería. Freytag, con la boca llena, se apresuró en felicitarla: mantienes tu entrenamiento en forma.

- Sólo dos veces por semana.

- ¡Ah!, ¿continúas con tus rigurosos té de los lunes y jueves? -- Freytag corrió sus ojos hacia mí para explicarme --: Desde que Ingrid enseña en Friburgo, dedica la hora del té para departir con los estudiantes.

- Qué quieres; es para mí el elixir de la juventud.

- ¡Cuántos bichos raros habrán venido! ¡Vaya elixir!

- No le haga caso -- intentó disculparle, temiendo que me sintiera aludido --. Nada me ha brindado mayor enseñanza que alternar con jóvenes que vienen de diversos puntos del país y del extranjero, cargados de ideas y filiaciones heterogéneas. Ni en los corredores, ni en las aulas universitarias se puede conocer la riqueza que transportan. Pasan como el río. Aquí, en cambio, alrededor de una mesa con té y *Küchen*, puedo retener un poco de ese caudaloso tránsito. Con algunos de ellos he trabado buena amistad, que ya perdura años.

- Pero otros te habrán decepcionado.

- Naturalmente. Han sido por lo general alemanes. Los extranjeros, al contrario, se sienten halagados, asistidos. Perciben mejor que la corriente de enseñanza y afecto es recíproca. Buscan tanto o más que yo este acercamiento.

- Tiene razón -- dije por agregar algo al asunto, que se me ocurría trillado --. Un país extranjero es una caja de Pandora. Haber llegado a él para mejorar el propio nivel técnico sin absorber lo demás, es desaprovecharlo. -- Reflexioné un instante --. No todos podemos alternar con personas claves, que orienten nuestra captación de la sustancia histórica, espiritual y material del país. Los juicios suelen ser superficiales o equivocados. Por eso es lamentable que invitar a los estudiantes con cierta regularidad, como usted lo hace, no sea costumbre de muchos.

- Lo era -- replicó Ingrid --. Pero los tiempos han cambiado. Casi todas las personas de nuestra edad recuerdan haber alternado repetidamente con sus maestros. Si muchos de ellos perduran vivos en nuestra memoria, no sólo se debe al nivel de su cátedra sino a la calidad de su enseñanza directa.

Ingrid Beickert levantó la paleta y señaló las tortas, interrogándome.

- Sí, gracias.

Cortó cuidadosamente, como si empuñara un escalpelo, y depositó un trozo sobre mi plato.

- ¿Hay más refugiados palestinos en Friburgo? -- preguntó de repente. Deglutí. La cuestión cayó de golpe.

- No, que yo sepa.

- He recibido a muchos árabes, pero nunca un refugiado -- comentó ella --. Usted es la excepción.

- Pocos refugiados hemos podido concluir estudios universitarios y menos aún viajar al extranjero.

- Es usted afortunado, lo celebro.

- Si se me compara con el resto de mi pueblo, señora. El número de jóvenes que pueden realizar estudios superiores depende exclusivamente de la ayuda económica, un poco de los países árabes que nos hospedan y el resto de los esfuerzos y el sacrificio de los mismos estudiantes y de sus familias.

- ¿Cómo están ahora los refugiados palestinos? -- se interesó Ingrid Beickert --. ¿Han mejorado las viviendas, la alimentación?

Los miré alternativamente. Deposité sobre la mesita la taza de té.

- Han mejorado, si... Chozas de barro han sido Reemplazadas por bloques de concreto. Pero la mayoría continúa viviendo como en 1948.

- ¿Pese al apoyo de las agencias internacionales? ¡Es una aberración!

- Sí; de la UNRWA especialmente -- aclaré --. Los sostenidos esfuerzos de esta organización no han podido lograr cambios notables, En algunos sitios las condiciones de vida son infrahumanas: numerosas familias viven en cuevas, otras en casuchas precarias y desmoronables, en barracas superpobladas, en cabañas sin protección. La aglomeración de gentes no ha seguido ninguna planificación ni regla: están amontonadas simplemente, como se amontona la basura.

- ¿Qué se hace con el dinero de la UNRWA, entonces?

- Se distribuye en otros rubros, tan importantes como la vivienda: educación, sanidad, alimentos.

Ingrid Beickert contrajo la frente.

- Pero tampoco se hace maravillas -- agregué en seguida --. Cada refugiado recibe un promedio de 4 y medio centavos de dólar para alimento. Con ello apenas se cubren 1.500 calorías en un régimen inadecuado y sin balancear. A causa de los topes presupuestarios, casi un cuarto de millón de niños están registrados para servicios únicamente, es decir sanidad, educación y no reciben raciones alimenticias. Más de 100.000 refugiados registrados no reciben ni raciones ni servicios.

- Me pregunto ¿cómo hizo usted para cursar sus estudios?

- Bueno. Cuando se termina de atravesar un camino largo, difícil y erizado de obstáculos, no parece que haya sido tan difícil ni tan largo. Hasta cerca de la pubertad viví en Ramlé, mi ciudad natal. Allí empecé mis estudios. En 1948 estalló la guerra y abandonamos nuestro hogar rumbo al este, a las montañas, donde dominaban las tropas de la Legión Árabe Transjordana. Fuimos instalados en un precario campamento, a espera del triunfo sobre los judíos, para regresar detrás de las tropas victoriosas. Pero no se produjo tal triunfo. La desilusión y la magnitud del desastre fueron espantosas. Se desataron escenas de desesperación, acusaciones infundadas, desgarros familiares. Mi padre perdió todas sus propiedades y sus bienes; en un abrir y cerrar de ojos quedó totalmente arruinado.

Me detuve. Contemplé la alfombra evocando aquellos días.

Los recuerdos se agolparon. Nahhás extendía su brazo armado señalando e] revoltijo de los copos en la cueva de la noche,

- Siga, por favor -- pidió Beickert turbada por mi silencio,

- Pasamos largos meses de incertidumbre. Se hablaba mucho de un próximo retorno, a pesar del triunfo judío. Algunos intentaron buscar trabajo y reconstruir su vida en Jordania. Pero la proximidad de la frontera mantenía fresco el recuerdo de nuestra condición especial; éramos refugiados, gente de tránsito; no debíamos asimilarnos a los países que nos hospedaban en forma provisoria. Pronto fue establecida la UNRWA para asistirnos. Mejoró algo la vida en el campamento, pero no substancialmente. Durante dos años no estudié nada. En invierno chapoteaba por el barro que llegaba a los tobillos y me unía a otros chiquillos para robar comida y kerosene en las chozas vecinas. Durante el verano nos arrostrábamos por las callejuelas quemantes y polvorientas, sin agua para lavarnos y muy poca agua para beber, Hubo una perspectiva de que 100.000 refugiados volviéramos a nuestros hogares, merced a un ofrecimiento de Israel, pero la iniciativa no prosperó. Permanecemos hundidos en los sucios campamentos. La UNRWA levantó escuelas: eran simples tiendas de campaña. Allí reinicié mis estudios; concluí los primarios y cursé los secundarios. Cuando estuve en condiciones de asistir a la Universidad fui favorecido con una beca internacional para estudiar medicina en Beirut. Fue todo un acontecimiento para mi familia y para el campamento en que vivíamos. Pero una serie de trámites demoraron mi partida. En un momento dado creí que ese viaje se desvanecería como un sueño. Mi padre recibió consejos de numerosos vecinos para que se negara a dejarme ir: la gran ciudad estaba llena de peligros y depravaciones. El gobierno libanés se oponía a recibirme en una de sus Facultades si no firmaba el compromiso de regresar a Jordania una vez obtenido mi título habilitante. Yo aceptaba cualquier cosa, pues ardía de ganas por conocer esa maravillosa ciudad, el mar, los grandes hospitales, otra gente. El campamento me ahogaba.

- ¿Consiguió viajar?

- Conseguí viajar. Me instalé en Beirut. Un mundo nuevo se abrió lujuriente, riquísimo, contradictorio... Durante las vacaciones regresaba a Jordania.

Me interrumpí. Entraba Modiha en la historia. Su vida inocente, su muerte absurda, no merecían divulgarse ante estos alemanes, aunque me agasajaran con té y *Küchen*. Nahhás sabía empuñar el cuchillo... y usarlo. Ella fue una mártir. La vida de los mártires no debe ser callada. Los copos de nieve -- mis pensamientos -- giraban como tolvanera, por momentos hacia un lado y por momentos hacia el opuesto: Modiha debe ser callada. Y los copos de nieve giraban al revés: Modiha debe ser contada.

- Regresaba a Jordania. . . -- recordó Ingrid mi última frase.

- Sí, estaba obligado a hacerlo. Mi padre observó algunos cambios en mi conducta y mis ideas. En uno de esos viajes, él y su hermano Yussef me avisaron que habían organizado mi boda.

Freytag simuló sorprenderse: su gesto exagerado no correspondía a la serenidad de sus ojos.

- Era una forma de impedir mi desvinculación ¿comprenden?

En el breve lapso de las vacaciones me casaron con una prima... Una joven muchacha cuyo nombre me acompaña siempre: Modiha. Pero ella quedó en el campamento. La beca no incluía subsidio para la esposa y mi familia no disponía de recursos para pagar sus gastos en Beirut.

Ingrid Beickert no pestañeaba.

El resto de la historia es sencilla -- los copos de nieve cambiaron de rumbo --. Me gradué en medicina e inicié mi especialización en neurocirugía. Manifesté el deseo de perfeccionarme en Europa y mis superiores me ayudaron a ganar otra beca, gracias a la cual estoy aquí, con ustedes.

- Saboreando el té -- observó Freytag, intentando borrar el aire de perplejidad que envolvía a Ingrid.

- ¿Y su esposa?

- Murió.

Ingrid Beickert quiso arrancarme más confesiones, pero no agregué una palabra.

- ¿Qué hará cuando termine su período en Alemania?

- Regresar a Jordania. Quizás pueda instalarme en Ramalla. Hay pocos neurocirujanos.

- ¿Se seguirá llamando refugiado de Palestina? -- Freytag me contempló de sesgo.

Forcé una sonrisa.

- En Garmisch usted me aseguró que algún día yo diría “he sido” refugiado árabe. Temo que ese momento no ha llegado, ni llegará aunque ejerza exitosamente mi profesión.

- Entonces la palabra refugiado... -- demoró un instante -- tiene otro significado para usted.

- Quizá. Implica una causa de reivindicación histórica.

- ¿Qué perspectivas vislumbra para el grueso de los refugiados? -- preguntó Ingrid Beickert

- ¿Quién puede saberlo? Nuestra aspiración es lograr el retorno al viejo hogar.

- ¿Por qué? -- preguntó Freytag.

Se dilataron mis párpados.

- ¡Cómo “por qué”! Mi pueblo ha sido expulsado de su tierra y sumido en la pobreza. La injusticia se cebó en él. Exigimos la reparación.

- ¿Cuál? -- insistió adrede.

- Usted no es ingenuo. Queremos ser repatriados. Volver a Palestina.

- La mayoría de los refugiados vive en Palestina, sea en la franja de gaza, sea en Cisjordania -- replicó con la misma f lema --. ¿Ramalla misma está a pocos kilómetros de Jerusalén, no es así? ¿Qué significa entonces “repatriación”?

- Regresar al terruño natal -- me impacienté, porque esa misma observación la había hecho Ben Aarón.

- Querrá decir a la aldea o a la ciudad natal -- corrigió --. Mudarse de Ramlé a Ramalla, como será su caso, implica un traslado de pocos kilómetros, dentro del mismo país, el mismo clima, la misma geografía. No entiendo por qué insiste en llamarse refugiado de Palestina si continúa viviendo en Palestina. Israel no es toda Palestina: Jordania también lo es.

- Los extraños minimizan la tragedia. Jordania es un país árabe, Israel es un enclave europeo. Con sus palabras pretende minimizar nuestra tragedia, está claro.

- ¡No minimizo la tragedia! -- protestó --. Las condiciones deplorables de vida en que están sumidos sus millares de hermanos estremecen. Sólo me refiero a lo otro, a la solución que usted debe ansiar más que nosotros -- hizo un gesto de ofendido --.

- La solución no llega porque a los palestinos se nos ha considerado un problema individual, o familiar o, a lo sumo, tribal. No como un problema nacional. Reconozco que nuestra conciencia nacional recién ahora ha comenzado a gravitar con fuerza: antes era una intuición. El estar postergados, vivir en el destierro, sentirnos discutidos, nos ha convertido

en lo que realmente somos: una nación en pie de guerra. Que combate por sus derechos.

Freytag sacó su pipa bávara y empezó a llenarla. Levantó las cejas dubitativamente.

- No es una cuestión fácil, amigo. Soy el primero en reconocerlo.

- He hablado con judíos y estudiantes árabes -- dijo Ingrid, conciliadora --. El ovillo parece no tener punta ni cabo. Los mismos judíos y árabes disienten entre sí.

- El problema de los refugiados palestinos, lamentablemente, es uno de los más prolongados -- aseguró Freytag --. Ese rasgo lo torna más angustiante. La miseria y las frustraciones son elementos comunes a todos los refugiados. Sólo la duración es específica de los árabes.

Ingrid Beickert se inclinó, interesada por las palabras del corpulento silesiano.

- No obstante -- continuó --, la UNRWA ha invertido año tras año ingentes sumas de dinero. Usted mismo lo acaba de reconocer. Con cantidades menores se han resuelto problemas más abultados. Pero sólo persiste, insoluble, el problema de los refugiados palestinos.

- Los, árabes de Palestina vivíamos desde largas centurias en el país, echando raíces hondas. En parte hasta descendemos de los antiguos hebreos. Sufrimos el dominio otomano y nos alegramos con las promesas de liberación que formularon las potencias aliadas en la primera Guerra Mundial. Pero llegaron los judíos de Europa oriental y central. Los ingleses les prometieron ayuda y los ayudaron. Los judíos se fortalecieron, aumentaron rápidamente y quisieron establecer un Estado independiente. Consiguieron el beneplácito de las potencias imperialistas y desataron la guerra. Una guerra asesina. Masacraron mujeres y niños, se apropiaron de nuestras tierras, aldeas y ciudades. Fuimos expulsados con brutalidad. Bajo el signo del terror huimos hacia las montañas, hacia los países vecinos. Israel aseguró sus fronteras muchos kilómetros más allá de los límites que fijaron las Naciones Unidas en 1947, cuando se votó la partición del país en dos Estados, uno judío y otro árabe. Por cada árabe que fue expulsado entró un judío, dos judíos, tal vez tres. Ocuparon nuestro suelo y nuestras fincas. Los verdaderos dueños de esa tierra, los que nacimos y crecimos allí, quedamos marginados en campamentos y no somos readmitidos, mientras Israel acepta como ciudadano a cualquier judío que desee inmigrar, aunque venga de Groenlandia. Dudo que a Israel le falte espacio o medios para repatriar a los refugiados árabes. Pero en vez de preocuparse por subsanar la injusticia, la agiganta. Por eso queremos destruir ese Estado. Para construir el nuestro.

Rolf Freytag lanzó una densa nube de humo celeste.

- Por desgracia -- reflexionó --, ciertos problemas son desconocidos porque han sido resueltos demasiado pronto y no prestan ayuda con su ejemplo. Se habla mucho de los refugiados palestinos, expulsados por los judíos, pero poco se sabe de los refugiados judíos expulsados por los árabes... Fíjese usted que en ambos casos, el número ha sido casi idéntico. ¡No me mire con asombro!... Por lo visto, usted ni oyó hablar de este asunto. ¿Qué ha ocurrido con los refugiados judíos expulsados de los países árabes? ¡Debería saberlo!

Lo contemplé sin responder.

Freytag me apuntó con la pipa, como si yo fuera el condenable.

- Cerca de medio millón de judíos fueron expulsados de sus hogares luego de confiscárseles los bienes. Estaban arraigados entre los árabes desde siglos, quizá milenios. Sufrieron discriminaciones, algunos atentados, pero en general puede decirse que reinó cierta armonía. En la década del treinta nuestra Alemania nazi inició su infiltración en el Medio Oriente, ofreciendo dinero, armas y propaganda. Ya no es secreta la historia del inicuo mufti de Jerusalén, Haj Amin al Husseini, organizador de pogroms, nazi convicto y confeso, que encontró refugio en Berlín junto a Hitler y que luego de la Guerra Mundial acaudilló a los gobiernos árabes contra el establecimiento de Israel. El nacimiento de Israel era la parte final de la lucha planetaria contra el fascismo y la parte inicial del desmoronamiento colonial británico en el Medio Oriente. En Irak, la persecución de judíos empezó con la abortada rebelión pro-nazi de Rashid-Alí; desde entonces, la vieja comunidad hebrea que se remonta a los tiempos bíblicos, no dejó de ser hostilizada. Cuando el 29 de noviembre de 1947 la Asamblea General de las Naciones Unidas sancionó la partición de Palestina y reconoció el derecho de los judíos a un Estado independiente, como usted acaba de recordarlo, estalló una cadena de atentados y provocaciones a lo largo y ancho de los territorios árabes. La agresión contra los judíos y sus bienes aumentó cuando en mayo de 1948 los ejércitos regulares de cinco países árabes y voluntarios de otros dos, cruzaron las fronteras de Palestina con el propósito de ahogar al flamante Israel, burlándose de la justa resolución votada por el foro mundial. Conocemos los resultados... Entonces cundió la indignación y el populacho, sin ser frenado por las autoridades, descargó su furia contra las minorías judías. A comienzos de 1949 los judíos iraqueses fueron asesinados a sangre fría. La agitación creció de mes en mes. El pedido de emigración formulado por familias desesperadas fue excusa suficiente para que el gobierno procediera a congelar las cuentas bancarias de todos los judíos y prohibir la venta de sus propiedades. Pero como no todos los judíos se decidieron a abandonar el país, fueron eliminados de las escuelas, hospitales y demás instituciones públicas. Estas y otras medidas condujeron a la búsqueda enloquecida de un puerto de salvación y ese puerto era Israel. Israel se debatía en la reconstrucción de post-guerra, organizándose de la nada y recibiendo oleadas de deshechos humanos que produjo el fascismo. Sin

embargo, los judíos iraqueses fueron a Israel. En 1951 el número de estos refugiados ascendió a 125.000. Se los transportó por vía aérea, en aparatos precarios que la imaginación popular denominó “operación alfombra mágica”. En Israel se los alojó en carpas, no mejores que la que usted conoció. Llegaron portando sólo la ropa que tenían puesta. El gobierno iraqués se jactó del negocio que significó la expulsión de sus judíos, como puede usted comprobarlo en las cifras del New York Times que redondea los fondos congelados en 84 millones de dólares y la propiedad judía secuestrada en 120.000 millones de dólares. Hasta hoy, el gobierno iraqués no ha indemnizado a esos 125.000 refugiados judíos, que no recibieron ayuda internacional como ustedes, los árabes de Palestina.

Me incorporé. Me dolían las articulaciones como si hubiera participado en una maratón. Apoyé mis manos en las caderas. De pie incluso, seguía conturbado e impotente.

- Me habló de los refugiados expulsados de Irak. ¡Complete el panorama! - lo desafié con mezcla de indignación y masoquismo infantil, pero que le exigía lucir su memoria, exhumar los datos que acumulaba pacientemente...

- Suman 45.000 los judíos expulsados del Yemen. Allí vivían en mellahas, que eran la versión local del ghetto europeo. Cuando se produjo la derrota de Palestina, los excesos contra los judíos perdieron todo control. En Libia existió una comunidad de 35.000 almas. Quizá usted haya oído del pogrom que estalló en su capital, Trípoli, en noviembre de 1945: fueron brutalmente asesinadas 130 personas, incluidos niños y mujeres. Las persecuciones aumentaron como consecuencia de la partición de Palestina y alcanzaron su paroxismo cuando se produjo la derrota árabe. En conclusión, esa comunidad pasó a engrosar la lista de refugiados judíos... En Siria vivían hacia el final de la segunda Guerra Mundial, cerca de 30.000. A la hostilidad del populacho se sumaron medidas gubernamentales, congelando las cuentas bancarias y confiscando sus bienes, obligándolos a emigrar. Los refugiados aumentaron. A ellos se agregaron los judíos provenientes de Egipto; en este país vivían 80.000. En 1948 el Gobierno promulgó una serie de decretos bajo la excusa de reprimir el sionismo. Concretamente, fueron confiscadas numerosas propiedades judías y sus habitantes arrojados a la calle.

Freytag se reclinó en su sillón, corno para repensar ese aluvión de datos amargos.

- Toda esa enorme masa de refugiados fue recibida en Israel con los brazos abiertos como hermanos. Se los ubicó en campamentos provisorios, mientras se creaba para ellos vivienda y trabajo. Nunca se consideraron suficientes los esfuerzos para que olvidaran las penurias, el despojo y el desarraigo que acababan de sufrir. Se planearon y pronto se construyeron nuevas ciudades, se invadió el desierto obligándolo a florecer. Los refugiados desaparecieron bajo la bendición del trabajo. Israel

demostró al mundo que los refugiados, lejos de constituir una carga, son un factor de progreso. De ese modo, cerca de medio millón de desplazados han sido absorbidos, e Israel perdió un valioso instrumento político que hubiera podido utilizar ahora para neutralizar la propaganda de los gobiernos árabes. Israel, también pudo haber procedido como los árabes, aherrojando a los refugiados en los campamentos e impidiéndoles asimilarse, para exhibir su miseria en las tribunas internacionales y obtener ventajas políticas y económicas. Pero no ocurrió así y ahora ni usted mismo sabe que existieron... Israel, por lo tanto, no es un país europeo: tiene centenares de miles de judíos árabes que los mismos países árabes le brindaron. Y si suma los israelíes nativos, se encontrará con la sorpresa de que el 75 % de su población ya es oriental. ¿Qué me dice?

Me senté de nuevo y encendí un cigarrillo. Permanecí en silencio, con los maxilares apretados. El viento, en la calle, me había advertido bramando, silbando, golpeando los faldones de mi abrigo contra mi cuerpo. Pero ya había ingresado en el averno. Y debía proseguir mi lucha a pesar de la desventaja.

- Deploro estos grotescos errores árabes. A pesar de lo que acaba de enumerar, sin embargo, los judíos fueron perseguidos y masacrados espacialmente por ustedes, los europeos -- exclamé--. Hubieran establecido el Estado judío en Europa, no en Palestina. Habría sido más justo, casi una compensación.

- Hubo intentos; uno de los más fuertes lo emprendió la URSS, creando una región autónoma en Birodibján. Pero fracasó: los judíos, aunque se resista a comprenderlo, están tan estrechamente vinculados a Palestina, que sólo allí pudieron crear un Estado... sin el apoyo permanente de ninguna potencia.

- Gran Bretaña los apoyó. Luego Estados Unidos -- afirmé con vehemencia -- ¿O en su documentación no incluye esa historia?

- La historia... ¡Qué rápido se olvida o reforma la historia!... Si hay alguna prueba contundente en favor de los derechos que también tienen los judíos sobre Palestina, es la fiereza y la tozudez con la cual la fertilizaron y luego la defendieron. La misma fiereza que ahora utilizan ustedes, los palestinos. Los judíos no crearon su Estado sobre las ruinas de otro: colonizaron y cultivaron un país semidesértico, y luego lo liberaron con su sangre. Se produjeron injusticias con los árabes, es cierto, pero la culpa no es exclusiva de los judíos. No seamos desleales con la memoria. ¡Que ningún pueblo en vías de liberación reciba una ayuda como la que brindó Gran Bretaña!... Se lo dice un hombre que conoció la guerra, que aborrece al fascismo, que se adhiere a la liberación de los pueblos oprimidos como a una necesidad moral.

- Pone demasiado calor en la defensa de Israel, doctor Freytag. Usted no es ecuánime. Y no me podrá persuadir.

- ¿Conoce las circunstancias en que nació Myriam Ben Aarón? -- preguntó de repente mordisqueando la pipa apagada.

- No sé a qué viene eso.

- A la "ayuda" que los judíos recibieron, de Gran Bretaña, del colonialismo y del imperialismo. El nacimiento de esa muchacha es un ejemplo ilustrativo.

- No lo conozco.

- Ingrid ¿por qué no lo relatas? Has sido parte activa.

Ella titubeó.

- Quizás no le interese. Es una historia larga -- insinué.

- Al contrario -- repliqué --. Myriam me adelantó que usted había dedicado un capítulo de sus Memorias a las circunstancias que rodearon su nacimiento -- estaba proponiendo que siguieran quemando mis vísceras, como si necesitara el fuego de una purificación. Por culpas ajenas.

- Sí, es cierto -- sonrió plegando ligeramente las líneas almendradas de sus grandes ojos verdes --. Pero nada de eso ha sido publicado aún.

- Trae los manuscritos, Ingrid. Por favor -- rogó el silesiano.

Ingrid Beickert extrajo e su escritorio agobiado por columnas de papeles, una carpeta amarilla y regresó a su sillón. La abrió y dejó correr sus hojas.

- Myriam nació como Venus -- dijo --: en el mar.

5 - Entre el Garfio del Águila y La Inclemencia del León

- 1 -

Myriam vio la luz en un destartado barco de refugiados judíos que huían de Europa rumbo a Palestina. Sus primeros meses fueron tan inciertos que no se hubiera podido vaticinar si moriría de frío, de enfermedad o de naufragio. Si en esos momentos alguien hubiera señalado un culpable, el índice apuntaría a los alemanes y también a los ingleses. Myriam sobrevivió. Es la única sobreviviente de toda su familia.

Ingrid Beickert se interrumpió para levantar un pequeño portarretratos. Lo contempló dulcemente. Luego me lo extendió.

Es la fotografía de mi marido. La historia de Myriam debe comenzar con él. Se llamaba Franz Rehman. Era médico, nació en Breslau, como nuestro amigo Rolf Freytag, con quien cursé los estudios primarios. A comienzos del 39 me anunció que por la noche nos visitaría un judío llegado de Palestina. Me preparé para tal ocasión dando franco al personal doméstico para que nadie, absolutamente nadie, pudiera saber que cometíamos el delito de recibir un judío en nuestra propia casa, ubicada en el corazón de Berlín.

Franz desarrollaba ya una actividad peligrosa, pero no había Llegado a los extremos que conocería esa noche. La curva política que recorrió había sido singular. Diez años antes, aún estudiante, votó por el *Nationalsozialische Deutsche Arbeiterpartei* (NSDAP)⁷ Impulsado por la fantasía de un cambio, confió en esa pequeña fracción política. Un año después estalló la crisis económica mundial que estremeció al orbe y el insignificante NSDAP empezó a inflarse. Su propaganda inescrupulosa y audaz penetró como un ariete entre las masas. Desarraigados, desocupados y disconformes, a los cuales se sumaban aventureros e idealistas, engrosaron sus filas.

Franz, decepcionado de los partidos políticos tradicionales, se afilió al NSDAP. Millones como él creyeron en las promesas de mejores salarios, de dignidad nacional, de ocupación plena. La juventud aportó su mayor cuota. En 1930 Hitler obtuvo 107 bancas en el Parlamento y comenzó a trabar la acción del gobierno, desencadenó el terrorismo contra los adversarios y enfatizó los principios totalitarios de su Partido. Franz comprendió que los ideales del NSDAP no eran los suyos Pensó renunciar, pero ya era demasiado peligroso. Dejó pasar el tiempo y simuló comulgar con las ideas de Hitler.

⁷ Partido Nacionalsocialista Alemán del Trabajo, fundado por Hitler en 1919.

Las combinaciones políticas y las intrigas envenenaron la atmósfera. El país empezó a rodar por una escabrosa pendiente. En 1932 Hitler ya ganó 230 mandatos y su Partido se convirtió en el más fuerte de Alemania, aunque no representó la mayoría absoluta, que jamás pudo lograr. Para él no importaba. Inició el asalto contra la última fortaleza: el anciano presidente de la República, mariscal von Hindenburg, a quien sometió a una presión psicológica violenta. El 30 de enero de 1933 la camarilla del palacio quebró la resistencia del viejo: Hitler fue proclamado Canciller del Reich.

El ascenso de Hitler marcó el comienzo de un proceso totalmente inédito y erizado cuya tendencia espantaba calcular. Un gigantesco mecanismo de propaganda fue armado bajo la dirección escrupulosa de Joseph Goebbels, que perforaba los sentidos a través de todos los órganos de difusión, directos o indirectos. El aparato del estado penetró cada vez más hondo en la vida social y cultural del país. Surgieron las organizaciones de masas; cada ciudadano debía pertenecer a una o varias de ellas: orientaban su trabajo y su descanso, al mismo tiempo que le inyectaban propaganda. La mayor de esas organizaciones era la *Deutsche Arbeitsfront*,⁸ que agrupaba a todos “los alemanes creadores de la frente y el puño”, como se expresó Hitler. La juventud era reunida en la *Hitler-Jugend*, donde se corregían “los errores de la educación” de la familia y escuela, orientándola hacia un profundo fanatismo por el régimen. El tiempo libre también debía ser controlado. De ello se ocupó la organización *Kraft durch Freude*,⁹ que promovía reuniones sociales, actividades culturales vespertinas, viajes colectivos y vacaciones útiles.

Conocí a Franz en esta última organización de masas. Ambos éramos de extracción humanista y presenciábamos con horror la pulverización sistemática que el nazismo efectuaba de todo aquello que la civilización construyó para la elevación del hombre. Sin embargo, yo aparentaba ser una muchacha indiferente a la política y Franz un médico nacional-socialista de la primera hora. Nuestros encuentros, cada vez más frecuentes, cada vez más ansiosos, nos condujeron progresivamente hacia una mayor intimidad. Nuestro amor era lo único bello que podíamos encontrar en esa Alemania suicida. Nos casamos. Llegaron cables de congratulaciones que a un nazi auténtico lo hubieran conmovido. Pero nosotros -- simuladores -- temblamos. Diariamente reflexionamos sobre la necesidad de que Franz renunciara al Partido; pero a esa altura de los acontecimientos equivalía a ponerse la cuerda al cuello. La angustiada indecisión se prolongó durante semanas y meses. Finalmente Franz optó por permanecer en el Partido y confabular como pudiera contra la tiranía. No era fácil.

⁸ Frente Alemán el Trabajo.

⁹ Fuerza mediante la alegría.

Nos instalamos en Berlín. Yo ejercí en la Universidad, incorporándome a la cátedra de filología. Él se desempeñó como especialista en ginecología. Teníamos un departamento en la zona céntrica. Lo conseguimos fácilmente gracias a las vinculaciones “partidarias” de Franz. Perteneció a una familia de judíos que huyeron del país. El departamento era muy amplio y confortable, conservando alfombras, cortinados y algunos muebles que los antiguos ocupantes prefirieron abandonar. Yo sentí un estremecimiento -- al pensar en los judíos que allí habían vivido. Con extrema cautela pregunté a los vecinos sobre la identidad de esa gente, pero sólo obtuve evasivas. La única información que conseguí procedió de una casa ubicada al frente de la nuestra, a la que se llegaba cruzando casi en línea recta la calle. Vivía allí un eminente neurólogo alemán, el profesor Heinrich Meiersohn. Franz quiso establecer contacto con él, dada su reputación en el ambiente universitario. Pero Meiersohn era judío y desconfiaba de mi marido. Yo conseguí ganarme el afecto de su esposa. Los escrúpulos del profesor nunca desaparecieron del todo. Los golpes se sucedieron rápidamente para él. Fue separado de la cátedra. A los alemanes arios les fue prohibido concurrir a su consultorio. Llovieron las acusaciones verbales; luego aparecieron las calumnias escritas. Los amigos le dieron vuelta la cara y los colegas se burlaron de sus aportes científicos que antes habían aplaudido.

Pero Heinrich Meiersohn aún soñaba con el restablecimiento de la justicia y de la razón. Alemania no podía traicionar su cultura de siglos.

Tenía dos hijos y su esposa estaba embarazada. “Vendrán tiempos mejores, amainará la tempestad”. Su familia vivió en Alemania generación tras generación. Nadie podía ser más alemán que él, ni amar tanto a esta tierra.

Una tarde, sentado en su estudio, oyó gritos que provenían de la calle. Se había habituado a ellos. Seguramente los nazis inflingían una paliza a un par de judíos. Se mordió los labios y crispó los puños. De pronto evocó a su mujer. Recordó que había salido con su padre, Corrió hacia la ventana. Los latidos le hacían estallar el cráneo. Miró en dirección al tumulto y quedó espantado. Un grupo de jóvenes camisas pardas intentaban arrancarle la barbilla a su suegro caído en el pavimento, mientras otros le propinaban puntapiés. Su mujer, enloquecida, luchando en vano.

Heinrich Meiersohn salió corriendo y arremetió contra la turba como un salvaje. Los nazis, en número de cuatro o cinco, sorprendidos por esa inesperada y violenta intervención, se distanciaron. Meiersohn los contempló con ojos desorbitados, temblando de rabia. Su mujer ayudaba al anciano, que se incorporó doliente, con el rostro y las manos ensangrentadas. Los nazis guardaron distancia, indecisos. Por fin uno de ellos rompió el tenso silencio, profiriendo improperios obscenos. Pero no avanzaron. Después gritaron dos y en seguida todo el grupo escupió sus insultos blandiendo los puños. Meiersohn ayudó a su mujer y al viejo,

introduciéndolos en la casa. Era preciso empacar y abandonar el país mientras quedaba esa posibilidad aún. Su Alemania había perdido el juicio.

Algunas horas después fui a verlos, enterada del incidente. Era peligroso concurrir a casa de judíos. Esa sola actitud podría ser denunciada y acarrear serios inconvenientes. Franz no se cansaba de recomendarme prudencia, extrema prudencia. La calle tenía mil ojos escondidos, aunque pareciera desierta.

Cuando penetré en la casa de Meiersohn encontré a todos sumidos en la tarea de empacar. Hacía tiempo que no tenían servicio doméstico: el fiel matrimonio que crió a la señora Meiersohn y luego la siguió cuando construyó su hogar, abandonó groseramente a sus “viejos y queridos patrones” porque súbitamente descubrieron que eran unos “cerdos judíos”. Noté que mi presencia los turbó. Quizá temieron que yo los delatara. Pero no me arredré: abracé a Luisa Meiersohn y me puse a trabajar con ellos. Seleccionaban lo más necesario para un viaje. Abandonarían muebles, obras de arte, libros, instrumentos de música, incluso ropa.

De pronto sonó el timbre. Sonó otra vez, con insistencia. Luego golpes en la puerta. Quedarnos paralizados. Luisa me condujo precipitadamente hacia un rincón oculto de la biblioteca. Un grupo de policías prepotentes irrumpió en la sala haciendo sonar sus botas. Los conducía un alumno de Meiersohn. Al verlo, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

- ¡Karl Schustermann!

- ¿Es usted Heinrich Meiersohn? -- preguntó con frialdad de burócrata.

- ¿No me reconoce, Schustermann? Pero... ¡cuántos meses trabajó usted a mi lado!

Schustermann no lo escuchaba. Ningún recuerdo o imprecación podía conmoverlo.

- Queda arrestado por agresión a jóvenes arios -- sentenció.

Luisa Meiersohn corrió a proteger con sus brazos a los niños.

Su marido intentó aproximarse a ella, pero dos policías lo levantaron por los brazos, brutalmente, y lo arrastraron a la calle.

- ¡Heinrich! ¡Heinrich!

El profesor miró a su mujer y a sus hijos. Fue una mirada fugaz, un gesto suplicante, triste, porque lo empujaron dentro del vehículo policial y desapareció.

La madre y los dos niños permanecieron rígidos, como un grupo escultórico, atontados por la violencia.

Salí del escondite, Sólo al cabo de varios minutos Luisa rompió a llorar desconsoladamente. Los niños se miraban, tomados de la mano.

Cuando oscureció, crucé la calle para avisar a Franz que me quedaría a dormir con los afectados. Mi marido lo juzgó riesgoso, pero no formuló objeciones. Por su parte trató de localizar al profesor Meiersohn y utilizar su influencia para liberarlo. Fue en vano, Meiersohn ya no estaba en Berlín.

Transcurrieron días y noches de espera angustiada. Nadie ante quien reclamar, ante quien protestar.

Empleé todas las fórmulas posibles de consuelo para infundir ánimo a la quebrantada Luisa. Pero no surtían efecto, porque yo misma no creía en ellas.

Llegó un paquete, dirigido a la señora Meiersohn. El empleado de correos aguardó en la puerta. La mujer lo desenvolvió con manos temblorosas, apuradas. Encontró una pequeña urna y sobre ella un mensaje.

“Su marido ha muerto a consecuencia de una crisis cardiaca. Adjuntas van sus cenizas. Gastos de expedición: 3,50 marcos.

Firmado: Dr. Karl Schustermann”.

La sala empezó a girar. Luisa no pudo tenerse en pie. El mensajero, en el umbral de la puerta, aguardaba que se le pagara.

En Alemania había empezado la llamada “estación de las urnas”. Desaparecían repentinamente las personas, para ser deportadas y ultimadas. Pero la delicadeza del régimen instituyó la devolución de cenizas a sus deudos.

Discutí con Franz la ayuda que podríamos ofrecer a esa desesperada madre. Veíamos recortarse con nitidez las inescrutables sombras de su futuro. Tomamos una decisión por ellos: ponerlos en manos de las organizaciones sionistas que se movían en la clandestinidad. Durante varias semanas Franz trató de localizar alguno de esos agentes, recurriendo a sus amistades anti-nazis. Cuando por fin dio con una pista, se aseguró en su bolsillo el carnet de afiliado al nacionalsocialismo y se despidió, indicándome las medidas del caso si no regresaba. Fue a uno de los barrios poco poblados de Berlín y penetró en una casa vieja y sucia. Adentro, una multitud abigarrada de hombres y mujeres excitados trataban de hablar con los dirigentes palestinos. Franz esperó pacientemente su turno, contemplando ese conglomerado de gente desesperada que daba manotazos en el aire para salvarse del naufragio inminente. Algunos lloraban, otros parecían dominados por una enfermiza resignación.

Franz se enfrentó con el agente. Lo recibió de pie, tras un rústico y destartalado escritorio de madera, sobre el cual se alzaban pilas de papeles, en una habitación pequeña con tres sillas y una pequeña ventana como único adorno.

Cuando le explicó que no era judío, sine que venía para ayudar a una madre y dos niños que salvó del arresto, el palestino alzó las cejas, asombrado. Lo invitó a sentarse y pidió detalles. En su rostro se traslucía cierta sospecha. Franz Rehman le mostró su documento de afiliación al Partido y expuso su situación claramente. No era el único alemán que se resistía a la tiranía, en cualquier forma.

- La resistencia, bajo un régimen policíaco tan firme, es una acción vesánica -- -insinuó el judío.

- La conciencia obliga a ser locos -- replicó Franz.

El agente se incorporó, le estrechó la mano y prometió ir a su casa esa noche para conocer a los refugiados.

- Es peligroso para usted -- le advirtió Franz, pensando quizás en los riesgos que también implicaban para él.

- ¿No lo es el solo hecho de haber venido a Alemania?

- 2 -

Esa noche de 1939, Franz Rehman, médico nacionalsocialista de la primera hora, abrió la puerta de su casa a Isaac Ben Aarón, agente secreto enviado desde Palestina para organizar y facilitar, por todos los medios legales o ilegales, la salvación de los judíos europeos.

Cerramos las celosías y apagamos las luces. Nos encerramos en la biblioteca. Allí se desarrolló un diálogo inverosímil, desconcertante, en penumbras. El judío, luego de captar el celo con que cuidábamos a esa pobre familia, quiso poner precio a su salvación.

- ¡Esto es absurdo! -- protestó Franz --. ¿Qué pretende? ¿que los arrojemos a la calle?

- Será contraproducente para usted -- replicó cachazudamente Ben Aarón --. Tengo motivos para exigirle su ayuda. Usted me la tendrá que dar, a cambio de la mía.

- ¿Le parece poca ayuda salvar a esa madre con sus hijos?

- Sí, muy poca. Yo he venido aquí para salvar judíos ¿entiende? Judíos en plural. Muchos judíos. Centenares, miles, decenas de miles. Todos cuantos pueda. ¿Qué significan entonces estas tres personas? hubiera sido estúpido que me arriesgara a venir a su casa, sólo para contemplar el rostro de una mujer desolada. ¡He venido aquí para convertirlo a usted en mi aliado, en mi colaborador!

El rostro de Franz se contrajo. Le apreté la mano para recordarle mi solidaridad de esposa.

- No soy tan cruel -- prosiguió Ben Aarón, forzando una sonrisa que se percibió mejor cuando las pupilas se acostumbraron al claroscuro del recinto --. Sólo necesito su condición de afiliado al Partido, para que me consiga pasaportes y documentos falsos.

Permanecemos inmóviles, repasando mentalmente la cadena de riesgos que deberíamos afrontar.

- Muchos pasaportes. No me conformaré con cien ni con doscientos... -- prosiguió imperturbable, casi duramente, como un jefe que alecciona a sus soldados --. La suerte que corrió el padre de estos pobres niños será pronto la suerte de todos los judíos que permanezcan bajo la bota nazi. De modo que por cada judío que emigra, anotamos una vida que se salva.

Franz miró a su interlocutor con disgusto.

- No es necesario que usted me extorsione.

- No sé si esa es la palabra -- replicó Ben Aarón --. Pero los nazis no recurren a procedimientos dulces ni elegantes. No somos nosotros, los judíos, quienes tenemos la facilidad para elegir procedimientos. Usted es un alemán digno, quizá. Sus acciones hasta ahora lo atestiguan. Pero todo el resto de Alemania está brincando como una horda alrededor de ese maniático que eligieron como Führer.

- ¡No toda Alemania lo eligió!

- Casi la mitad, doctor -- replicó en el acto, y sus palabras parecieron retumbar, abofetear los libros, los muebles, el alma --. De cada dos alemanes, uno votó por él. De cada dos alemanes, uno es responsable por la barbarie que se está gestando.

Franz bajó la cabeza.

- ¿Qué hará con ellos? -- pregunté con inquietud.

- Saldrán con un grupo de emigrantes que yo conduciré hacia Palestina.

- ¿Cuándo?

Ben Aarón abrió sus brazos.

- No lo sé. Espero que antes de tres semanas. Conoceré entonces cómo marcha la producción de pasaportes falsos...

Franz barbotó unas palabras y condujo a su huésped por entre las sombras hacia la parte posterior de la casa, donde había una puertecita disimulada por enredaderas.

Pasaron varios días. Mi marido cumplió con su misión y entregó a Ben Aarón una caja llena de documentación fraguada. El judío la recibió agradecido, pero exigía más. Franz había ya dado el paso más riesgoso de su vida. Con esa acción quemó sus naves. Desde entonces su actividad subversiva se intensificó, Trabajó temerariamente. Los pocos

hombres que actuaron como Franz, son los que salvaron el nombre de mi pueblo.

Pero Franz no alcanzó a conocer las honras.

Al cabo de largas semanas de espera Ben Aarón llegó, recogió a Luisa Meiersohn y los dos niños y partió con un grupo de 300 judíos. Dirigía una de las acciones más audaces que realizaron los sionistas para salvar víctimas del nazismo: atravesar Alemania y partir en barco desde la Italia de Mussolini. Venecia, con su turismo, disimularla el paso de los 300 judíos; pero luego alteró el plan, decidiendo partir desde Bari, la misma Bari célebre por sus rabiosas emisiones antisemitas. El proyecto equivalía a pasar entre los colmillos del tigre, para que el tigre no lo supiera.

En épocas de paz resulta imposible explicarse algunos acontecimientos de guerra. Lo cierto es que en 1939 el barco Santos de bandera panameña abandonó Italia cargando 300 judíos. Era una embarcación chica, de salvamento, atestada de máquinas, donde no cabían ni siquiera 100 personas. Durante años permaneció anclado en el puerto esperando que la radio anunciara accidentes de navegación. Para salvar su déficit aceptó la propuesta de salvar judíos.

Los 300 pasajeros se acomodaron. En la bodega, en cubierta, encima, al lado y debajo de las máquinas, en todos los rincones. La marea humana penetró como el agua.

El ridículo tamaño de ese barco podía apreciarse con sólo extender el brazo en cubierta y tocar el mar con la mano. Un ligero encrespamiento de las olas lo haría saltar como juguete.

La señora Meiersohn y sus dos pequeños se acurrucaron en una cabina junto a otras diez mujeres; normalmente allí no hubieran dormido más de cuatro personas. Su único equipaje era un bulto con ropas. El olor de los viejos maderos impregnado de agua salitrosa, sumado a la poca ventilación, provocaba náuseas y vértigos. Luisa con su embarazo y los recuerdos a cuestas, debía salir a cubierta de día y de noche para respirar y lamentarse.

Los agentes palestinos estaban entrenados en esta actividad de rescate. La mayoría, incluso Ben Aarón, ya habían transportado judíos a la Palestina celosamente cerrada por los ingleses. La lista de barcos y barcas atestadas de refugiados que llegaron a sus costas era extensa. Algunos tuvieron éxito; otros fueron expulsados con todo su cargamento doliente. Pero los sionistas continuaron su lucha, con tozudez increíble.

Tanta gente en esa pequeña nave debía ser mantenida en actividad. Llevaban en sus corazones el sello del terror. Era preciso disipar la angustia. El vigor de los judíos palestinos debía contagiar a los refugiados. Se realizaron asambleas, se designaron comisiones, se distribuyeron

tareas. Apareció una hoja diaria como boletín informativo. Se realizaron veladas artísticas. Se impartió enseñanza de defensa personal.

El mar se mantuvo sereno durante esos días invernales. El Santos no estuvo en peligro por causa de la naturaleza, como si ésta conociera los peligros que le acecharían frente a Palestina por causa de los hombres.

Cuando se aproximaron a Tierra Santa, aún sin divisarla, el barco detuvo sus máquinas. No debía ingresar en aguas territoriales antes que oscureciera. La actividad en la nave continuó su ritmo habitual. Pero la tensión enervaba cada rincón del barco. Palestina era la Tierra de Promisión, el único trozo del universo que podía acogerlos, aunque estuviera controlarlo por un imperio tan poderoso como el británico. De Europa se los expulsaba y en ninguna parte del mundo se los admitía. Estos judíos palpitan por Palestina como si allí se los recibiera con los brazos abiertos.

Al mediodía fue convocada una Asamblea general. Isaac Ben Aarón informó sobre el desembarco que se realizaría esa noche. Se almorzó rápidamente, cada uno sumido en su deliquio. Las comisiones debían continuar tareas de limpieza y ordenamiento. Los marineros controlaron los botes.

Esa puesta de sol fue larga. Las estrellas se encendieron con pereza, una después de otra. La ansiada oscuridad extendía con lentitud sus alas de turmalina. El Santos permanecía en su sitio flotando sobre el agua mansa, atiborrado de impaciencia.

Cuando la noche cerró su puño, la nave reinició la marcha. A lo lejos se divisaron las luces de Tel Aviv. Centenares de ojos se agolparon en cubierta.

El Santos avanzó como una mancha imprecisa. Las luces de la ciudad eran cada vez más claras e intensas. El timonel viré rumbo al sud, alejándose de la zona poblada. Luego enfiló de nuevo hacia la costa.

Una mujer se abrió paso hasta la cabina de mando y susurró unas palabras a Ben Aarón. Ambos descendieron a la cabina donde se alojaba Luisa Meiersohn. Había empezado el trabajo de parto. Ben Aarón se arrodilló junto a la precaria cucheta y comprobó la periodicidad de las contracciones. Apoyó su mano sobre la frente transpirada de la mujer en cuyos ojos temblaba la duda: ¿podría desembarcar? ¿tardaría el parto lo suficiente como para llegar a tierra? ¿nacería bien el niño? Ben Aarón trató de inyectarle coraje. Permaneció unos minutos a su lado y luego regresó a su puesto maldiciendo la desafortunada coincidencia. Hizo llamar a las mujeres que se desempeñaban como enfermeras de a bordo para recabarles su opinión. La fecha del parto se había adelantado, seguramente como consecuencia de las penurias que se acumularon desde el asesinato de su marido.

El Santos se detuvo a unos trescientos metros de tierra. Ben Aarón impartió órdenes. Un bote fue descendido al agua; remando silenciosamente, se alejó rumbo a la costa.

Aguardaron. Se oía de vez en cuando el grito ahogado de Luisa. El cielo ocultaba su encanto estelífero tras una superposición de velos nefeloides. En otras circunstancias, la noche hubiera sido gozada por su belleza; pero esa gente apretujada en el cajón negro, sólo intentaba perforar las tinieblas: para seguir al bote de vanguardia o descubrir algún patrullero británico. Tras el murmullo sordo del oleaje, el silencio de la noche parecía comprimir los oídos, profundo, enorme.

En la barra negra de la costa parpadeó una señal. A los pocos segundos se repitió. ¡Contacto con tierra! De inmediato fue descendido otro bote. Luego otro más. Y otro. Los flancos del Santos se poblaron de pequeñas embarcaciones repletas de hombres, mujeres y niños.

Luisa Meiersohn intentó incorporarse, pero las terribles contracciones la voltearon, Una enfermera comunicó a Ben Aarón que el alumbramiento se producía, era cuestión de minutos. Luego ordenó que los dos niños fueran evacuados y que la enfermera quedara junto a la parturienta. La mujer protestó.

Los botes se perdieron en la espesura de la noche. Ben Aarón, sobre cubierta, mantenía clavados sus ojos en la costa aguardando las señales. De pronto una sucesión de guiños le indicó que algo no andaba bien. Corrió hacia el timonel y ordenó partir a toda máquina: los ingleses los habían descubierto. Los motores del Santos rugieron broncamente y, haciendo una elipse, el barco giró rumbo al mar abierto, Aparecieron dos faros como brasas avivadas con fuelle. Comenzó una carrera entre el león y su presa. La presa trataba huir, desesperadamente, de las aguas territoriales. Aliviado de su carga o estimulado por el terror, el Santos cruzaba el mar con insólita velocidad. Los faros se aproximaban: era difícil escapar a las garras del león.

Ben Aarón oyó el llanto de un bebé. Contempló los reflectores voraces salpicados por los ramalazos de agua que producía su furiosa carrera y, considerando perdida la batalla, descendió a la cabina de Luisa Meiersohn. La enfermera le comunicó el nacimiento de una niña.

Se armó de coraje, carraspeó y se aproximó a la mujer. Lloraba: angustia por la incertidumbre futura, y por el dolor del pasado.

- ¿Vivirá?

- ¡Claro que vivirá!

- Heinrich siempre soñó con una hija, a quien llamaría con el nombre de su madre: Myriam.

Los cuatro muchachos palestinos que acompañaban a Ben Aarón irrumpieron en el recinto. Con júbilo indescriptible le avisaron que habían alcanzado las aguas extraterritoriales y que el patrullero británico se volvía. Un rugido escapó de la garganta de Ben Aarón, abrazó a dos de ellos y corrió a cubierta para cerciorarse. Después subió a la timonera, donde estaba el capitán del barco: viejo lobo de mar, de bigotes espesos y barriga ciclópea. Su nariz enrojecida señalaba el grado de impregnación alcohólica que alcanzó durante los tensos momentos del desembarco y la huida. Blasfemó en inglés contra el patrullero que se perdía en la distancia. Ben Aarón le extendió su mano. El capitán sonrió, enruló la punta de sus bigotes y por fin, lanzando un grito triunfal, estrechó la mano del judío sacudiéndola con violencia.

- 3 -

La nave enfiló provisoriamente hacia Turquía. Se aproximó a una pequeña aldea de pescadores. La gente corrió hacia la orilla para contemplar el viejo barco, que sólo los muy ancianos podían identificar por su parecido con aquellos que, aún antes de la primera Guerra Mundial, transportaron refugiados desde Tracia y Macedonia. Para la rutina de esa aldea, el arribo del Santos fue un gran acontecimiento. La policía local intentó informarse. Se le explicó que el Santos, buque de salvamento, había estado socorriendo una nave que pedía auxilio en las inmediaciones. La policía pareció conforme y la población acogió los tripulantes.

Luisa pasó por esposa de Ben Aarón. En tierra le brindaron atenciones que no conoció desde que abandonó Alemania. Pero la oprimía el temor por la suerte de los otros dos niños, ya desembarcados en Palestina.

Al cabo de unos días el animoso capitán del Santos dio por concluidos los trabajos de reabastecimiento. Durante ese lapso, los dirigentes sionistas intentaron comunicarse con un agente establecido en Estambul, desde el teléfono de la comisaría, único en el pueblo. Así pudieron enterarse que la operación de desembarco fue exitosa, pues los refugiados fueron cargados en camiones que desaparecieron en las colonias judías antes que los británicos consiguieran atraparlos. La Agencia Judía, desde Jerusalén, ordenaba al Santos transportar otras tres centenas de refugiados, esta vez desde Yugoslavia.

La vieja nave se puso en movimiento. Los pescadores y sus familias se arracimaron en la costa para verla zarpar.

El Santos navegó por el mar Egeo, esquivando sus millares de islas y luego se internó en el Adriático, rumbo al norte. El capitán solía quejarse ante los endurecidos dirigentes sionistas sobre los riesgos del viaje a pesar de la buena paga. Pero sus lamentaciones y juramentos no pasaban de

ser un hábito difícil de domeñar, puesto que él mismo los calificaba como “palabras que ayudan a la digestión”, acompañándolas de sonoros eructos y amplias caricias sobre su globuloso abdomen.

Llovió en algunas oportunidades, pero el viaje no registró inconvenientes. El espacio era ahora maravilloso, ocupado solamente por los dirigentes sionistas, Luisa Meiersohn y su niña, la mujer que la asistió durante el parto y los marineros; parecía un crucero y no un viaje ilegal. Claro que esta apreciación sólo podía formularse después de haber vivido la espantosa aglomeración anterior: el Santos no poseía comodidades que hicieran deseable prolongar la permanencia en sus destartadas y malolientes cabinas.

Arribaron a Spálato, Yugoslavia. En el puerto se encontraban los judíos cercados por policías. Ben Aarón intentó descender para entrevistarse con las autoridades: no se lo permitieron. La nave fue examinada minuciosamente por la prefectura marítima. El capitán respondió al interrogatorio lo mejor que pudo, ingiriendo fuertes dosis de whisky: El Santos no reunía las condiciones exigidas por las leyes internacionales para el traslado de esos trescientos refugiados. Los sionistas argumentaron y suplicaron sin éxito y se les recordó que estaba prohibido descender.

Desde cubierta contemplaron a la multitud apiñada en el muelle, esperando ansiosamente. En sus valetudinarios rostros sombreaba una penosa incertidumbre. Eran gentes de todas las edades y condiciones que huían de la denigración, el ludibrio y la muerte. Pero la angustia que reinaba dentro y fuera de la nave no entraba en consideración de las autoridades.

El Santos permaneció anclado varias horas sin recibir ninguna información. Los dirigentes lanzaban insultos contra el descabellado plan de pasar refugiados a través de Yugoslavia, sabiéndose de sobra que es uno de los países más celosos de las reglas del tránsito marítimo.

Comenzaba a oscurecer. Un extraño movimiento se registró en el muelle. Dos oficiales se aproximaron al Santos y anunciaron que el gobierno concedía el permiso de embarque y partida. Abajo, los refugiados empezaron a saltar y abrazarse.

La policía se distribuyó formando un corredor que conducía hasta la escalerilla del Santos. Los judíos se apretujaron, tratando cada uno de ser el primero en llegar a esa vieja nave de la redención. En medio de los gritos brotó una melodía. En pocos segundos esa melodía se alzó poderosa y unió a todas las gargantas judías. El canto hablaba de la esperanza: “Hatikvá”, el himno hebreo, electrizó a cuanto ser humano podía contemplar la escena.

Desde cubierta Ben Aarón observó la miserable multitud. No creía que sus penurias terminaban. Ningún judío desconocía que embarcarse rumbo a

Palestina implicaba iniciar otra penosa y cruel aventura. El canto brotaba como una plegaria que conmovía a la tierra y podía hacer llorar al cielo.

La policía, pasados los momentos del impacto, cuidó que ningún judío permaneciese en tierra. No tuvo trabajo, porque ninguno lo hubiera hecho. Los yugoslavos conocían tan poco como los ingleses la obstinación que los arrastraba hacia Palestina,

Cuando el Santos recogió al último judío, un oficial de la marina yugoeslava tuvo por fin la gentileza de subir a bordo para saludar al capitán y a los dirigentes sionistas. Lo recibieron con lógica incertidumbre, temiendo que al percatarse de la hacinación que reinaba en la pequeña nave, pudiera demorar la partida. Pero no hubo tal cosa. Más fuerte que el celo por respetar las leyes marítimas, era el deseo por desembarazarse de refugiados judíos. Habiéndose cometido el lamentable error de permitir que esa gente pasara por el país, era necesario que lo abandonase cuanto antes. Esta era la única ocasión en que Ben Aarón pudo celebrar que no resultara grata la presencia de judíos.

El Santos hizo bramar sus motores. Lentamente su flanco se separó del muelle. Ya era de noche. En la nave reinaba la excitación. Muchos no pudieron dormir, soñando que allí, solos sobre el mar, estaban por fin en un trozo de espacio que era judío, libre.

La línea que trazó el Santos en su viaje anterior parecía marcada en la brújula. Se calculaba que en el mismo tiempo, aproximadamente, arribaría a Palestina. Otra vez se realizaron asambleas, se designaron comisiones y establecieron programas de trabajo.

Cuando el banco pasaba cerca de Chipre, se desató una tempestad. Las olas se encrespaban bajo los latigazos del trueno. Sus crestas más embravecidas se levantaron amenazantes alrededor de la nave, volcándose con estrépito sobre cubierta, La aglomeración aumentó en los espacios protegidos. El calor y la escasez de oxígeno descomponían. La embarcación se bamboleaba riesgadamente. El capitán decidió buscar refugio en la costa. Los ingleses, dueños de la Isla, podrían descubrirlos. Todos los esfuerzos realizados para salvar a esa desgraciada gente se malograrían, Pero no existía otra alternativa. En media hora lograron penetrar en un recodo y largar el anda.

Al alba, la tempestad había concluido. Un sol radiante emergía tras el horizonte ruborizado, haciendo jugar sus destellos en el corretear de las aguas. Pero no trajo alegría. La radio del Santos había captado una noticia consternadora. Los dirigentes palestinos se reunieron para considerarle. Después se convocó a una asamblea general. Los refugiados escucharon con el rostro tenso. Los silencios que separaban las frases de Ben Aarón sólo eran llenados por el murmullo del mar.

Gran Bretaña acababa de promulgar un Libro Blanco que implicaba una guerra abierta contra el movimiento sionista: permitía la entrada a

Palestina de solamente 75.000 judíos durante los próximos cinco años... Gran Bretaña promulgó esta ley el 17 de mayo de 1939, en vísperas de la mayor catástrofe colectiva que padeció el pueblo judío en toda su historia. Mientras el nazismo comenzaba su tarea de persecución y exterminio, Gran Bretaña no encontró mejor respuesta por sus intereses que aliarse en forma indirecta y miserable, a la acción nazi.

Cada uno de esos cinco años se otorgaría una cuota de 10.000 inmigrantes judíos únicamente. Como aporte a la solución del grave problema de los refugiados judíos que se apiñaban en los muelles de Europa, Gran Bretaña ofreció una fina nota de cáustico humor: aceptaba el ingreso inmediato de 25.000 refugiados; 25.000 refugiados no equivalían a una migaja: centenares de miles clamaban por huir de una Europa que ya preparaba su liquidación.

Gran Bretaña cerraba su Libro Blanco con una decisión pasmosa: "terminado el período de cinco años, no se permitiría la inmigración judía adicional, salvo si los árabes de Palestina estaban dispuestos a aceptarla", "el gobierno de S.M., está firmemente resuelto a detener la inmigración ilegal, y las autoridades tomarán medidas de prevención adicionales. La cantidad de inmigrantes ilegales judíos que lograra entrar al país a pesar de estas medidas, y a los que no pudiera expulsar, se descontaría de las cuotas anuales", "el gobierno de S.M. está convencido de que, después de realizarse la inmigración que se propone permitir durante estos cinco años, no habrá justificación ni recaerá sobre ella obligación de facilitar el establecimiento del Hogar Nacional Judío mediante inmigración adicional, sin tomar en cuenta la voluntad de la población árabe".

Los pasajeros del Santos eran, pues, inmigrantes ilegales. Ahora les leeré unos párrafos que historian los hechos -- se interrumpió Ingrid Beickert --: no es una digresión. "Inglaterra acababa de quitarse la careta. Durante la primera Guerra Mundial había decidido llenar el vacío que sobrevendría con el derrumbe del enorme Imperio Otomano. Para ello cortejó en 1915 y 1916 al Sherif Hussein de la Meca a través de Sir Henry Mac Mahon, su Alto Comisionado en Egipto. Hussein comprometió la revuelta árabe contra los turcos a cambio del apoyo británico a su causa. Pero en la correspondencia de Mac Mahon no aparecía explícito si Palestina, que equivalía al 1 % de los territorios a liberar, estaba incluida en el proyectado Estado o Estados árabes. En esa época ninguno de los comités revolucionarios de Siria o Mesopotámia que conspiraban para sacudir el enfermo dominio otomano, mencionó a Palestina en las negociaciones con los ingleses; nadie se presentó en nombre de los árabes palestinos a las agencias británicas negociadoras establecidas en El Cairo, Jidda o Bagdad: Palestina era entonces "Siria Meridional", un punto olvidado e intrascendente de los inmensos dominios controlados por la Sagrada Puerta. Por otro lado, los árabes no se oponían al asentamiento de judíos en Tierra Santa. Ya en 1911 se realizaron reuniones entre sionistas y miembros árabes del Parlamento turco, en Estambul. Un representante de

la Organización sionista concurre como observador al Congreso pan-árabe efectuado en París, en julio de 1913. En diciembre de 1915 tuvo lugar en Jerusalén un encuentro judeo-árabe que interfirieron los turcos, porque ambas comunidades coincidían en su ambición emancipadora.

“Al terminar la Guerra sobrevinieron nuevas intrigas y la atomización de los territorios. Se crearon países y se inventaron fronteras. Francia se apoderó de Siria y el Líbano. Gran Bretaña del resto, quedando en la incertidumbre el destino de Palestina. Allí se multiplicaban las colonias de judíos que desecaban pantanos, liquidaban la malaria y forestaban los montes devastados por la erosión. Gran Bretaña lanzó una maniobra diplomática: la Declaración Balfour que, en lenguaje confuso, “veía con beneplácito el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío”. Esta declaración unilateral carecía de valor jurídico. Para los judíos sin embargo, representaba el primer reconocimiento de una potencia a sus aspiraciones nacionales. No obstante, el Comité Central del partido *Paolé Sión* (sionista obrero), reunido en diciembre de 1917, calificó a dicha carta como “uno de los intentos del imperialismo mundial de explotar los movimientos de liberación para sus propios fines”.

“La maniobra resultó exitosa el 24 de julio de 1922: la Liga de Naciones le confió el Mandato sobre Tierra Santa. En el artículo II, la Resolución expresaba: “colocar el país en condiciones políticas, administrativas y económicas que aseguren la creación del Hogar Nacional Judío”. Esto es recordado con dolor por cualquier árabe palestino. En efecto, los primeros años del Mandato apuntaron hacia dicho objetivo. Pero al hacerse claro que los sionistas no transarían sino con la independencia del país, Gran Bretaña se alió a los *sheiks* y hacendados árabes, más fáciles de corromper. Amputó de la Palestina original toda la Transjordania e inventó un reino en cuyo trono sentó al emir Abdullah, hijo del Sherif Hussein de la Meca y a la cabeza de cuyo ejército colocó oficiales ingleses: en ese territorio quedó prohibido el ingreso de judíos. Luego estimuló el enfrentamiento entre el nacionalismo árabe y el sionista que hasta entonces eran concurrentes. Sin asomo de pudibundez, limitó la inmigración judía, que era la razón de su Mandato. Facilitó armas a grupos de *effendis* y bandas de asesinos. Atizó pogroms. Y se presentó ante el mundo con las alámides del pacificador sacrificado. Su propósito de no perder el Medio Oriente obtuvo la inesperada colaboración de los mismos jefes árabes a quienes había traicionado al finalizar la primera Guerra Mundial...“ Ahora sigo con el relato.

Ben Aarón explicó las dificultades adicionales del desembarco en Palestina. Si hasta ese momento inmigrar al país era una odisea, desde ese día se transformaba en un acto temerario, casi suicida.

Los rostros graves guardaron silencio. Al cabo de un rato cubierto por el rumor gigantesco del mar, una voz exigió que se continuara con el plan trazado. No existían puertos que recibieran judíos, y si había que luchar

por alguno, ese debía ser el de Palestina. Sus palabras fueron repetidas por muchas gargantas.

El capitán, contemplando la escena, gruñó con desagrado.

El Santos cortó las aguas. En un par de días llegaron a destino. Se aproximaron, como siempre, a cubierto de la noche. Fue lanzada una señal. Luego otra. La respuesta tardó algunos segundos. Sus destellos se reproducían a intervalos regulares, de acuerdo al código. Los marineros se apostaron junto a los botes que serían descendidos. El Santos avanzó lo que prudencialmente era factible. El agua golpeaba los maderos canturreando una melodía diferente.

Ben Aarón recorrió el barco impartiendo sus últimas órdenes, Infundiendo serenidad y equilibrio. Se aproximó a Luisa Meiersohn que apretaba contra su pecho a la pequeña Myriam y le dijo algunas palabras. Los ojos de la mujer estaban empañados, anhelando contemplar a sus otros dos hijos que esperaban en tierra.

De pronto, un grito ahogado. Alguien divisó dos puntos que avanzaban por estribor.

- ¡Un patrullero inglés!

El Santos hizo tronar sus máquinas. En seguida apareció otro par de ojos. Varios pares más. El añoso y pesado Santos sintió el horror de su impotencia. En pocos minutos fue rodeado por las embarcaciones británicas que lo obligaron a detenerse. En un instante fue abordado por uniformados. Sin prestar oído a los gritos de la muchedumbre, revisaron sus dependencias, saltando por encima de los cuerpos acostados o sentados que se apiñaban en cubierta y en bodegas.

Dos oficiales se apostaron a ambos lados del capitán y le impartieron órdenes. El Santos viró nuevamente, esta vez rumbo al noroeste. Los patrulleros lo vigilaron como a un animal peligroso.

Unos labios balbujeron el posible destino hacia donde se los conducía: Haifa. La palabra se repitió de boca en boca.

¡Haifa! Haifa! Eran llevados hacia Palestina de todos modos. Aleluya!

Las luces del alba los encontró arracimados en cubierta, contemplando el hermoso panorama del puerto. El Santos permanecía anclado en la bahía, aguardando decisiones de las autoridades mandatarias.

En la ciudad, mientras tanto, la población judía se movilizó para arbitrar los medios que facilitarían el desembarco. Se establecieron enlaces con Tel Aviv y Jerusalén. Desde varios *kibutzim* partieron dirigentes sionistas hacia diferentes puntos. La Agencia Judía solicitó una entrevista urgente al Alto Comisionado. Los periódicos modificaron la diagramación de su primera página para informar sobre las tribulaciones de estos infelices que huían

de las garras nazis y se aventuraron en un añoso barquichuelo para llegar a Palestina.

El sol ascendió derramando tibieza. En el Santos se aguardaba con ansiedad. Los ojos querían estrujar la distancia, los cuerpos querían volar hacia el monte Carmelo que estaba tan próximo casi al alcance de la mano. Se sentían hambrientos de tierra.

Pasó el mediodía. Por la tarde, un grupo de oficiales subió al Santos. Solicitaron entrevistarse con los dirigentes. Al cabo de algunos minutos la solicitud se transformó en orden. Pero ni el capitán ni los refugiados dieron señal alguna. Los oficiales, impuestos de la resistencia que los enfrentaba, descendieron.

Comenzó a oscurecer. Esa noche los soldados ingleses apostados en el Santos contemplaron cómo se recogía la torturada multitud, con orden y disciplina. Todos los espacios cubiertos eran útiles, incluso los inverosímiles. Brotó una canción; se sumaron otras voces. La nostalgia por Sión se elevó en moduladas volutas como la mano de un ángel, aproximándose a Haifa, a la que tocó suavemente, como una caricia.

A la mañana siguiente el capitán del Santos recibió una orden de las autoridades británicas. Era perentoria. Debía abandonar Palestina en el término de una hora y media.

Consternación general.

¿Se puede arrojar al mar abierto semejante barquichuelo?

La decisión era irrefragable y de nada valieron razones, súplicas ni amenazas.

La población de Haifa reunió provisiones. Algunos botes las llevaron hasta el Santos. En una hora emprendió la partida. Sus motores rugieron tristes y su desplazamiento parecía más lento y pesado. Las lágrimas corrían sin freno. El agua salada de los ojos se confundía con el agua salada del mar quebrando el universo en resplandores inverosímiles. Desde sus puestos en Haifa las autoridades controlaron la buena marcha de la operación. Una media luna de patrulleros escoltó la vieja nave hasta el mar abierto.

Los judíos de Haifa contemplaron con los puños crispados la expulsión del Santos. Su nombre engrosaba ya la lista de aquellas embarcaciones heroicas, casi siempre pequeñas y desvencijadas, que transportaron judíos a su tierra, contra peligros ciertos o inciertos, como el Veto; el Colorado, el Atrato, el Libertad., el Hilda, Era un nuevo capítulo de la lucha del pueblo judío por su supervivencia.

Los peligros del mar se cernieron nuevamente sobre ese viejo cajón flotante lleno de miserables en un horizonte desprovisto de esperanzas.

Ingrid Beickert cerró la carpeta.

Freytag alzó la tetera y llenó las tazas. Luego añadió un breve chorro de leche. Sorbimos en silencio. Al rato, para alejarnos de esa historia agobiante, pregunté:

- ¿Por qué usted no lleva el apellido de su esposo, Rehman?

- Beickert es el seudónimo que utilicé en mi actividad clandestina, luego que Franz fue descubierto y ejecutado: durante algunos años él había podido continuar trabajando eficazmente en la resistencia, fraguó millares de documentos y mantuvo enlaces con otros focos rebeldes; su afiliación al Partido y su actuación destacada en medicina, le sirvieron de escudo. Pero terminó como la mayoría de aquellos que se opusieron activamente al régimen. Cuando lo capturaron, mi situación se tomó desesperada. Un amigo de Franz fue a buscarme y me trajo a Friburgo. Me escondió en casa de su familia y me entregó documentación falsa, a nombre de Ingrid Beickert. Para los demás, la señora Rehman, que había desaparecido de Berlín, falleció en un accidente sobre el Rhin, donde se desbarrancó su auto. Con una inmensa pena inicié la nueva vida. Como Ingrid Beickert mis cabellos adquirieron distinto color y peinado, las cejas estuvieron más depiladas y me rodeó una historia personal de solterona irascible. A los pocos meses canalicé mis deseos de venganza en una furiosa actividad clandestina. Me dediqué de lleno a la evacuación de judíos. Mi instalación en Friburgo, a sólo 60 kilómetros de la frontera suiza, resultaba ideal. Pero Suiza, “el baluarte de la democracia”, también entornó sus puertas para con los judíos y al poco tiempo acabó por cerrarlas. Sin embargo, la evacuación continuó. Mantuve estrecho contacto con pequeñas células de la resistencia. Casi todas fueron descubiertas y sus integrantes liquidados en el acto o en campos de exterminio. Yo misma no sé a qué gracia especial del cielo debo mi supervivencia: en más de una ocasión pensé que no vería la luz de la mañana siguiente. Cuando las tropas aliadas y especialmente las francesas penetraron en este sector, creí que llegaba a su fin una pesadilla. Pero no fue así: el vértigo final de ese horrendo sueño, mi lanzamiento desesperado al vacío, lo experimenté cuando al balance de judíos evacuados pude restar el de judíos asesinados. Una fatiga inmensa abatió mi espíritu: todo mi esfuerzo parecía grotescamente nimio; los judíos salvados por mi intermedio no se podían comparar siquiera a un puñado de arena en relación con la amplitud de una playa; hasta los sobrevivientes de los campos de muerte eran más numerosos. Ahora, ya lejos en el tiempo, puedo analizar con objetividad aquellos años. Es evidente que mi desafío diario a la brutalidad nazi me arrancó de la desesperación, me hizo olvidar mi propia desgracia y me brindó una razón para seguir viviendo.

- Ingrid -- intervino el silesiano --, por pequeña que sea la cifra de seres rescatados gracias a la acción de tu marido primero y luego por la acción doblemente eficaz tuya, en términos absolutos, suman centenares de vidas. Cada vida es sagrada y una sola de ellas, justifica tus esfuerzos. En Israel te han recibido como una heroína... ¡Ya sé que tu modestia es impermeable a los halagos! Cuánto hubiese ganado nuestra Alemania si por lo menos mil mujeres hubieran actuado igual que tú.

- Siempre exageras, Rolf.

- Esa es tu invariable réplica...

- A invariables magnificaciones.

- Bien, bien. ¿Por qué no concluyes la historia de ese triste barco que abandonaste en alta mar, con Myriam adentro - vació su taza y la dejó en una esquina de la mesita.

Ingrid abrió otra vez la carpeta y dejó correr casi la mitad de las hojas bajo su pulgar. Me contempló un instante, como para evaluar el interés que ese asunto me despertaba y retomó el hilo de su narración, leyendo casi todo el tiempo.

Los puertos del mundo se habían cerrado para los judíos. Otros barquichuelos, igual que el Santos, vagaban también por el mar esperando que la cuenta de noches y días iguales trajeran alguna solución.

La leyenda del barco fantasma adquirió actualidad en muchos puntos del Mediterráneo; viejas naves se desplazaban sin rumbo. Y la guerra mundial recién empezaba.

El Santos se dirigió nuevamente hacia Turquía para reabastecerse. Enfiló hacia el mismo pueblo de pescadores que meses atrás le había brindado una cordial hospitalidad. Tras la primera euforia manifestada por los habitantes de ese pintoresco pueblecito, la policía solicitó nuevas instrucciones y recibió la sorprendente orden de expulsar al Santos. Con disgusto, la autoridad local exigió que se cumpliera esa brutal disposición. Los lugareños trajeron al Santos pescados, aceitunas, quesos y mariscos. Los motores del barco añoso se pusieron otra vez en movimiento.

La radio propaló noticias que parecieron abrir una esperanza: el gobierno búlgaro había auxiliado a embarcaciones con refugiados judíos. El capitán fijó el nuevo rumbo: atravesar el mar de Mármara y penetrar en el mar Negro, hasta alcanzar un puerto de ese país. Allí podrían restablecer contacto con agentes sionistas y buscar otra vía para entrar en Palestina. Pero la actitud del gobierno búlgaro agrió las expectativas. En el primer puerto recibieron la terminante orden de abandonar sus aguas territoriales. No se permitió que ningún judío pisara tierra firme. Muchos no quisieron creer y discutieron la posibilidad de un error, La única ayuda que recibieron provino de los judíos búlgaros, quienes acudieron en botes llevando ropas y alimentos. La policía marítima fue inexorable y exigió la partida

inmediata. El capitán manifestó que se había descompuesto el motor y necesitaba uno o dos días para repararlo. La treta pretendía ganar tiempo, facilitar la llegada de más provisiones y conseguir -- ¡Dios lo quisiera! -- el ansiado contacto. Pero una hora más tarde llegó un remolcador y el Santos fue arrastrado hacia el mar como una bestia pesada y malherida.

Otra vez solo en la inmensidad de las aguas, enfiló hacia el Bósforo. La policía turca prometió suministrarle agua en Estambul. Un remolcador condujo al Santos hasta el muelle, escoltado por dos lanchas patrulleras. Oscurecía y la ciudad parecía una joya encendida. El Santos descansó bajo la protección de numerosos guardias. Pero con la sanguaza de la aurora siguiente, antes que despertara la población, llegó la orden de zarpar. No se pudo discutir, porque otro remolcador empezó a zangolotear al barco, arrancándolo de la dársena. El agua potable se cargó estando en marcha, acompañados por el bote-tanque.

El Santos penetró nuevamente en el Mediterráneo y se aproximó al mar Egeo. Deambuló por entre sus incontables islas, embotado en el tiempo y perdido en el rumbo.

Isaac Ben Aarón y sus compañeros se afanaban por mantener al moral. Realizaban nuevos actos, inventaban tareas, armaban y desarmaban cajas, rotaban los trabajos, enseñaban canciones. Pero no bastaba todo ello, ni el orden, ni la buena voluntad, para impedir que el hacinamiento empezara a revelar sus consecuencias. La enfermedad y el hedor crecían en forma alarmante. No, había medicamentos y las provisiones se agotaban.

El Santos se aproximó a una isla. Una lancha con bandera griega ofreció conducirlo hacia una bahía, en Siros. Los judíos contemplaban las ondulaciones de las montañas y el oro de la arena que sus pies no podían tocar.

La alegría que antes tuvieron ante la proximidad de los puertos se trocó en la angustia que presiente nuevos golpes.

Siros parecía haberse enterado con antelación de la llegada del Santos porque una gran cantidad de personas se apiñó para contemplar su lenta entrada. Cuando el barco ancló junto al muelle, los griegos prorrumpieron en gritos, agitando sus manos. Esto parecía incomprensible. Pero pronto los judíos sintieron que un nudo los estrangulaba. ¡Se produjo el milagro!

Estas buenas gentes, enteradas de las penurias que padecía el Santos, resolvieron acogerlo por su cuenta y riesgo. El municipio de Siros declaró huéspedes a los refugiados del barco, fantasma. Temblaron las rodillas cuando descendieron a tierra firme. Giraba el piso al no sentir el balanceo eterno del mar. Los niños empezaron a corretear por el muelle, enloquecidos con la súbita dilatación del espacio. Les ofrecieron botes para ir hasta las cercanas playas de la isla. Los enfermos fueron trasladados al hospital y algunas madres con sus niños alojadas en casa

de familia. Pero la mayor parte continuó habitando en el Santos, con el fin de no perturbar la vida de La ciudad.

Permanecieron en Siros varias semanas. ¡Esas eran vacaciones! La buena alimentación y les caminatas les devolvieron salud y algo de optimismo.

Ben Aarón y sus camaradas establecieron contacto con Atenas y originaron una movilización de la Agencia Judía de Jerusalén. Al cabo de una larga espera recibieron un cable: el Santos era seguido atentamente por todos los consulados británicos del Mediterráneo, que conocían sus movimientos, rodeos, marchas y contramarchas. Era imposible aproximarse a Palestina sin el conocimiento de las autoridades mandatarias. Convenía que permanecieran en Siros, aunque más no fuera para proveerse de la templanza que exigiría un nuevo choque con los ingleses. Semanas después llegó un joven palestino para transmitir personalmente las instrucciones. Conformaban un ingenioso y audaz operativo.

El Santos se aprestó a zarpar. Los griegos trajeron regalos y entonaron canciones de despedida. La amistad que desarrollaron con sus huéspedes, merecía perdurar. Los comerciantes cerraron sus negocios y los pescadores colgaron sus redes para acudir al puerto. El Santos puso en marcha sus máquinas e hizo sonar la sirena. Decenas de sirenas le respondieron alborotando al mar, al pueblo y aun a las montañas. Manos y voces saludaban desde balcones florecidos, cornisas, techos, entre la ropa tendida, trepados en mástiles, corriendo.

Un hombre se dirigió a la central de telégrafos. Miraba su reloj y analizaba las palabras que utilizaría para cifrar el mensaje. Tenía que cumplir su deber, con la eficacia y disciplina del buen funcionario británico.

El barco navegó por la superficie azul del Egeo esquivando Sus numerosas islas. Luego de avistar Creta, el Santos se internó en el mar abierto, alejándose de todas las costas, para burlar el control.

Al cabo de un par de jornadas los dirigentes sionistas llamaron a una asamblea general. Informó el palestino que se les reunió en Siros. Era un joven lleno de pecas. Tenía una garganta poderosa y sus cabellos flotaban en el revoltijo de la brisa. Calculaba que esa tarde se produciría un encuentro en alta mar con otro viejo barco fletado por la Agencia Judía, al cual trasbordarían todos los pasajeros. El Santos, harto conocido por los ingleses, seguiría concentrando su atención y se aproximaría a Tel Aviv. Los refugiados aprovecharían esa diversión para desembarcar al norte de Haifa, con su nueva embarcación de bandera uruguaya cuyo aparente destino era el Líbano. Ese plan contenía grandes riesgos, empezando por el trasbordo a realizarse en medio del mar.

Los refugiados respondieron a las palabras graves y pesimistas del joven dirigente, con un entusiasmo feroz. ¡Palestina! ¡Palestina! No existían

peligros para esa gente condenada a errar por los mares. Su sensibilidad se había calcificado. ¡Palestina o muerte!

El capitán empuñó la botella de whisky y roció abundantemente sus fauces. Luego mordió su pipa y la chupó con rabia. ¿Qué diría a los ingleses cuando lo capturen con el barco vacío, cerca de Tel Aviv? ¿Que viene a buscar emigrantes en vez de traer refugiados? ¿O que pretende utilizar ese cacharro para el salvamento de naves de guerra?

La asamblea fue disuelta luego de impartirse instrucciones. Cada uno se dirigió a su rincón para empacar miserables pertenencias. Las comisiones de trabajo reanudaron sus tareas. A media tarde alguien profirió el esperado anuncio. En lontananza emergió un punto oscuro. Al cabo de un rato la silueta del barco se distinguió claramente. Por el altavoz Ben Aarón repitió las instrucciones.

Ambas naves aproximaron sus hordas. Los marineros arrojaron cabos y fijaron amarras. Se tendieron tablonces de madera de cubierta a cubierta. Existía un franco desnivel y el trasbordo no parecía seguro, a pesar de la relativa estabilidad que ofrecía, el mar apacible.

Primero debían pasar las mujeres y los ancianos por los precarios puentes tendidos entre las embarcaciones que no cesaban de balancearse. Los marineros controlaban las amarras y vigilaban la posición de los tablonces.

Ben Aarón volvió para ayudar al siguiente: Luisa Meiersohn con su hijita.

- ¡Vamos!... dijo, aferrándole la muñeca.

- Tengo miedo -- balbuceó.

- ¡Vamos! -- insistió él --. Yo la sostendré.

El rostro de Luisa estaba contraído y sus rodillas temblaban. Subió hasta la borda y empezó a caminar sobre los maderos. El movimiento parecía descomunal. Miró hacia abajo y sintió que sus vísceras subían a la boca. Apretó a la criatura.

Ben Aarón, casi levantándola, cubrió en un segundo la distancia y depositó sobre cubierta.

- Me siento mal -- balbuceó ella--. No podré aguantarlo. Ya es demasiado para mí. Perdóneme... no tengo fuerzas para seguir.

- Ahora está en el barco que la llevará a Palestina. ¿Comprende? ¡A Palestina! Allí sus hijos la aguardan.

Meneó la cabeza. Ben Aarón quería encontrar alguna palabra eficaz que inyectara ánimo; tenía que dejarla para seguir ayudando a los que esperaban en el Santos.

- Quiero pedirle algo -- imploró cuchicheando, temblorosa -- Quiero pedirle...

Ben Aarón, con disgusto, se inclinó otra vez.

- Si yo muero ¿qué será de Myriam?

- Usted no morirá -- gruñó.

- Si yo muero... usted cuidará de Myriam.

- Descanse, por favor, descanse. No es ocasión para testamentos.

Los ojos de Luisa estaban nublados de lágrimas.

- Júreme... júreme.

Ben Aarón, tocando en el hombro a las dos mujeres que acudieron, ordenó:

- Llénenla con la criatura a una cabina y asístanla.

De un salto alcanzó la borda y cruzó al Santos. En menos de una hora la operación estuvo concluida. Se recogieron los tablones. Se aflojaron las amarras. Lentamente, los barcos empezaron a separarse. El horizonte permanecía libre de intrusos.

El capitán del abnegado Santos contempló desde su cabina a los trescientos refugiados ahora comprimidos en la otra embarcación. La mayor parte aún permanecía en cubierta porque no logró encontrar lugar. Apretó con su diestra el cuello de la botella de whisky, mientras con su izquierda sostenía la vieja pipa. De repente se la secó de la boca y restregó violentamente con el dorso de su mano velluda los espesos bigotes humedecidos por una vergonzosa lágrima.

- 5 -

El Cerro, de 83 toneladas y ligeramente más pequeño que el Santos, tenía la ventaja de ser un buque de carga y no de salvamento. Por ende, las máquinas no reducían el espacio. Poseía tres cabinas, algo más altas que un hombre erguido y en cada una de ellas -- galpones pringosos -- se alojaron alrededor de 100 personas. La luz y el aire penetraban por un extremo, llámese puerta o escotilla, que daba al puente. El hedor, por momentos, era insoportable. Las cuchetas estaban construidas precariamente, con tablones. Cada una no tenía más de 1,60 metros de largo y 70 centímetros de ancho. Se las alineó encimadas de a tres, de la misma forma en todas partes.

Los marineros y algunos refugiados preferían dormir en el puente, a la intemperie, donde el frío se compensaba con el buen aire.

Del mástil flameaba la bandera uruguaya. Muchos ojos se extasiaron contemplándola durante las largas horas de ocio. Resultaba curiosa esa

bandera, con el sol en un ángulo y las franjas celestes y blancas. Eran los colores de un pequeño país latinoamericano que se dignaba protegerlos del poder de un gigantesco Imperio. Extraño. Nadie, en todo el barco, ni siquiera el mismo barco, conocía Uruguay. Sin embargo su bandera estaba allí, flameando, cobijándolos. Tenía los mismos colores que veían desde hacia largos meses: el mar, las nubes y el sol. Todas esas franjas celestes y blancas parecían anunciar la bandera que los recibiría en Palestina. Pero esa idea parecía una cruel ilusión y la gente se restregaba los ojos para ahuyentarla. La bandera de Palestina aún no tenía das franjas celestes sobre fondo blanco, con la estrella de David en su centro. Allí tremolaba desafiante la enseña del poder británico, con sus trazos rojos entrecruzados, como fusiles y espadas que cierran el camino.

El bauprés del Cerro apuntó hacia Tierra Santa.

Ben Aarón buscó a Luisa Meiersohn. Penetró en la cámara atestada de refugiados. El movimiento y el ruido parecían amplificarse por las voces y desplazamientos de quienes intentaban acomodarse, sentarse, recostarse o encontrar a un familiar. Se abrió paso con los codos. La encontró tendida en su cucheta, con el bebé apoyado sobre su brazo izquierdo. Parecía dormir.

Puso su mano curtida sobre la pálida frente. Ella abrió los ojos. Parpadeó. El hombre se sentó en el suelo, a su lado. No la dejó hablar Prefirió contarle sus propias angustias.

Luisa lo escuchó a medias, obnubilada por el agotamiento; pero la presencia de ese hombre robusto y endurecido que le brindaba afecto, la reconfortó.

Al cabo de unos días fue anunciada la proximidad del desembarco. Extendida la noche, el Cerro se aproximó a la costa. La oscuridad era compacta y, por ende, favorable. Pero los ingleses habían colocado minas en las aguas territoriales. El capitán detuvo la marcha. Desde tierra llegó una señal. Parecía muy lejana. Convenía aproximarse aún. Pero el capitán se negó. Aguardaron en silencio

La señal brilló a intervalos regulares, indicando el camino. Los marineros hicieron rodar las pesadas cadenas. Las órdenes se repitieron de boca en boca. Cada uno debía permanecer en su sitio. Por bote bajarían diez personas: eran 30 grupos.

Descendieron el primero. Se apiñó en él la vanguardia. Empuñaron los remos y se alejaron saltando sobre las crestas del agua. La sangre golpeaba en el pecho y en las sienes. La luz intermitente no cesaba. Al rato aparecieron varios botes: eran muchachos judíos palestinos que recibieron al primer grupo y venían en auxilio de los refugiados.

La gente descendió al mar. Grupo dos, grupo tres, grupo cuatro... grupo diez. Luisa afirma sus pies y sus rodillas en los travesaños de la lancha.

Con ambos brazos rodeó totalmente a Myriam para darle calor y protegerla del viento húmedo. El movimiento del bote era espantoso: parecía inminente un vuelco. Los remos golpearon el lomo de las olas, hundiéndose en su piel espumosa. Desde abajo, la figura del desvencijado Cerro parecía gigantesca.

Pasaron los minutos. La distancia disminuía con lentitud exasperante. La luz continuaba indicando el rumbo.

¿Sería posible? ¿Desembarcarían realmente en Palestina? ¿No fueron vanos tantos sacrificios?

A varios metros de la playa, los muchachos que trabajaban en la operación los alcanzaron con el agua a la cintura. Ayudaron a las mujeres, cargaron los niños, vaciaron los botes y los enviaron nuevamente hacia el viejo barco anclado para traer a los restantes.

Pisaron la playa. Abrazos, palabras de aliento, mantas para envolverse, saludos en hebreo. Creían estar soñando: la tierra de sus ancestros, el suelo de la redención. Formaron una fila y se pusieron en marcha. No sobraba el tiempo: era necesario llegar al camino donde aguardaban los camiones para transportarlos a las colonias.

Súbitamente una luz hiriente se clavó en los ojos. Un hemicírculo de reflectores los había encerrado. ¡Fueron descubiertos!... Buscaron la inhallable grieta en el cerco luminoso.

Llegaban los últimos botes. Que descarguen, no importa. ¡Estaban en Palestina! No los podían echar al mar. ¡Les será difícil esta vez a los ingleses!

Los soldados se aproximaron con las armas en ristre; los obligaron a agruparse, a estrecharse. Los que intentaron escapar fueron arrastrados otra vez a su sitio. La luz de los reflectores se derramaba con la intensidad del día.

Al cabo de una espera prolongada los británicos ordenaron avanzar. Caminaron por las dunas de talco, tiritando de frío y con las ropas mojadas. Los rubios soldados, de rostro joven e inexpresivo, quizá disgustados por esa ingrata tarea nocturna, apuntaban siempre. Los cañones de sus armas enfilaban hacia una mujer encinta o hacia un barbado viejo o un luchador de la Haganá. Todos eran delincuentes.

Se oyó un ruido sordo; del fondo oscuro surgieron varios camiones militares. Fueron obligados a subir. Partieron hacia Haifa.

En la hermosa ciudad empezó a clarear. La fila de camiones penetró en las calles pavimentadas y zigzagueó por la serpentina azul que conducía a la parte baja, junto al puerto. Se detuvieron uno detrás del otro. Los soldados abrieron las puertas y ordenaron descender. Todo estaba cerrado, cercado y vigilado. No existía la menor posibilidad de huida.

Los ingleses obraron con rapidez para desembarazarse de estos inmigrantes ilegales antes que despertara la ciudad, desencadenándose una ola de protestas y reacciones. Llegaron más soldados. Todos portaban armas. Resultaba sorprendente que necesitaran semejante ejército para dominar a estos infelices. Pero las autoridades calculaban bien.

- ¡Tengo a mis hijos aquí! ¡Quiero reunirme con ellos! -- exclamó enronquecidamente Luisa Meiersohn.

Los soldados empujaban hacia el muelle. Aumentaron las protestas. Se levantaban y agitaban puños. Y los soldados imperturbablemente, siguieron forcejeando, ayudándose con las armas.

El altavoz pidió silencio:

- La autoridad mandataria no desea lamentar víctimas. Exige que se mantenga el orden. Los inmigrantes no tienen documentos ni certificados de vacuna que les permitan ingresar al país. Es necesario que aguarden las decisiones que se tomarán sobre su situación. Provisoriamente deberán embarcarse en el Patria, para ser desinfectados.

La resistencia fue vana. Al cabo de algunas horas todos subieron al enorme barco inglés, donde el Santos y el Cerro cabían juntos varias veces. Allí encontraron a otros judíos, todos inmigrantes que Gran Bretaña consideraba ilegales; habían llegado en las mismas condiciones precarias, huyendo de la ira de la naturaleza y de los hombres. Estaban los navegantes del Milos y del Pacific. Sus penurias no fueron menores que las sufridas por los del Cerro. Desde hacía varios días aguardaban las decisiones del gobierno.

Cada uno podía disponer de una cama donde extenderse con holgura. ¡El colmo del confort! Pero las raciones eran escasas: un cuarto de pan, una naranja, un turrón y café. Los policías estaban apostados en todas partes. No permitían que se subiera a cubierta sino a determinadas horas y vigilaban la escalera de acceso durante el día y la noche.

Rodaba el tiempo. En el Patria había muchísima gente. Parte tenía parientes en tierra. Algunos se aproximaron en las lanchas que traían carbón, trabajando como obreros, pero la policía interceptó los contactos. Los refugiados que intentaron pasar mensajes fueron repelidos a golpes de fusil.

Corrió la noticia de que serían exiliados a un lejano territorio, posiblemente Australia. El sobresalto se irradió a todas las cabinas. Cuando pudieron salir a cubierta, empezaron a cantar. Luego a gritar: "No queremos ir a Australia. ¡Esta es nuestra patria! ¡Libertad, Libertad!". La vocinglería estremeció al puerto. Los soldados los encerraron a empujones. Pero al día siguiente cuando efectuaron el recuento, faltaban ya varias personas. Desde entonces empezó a navegar alrededor del barco una lancha permanentemente, para evitar las fugas a nado.

Las embarcaciones que traían carbón, desafiando a la policía, anunciaron: ¡Animo! ¡Hay una huelga general en todo el país que los apoya! ¡Entrarán en Palestina!

- 6 -

Los rumores se confirmaron. El Patria, con 1.600 refugiados judíos partiría hacia la lejana isla Mauricio, vecina a Madagascar. Los ingleses confirmaron que su número, a pesar de la estricta vigilancia, disminuía a un promedio de veinte personas diarias. La desesperación por permanecer en Palestina produjo actos suicidas: gente que no sabía nadar se arrojaba al mar en salvavidas. Muchos fueron descubiertos y apresados.

El lunes 25 de noviembre se efectuó el trasbordo al Patria de los refugiados que habían arribado en el Atlantic. Su capacidad se colmó.

A las nueve bramaron las máquinas. Un alambre oprimió la garganta de los refugiados: partían hacia el ostracismo. Los ingleses aplicaban una cirugía cruenta a la inmigración judía, decididos a amputarla de raíz.

Una parte de los pasajeros debía subir al puente: era la hora de la limpieza. Fue quizá un gesto misericordioso: dejarlos contemplar Haifa por última vez. En cubierta, por la mente de esos judíos cruzó la intención de arrojarse al mar en forma colectiva. Algunos rezaban moviendo rápidamente sus labios: pedían un milagro. Tenía que ocurrir. “¡Dios, no nos abandones!” Un estruendo terrible sacudió a la nave, como el estampido de un cañón. La consternación fue total. Soldados que corrían. Ordenes. Sirenas. ¡A bajar todos! ¡Alarma! ¡Ataque aéreo!”. Pánico. La gente se precipitó sin rumbo, aturdida.

Varios judíos aprovecharon el desorden para arrojarse al mar desde cubierta, a 15 metros de altura. Los soldados apuntaban sus fusiles para detenerlos, otros comprimían a la multitud hacia abajo.

El buque comenzó a escorar. Se tardó algunos minutos en comprender lo que ocurría. Los ingleses desconocían a los inmigrantes: en sus cálculos no figuraba la decisión de ‘permanecer en Tierra Santa, incluso a costa de volcar el barco. Las órdenes se contradecían. La gente empujaba en los pasillos, subía y bajaba por las escaleras, se atropellaba. En cubierta algunos se tomaban de la mano, tratando de sostenerse, mientras hacían esfuerzos para montar hacia el flanco izquierdo porque el derecho se hundía.

El Patria se inclinó rápidamente. Empezó a entrar agua en las cabinas. Los pasajeros corrieron despavoridos, tratando de ganarle al mar que ingresaba estruendosamente, llenando los camarotes. Algunos se desplomaron desvanecidos por los golpes que recibían en sus cabezas al caer toda suerte de objetos: cajas, bolsos, puertas, mástiles, salvavidas.

Los policías continuaban sosteniéndose con una mano y amenazaban con el fusil, empuñado por la otra, a quienes pretendieran arrojarse al mar. Pero al rato comprendieron la gravedad y buscaron ponerse a salvo ellos mismos.

En medio de esa confusión Ben Aarón arrastró a Luisa Meiersohn hacia cubierta. El barco zozobraba. El judío se aferró de una cuerda, tomó a la niña en un brazo y ordenó a la mujer que lo siguiera por la peligrosa pendiente.

Acudieron lanchas británicas en auxilio. Ben Aarón, tanteando con sus pies descalzos, empezó a descender por el flanco de la nave. Su inclinación había traído a la superficie la quilla cubierta de algas y moluscos.

El mar parecía acribillado por los proyectiles que se desprendían de la nave: lifts, maletas, cuerdas, tablas, mesas y seres humanos. Algunos flotaban y otros se hundían.

Las lanchas circulaban enloquecidamente recogiendo sobrevivientes. Los botes no podían avanzar porque manos desesperadas emergían del agua para colgarse de los remos, en pocos minutos la superficie estaba densamente poblada de brazos, piernas y cabezas que se empujaban desordenadamente.

El Patria se tumbó. Sobre la quilla se treparon varios hombres que luego trataron de izar a otros.

Ben Aarón continuó descendiendo agarrado de la cuerda y seguido por Luisa. Pero tras ellos venían dos, tres, diez más. Sus plantas empezaron a resbalar por la capa de moluscos adheridos al casco. Con su brazo izquierdo sostenía a Myriam.

La soga no pudo resistir a tantos y se cortó. Los gritos se perdieron en medio de la vocinglería espantosa que estremecía a toda Haifa.

Rodaron por la oblicua superficie. Una lancha se aproximó rápidamente. Ben Aarón pudo saltar hasta muy cerca, sus pies se hundieron en el agua. Pero una mano firme apretó la suya lo mantuvo a flote. Jadeante, ofreció la criatura a un marinero y trepó a la lancha, ya repleta. Buscó a Luisa que se debatía en el agua. La lancha giró, pero con tanta mala suerte que la hélice alcanzó su cuerpo. Ella profirió un aullido espantoso y quedó destrozada. Ben Aarón se crispó de horror. Brotó un disco de sangre. El cuerpo deshecho se empezó a hundir.

Avanzaron hacia la costa en medio de los gritos de la gente que se ahogaba, aferrada a maderos, braceando.

Los heridos fueron puestos en camillas y trasladados a los hospitales. El resto, escoltado por la policía, fue llevado a uno de los depósitos portuarios. El llanto rebotaba en las concavidades del galpón.

Ben Aarón, pálido aún, sostenía a la pequeña Myriam.

El Patria fue derrotado por la decisión judía de permanecer en Palestina, Allí quedó, combado, abatido. Con él perecieron más de 200 personas, heridas o ahogadas. Pero el gobierno mandatario no se inclinó ante esa fuerza imponderable. El 5 de diciembre de 1940 publicó un comunicado oficial:

“Frente al hundimiento del buque Patria, por causas aún no establecidas y que serán investigadas por una comisión especial, el Gobierno de su Majestad resolvió, como gracia especial y en consideración a las circunstancias y, particularmente, a los horrores sufridos por los salvados, no hacer efectiva la resolución de trasladar a esos hombres a una colonia británica. En consecuencia, se les permitirá quedarse en el país, en conformidad a la ley vigente, descontándose su número de la próxima cuota de inmigración”.

“No habrá cambio alguno, respecto a otros inmigrantes ilegales ni respecto a la decisión de las autoridades de deportarlos allende el mar, cuando se disponga de buque para tal objeto”.

Isaac Ben Aarón abrazó a su esposa, que acudió a recibirlo. Con una titubeante sonrisa le presentó el bulto blanco. Ella lo recogió con asombro. Cruzaron sus miradas luego de fijarlas tiernamente en la criatura.

Se habían enriquecido. Desde ese momento tenían una hija.

- 7 -

Ingrid Beickert depositó su carpeta sobre la masita, entre las tazas de té,

- Myriam no conoció otros padres Era justo que gustara llamarse también Ben Aarón, máxime si creció como una joven judía de Palestina. Yo, por ejemplo, no podría volver a llamarme Rehman. Cuando terminó la guerra, quise retornar a mi vida anterior y reinicié mis actividades filológicas: llevé a la redacción de un diario una colaboración. Con sorpresa, al día siguiente vi que el director había decidido publicarla bajo el nombre de Ingrid Beickert. Protesté, alegando que ya no existían razones para utilizar un seudónimo. Pero el director sostuvo que en mi caso, Beickert era mi apellido, que se habla fundido con mi persona, con mi historia, con mi modesta celebridad. En el caso de Myriam y de millares de judíos, existe

aún otra razón: retomar el hilo de su pasado en Tierra Santa, establecer una continuidad con los antiguos hebreos, eliminar apellidos que recuerden la Diáspora. El alemán Meiersohn tuvo que retraerse ante la legitimidad judía de Ben Aarón.

- ¿Qué ocurrió con los hermanos de Myriam?

- Murieron después, en la guerra que llevó a la independencia de Israel.

Por el amplio ventanal ya no penetraba la luz. Y las frases se llenaron de pereza. Mi asiento me sostenía rendido. En la penumbra, cubierto con una funda bordada, dormía el piano en el que Georg Kestler interpretó a Beethoven, arrancándole un prodigioso torrente de sonidos.

Freytag se levantó, por fin. Lo imité. Al incorporarme tropecé nuevamente con el buda negro, brillante, silente. Su presencia coincidía con mi incordio. El viento me había prevenido; también el cuchillo amenazante de Nahhás: la reunión con estos alemanes sólo sirve para avivar heridas, O más dramático aun: quebrar mi andamiaje ideológico. Se estaba perfilando una alternativa atroz: o mi información era insuficiente o mi andamiaje en gran parte falso.

Conversando sobre asuntos fútiles -- que no proporcionaron sosiego a mi cabeza -- atravesamos el corredor. Ingrid me ofreció sus mejillas. Al girar el picaporte, el viento se coló con un bramido helado.

- Espero volver a verlo -- me dijo entre las ráfagas, sosteniendo la puerta.

- Ha sido una tarde ilustrativa.

- ¿No grata? -- Freytag rodeó afectuosamente mi hombro.

- He hablado demasiado -- dijo ella.

- ¿Cómo? -- no oyó Freytag, a causa del viento.

- Que he hablado mucho. Cualquiera hubiera reventado de fastidio.

- ¡Los primeros días de Myriam y Myriam misma valen esa historia! -- exclamó Freytag y, mirándome, agregó --: ¿no es así?

Ingrid cerró la puerta. La Eisenbahnstrasse era barrida por la impetuosa correntada de aire gélido. Me enfundé en el abrigo y envolví mi cuello con la bufanda. Freytag me acompañó unos metros. Al despedirnos, cambiamos pocas frases.

- ¿Aún piensa que los ingleses ayudaron a los judíos?

- Han hecho su juego.

- He reflexionado sobre algunas palabras tuyas -- me hablaba de frente; el aire se empeñaba en empujarlo, pero él era sólido como una columna --. A pesar de su situación personal, evidentemente privilegiada, se empeña en

continuar manteniendo su status de refugiado. Ahora pienso que tiene razón.

Me puse en guardia.

- Usted y muy pocos como usted -- añadió --, tienen la posibilidad de ver el problema desde otros ángulos. Podría arrojar una cuerda a sus hermanos para salir del pozo. Un pozo lleno de mitificaciones, maniqueísmo, odio estéril y frustrante. No debe abandonarlos, renunciando a su condición de refugiado, porque no confiarían en su ayuda. Y su ayuda podría llegar a ser incalculable.

Freytag no me dio tiempo para responder. Estrechó mi mano, palmeó mis hombros y se alejó a grandes zancadas. Lo deglutí la noche.

6 - El Vértigo de Amor Hace Girar las Esferas

- 1 -

En un corredor de la Clínica, Braüer me detuvo. Metió su mano regordeta en el bolsillo del delantal, costándole apresar algo. Su cabeza inflada y rubicunda se contraía ante la frustración de la búsqueda. Al fin pudo extraer una libretita. Resopló satisfecho. -

- ¿Quiere participar en el *Fasching*?¹⁰ -- mojó un dedo en la lengua y empezó a dar vuelta las hojas del anotador.

- ¿Cuándo?

- Pasado mañana. Venga. Purga el espíritu, le hará bien -- ya me estaba anotando. Su papada se estremecía al ritmo de la lapicera: el espíritu también tiene intestino, hay que hacerlo evacuar.

- Me tomaré la purga.

- Son diez marcos -- extendió su mano, imperativamente. Cuando recibió mi billete, lo hundió junto con la libretita en su bolsillo; el delantal se tensó sobre su abdomen redondo --. ¿Conoce el hotel Furst? Allí, a las ocho de la tarde. Vaya disfrazado.

Se alejó por el centro del pasillo. Sus manos rosadas, feas, adquirirían agilidad y precisión en el quirófano. Su cerebro fijado a los placeres del estómago y el testículo razonaba correctamente en los laberintos de la enfermedad; pero no cedía ante las advertencias de la mesura, altamente perjudiciales para su dicha. ¿Invitaría al profesor Günther? ¿Descubriría alguna coartada para invitar también a Myriam, que despertó su codicia?

No tomé en serio lo del disfraz, me pareció demodé o pueril. Pero coincidía con Braüer sobre mi necesidad de higiene Interior. Las cordiales -- dolorosamente cordiales -- reuniones en casa de Ingrid, Beickert me habían revuelto afectos e ideas. El sueño sobre Modiha había sido premonitorio: empezó con la alegría de mi boda, allá en Jordania, y terminó con la anarquía de los extemporáneos copos de nieve señalados por el rabioso cuchillo de Nahhás. Lo recordaba con excesiva claridad.

En una tranquila calle del sector antiguo se alzaba el viejo hotel Furst. Me crucé con algunos disfrazados que corrían cantando hacia otros sitios de fiesta. En esos días ya habían empezado a abundar, creando un nuevo clima con su ropaje desusado y la algarabía de sus estribillos. Jóvenes y viejos participaban simultáneamente. En el hotel, un camarero me hizo pasar a un pequeño recinto donde vibraba la música. Era un cuarto lateral,

¹⁰ Fasching: carnaval.

casi independiente, al que alumbraba una lámpara rojiza. Reconocí a dos médicos jóvenes de la Clínica, uno vestido de Robin Hood y el otro de pirata.

- ¡Pero te has venido con ropa de calle!... -- reprocharon al unísono.

- No me imaginaba esto.

- Bueno, no importa. Entra al salón. Por aquí.

Señalaron una mesa, sobre la cual caía una pesada cortina. La mesa hacía de puerta. Tuve que agacharme y gatear como un niño para cruzar al otro lado. Mientras me arrastraba, con las rodillas aún en el vestíbulo, un puntapié en el trasero me lanzó al interior del espacioso salón, discretamente iluminado.

Me recibió un estruendo de carcajadas. Algunos aplaudieron. Por lo visto, todos entraban de la misma forma.

Me incorporé sacudiéndome el polvo. Miré la profusa decoración que cubría techos y paredes. Alternaban máscaras, estrellas y serpentinas. Numerosos almohadones y colchonetas circundaban el salón.

Tres muchachas se me abalanzaron con alegres grititos.

- *¡Mein Lieber Gott!* ¡Se vino de etiqueta!

Me arrancaron el saco, me torcieron el nudo de la corbata y arremangaron los pantalones. Me obligaron a sentarme en el suelo, para poder pintarme la cara. Esto las divertía y yo las dejé hacer. Con sus lápices me ensancharon las cejas, afearon las patillas y hasta encanecieron los cabellos. Se agitaron laboriosas como abejas. Yo me había propuesto divertirme. Al cabo de algunos minutos, enrollado con guirnaldas, deformada grotescamente mi vestimenta y transfigurado mi rostro, estaba perfectamente “disfrazado” y a tono con los demás.

La música estimulaba: tenía un ritmo, frenético, Las parejas bailaban como si sus articulaciones hubieran sido provistas da resortes.

- ¡Prost!

- ¡Prost!

Algunos pellizcos estimulaban a los más perezosos. Sentí uno en el muslo: me sonreía con malicia el doctor Lehbach, reconocido homosexual. Alcé los hombros.

Los médicos concurrían sin sus esposas. Las asistentes y enfermeras sin sus amigos. Las jerarquías eran borradas por el puntapié de introducción. Las rodillas masculinas se codiciaban como tronos, donde las muchachas competían para depositar sus salgas. Braüer se agitaba con fruición sobre un banco, sosteniendo dos mujeres que le deparaban caricias a su respectivo hemi-cuerpo.

De repente, una exclamación colectiva detuvo bruscamente la farándula: un cochecito de bebé se deslizó desde la mesa de entrada hasta el centro del salón. Miramos hacia la mesa nuevamente, para ver qué seguía tras ese anuncio. Se asomó una mano enguantada de blanco. Luego otra. Enseguida apareció la cabeza de un payaso, Sonriendo con sus enormes labios carmesí sobre el fondo calcáreo de su cara pintada. Nos guiñó un ojo, moviendo las largas pestañas postizas. Saludó melindrosamente pero el Infaltable puntapié lo lanzó como un proyectil, Se incorporó haciendo morisquetas, comprimiendo los riñones, llorando de dolor. Admiré su disfraz, perfecto hasta en el último detalle.

Se quitó el sombrero y con aristocrático gesto hizo una profunda reverenda ante nuestros vivos aplausos.

- ¡Profesor Mecke! -- lo reconocí por sus orejas pegadas, sus pupilas de metal. El médico japonés se aproximó acariciante:

- Lo felicito, profesor Mecke, su disfraz es maravilloso.

Mecke lo miró de soslayo y respondió con una grotesca cabriola. ¡El era un payaso! ¡Estábamos en *Fasching*! Agarró a una muchacha por la cintura y empezó a bailar.

La deliciosa instrumentista María Brunner, disfrazada de pantera con una ajustada y brillante tela que hacía resaltar sus moldeadas formas, me empujó al centro de la pista y comenzó a moverse. Se llenó el espacio libre. Los disfraces ayudaban a suprimir los vestigios de inhibición. Me encantaron los saltitos voluptuosos que hilvanaba María. El júbilo que resoplaba y rebotaba me puso alas en los pies. Jamás bailé mejor. Contorsiones, flexiones, extensiones. La música continuaba su calculado *crescendo*. María se agitaba en maravilloso éxtasis, al cual yo respondía con mi cuerpo, conducido por la estimulación de ojos y oídos.

Cuando la música cesó estallaron suspiros y carcajadas. Las gargantas secas clamaron por bebidas. Las parejas se desplomaron sobre las colchonetas. María me empujó hacia un banco y se arrojó sobre mis rodillas, rodeándome el cuello. Mis ojos se posaron en su pecho que subía y bajaba.

Le alcancé una copa. La puso primero en mis labios.

- ¡Muy bien, nenito! -- me acarició melindrosamente.

- ¡Estos árabes nos roban nuestras mujeres! -- protestó Braüer, tendido sobre una mesa, junto al japonés, su barriga sobresalía como un globo terráqueo; tenía la camisa desabrochada y su vello rubio parecía describir las ondulaciones orográficas --. Apenas llega y transforma a una alemana en perfecta hurí. ¡María: cuidado con este oriental!

- Envidioso -- le sacó la lengua.

Extraje el pañuelo para secarme la frente.

- Dame -- me lo quitó María --. Esto lo hago yo -- y lo pasó por mi rostro murmurando palabras amorosas.

- La verdad, que pareces una hurí del paraíso.

- ¿Vestida de pantera?

- Una hurí excepcional que, como las panteras, muerde y ama.

- ¿Así?... -- me clavó los dientes en el cuello.

- ¡Loca! -- la aparté y luego de contemplar un instante sus labios, apoyé en ellos, largamente, los míos.

Como un eco lejano, mientras besaba, escuché la voz de Braüer.

- ¡Nos roba nuestras mujeres! ¡Nos roba nuestras mujeres! ¡Es una calamidad!

La música estalló de nuevo como una perdigonada brillante, Saltamos a la pista en frenética contorsión. María se acercaba y se alejaba, moviéndose sin cesar como una anguila recién extraída del agua. A la mitad del baile, sorpresivamente, exclamó:

- ¡Cambiemos de pareja!

Abrazó a Jorge, vestido de paisano chileno. Su compañera siguió la danza conmigo. Continué moviéndome. Elsa trabajaba en el laboratorio de la Clínica, tenía cierto aire que me recordaba a Myriam. Vestía traje de can-can, con los detalles que hacían derretir de emoción a los hombres de principios de siglo. Cuando se produjo la pausa me dio la espalda y se inclinó arrojando su falda hacia arriba, para mostrar la ropa interior. Le pellizqué el muslo. Lanzó una carcajada. Enlazamos nuestras manos y nos tendimos sobre una colchoneta. Observé que su mejilla tenía pintado un corazón.

- ¿A quién pertenece? -- apoyé mi dedo en el centro del dibujo.

- ¿Esta noche? -- guiñó.

- Siempre.

- Es un secreto. Sólo te puedo decir a quién pertenece hoy.

- Bueno.

- ¡A ti, tontito!

Intenté besarla, pero se resistió.

- ¡Espera, espera querido! La noche solo empieza...

Karl Mecke, abrazado a una enfermera, caminaba grotescamente con sus zapatones de clown, imitando la marcha vacilante del borracho. Se detuvo

junto a nosotros. Desde la horizontalidad de la colchoneta, su figura me pareció desmesuradamente grande. Lejos, casi colgados en el cielorraso, brillaban sus ojitos perforadores.

- *¿Alles gute?*

- ¡*Jawohl, Herr Professor!* -- respondí.

- *¿Que opina de la deutsche Promiscuitat?*¹¹

Reí. Mecke dio una palmada en el trasero a su compañera y continuaron caminando.

- ¡Qué hombre curioso! -- dije a Elsa después que se alejaron --. También es alegre y sabe divertirse,

- Muy pocas veces lo hace -- corrigió con una mueca. -- ¿Es la primera vez que concurre a un *Fasching*?

- Si.

- ¡Pobrecito! -- rodeó mi cara con sus dos manos --. ¡Las cosas que verás! -- Esto será una orgía en serio.

- No me opongo a las orgías -- sonreí maliciosamente.

- ¡Entonces eres un bandido! Me retracto por lo de "pobrecito"...

María Brunner se arrojó violentamente sobre la colchoneta.

- ¡Eh! ¡Qué pasa!

- Denme lugar -- se abrió sitio a codazos.

- ¿Y tu pareja?

- Eres tú.

- Eh, un momento -- protestó Elsa --. Me pertenece.

- No, Solamente te lo presté por un rato.

- ¿Cómo? ¡Vaya desfachatez!

Extendido sobre la colchoneta, contemplé esa histriónica disputa; una vivencia excepcional: dos *Walkirias* lidiando por mi.

- Hagamos una cosa -- propuso María salomónicamente: cada una se quedará con la mitad y asunto arreglado.

- ¡Magnífico! -- asintió Elsa y empezó a tirarme de una oreja con la firme intención de arrancarla.

¹¹ Promiscuidad alemana.

- ¡Basta, basta! -- protesté desembarazándome --. Yo también tengo derechos aquí. ¿O mi opinión no vale?

- No vale -- Elsa abrazó a María y le propuso otra solución --: Vámonos a buscar a uno más dócil.

Ambas se levantaron, me dieron un puntapié en la espalda y corrieron hacia otro grupo.

Se reinició la música, Miré a mi alrededor. La mujer más cercana era la secretaria del profesor Günther, *Fraulein* Jander, La invité a bailar, Contra mis cálculos, era una danzarina perfectamente actualizada y con notable agilidad en el cuerpo. Aparentaba alrededor de 35 años, rostro inteligente y líneas discretamente mórbidas.

El ritmo se había tornado más lento, adaptándose a la necesidad del público, que a esa hora ya estaba embriagado de licor y fatiga. Rodeé su cintura con mis brazos. Sentía por esta mujer cierto respeto que me impidió tutearla con facilidad. Era respeto o inhibición por identificarla siempre como el apéndice más útil de Theodor Günther. Poco a poco se desprendió de mi y comenzó a redondear dibujos con elegante plasticidad. Estimulado por la abundante bebida, pude contribuir a su maravillosa improvisación de figuras. En un momento dado las demás parejas, advertidas de nuestra inspiración, se apartaron batiendo el ritmo con las palmas. Luego reingresaron a la pista y se olvidaron de nuestra demostración.

Rodeé otra vez su cintura y continuamos moviéndonos apretadamente. Su mejilla se apoyó en la mía. Nuestros cuerpos no sólo estaban enlazados, sino que trataban de comprimirse. Girando levemente la cabeza, apoyé mis labios en su piel. Dimos unas vueltas y nos aproximamos a un recodo del salón. Allí parecía que nos hubiésemos ocultado del resto. La sangre se desbocó. Me abrazó furiosamente y me mordió la boca. Durante un rato permanecemos ardiendo, apoyados contra la pared, tratando de descargar el fuego con el masaje del cuerpo y la fricción de los labios.

Reingresamos a la pista y volvimos al recodo del salón para continuar besándonos.

- Salgamos -- me propuso, transpirando, temblorosa --. Vamos a mi auto.

- Sí.

La calle estaba oscura y fría. Los vidrios de su DKW pronto se empañaron. La excitación nos devoraba. Enrollados en el asiento de atrás y haciendo palanca sobre planos inverosímiles, nos agitamos en urgentísimo deleite.

Nos desprendimos jadeando. Ella se arregló los cabellos, yo abroché mi pantalón. Regresamos al hotel. La seguí cuando gateó bajo la mesa. Su trasero ya me resultaba inexpresivo.

Los objetos se balanceaban y el piso ondulaba como la superficie del mar. Elsa estaba deliciosa de veras, con sus ropitas de can-can. Nos acariciamos como tórtolos, diciéndonos palabras de amor. Olvidé a *Fraulein* Jander quien seguramente brindaba su favores a otro.

La media luz creaba un tono adecuado al espectáculo: cuerpos tendidos por doquier, abrazados, extenuados y fuertemente impregnados de explosivas mezclas alcohólicas. Lehbach había conseguido un compañero, con quien se abstraigo en un sofá.

Cuando llegó la hora de irnos, María se acercó colgando de Jorge.

- Llevarás a Elsa -- indicó --. Jorge me llevará a mí.

- ¡Cambieemos de pareja! -- exclamó Elsa, repitiendo una frase que María utilizó al comienzo.

- ¡No! -- dijo estrechándose a Jorge --. Este chileno es mío.

Nos paramos con torpeza. Fui a buscar los abrigos. Caminé apoyándome en las paredes. Me costó incluso reconocer mi sobretodo. Cuando salimos a la calle alcé un puñado de nieve y lo restregué en la cara de Jorge. Me empujó y caí sentado. Reímos con tanta gana como si hubiéramos protagonizado la broma más pícara del mundo. Me ayudaron a recuperar la vertical. Abracé a Elsa y, apoyándonos mutuamente iniciamos el camino hacia su casa.

Entoné una canción. La calle solitaria recibió sorprendida mi voz desafinada y las feroces críticas de Elsa. De pronto vimos a una mujer, cara contra Un muro.

- ¿Qué hace allí? -- dije --. Mira: ¡orina como un hombre!

- ¡Cállate! Es un disfrazado.

- ¡Qué cochino!

Cuando llegamos, apoyé mi espalda contra el marco de la puerta. Intenté abstraerme del frío. Nos contemplamos un rato. Elsa me recordaba a Myriam. Sentí una oleada de ternura. Acerqué mi mano a su mejilla y la rocé suavemente. Cerré los ojos y besé sus labios: dos almohadillas tibias y vibrantes.

- .Mañana vendré a buscarte, Myriam -- prometí con los ojos aun cerrados, casi soñando.

- Me llamo Elsa.

Torcí la boca, dolido por la violenta ruptura de mi arrobamiento.

- Está bien... Elsa -- el alcohol me tumbaba.

Sonríó y, abriendo la puerta, sopló un beso por encima del cuenco de su mano:

- Te esperaré, querido.

Permanecí en el mismo sitio unos minutos, escudriñando la puerta cerrada que se movía en sentido inverso a mi arrítmico bamboleo. Mi abotargada cabeza continuaba farfullando:

- Myriam... Myriam.... Te llamas... Myriam... Myriam.

Al atardecer siguiente, ya desperezadas las neuromas, retorné para cumplir el compromiso Elsa apareció en *negligée*.

- ¿No me esperabas?

- Pues no, Herr Doktor -- dijo con inesperada distancia.

- Prometí venir a buscarte.

- Las promesas de *Fasching* jamás se cumplen. Pero no se quede en la puerta, pase usted, por favor.

Dudé ante esa metamorfosis. Ni siquiera me tuteaba.... ¿Qué clase de disociación esquizoide tienen los europeos? ¿doble personalidad? ¿En *Fasching* descargan y luego olvidan, como si fuera Un Intrascendente episodio onírico?

- Hace frío Herr Doktor -- insistió Else --. Entre, por favor.

- Gracias. Si no me esperaba, volveré en otra oportunidad -- contemplé sus labios, que ya no parecían tan sensibles. Encogió los hombros.

- 2 -

Caminando, reflexioné sobre este aspecto de la personalidad occidental. Repasé la conducta de aquellos que estuvieron conmigo en el Hotel Furst: el profesor Mecke disfrazado de payaso, el *Privat Dozent* Brauer repatingado sobre una mesa, el doctor Lehbach acariciando el sexo de un enfermero, Elsa mostrando sus nalgas, *Fraulein* Jander estremeciéndose en el orgasmo. Después nadie hizo referencias importantes a la divertida noche. No se oyeron más tuteos. Tampoco expresiones ni actos que violaran la distancia jerárquica que reinaba entre médicos y personal auxiliar.

Fraulein Jander recorría la Clínica con la eficiencia y corrección de siempre, su saludo cortés no era distinto ni contenía reminiscencias. Todo lo que yo recordaba debía apartarlo como un sueño prescindible. Nada de comentarios penetrantes. Aquello ya pasó. A otra cosa.

Contraje los labios, disgustado.

Cerca de la Albertus Burse encontré a Jorge Silverman. La estatua de piedra de Alberto Magno se percibía como una mancha clara sobre el viejo edificio.

- Qué te pareció el *Fasching*? -- le pregunté a quemarropa mientras seguíamos caminando.

- Insólito, curioso. ¿Y a ti?

- También me sorprendió. Pero... ¿algo parecido no existe en América latina?

- Parecido solamente. Existen zonas donde el Carnaval es un acontecimiento. Por ejemplo Brasil, parte de Bolivia, el norte y el litoral argentinos. Es fiesta de la gente pobre. La mitología y las supersticiones componen el marco necesario. Se explica que tengan una alegría frenética, se emborrachen, entren en éxtasis, mueran bailando o maten. Y atraigan turistas.

- En Alemania es distinto.

- No tanto. El hombre a veces quiere transformarse en otro. Una perogrullada. Los disfraces pueden servir de test a un psicólogo. Otra perogrullada... Pero da una pauta orientadora: el hosco y desabrido que quiere hacer reír, el débil que aspira a las proezas de Robin Hood, el invertido que disfruta vistiendo las ropas del sexo opuesto. La máscara como coraza... y ya no se tiene miedo. El gran desahogo.

- Bruscamente me asaltó una pregunta: ¿por qué el Carnaval es una fiesta de los países cristianos?

- El cristianismo lo heredó de los paganos -- respondió Jorge con naturalidad.

- ¿Te parece que tiene relación con el culto?

- Puede ser. En Alemania sólo es celebrado donde predomina la población católica; los católicos están habituados a ejercitar la catarsis por el sacramento de la confesión.

- ¿Y el Carnaval sería otra catarsis? Lo encuentras saludable, entonces.

- ¿Por qué no? El pueblo alemán es disciplinado... trabajador... serio -- Jorge separaba con pausas cada adjetivo --. Necesita abrir una compuerta.

- No me es simpático -- hice una mueca involuntaria --. La conducta de los alemanes en *Fasching* choca. Yo puedo estar alternativamente alegre y huraño, querer dos personas distintas, pero la impresión que me producen los alemanes en Carnaval es la de una doble personalidad. Yo recuerdo lo ocurrido en el *Fasching* de anoche. Podré o no desear la prolongación de ciertas circunstancias, pero no echarlas al olvido como si no hubieran existido nunca.

- ¿Quieres repetir tu experiencia con *Fraulein Jander*? -- sonrió Jorge.

No estuvo mal -- Jorge, y tal vez otros, nos vieron encerrarnos en su DKW... --. Pero ella no recuerda siquiera haber concurrido al hotel Furst

- ¡Claro que lo recuerda! Pero es un asunto superado. Aquello fue una higiene de tensiones. Hoy es preciso volver a la realidad, a las obligaciones de la vida cotidiana. No se pueden transformar los doce meses del año en un *Fasching* corrido. Has visto los profesores pellizcando nalgas, a las mujeres abalanzándose sobre los hombres, a homosexuales en acción. El mundo giraba libremente, anárquicamente. Eso divierte alegre y tonifica porque ocurre una vez, sin ecos ni consecuencias. Bastaría la mínima amenaza de prolongación para que entraran a jugar los mecanismos inhibitorios. Está muy claro.

- No me entiendes -- repliqué --. Justifico las curvas y contradicciones en la conducta de una persona. Pero no justifico la solución de continuidad de esa línea. No conozco el Carnaval de otras partes, pero el de Alemania me crea una impresión desagradable. Si anoche me acosté con alguien, hoy mi relación con esa mujer no puede ser como si nada hubiera ocurrido. La vivencia queda, deja su impronta, aunque se convenga en no darle trascendencia.

- Eres lo que se llama “una persona íntegra”... pero “a la antigua”. No has salido de la moral patriarcal.

- Déjate de bromas.

- Hablo en serio. No puedes dejar de ser quien eres, ni siquiera en una orgía. También está claro.

Nos detuvimos ante la vidriera iluminada de una librería: estaban expuestas las últimas obras de medicina y algunas de ellas podían servir para nuestro trabajo sobre patología vásculoencefálica. Nos detuvo una voz conocida.

-Buenas tardes, palurdos.

- ¡Sherif! Encantado de verte.

Un gorro de piel le tapaba las orejas. Su cara expresaba satisfacción por el calificativo que nos acababa de espetar.

- ¿Se conocen? -- hice las presentaciones --. Jorge Silverman, chileno. Sherif Tamir, egipcio.

- Sí, nos hemos visto en otras ocasiones -- Sherif tendió su mano enguantada.

- Así es, Friburgo es pequeña. Nos hemos encontrado en la Universidad ¿no es cierto?

- También te he visto en una confitería y en un *dancing*.

- ¡Se conocen mejor de lo que esperaba! -- exclamé.
- Pero jamás cambiamos una frase.
- Verdad -- dijo Jorge.
- ¿Hacia dónde iban?
- A comer. Comemos en la Burse.
- ¿Ya? Es muy temprano -- miró su reloj --: horario para monjas sexofóbicas.
- ¿Sexofóbicas?
- O sexófilas. Da lo mismo. Los invito a beber, ya está ¡Nada de excusas!
- ¿Conoces algún buen sitio?
- Varios. Un Keller acogedor en la Schustrasse, por ejemplo.
- ¿Qué dices, Jorge?
- No me desagrada la idea.

Cruzamos la Kaiser Josephstrasse. Sherif nos señaló el letrero de hierro forjado que caracterizaba al lugar: una copa sostenida por dos águilas doradas, enmarcadas por una guirnalda de uvas y sarmientos, El discreto haz de luz hábilmente instalado lo hacía reverberar en la noche. Apenas transpusimos el umbral apareció una escalera de piedra. Descendimos. Un tembloroso resplandor rojizo destacaba cada escalón, todos ellos bastante irregulares y desgastados. Elegimos una mesita junto a una columna de la que pendía un viejo yelmo. El recinto no era grande, pero tenía recodos que aumentaban su capacidad.

El *ober* nos entregó la carta de vinos.

- ¿Me dejan elegir? -- preguntó Sherif examinando la lista.
- El señor es un buen *connaisseur* -- dijo zalameramente el *ober*.
- Se aprende, se aprende -- replicó Sherif sin levantar los ojos de la carta. Puso su índice en una línea --: ¿Qué tal es este Riesling?

El *ober* se inclinó para leer el nombre del vino y la fecha de cosecha.

- Excelente. Tiene cuerpo, buen aroma, sabor noble.
- ¿Lo pedimos?
- Sea.

El *ober* se alejó.

Eliges un vino sin, haberlo probado, señor "*connaisseur*"? -- bromeé.

- Estoy completando mi formación enólica -- dijo seriamente --. Reconozco que cuando llegué a Alemania era un bruto. Ahora ya distingo algunas marcas, el vino añejo del reciente, estoy informado sobre los años de las mejores cosechas. No he terminado la línea de los Riesling. Ustedes me ayudarán a valorar la muestra de hoy.

El *ober* trajo la botella y la presentó a Sherif. Todos la miramos brevemente; el *ober* la descorchó. Vertió un poco en la copa de Sherif y aguardó su veredicto con la botella en la mano. Sherif alzó la copa y la movió circularmente debajo de su nariz con severa dignidad. Sorbió, reteniendo el vino sobre la lengua aplicándolo contra el paladar. Ahuecó la lengua y aspiró un poco de aire. Chasqueó silenciosamente los labios, moviendo la mandíbula. Demoró un rato, quizá esperando impacientarse al enhiesto *ober*. Por fin se expidió

- ¡Mm...! Está bien. Sírvalo.

Llenó nuestras copas. Hizo una reverencia y se fue.

- Beber a lo animal, como hacía antes -- explicó Sherif --, se parece a una ópera sin obertura, una cópula sin caricias... Imperdonable

- Sherif es un vividor a conciencia -- expliqué a Jorge.

- Ya veo.

- Cuando trabaja lo hace a fondo y cuando se divierte, también.

- Y no tiene doble personalidad, como los alemanes en *Fasching*...

- ¿Doble personalidad? -- se extrañó.

- Conversábamos sobre eso -- dije --. Anoche concurrimos al *Fasching* organizado por el personal de la Clínica y... ¿Sabes qué es el *Fasching*?

- ¡Por supuesto!

- Nos asombró la conducta de todos los participantes, que revelaron una faz casi opuesta a su personalidad corriente. Hoy recobraron sus fisonomías primitivas sin resabios de lo ocurrido anoche, como si no se tratara de las mismas personas.

- Pensamos que es catarsis, evasión o cualquier otra cosa. A mí me hace evocar la disociación esquizoide.

- ¿Te molesta?

Parpadeé un instante.

- No me molesta. Me resulta desagradable, no se acomoda a mi forma de ser. Pero no me molesta...

- Entonces tómatelo como viene -- replicó filosóficamente --. Si todos fueran iguales a ti, el mundo sería inaguantable de aburrido. En el Instituto

también se organizó un *Fasching*. Asistí, me disfracé, bailé, bebí y salté. Me ofrecieron un manjar exótico. ¿Qué debía hacer? ¿Analizarlo? ¿Preguntar quién lo cocinó? ¿Qué ingredientes utilizaron? No. Lo saboreé y lo ingerí. Me relajé de gusto. Y di las gracias de que en el mundo siempre encontremos algo nuevo.

- Pero ¿no percibes una ruptura de la conducta?

- Todos la tenemos. No exageres.

- Tenemos altibajos, matices. No solución de continuidad -- objeté.

- Siempre son matices. La doble personalidad, tan comentada por lo curiosa pero reconocidamente infrecuente, no es más que una exageración de elementos permanentes, que suben a la luz mientras otros descienden a la penumbra. Desequilibrios entre polos, anulación de colores intermedios o como quieras llamarlo. Pero vienen de la misma paleta. Lo deberías saber mejor que yo.

- Sin embargo -- opinó Jorge --, se me ocurre en este momento si no explicaría el fenómeno nazi. Un nazi puede estremecerse por la herida que afecta a la pata de su perro y una hora después ejecutar fría y sistemáticamente a cien niños. Es un disociado. Llevado esto a millones de nazis, sería lógico pensar en una predisposición masiva a este tipo de alteración psíquica.

- Pero no podemos esquematizar tanto -- se opuso Sherif --. Nos conduciría al absurdo de que esta psicopatología se expresa en tiempos de paz como *Fasching* y en tiempos de guerra como campos de exterminio. En toda guerra los soldados comunes matan, aunque sean hijos tiernos o padres dulces. Siempre hay disociación.

- El asesino nazi no fue un soldado común.

- Pero no condenemos a todo un pueblo, y menos por divertirse en una fiesta tan encantadora como *Fasching*. ¿Acaso no se celebra el Carnaval en América latina?

- Sí -- respondió Jorge subiéndose los anteojos.

- ¿Y los judíos no tienen su propio Carnaval? -- volvió a preguntar.

- También. Se llama *Purim*. Pero celebra un acontecimiento histórico.

- O legendario -- corrigió Sherif --. ¿Es muy distinto al *Fasching* alemán?

- *Purim* conmemora la salvación de la judeidad persa gracias a la intervención de la reina Esther. Los adultos y los niños representan a los personajes de aquella época: la reina Esther, su tío Mardoqueo, el rey Asuero, su ministro Amán. En Israel se ha convertido en una gran celebración popular. Pero celebra algo concreto, de contenido nacional e histórico. No alcanza la ebullición de una mojiganga brasilera ni el clima de

un *Fasching* alemán, aunque haya alegría, se cocinen bocados típicos y abunden los disfraces.

- ¿Concluiremos que son disociados? -- triunfaba Sherif.

- Tu actitud es eminentemente estética frente al mundo -- señaló Jorge de pronto, como una conclusión.

- ¿Estética?

- Una actitud contemplativa, dispuesta a gozar el espectáculo de cada rincón cada minuto del día. No te esfuerzas en cambiar, modificar ni arreglar. Acabas de decirlo: te ofrecieron un manjar apetitoso y restaba saborearlo. Entrar a efectuar averiguaciones o cambios no encaja en tu temperamento. Esa es una actitud estética.

- ¿Cuál sería la opuesta?

- La actitud ética: no se conforma con el manjar presentado, sino que empieza a corregirlo y mejorarlo.

- O malograrlo -- sonrió Sharif --. Prefiero seguir siendo esteta. Además me gusta la palabra.

- Lo celebro -- dijo Jorge.

- Estás contento: me has clasificado.

- La clasificación no es mía.

- Lo imaginaba. Eres médico, no psicólogo. Pero me resulta interesante -- Sherif se mostró sinceramente agradecido como si le hubieran hecho un regalo --. Actitud ética, actitud estética... Creo que son más felices los estetas -- levantó su copa --: ¡eso es lo importante!

Sherif Tamir tiene carácter estético. Omar Dakani pasional y yo filosófico. ¿No es acaso el triángulo del carácter árabe?, pensé.

- 3 -

La actitud ética y estética forman parte de la realidad. También el rostro frío de *Fraulein* Jander en los corredores de la Clínica y, en franco contraste, su pelvis agitándose ardiendo en el asiento posterior de su DKW. Son parte de la realidad los labios de Elsa, carnosos como damascos maduros en la noche de *Fasching* y también su recibimiento indiferente, casi repulsivo, en el umbral de su casa: esas promesas jamás se cumplen. Son parte de la realidad mi casamiento con la pequeña Modiha, la acción terrible de su silencioso hermano Nahhás... y también mi sueño: Modiha aterrada y Nahhás empuñando un cuchillo para señalar con reprobación el vórtice de copos de nieve.

Al escribir esta crónica, sé que no reproduzco la realidad: la recompongo. Aproximo paneles aún vibrátiles de ansiedad y sospecha: mis dedos operando el cráneo partido de Ben Aarón, mis oídos chupando la odisea del Santos, mis esquemas ardiendo en las hogueras de la información desconocida, mi ebriedad gritando a los campos de estrellas que helaron la noche después del *Fasching*: te Llamas Myriam... My... riam.

Y ahora monto esa realidad, nutrida por sentimientos, premonición y culpa, sobre los pilares del recuerdo, como un masoquista: porque en el recuerdo se imantan y lastiman el hierro y el fósforo, el azufre y la sal. No disminuye el dolor: se lo acepta... y empieza a gozar.

El aire malva predominó en ese día. A las dos de la tarde iba a comenzar el desfile por la principal arteria de Friburgo: la Kaiser Josephstrasse.

El cielo encapotado no arredró al público que, en número impresionante, se multiplicó sobre ambas aceras, latiendo con amplitud contra los largos cordones policiales que se esforzaban por controlar el despeje de la calzada donde se produciría el espectáculo.

Avancé dificultosamente rumbo a la Martinstor. El esfuerzo de la gente se concentraba en ganar el borde de la vereda para obtener una mejor ubicación, de modo que era algo más fácil caminar junto a la pared de los edificios.

Este era el otro rostro del Carnaval: el multitudinario, diurno, pueril, en oposición al que conociera en el hotel Furst. Se aproximó una onda sonora gigante que me inmovilizó, obligándome, igual que el resto, a girar la cabeza. Empezaba el desfile.

La calzada aún permanecía vacía, tensa de expectación, surcada únicamente por las venas abiertas de los rieles. Las exclamaciones seguían amplificándose. Me apoyé contra los hombros que tenía delante y otros se aplastaron contra los míos, estirando el cuello. Brotaron colores rutilantes sobre el empedrado gris, como si hubiera transpirado joyas. Trompetas y clarinetes revolviéron el aire con sus estridencias. Una murga de bufones encabezó el desfile incendiando la calle con gritería y aplausos. Detrás eran sofrenados varios caballos que nerviosamente arrancaban chispas al pavimento montados por indios con plumas blanquinegras y trajes de cuero. Más atrás, protegiéndose con escudos de azogue, marchaba una temeraria legión de soldados romanos. Y enseguida piratas con parche y calavera, Y abrigados esquimales. Y un conjunto tailandés con ornamentos de jade y marfil. Después llegaron engalanadas carrozas: portando dioses del Olimpo, una jarra impresionante de cerveza, caricaturizados políticos de actualidad. Desde los balcones caían serpentinas y guirnaldas. Desde las aceras brotaban las exclamaciones. Y en el aire violeta de la tarde giraban globos y estrellas.

Frente a mí un turista rompió el cordón policial arrojándose a la calle con su aparato fotográfico. Dos policías le ordenaron reintegrarse a la multitud. Otro turista imitó al primero corriendo hasta los rieles que dividían longitudinalmente la calle para filmar con precipitación la murga siguiente. Los policías redoblaron sus esfuerzos para contener las oleadas que pretendían derramarse sobre los disfrazados,

Cerca de la esquina que daba a la calle Belfort salió disparada una mujer con la filmadora en ristre. Hechiceros africanos avanzaban bulliciosamente haciendo extravagantes contorsiones. Myriam consiguió filmarlos durante unos segundos hasta que el guarda más próximo la aferró del brazo, obligándola a desplazarse. Consiguió zafar el brazo. El policía meneó la cabeza y estiró su índice hacia la orilla. Myriam se reintrodujo calmadamente en la palpitante muralla de gente.

Decidí aproximarme. Usé los codos. La gente parecía adherida, como si la ropa fuera engrudo. Gané terreno a costa de empujones. Me devolvieron muecas y frases hoscas. Seguí forcejeando. Cuando estuve cerca, Myriam me vio. Sacó su mano y la agitó por sobre las cabezas, alegremente. Llegué a su lado. La música y la gritería taponaban el espacio, debimos hablar a voz en cuello.

- ¿Se enojó el policía?!

- ¡No creo! ¡Siempre hace ronda por aquí! ¡Vivo en la calle Belfort, muy cerca! ¡De tanto vernos ya nos saludábamos!

Gaiteros escoceses, barbados vikingos, resplandecientes astronautas y gitanos andaluces eran realidad. Como Myriam a mi lado, como mis temores y mis deseos. Su perfil se parecía en algo al de Elsa, cuyos labios se me adhirieron como pétalos rezumando néctar, pero no eran los, mismos labios. Podía ser descompuesto ese perfil en un cuadro puntillista y transformar sus ojos marinos, su cabello bronceado y su cutis de miel en millares de copos que flotan en la noche y son agitados por el viento. Agitados con una fuerza que se transforma en furia, en caos, en amenaza.

Miré la calle, aún recorrida por un río de colores. Y miré a Myriam. La fantasía de los disfraces y la fantasía de los copos eran realidad, indudablemente, porque ocupaban espacio, aunque fuera el espacio de mi imaginación.

Hacia el final del desfile se abrieron nubes. Una cascada de sol bañó a Friburgo. Las panoplias y las moharras brillaron como reflectores. Las murgas comenzaron a desconcentrarse tiñendo con manchones cromáticos a la multitud que se derramó por toda la calle. La masa de gente circuló anárquicamente entre silbatos y estribillos. Myriam se enlazó a mi brazo y echamos a caminar Sin rumbo, dentro de ese mar alborozado que nos conducía hacia las galerías cubiertas o hacia el centro de la calle. Le sugerí entonces dar un paseo por el Schlossberg.

Escalamos lentamente el sendero de la montaña boscosa. El bullicio urbano se perdió en la distancia y sus últimas estridencias fueron apagadas por el tejido vegetal de las coníferas. Al rumor de nuestros pasos lo acompañaba el soplo de la brisa o el escurrido de la nieve que esporádicamente se derramaba desde un árbol.

Al sentirnos totalmente solos, me invadió cierta tensión.

La muchacha me parecía inquietantemente bella. Sus ojos profundos, oceánicos, su tez sensible, sus labios perfectos. Le ofrecí un cigarrillo. Nos detuvimos un instante para encenderlo. Al inclinar su cabeza ovalada estuve de pronto en otro día, frente a la catedral de Friburgo: había advertido entonces que levísimas arrugas surcaban su frente y sus párpados caídos la hacían menos temible.

Llegamos a la parte alta de la montaña, a cuyos pies se extendía el soberbio gobelino de la ciudad. Sacudí la nieve de un tronco caído y nos sentamos. Más allá de Friburgo ondulaban suaves laderas hasta el Rhin, que se adivinaba a lo lejos, casi sobre el horizonte. Las nubes fugitivas se arremolinaban en extrañas figuras y matices, continuamente variables, como si las nerviosas manos de un escultor se deleitaran con sus resplandores de ópalo.

Nos sentimos evadidos del mundo. ¡Qué pequeño era desde arriba! No se oían sus plegarias, ni sus protestas, ni siquiera sus zafios alaridos, ni sus carcajadas.

- Extraño -- acotó ella --. Aquí en Friburgo, eres un amigo. Nos sentimos a gusto, podríamos quedarnos horas. Pero bastaría que oyéramos la monserga terrenal, para que se levantara entre nosotros una empalizada de cuchillos.

El cuchillo de Nahhás...

Hizo una pausa, colmada por el sordo murmullo de la brisa.

- En otro lugar -- continuó -- yo portaría armas y tu también. En vez de tomarnos de la mano abriríamos fuego.

- Aquí es posible abstraernos de ese conflicto -- coincidí.

- Y podemos vivir y actuar, como si tal conflicto no existiera o hubiera encontrado solución.

- Se me ocurre que somos afortunados. Hemos logrado una tregua.

Myriam me miró a los ojos. Su expresión era franca, tersa.

- Me gustas -- dijo sin rodeos --. Tienes un porte y una conducta digna. Eres el mejor árabe que haya conocido. Te pareces mucho a Iacov. Iacov era un Vecino mío; tenía ascendencia iraquesa. Su familia fue expulsada de Irak cuando se proclamó la independencia de Israel y vinieron a Ramlé. Nos hicimos muy amigos. Era inteligente. Pero sobre todo, muy arrojado.

Yo lo quería mucho... Su muerte me afectó. Cuando te conocí evoqué a Iacov -- hizo una pausa, meneó la cabeza --. Con él jugué, discutí. Hasta aprendí a besar.

- ¿Hace mucho que falleció?

- Sí. Era un adolescente. Los fedayim, lanzados desde Egipto, pasaban por Israel enrojeciendo todos los días del calendario. Le Llegó el turno a la pequeña escuela nocturna donde concurría Iacov, en las afueras de Ramlé. Abril de 1956... Se apagaron las luces y sobrevino la carnicería. Cuando acudieron el ejército, la policía y los vecinos, fue tarde. En la lista de los asesinados figuraba Iacov, cuya sangre manchó su libro de texto. El maestro también murió y en esa escuela conservan la libreta que llevaba en el bolsillo de su camisa con el ojal que abrió la puñalada.

Apreté los dientes.

- Durante un tiempo -- prosiguió contando con naturalidad, como si esa historia no significara política -- lloré por él. Pero en Israel la vida y la muerte alternan de tal modo que llegan a confundirse. En el extranjero admiran a nuestros labradores que cultivan en la proximidad de la frontera bajo la amenaza de las balas. Pero en Israel los labradores van a producir vida bajo el signo de la muerte, como si la muerte no fuera más que el comienzo de nueva vida. ¡Cuánto amamos cada vida! ¡qué desconsuelo nos abruma cuando cae alguien!

Permanecimos un rato en silencio.

- Lástima que estés al otro lado de la frontera -- suspiré.

- ¿Y si no lo estuviera? -- entrecerré los ojos, previendo su respuesta.

- Pues me dejaría arrastrar por el corazón, pensando que eres Iacov... como cuando te ví por primera vez.

- ¿Adónde te llevaría el corazón? Esbozó un tierno mohín.

- A decirte las palabras de Djami, el poeta persa que gustaba leer Iacov: "Limitémonos a amar y sufrir en silencio, porque sin ello somos nada. Es la inquietud amorosa la que imprime al universo su movimiento eterno; es el vértigo del amor el que hace girar las esferas".

Quedé perplejo.

- Pero yo no soy Iacov, Myriam, y tampoco judío. Entre nosotros hay murallas y no sabemos cuando caerán.

Myriam mantuvo su sonrisa.

- Por eso digo a través de las murallas: "Si no hay unión posible contigo prométela al menos a mi esperanza" -- su voz era tan sibilina como el verso.

- Conozco ese poema.

- Es de al-Farid.
- El sultán de los enamorados -- recordé.
- El mismo. Tiene páginas bellísimas.

La contemplé como al perfil de un cuadro puntillista, esperando que se descompusiera en copos de nieve. Me asombró su placer en citar poetas musulmanes. ¿Qué sentimientos incubaba? ¿Tenía realmente afecto por mí? ¿Algo más que afecto?. . . Era la primera mujer que me hablaba con tanta calidad.

¿Qué debía hacer yo? ¿Apretarle la mano? ¿Abrazarla? ¿Besarla?... No pude mover un dedo.

Friburgo encendió sus primeras luces cuando el sol empezó a hundirse en las aguas amatistas del Rin. La agonía del crepúsculo revolvió las nubes en un último baño de color.

Caminamos hacia la confitería del Schlossberg. La brisa arpegio con sus dedos de hielo las infinitas cuerdas del bosque,

Myriam estrechó con ambas manos el cuello de su abrigo.

Penetramos al cálido local. Fragancia de resinas derritiéndose en la chimenea. El *ober* nos ubicó en una mesita junto a la ventana, desde la cual se divisaba Friburgo ya iluminado. En el centro había un pequeño vaso con flores.

Creo que el restaurante se llenó de comensales. No lo sé bien, porque conversamos animadamente, aislados del mundo. Su sonrisa me tocaba de verdad y me hacía sonreír también, como si hiciera cosquillas a mi ánimo. ¿Qué había en ella?

En vez de descomponerse su imagen en puntos sueltos a merced de las ráfagas, se iba clarificando y uniendo. Alzamos las copas. Sus ojos de osada ternura me acariciaron sobre la superficie del vino, traviesamente. Eran los ojos que me tocaron por primera vez en la cena de Navidad ofrecida por el profesor Günther, cuando advertimos que en Alemania no se brinda a la ligera. Eran también los ojos que se adormecieron bajo sus párpados indefensos en el tumulto de la Universidad. Y los ojos que se acercaron amistosamente junto a la prodigiosa catedral gótica: ojos que recordé mientras Ingrid Beickert narraba cómo nacieron del Mediterráneo violento.

Elegí una flor del vaso y se la ofrecí. La recibió delicadamente y se la llevó a la nariz.

Me resistí a bajar la guardia. Zangoloteado por ideas y sentimientos contradictorios, exigía a mi vista y a mis oídos que no proveyeran falsa información a mi cabeza. Quería descubrir lo que ocultaba tras su frente

ligeramente plegada, tras su piel de néctar: Pero era inútil: su frente y su cutis real no provocaban prevenciones: más bien demolían defensas.

Era muy tarde cuando la llevé de regreso a su casa de la calle Belfort. Había comenzado a nevar mansamente. Bajo la albura silenciosa se ocultaban gradualmente los restos cromáticos del desfile que sacudió a la principal arteria de Friburgo. Sobre los hombros estrechos de Myriam habían nacido charreteras blancas y un disco plateado coronaba su gorro de piel.

¿Era ella la mujer que en verdad deseaba? ¿Sería feliz con ella, aunque sólo fuera un año, un breve e intenso año? Myriam sintetizaba los rasgos de la mujer emancipada y yo cargaba con lastre de un patriarcado inflexible. Aunque no fuera judía y aunque no fuera israelí, en mí no nacería un amor verdadero por una mujer como ella sin sufrir un profundo desgarramiento interno; me repetí con rabia.

Las conjeturas se enmarañaron, como siempre. Abrí rápidamente la puerta cancel de mi casa y penetré: en la tibieza del zaguán. Aflojé mi bufanda y me quité los guantes. En el hall, cerca de la estufa, la señora Schneider me aguardaba semidormida en un sillón. ¡Inflexible cancerbera! Al oír el ruido de mis pasos se despertó.

¡Herr Doktor! ¡Qué tarde llega usted! ¡Yo no puedo dormir sentada toda la noche!

- ¡Por qué no se acostó, entonces!

- Lo estaba esperando... *Mein Lieber Gott!* me duelen los huesos. ¡Ay!... Encima usted me hace reproches...

- Usted no tiene porqué esperarme. ¡Vaya ocurrencia!

- No viviré tranquila hasta que se mude. Ya tengo bastante. ¡Ay! ¡Ay! Los huesos me duelen cada día más... En cualquier momento ocurrirá algo raro y tendré que pagar las consecuencias.

- ¡Qué está diciendo!

- No lo digo yo. Lo dice *Frau Winkler*.

- ¡Y quién es esa *Frau Winkler*!

- ¿No se acuerda? -- sus ojos se animaron --. Mi vecina, la de la pierna ortopédica. ¡Si se lo dije! La pobre quedó aprisionada por una viga durante el bombardeo. Es mi mejor amiga y nos vemos todos los días en el supermercado.

- Para alarmarse mutuamente...

- Me aseguró que suspenderán las becas de todos los estudiantes árabes.

- ¡De dónde sacó tamaña noticia! -- grité.

- No de todos... no de todos... Solamente de los que participaron en los líos de la Universidad.

- ¿Todavía siguen hablando de eso?

- Es que *Frau* Winkler sabe que usted vive aquí y me quiere bien, me previene.

- ¿La previene de qué?

- De que la policía efectúe un allanamiento. Dice que está controlando los movimientos de los estudiantes árabes sospechosos.

- Yo no soy un sospechoso y el asunto de la Universidad está terminado y olvidado ¿comprende? ¡Terminado y olvidado!

- Sí, Herr Doktor .Pero usted nunca ha llegado tan tarde. Yo temía que le hubiera ocurrido algo, que lo confundieran con otro árabe...

- Vaya a dormir, *Frau* Schneider -- puse afecto de circunstancias en mi voz --. Le hará daño estar levantada a estas horas.

La mujer hizo un evidente esfuerzo para incorporarse. La ayudé.

Me contempló con ternura.

- Cuídese, Herir Doktor! -- en sus ojos escintillaban lágrimas. Reí brevemente.

- ¡Cuídese! -- insistió --. Haga caso a esta vieja. No se junte con gente mala. ¿Cómo piensa que iba a dormir tranquila? ¿Y si le pasaba algo? Usted es mi pensionista. Yo debo velar por usted, tengo una responsabilidad. ¡Ay!... mi cintura.

- Bueno, bueno. A descansar. Mañana hablaremos. Yo estoy sano y salvo; no me ha pasado ni me pasará nada. Duerma en paz, *Frau* Schneider.

- Esta juventud... esta juventud.

Entré en mi habitación. Me quité las ropas y me tendí sobre el lecho hundiéndome sobre la fofa barriga de la Bettdecke.

Había un pensamiento que me obsedía: Myriam. Un gozo inefable aligeraba mi ser nacarándolo de euforia. No podía dormir. La imagen de Myriam permanecía viva, imbatible.

Me levanté, observé los tizones encendidos y me senté al escritorio. Extraje una hoja de papel y escancié mi tensión:

La vida del hombre está jalonada por eslabones. A veces al penetrar en uno nuevo, adquirimos conciencia de la densa ignorancia que teníamos en el eslabón anterior. Las sorpresas son tan fuertes, que pueden hacernos dudar si la persona que vivía un momento antes era la misma. Parece que la continuidad se interrumpe y el largo camino de la vida no es uno solo y

homogéneo, sino la alineación de segmentos diferentes, caprichosamente acomodados. ¿Soy el mismo que arribó a Alemania medio año atrás? ¿O ya pasé a otro segmento de mi vida, en el cual me siento distinto? Redargüiría con mi yo de algunos meses atrás, como si fuéramos dos personas.

Hoy me siento muy feliz... Tengo la necesidad de manifestarlo, de compartirlo. El corazón, igual que la atmósfera tiene horror al vacío, es barroco, y vive con ese horror a cuestras hasta que el amor lo llena. Hoy percibí esa plenitud.

- 4 -

Ignacio Nassif me había adelantado sobre la invitación que me formularían para ingresar a la Organización de Estudiantes Árabes de Friburgo. Su cuarto olía a limpieza cuando nos reunimos solos: su baqueteadada vajilla permaneció reluciente; los ceniceros estaban vacíos. Sólo el crucifijo de madera no cambiaba. La cabeza fuerte de Ignacio, sus ojos saltones, su nariz gigantesca, resaltaban sobre el fondo multicolor de los libros prolijamente alineados. Recalcó que amaba a los árabes -- él era árabe -- y quería prevenirme. La bandera de esta Organización es lamentable: una unión basada en el odio a Israel pone en tela de juicio fundamentos reales de esa unión. A poco de llegar a Alemania una Organización de este tipo me hubiera colmado de satisfacciones. Pero en abril, ya me inquietaban sentimientos confusos, molestos.

Tres estudiantes me visitaron. Los conocía de vista. Uno era iraqués Hussein Sayid, dos eran sirios, Daud Goma e Ibrahim Koury. Les ofrecí una copa de whisky. Sin mayores rodeos, fueron al grano.

- Perteneceamos a la Organización de Estudiantes Árabes que se constituyó recientemente en Friburgo, donde la colonia de compatriotas es reducida, como bien sabes -- empezó Hussein Sayid el iraqués --. Siempre es bueno contar con un elemento aglutinante y representativo que pueda ayudarnos ante instancias gubernativas e incluso, ante las embajadas.

- Muchos estudiantes de otras nacionalidades ya constituyeron sus propios clubes -- añadió Daud Goma --. Nuestra Organización nació hace poco. Un núcleo inicial sentó las bases y objetivos. La manifestación provocada contra el diplomático israelí en la Universidad, donde también estuviste si mal no recuerdo, demostró que existe una evidente unidad entre todos los árabes de Friburgo. Ahora bien, la mayor parte no pertenecía a nuestra Organización, aunque colaboró patrióticamente. Esta situación fue contemplada por el núcleo inicial. Se resolvió, entonces, que las puertas se abrieran; no solo eso: se resolvió invitar también a los descendientes de árabes nacidos en otros países, pero que comulgan abiertamente con

nuestra causa. Nos ha servido de inspiración *l'Association des étudiants arabes en France*, fundada en 1962, que nuclea a mucha más gente que agrupaciones parciales anteriores como *l'Association des étudiants musulmans nord-africains* o *l'Union Générale des étudiants tunisiens*. Nuestras aspiraciones no tropiezan con diferencias políticas. Nos une la fraternidad árabe y la lucha contra el sionismo. De este modo, una Organización que empezó como un círculo de once camaradas, se transformó en una gran sociedad. Estamos empeñados en ampliar su número. En la última reunión fuiste propuesto, decidiéndose que tres miembros te entrevistaran personalmente para solicitar tu adhesión y colaboración. Eres un árabe por nacimiento y por formación; además te distingue un rasgo especial: ser el único palestino que reside en Friburgo.

- Y bien -- respondí--. Me interesa esta Organización. Creo que es bueno poseer una entidad que nos aglutine e incluso nos represente. Los árabes tenemos mucho en común, cualquiera sea nuestro país de origen. Por lo tanto, debemos cultivar los elementos que conducen a la unidad. Me adhiero en ese sentido -- inconscientemente había fijado una condición que ellos no percibieron enseguida; añadí --: No era preciso que me invitaran de manera tan formal. Pero de todos modos es un placer recibirlos en casa. ¿Otra copa?

- Sí -- Sayid extendió rápidamente su brazo.

- Mm!..., -- exclamó Daud Gooma paladeando la bebida -- Este whisky es muy bueno. ¿Dónde lo compraste?

- No lo compré. Es el obsequio de una enferma que atendí.

- No está mal, no está mal. Mientras uno anda como becario por el ancho mundo, los bolsillos livianos agradecen cualquier gesto de solidaridad; una invitación a comer, un regalo, cualquier cosa. ¿Te has vinculado con mucha gente desde que estás aquí?

- Un buen número -- respondí --. La ventaja que ofrecen las universidades europeas es justamente la posibilidad de conocer gente de todo el orbe ¿no es cierto? En mi afán por aprender bien el alemán he buscado relacionarme con quienes no saben árabe. De ese modo entablé contacto con muchos alemanes y un buen número de extranjeros. El intercambio de opiniones, la variedad de criterios y enfoques han aumentado mis conocimientos Incluso diría que han influido en mi carácter, haciéndolo más flexible y permeable. Creo que a todos les debe ocurrir lo mismo

- No a todos en igual medida -- precisó Sayid --. Vivo con un compatriota y donde trabajo hay dos árabes. Me desempeño en árabe; mi alemán es lamentable, aunque hace más de un año que estoy en el país. Pero no me preocupa esa situación: cuando regrese a Bagdad, sólo lo necesitaré para la consulta de textos,

- Nuestra Organización tiene previsto un curso de alemán -- comento Ibrahim Koury tras la muralla de su espeso bigote.

- Pero antes, después y, en gran parte durante el curso, se hablará mucho árabe -- replicó Sayid.

- ¿Entonces no vale la pena?

- Pienso que no. A mí, por lo menos, no me hace falta,

Con lo que sé puedo desenvolverme y leer los textos de estudio.

No pretendo ser un orador. Cuando se confeccionó el plan de actividades, me opuse a dicho curso. Pero la mayoría lo aprobó Así sea, entonces.

- ¿Cuál es el plan de actividades? -- pregunté, puesto que se tocó el tema.

- Conferencias, ese curso de alemán, excursiones breves, conectarnos con otros grupos de estudiantes árabes de Europa, actos de esclarecimiento para contrarrestar la propaganda sionista, crear un fondo de ayuda mutua.

- Se ha previsto todo...

- Lo más difícil es llevarlo a la práctica -- comentó Daud Goma --. Por eso es menester que cada uno colabore con algo. Más adelante dirás en cuál subcomisión deseas trabajar. El hecho de estar vinculado, puede sernos muy útil.

- Bueno... no exageremos eso de mis vinculaciones. ¿Otra copa? -- levanté la botella.

- El sábado haremos nuestra primera reunión pública -- anunció Ibrahim Koury -- aprovechando el aniversario de la independencia siria. Cada una deberá traer una muchacha para animar el baile e invitar al profesor que dirige sus estudios en Friburgo. Queremos ganarnos el corazón de la vida académica. Desde ya quedas comprometido.

- Cuenten conmigo, por supuesto.

7 - La Pendiente

- 1 -

En el curso de la tarde, mientras estudiaba en la biblioteca, una enfermera me hizo señas para que fuese al teléfono.

- ¡Hola!

- Habla Myriam Ben Aarón.

- ¡Myriam!

- ¿Te interrumpí? ¿Estabas ocupado?

- No, no. Estudiaba. ¿Desde dónde me habla?

- De casa. Tengo una grata noticia. ¿Podrías venir?

- Con mucho gusto ¿Cuál es la noticia?

- Te la daré personalmente, así la curiosidad no te permitirá olvidar la cita...

Proseguí estudiando un par de horas más, sin gran provecho, Impaciente por reencontrarme con Myriam. Fui a controlar al paciente operado esa mañana y anoté las novedades que presentaba su evolución. Me quité el guardapolvo, recogí el abrigo y salí.

Empezaba a oscurecer. Los árboles opacaban la obsidiana del cielo como espectros agoreros. Caminé hasta la casa de Myriam ubicada en la calle Belfort, cerca de la Universidad.

Llamé. Atendió la dueña de casa, mujer entrada en años, de rostro amable y despejado.

Al cruzar la puerta escuché una hermosa voz acompañada por guitarra. En el living encontré a Myriam arrellanada en un sofá, dando vuelo a su canto. Me saludó con un movimiento de cabeza, sin interrumpirse.

La señora me hizo sentar y, caminando en puntas de pie, se llevó mi abrigo al perchero.

Myriam paseaba su mirada por la alfombra, la guitarra, el ventanal. Su cabello resbalaba como una cortina de cobre delante y detrás de sus hombros. El estremecimiento leve de su cuerpo balanceaba algunos rizos, cuyos extremos querían acariciar el borde del instrumento. Sus manos corrían ágiles y seguras por el clavijero y las cuerdas respaldando la expansión audaz de su voz. Tras el acorde final la muchacha se incorporó de un salto.

- ¡Muy bien! -- exclamé.

A mi lado sonaron los aplausos de la dueña de casa, de pie junto a la puerta del living, orgullosa de su pensionista.

Myriam se ubicó a mi lado.

- ¿Qué desean beber? -- ofreció la señora.

- ¿Café? -- preguntó Myriam.

- Café.

La buena mujer salió a prepararlo.

- ¿Qué cantabas?

- Una canción israelí. ¿Te gustó?

- Sí. Me resulta familiar. Tiene algo de árabe y algo de muy moderno. ¿Sabes que tu voz es muy hermosa?

- El que no lo sabía eras tú -- apretó su índice en mi nariz -- ¿Ejecutas algún instrumento?

- Muchos... Pero no son musicales: son quirúrgicos.

- ¡Bah! -- alzó la guitarra --. ¿Quieres que cante algo árabe?

- Ya lo creo.

- La música es árabe. Pero la letra es hebrea.

- ¡Adelante!

Se acomodó, abrazó el instrumento y empezó a afinarlo. Luego hizo una reflexiva pausa, como tomando impulso antes de zambullirse en las aguas encantadas de su canción. El silencio fue quebrado con un metálico arpegio y su voz se desplegó como el ala de un ave. La melodía onduló en volutas de cálida iridiscencia. De pronto se cerró como un abanico en la última vocal única, prolongada, que se desdibujó en el aire. El arrobamiento se prolongó el tiempo que ella continuó apoyada sobre el instrumento, con sus cabellos derramados como el oro del sol.

Me tendió la guitarra sonriendo.

- Ahora, tú cantas una canción judía...

Antes que yo encontrara Una respuesta a su ironía, entró la *Hausfrau* con el café. Instaló la bandeja de acrílico sobre una mesita contigua, donde había una cigarrera labrada. Myriam la levantó, extrajo un habano y me lo ofreció.

- El café te será más grato -- dijo con malicia, conociendo mi opinión sobre la aguada manera de prepararlo en Alemania,

Saqué mi encendedor. Calcé el cigarro en mis dientes.

- ¿Cuál es la noticia, Myriam?
- Ha llegado mi padre, tu paciente.
- ¿Ah, sí? ¿Cómo está?
- Es la primera vez que preguntas por él -- observó con un velo de reprobación --. Está muy bien. En sus cartas me decía que se siente corno si no hubiera ocurrido aquel accidente.
- Lo celebro.
- Tiene que ir a Nueva York pero hace escala por dos días aquí: sostiene que su hija es más importante que los asuntos de estado.
- ¿Tu padre es diplomático?
- Trabaja en el Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Es un funcionario de mucha importancia, parece.
- El no aceptaría ese calificativo... ¡Escucha! Llaman a la puerta. Debe ser papá.

Myriam saltó ágilmente por entre los sillones y desapareció.

En seguida se oyeron exclamaciones y palabras en hebreo, algunas de las cuales me resultaron comprensibles.

Ben Aarón cargaba Un portafolio en su mano derecha. Su aspecto era saludable. Por primera vez lo veía de pie. Tenía más estatura de la que habla sospechado, viéndolo en cama. Traté de imaginarlo cuando sacaba judíos de la Alemania nazi o realizaba sus proezas contra el bloqueo británico en Palestina, O, posteriormente, cuando dirigía algún comando israelí contra mis hermanos, atacando, matando, tomando prisioneros, expulsando... Un héroe de las tinieblas.

Se aproximó sonriente. Depositó el portafolio sobre la mesita y me extendió su mano derecha, mientras con la izquierda trazaba un amplio semicírculo.

- ¡Mi querido Herr Doktor! Tengo mucho gusto de verlo nuevamente.
- Mucho gusto, señor Ben Aarón -- respondí lacónicamente.
- Debo pedirle disculpas -- se expresó en su alemán con fuerte acento extranjero --, por haber sido ingrato con usted, retirándome de la Clínica sin saludarlo.
- No tiene importancia.
- Me siento completamente sano: no tuve ningún dolor de cabeza, ningún mareo.

- Su caso no era difícil. Necesitaba una operación a tiempo, se hizo y todo salió bien.

- ¿Cómo va su trabajo en la Clínica?

- Perfectamente, gracias,

- Myriam -- se dirigió a su hija --. ¿Por qué no me preparas una taza de té? -- y volviéndose hacia mí, aclaró --: Los judíos somos viciosos del té. ¿Desea usted una taza?

- Me sirvieron café.

Ben Aarón cruzó sus piernas, abrió la cigarrera labrada, examinó su contenido y extrajo un habano. Cortó su extremo y lo encendió. Su cabello manchado de gris, aún corto y duro, formaba un marco espinoso a sus facciones arrugadas, huesudas; El rubí del cigarro resplandecía sobre su tez oscura. Permanecimos en silencio, mientras él fijaba la mirada en el vacío, lanzando una larga cinta de humo celeste.

- Dígame, doctor ¿cómo logró ganar una beca para perfeccionarse en Alemania?

- No es tan difícil.

- Pero usted ha tenido que ascender desde muy abajo.

- Me halaga, señor Ben Aarón.

- No creo que haya muchos refugiados palestinos tan afortunados.

- ¡Por supuesto que no! Coincido respecto a mi buena fortuna.

- Algunos méritos deben sobresalir en su foja. No todo es suerte.

- Predomina la suerte.

- ¿Dónde cursó sus estudios?

- Primero en Ramlé, luego en establecimientos de la UNRWA. Estudié medicina en Beirut y, con ayuda de mis profesores gané la beca que me trajo a Friburgo.

Myriam entró con el té y se sentó frente a nosotros, completando el triángulo. Le puso azúcar a la taza de su padre.

- ¿Conocías la historia profesional de nuestro amigo?

- ¿Por qué, papá?

- Cuéntela con más detalles, por favor -- solicitó mientras recogía su taza -- . Le aseguro que me interesa sobremanera.

Sonriendo, añadió:

- Quiero saber si realmente estaba bien capacitado quien me abrió la cabeza... -- señaló con un dedo la cicatriz que se ocultaba bajo la corta cabellera.

Departimos casi una hora. En ese lapso bebió cuatro tazas de té. El profesor Günther me había dicho que los cirujanos se acuerdan del primer paciente. La vida de Ben Aarón está llena de acontecimientos. Además, es un paciente agradecido.

Como Ben Aarón continuaba al otro día su viaje hacia Nueva York, convenimos cenar juntos.

Regresé para cambiarme. Sobre mi escritorio encontré una carta de mi hermano. Rasgué el sobre con impaciencia. Me transmitía una noticia importante: Nahhás había recuperado la libertad.

- 2 -

Nahhás. Mi cuñado, el hermano de la pequeña y ruborosa Modiha. Nahhás, el que apuñaló a Modiha catorce meses después de nuestro casamiento para lavar su honor y el de su familia. Aquel cuyo cuchillo me visitó en sueños: la última vez para amenazar mis pensamientos transformados en copos de nieve.

Quien no conoce a fondo la complejidad de las tradiciones árabes, no puede entender mi matrimonio.

Modiha me fue prometida apenas nació, siguiendo la costumbre sobre la prioridad del "primo" en la elección del cónyuge.

Mi padre y su hermano Yussef, progenitor de la criatura, concertaron el acuerdo durante los tristes días de la guerra, en la ciudad de Haifa, cerca del puerto. Desde ese momento mi destino y el de ella quedaron formalmente ligados. Yo tenía que aceptar la imposición, de lo contrario "humillaría" a mi tío Yussef y a su familia. Fui impuesto de ese destino desde que tengo memoria. Cuando adolescente empecé a reflexionar sobre mi futura mujer, especialmente a desearla en mis periplos de fantasía ardiente y curiosa. Modiha me fue descrita con elegante recato. Pero nunca la vi.

Cuando ella alcanzó la pubertad, tío Yussef y mi padre acordaron que había llegado el momento de casarnos. Yo cursaba estudios de medicina en Beirut desde hacía un año. Según ellos, un riesgo evidente se cernía sobre mi futuro, pues la "seducción de las mujeres" podía tener efectos imprevisibles cuando se estaba alejado del control familiar. Mi contacto con el gran mundo podía inclinarme incluso a rechazar el enlace, olvidando las tradiciones, como ocurría a diario con los muchachos que estudiaban en las grandes ciudades. Ese clima llevó a que poco antes de mis vacaciones,

sin yo saberlo, se organizara rápidamente la boda. En pocos días se dio término a una serie de trámites y negociaciones que habitualmente se extienden durante meses. Mi padre se reunió en mi ausencia con tío Yussef para firmar el acta de matrimonio preparada por un *sheik* y entregó en esta ocasión el *mahr*¹². El *mahr* fue exiguo por dos circunstancias: la pobreza evidente a que había sido reducido mi padre y el apuro favorable que se evidenció en tío Yussef.

Cuando regresé a Jordania para pasar mis vacaciones junto a mi familia, ignoraba la fiebre que había empezado a agitarla, Papá me condujo a un rincón del caserío blanco. Nos sentarnos bajo un olivo platinado por el polvo del desierto. Presentí una noticia importante. Sus manos secas y nudosas, parecidas a trozos del árbol, se apoyaron sobre mis rodillas. Citó algunos Hádices como introducción: eran gratos como la sombra que nos prodigaba el enamorado. Y con gravedad recordó los pactos establecidos en Haifa al nacer Modiha, hija de su hermano Yussef. Yo miré sus bigotes espesos, los mismos que lastimaban cálidamente, dulcemente, cuando solía alzarme en sus brazos potentes para besar mis mejillas. Sus ojos endrinos me examinaban con atención para atrapar algún gesto de resistencia. Pero la sorpresa ya la había disuelto: mi espalda se fue aflojando contra el retorcido tronco, dócilmente. Aceptaba los Hádices y la voluntad paterna. La intensa luz reverberando sobre las tapias blancas y la fecha inminente de la boda me produjeron dolor en las órbitas. Mi pensamiento disparó hacia la desconocida Modiha, cuyo rostro y cuyo cuerpo fabriqué de mil maneras.

Tío Yussef dedicó íntegramente el *mahr* a la compra de muebles y ajuar. Su familia vino a nuestro casamiento, alojándose como pudo, sin que nadie exteriorizara exigencias. La prohibición de ver a la novia -- anticuada y ridícula que ya pocos obedecen -- fue defendida por su madre, acatada por mi tío aceptada con gran disgusto por mi familia. Para la obcecada madre de Modiha el universo permanecía detenido: entre la bisabuela y su descendencia no cambiaron los arroyos ni modificaron las costumbres.

Al llegar el día de la fiesta, ingresó al campamento una mujer ornamentada con alhajas, afeites y telas coloridas. La noticia corrió velozmente: *ballana*. La *ballana* era la esteta destinada a embellecer novias. Sus manos hábiles, sus ojos escrutadores y las fórmulas secretas de sus cremas depiladoras obraban milagros.

Mientras la *ballana* procedía a hermosear a la ignota Modiha los amigos y parientes se encargaron de llenar mi imaginación con el goce que depararía el final de la fiesta. Las más antojadizas versiones sobre las etapas que cumplía la *ballana* se comentaban y discutían picarescamente. La mágica halawa era aplicada en todos los rincones del cuerpo provocando su perfecta depilación. Luego, tras horas de minucioso trabajo,

¹² mahr: dote.

era sometida a un baño prenupcial, con abundante transpiración, fricciones múltiples y copiosas abluciones. Se le hacían masajes. Su tez morena era aclarada con el sbidag, polvo blanco mezclado con agua de rosas; sus senos endurecidos con alumbre; sus uñas pintadas con henné y sus cabellos brillantados con aceite de jazmín.

Los invitados empezaron a llenar el patio donde aún flotaba el vapor del riego sobre la tierra caliente. Se dice que una boda árabe consta de tres aspectos característicos: dignidad, buen humor y cierta licencia. Comenzó con la reunión separada de los sexos como exigía su familia: los hombres quedaron junto a mí en un minúsculo bosquecillo de higueras, y las mujeres fueron a la tienda de la novia. Circularon las bandejas con repostería azucarada y copas de zumo de frutas. Abbás acudió con una botella de whisky escondida bajo su ropa y convidó a los más jóvenes. Los discos llenaron el aire con música árabe. Algunos cigarrillos con haschisch pasaron de mano en mano. Acompañándose con alusiones, los amigos me obligaron a beber mezclas afrodisíacas. Luego se aproximaron las mujeres y la fiesta adquirió más animación. De las rústicas viviendas acudieron los curiosos felicitándome y metiendo sus manos impacientes en las bandejas.

Divisé por fin a Modiha, vestida chillonamente con collares y pendientes. El carmín que coloreaba sus labios y el relieve artificial de sus ojos no disimulaba su tierna edad. Los hombres trataban de ocultarla con sus manos abiertas, lanzando chistes.

Durante el apogeo de la fiesta, cuando el aroma del cordero asado se expandía por el caserío blanco y en un rincón mis parientes ya preparaban potes con uvas, dátiles e higos, varias mujeres rodearon a Modiha y la invitaron a la cámara nupcial. Su rostro pintarrajeado por la *ballana* (que contrató su estúpida madre), se escapó nuevamente de mi vista. Los hombres disfrutaban estimulando mi presunta excitación con haschisch, ganzabil e historias picantes.

Modiha fue desnudada por las mujeres y yo conducido a ella. Penetré trastabillando en el recinto. Mis recuerdos se esfumaron en la nebulosidad que entonces enceguecía mi mente. El primer encuentro con Modiha no fue grato para ella, como lo confesó más tarde. Sus ojos no se cerraron con mis besos, su boca alargó su grito en mis pesadillas.

Una semana después terminaron las vacaciones y tuve que regresar a Beirut. Llegó el momento de la separación. De Modiha me llevaba la imagen de una adolescente medianamente bella y muy asustada por el impacto de ese matrimonio precoz. Su boca apenas emitió otras palabras que las de sumisión y obediencia. Su cultura era elemental. Permaneció resignada en el campamento de mi familia, aguardándome para el tiempo de las nuevas vacaciones. Entonces se esforzaba por complacerme como mejor podía. Nunca llegué a amarla. Pero sí a compadecerla. Mis largas ausencias, justificables o no para la masa de vecinos, originaron agudezas respecto de su conducta.

La ligereza de una esposa es muy seriamente observada. Mi vida en Beirut, en cambio, cualesquiera fueran mis licencias, no importaba en absoluto. Modiha debía acentuar su reclusión y vigilar con mayor celo la inviolabilidad de su honor. Las versiones antojadizas se multiplicaron. Absurdamente. Crecieron como hierbas parásitas. Algunos les dieron crédito y quisieron probar suerte. Modiha fue molestada de palabra. Su consternación primero y su dolor después, la llevó a pedir a mis hermanas que siempre la acompañaran. Pero esta actitud originó nuevos comentarios. Más hierbas parásitas. Un matorral que le aprisionó... y empezó a asfixiarla. Modiha pasó a ser el tema cotidiano. Las mujeres se ocupaban en seguir sus pasos, observar sus actitudes y controlar sus gestos, en busca de alguna pista. Más bocas rezumaron más chismes. Con la agudeza venenosa de los espinos. Cuando llegaron al campamento donde vivía tío Yussef, contenían ya una terrible acusación: adulterio. Para una familia árabe tradicional, nada más bochornoso y destructivo que una mujer pecaminosa. Para el padre, la ruina moral. Para el hermano, la más grave ofensa a su honor. No importaba que la hubiera inducido a cometer la falta, ni siquiera si ocurrió contra su voluntad. Toda la familia cargaba con esa culpa y su buen nombre sólo podía lavarse con sangre.

Yo estaba en Beirut. No se me avisó. Mi opinión se daba por descartada. La justicia correspondía a la familia de Modiha porque el honor mancillado no era el mío, sino precisamente el de ellos. Nahhás, el silencioso y decidido Nahhás, se encarga de la horrible misión. Le aguarda un severo castigo, pero los tribunales son condescendientes con este tipo de acciones.

Cuando me llegó la noticia, todo había concluido. Modiha fue enterrada con una rosa escarlata en su pecho y Nahhás condenado a varios años de cárcel.

Con el tiempo, Modiha fue reivindicada: la rosa que brotó de su pecho fue un grito de inocencia. Pero ello no agravó la culpa de Nahhás. Al fin de cuentas, se sacrificó por el honor de su familia.

Mi indignación fue ahogada por el repiquetear monotemático del honor, ante el cual yo debía inclinarme como todo hombre bien nacido.

- 3 -

Cené con Myriam y Ben Aarón en Der alten Baren, la hostería más antigua del país, según reza un letrero que se proyecta sobre la medieval torre de Schwaben, La comida transcurrió amablemente, pues no se tocó el problema árabe-israelí, como si un previo acuerdo así lo hubiera establecido. Era una cena de despedida. Grata, amena, feliz. Nos reunió

por última vez. Ningún presentimiento, ni siquiera la carta de mi hermano, dejó entrever los movimientos de la ubicua hopalanda de la muerte.

El final se estaba precipitando como una bola de nieve.

Hablé con Günther para invitarlo a la celebración de la independencia Siria. Lamentó no poder asistir porque esa semana viajaba a Frankfurt. Me sugirió transferir "la distinción" -- fueron sus palabras -- al profesor Karl Mecke.

Sin demora lo entrevisté.

La bola de nieve rodaba fragorosamente.

El profesor Mecke prometió concurrir.

- Tengo un especial afecto por Siria -- comentó.

Encontré a Myriam en el amplio hall de la Universidad y le propuse beber una cerveza en un bar próximo muy confortable, nos sentamos frente a frente. Ella apoyó sus codos en la mesa para sostener la cara aún sonrosada por el frío.

- ¡Hum!... -- meneó la cabeza.

- ¿De qué ríes?

- No río... Pienso si eres lacov.

- No creo en la metempsicosis -- repliqué, girando para llamar al *ober*.

- Tampoco yo, pero...

Al rato trajeron la cerveza. Myriam levantó el vaso con ambas manos, bebió un sorbo y ocultó la mitad inferior del rostro como si la cerveza fuera un velo dorado. Por encima, sus bellos ojos de agua me contemplaban.

- Myriam -- exclamé, aproximándome -- ¿En qué piensas de verdad?

Elevó el surco de sus cejas.

- ¿Te preocupa el futuro? -- agregué.

- No... Pienso sólo en el presente. Me gustas... Eso es todo. ¡Y no es todo!

El vaso ocultaba su boca y no pude leer la expresión que acompañó a sus palabras. Algo se interponía entre nosotros, tenue, transparente, pero firme.

- ¿Una aventura más? -- ironicé.

- No he tenido muchas. Ni han sido como tal vez lo imaginas. Ni siquiera estuve casada -- apoyó el vaso sobre la mesa.

- ¿Haces alusión a mi matrimonio?

- Me interesaría saber... Pero si te molesta, no digas nada. Su rostro se desdibujó, apareciendo el de Modiha. Me recliné en la silla, inquieto por su imagen. Estuve absorto unos segundos Cesó la refracción: el óvalo de Myriam recobró su personal contorno, llenando el ambiente y magnetizándolo.

Mi espíritu experimentaba una mezcla de afecto, deseo, comprensión y celos, toda la gama de impulsos tendientes a absorber a una mujer siendo absorbido por ella. Una inquietud y gozo indefinidos tendían mis nervios como cuerdas de laúd, tan sensibles que un ligero soplo era capaz de hacerlas vibrar. Pero la expansión de mis sentimientos estaba frenada por la barrera inextensible, rígida, de mi pasado y mi futuro nacional. Las riendas de la razón tironeaban con tanta fuerza que me lastimaban la boca, obligándome a disminuir el desenfrenado galope de mi corazón ciego.

Antes de Modiha no conocí otras mujeres que las prostitutas de Beirut. Durante mi matrimonio, en los largos meses de ausencia, las continué frecuentando con mis amigos de entonces, Después del asesinato de Modiha las visité con más ardor pretendiendo descargar en esas cernes manoseadas las brasas de mi rabia. Luego se produjeron algunas aventuras intrascendentes que no dejaron huellas.

Myriam parecía llevarme de la mano por el borde de un Precipicio desde donde provenían mensajes del Bien y del Mal.

Maniqueísmo puro. La nobleza de sus ojos me hacían desdeñar hasta la salud de mi conciencia.

“Me gustas... te gusto”. Palabras insinuantes o inocente confesión. “Esto es todo... ¡Y no es todo!”

El resto del universo se desprendía. Imaginaba que flotábamos en una barca solitaria sobre galaxias incandescentes. Pasado y futuro perdían importancia. Ella y yo nos atraíamos como semiesferas sometidas al vacío. ¿Por qué? su motor ¿era lo inverosímil o lo descabellado? Su atractivo ¿lo desconocido o lo peligroso?

Como en la mitología, corrí con mi espada flamígera para destrozarse al monstruo, pero el monstruo era una diosa. Caí a sus pies,

La diosa nacida en los océanos... El relato de Ingrid Beickert. Nazis, mar, barcos destartados, marinos británicos. Su vida resumía la epopeya de su pueblo. Los embates de judío desesperados que mordieron la piel del León Británico hasta obligarlo a abandonar Palestina.

Yo, en cambio, resumía la frustración de mi pueblo, engañado por propios y ajenos, explotado por la política, engrillado al ilusorio objetivo de atrasar el reloj. Y en ello el fragor del odio, del honor, de la sangre. Ansiaba descender el velo que ensombrecía mi mente llena de temores y prejuicios,

dejándola súbitamente expuesta a la quemante luz desconocida. Pero en el fondo... temía. Temía caer al abismo.

¡Soy árabe! -- rugía mi conciencia, estremeciendo la memoriosa malla de mis pensamientos en desorden. Y reaparecían los refugiados, esparcidos a lo largo de las fronteras, asfixiados por la indigencia y la desesperanza.

- ¿Vas al baile de la Organización de Estudiantes Árabes?

- Myriam me arrancó del periplo.

- ¿Cómo te enteraste? -- reaccioné confuso.

- Hace tiempo que lo anuncia un cartel. Lo veo todos los días.

- Asistiré, por supuesto.

- ¿Me llevas? Se trata de un baile, harán falta chicas.

- ¿Te interesa realmente?

- ¿Por qué no?

- Es la independencia de Siria -- la miré de soslayo.

- ¿Y? -- bajó la copa, descubriendo sus labios maduros.

- No te aconsejo que vayas. Eres israelí, según se dice...

- ¿Y por eso no puedo celebrar la independencia de un país vecino?

- Quizá te incomoden, te provoquen -- dije con una mezcla de ironía y desconcierto.

Myriam no estaba dispuesta a ceder.

- ¡Que provoquen! -- se encogió de hombros --. ¿Crees que no sabré responder?

- Estás bromeando o... es una demostración de temeridad,

- ¿Temeridad?... ¡Vamos, no seas chiquilín, por favor!

- Es que...

- ¿Te avergüenza ir conmigo?... Mira que te estoy poniendo a prueba.

No sabía cómo salir del paso. Muchos árabes la conocían. Estaría Omar Dakani. Podría ocurrir cualquier cosa.

- Yo no tengo nada contra Siria -- insistió --. Respeto y celebro su independencia, como cualquier persona civilizada.

- Si, Myriam. Pero existe recelo contra los israelíes. No necesito explicártelo, por favor.

- Es una fiesta, no es un acto político.

- Pero tu presencia se prestaría a cualquier interpretación.

- ¿Cuál, por ejemplo?

Aspiré desolado. Ella sonrió, sabiendo que ganaría.

Titubeé aún... Contemplándola, mis ideas cruzaron raudamente. Quizá sea mejor que vaya, pensé. Es una oportunidad para poner en vereda mi conciencia. Enfrenté las pullas: ayudarán a clarificar mis contradicciones.

- Te pasaré a buscar el sábado a las 20 -- cedí.

Que ocurra lo que Dios quiera.

Al salir del bar, el viento castigaba los copos de nieve. Y no era sueño.

- 4 -

El "grupo latinoamericano" de la Albertus Burse -- ni enteramente latino, ni enteramente americano -- no sospechaba mi amistad creciente con Myriam.

Gerhard Reiser hubiera salido de madre, como un río tumultuoso, para inundarnos con reflexiones acerca de la conciliación árabe-judía, la potencia formidable del amor, los trayectos imprevisibles que realizan los hombres en el misterioso dédalo de la vida. Y lo hubiera expresado calmosamente en su cultivado alemán o en su sabroso francés: como hijo del Sarre -- insistiría -- le era posible cabalgar con el pensamiento dilatado sobre diferentes naciones, diferentes culturas, diferentes telescopios. La Iglesia e Israel estuvieron largamente enfrentadas, hasta que el papa Juan descendió de su trono para recibir una delegación judía y, abriendo los brazos exclamar con emoción "Yo soy José, vuestro hermano". Francia y Alemania no podían soportar el roce electrificado de sus fronteras comunes, porque hacían doler, odiar, matar. Del mismo modo, quienes no saben buscar en la historia, ni confiar en el proyecto divino, aceptan con precipitación el absurdo de que los árabes no llegarían a vivir armoniosamente con los judíos. He aquí -- me hubiera señalado con su índice de católico ferviente -- la prueba de que Israel e Ismael son hermanos en la épica y el destino.

Vicente Carballo, en cambio, hubiera reaccionado con escepticismo. Cruzando las piernas -- y extendiendo el pantalón de fibra eterna para, que no se arrugase -- hubiera dicho con su habitual suficiencia que mi relación con Myriam no excedía el acontecimiento individual: ni símbolo, ni comienzo de un proceso en cadena. Después expondría sus conocidas opiniones. El pequeño Israel, aunque supo defender sus años de existencia, no deja de ser pequeño y vulnerable. Esos rasgos estimulan la fijación -- la desesperación -- de los árabes por derrotarlo, aplastarlo

eliminarlo y desquitarse en él de todas las frustraciones que padecen desde que fueron expulsados de España. Por entonces -- lo afirmó tantas veces mientras bebíamos café en la pieza de Ignacio --empezó su decadencia, hasta hacerse total, terrible, plana como la arena del desierto. Vicente dividía la historia árabe en tres etapas, florecimiento, letargo y deslumbramiento. La primera fue brillante, la segunda atroz y duró siglos. La tercera empezó ahora, bautizada con petróleo. Así como en España crecieron juntas las civilizaciones árabe y judía, produciendo a cual mejor artistas, médicos y filósofos y de nada sirva en nuestro siglo aquella vieja fraternidad, tampoco serviría un idilio casual entre una israelí y un palestino refugiado

El cura Ignacio Nassif hubiera evitado los comentarios públicos. No querría enfrentar a los árabes, no querría enfrentar a los judíos, no querría evidenciar la fogosidad de su carácter. La formación jesuítica le enseñó a ser disciplinado y manejar los frenos de la lengua. Es decir: caminar con discreción para no embutirse en un fondo de saco. Me hubiera invitado a otro aparte en su cuarto vacío, cuando las tazas de café relucen ordenadas en su estante y los ceniceros ofrecen sus concavidades limpias. Allí, en secreto, hubiera expresado sus temores sobre mi conducta incomprensible, me hubiera prevenido sobre los planes de la Organización de Estudiantes Árabes, la obsesión de venganza que los tiene enfermos. Y me hubiera refregado con vehemencia que por culpa de los Estados árabes no se fundó un Estado palestino en 1948. Y que nosotros, los refugiados, fuimos tratados inhumanamente por nuestros hermanos de raza. Su discurso no se hubiera limitado a Myriam: a él le interesaría raspar su uña en mi úlcera: la intervención de siete países árabes provocó la gran derrota; si no hubiesen intervenido, no se hubiera producido la guerra, La partición de Palestina decretada por la UN hubiera tenido vigencia y los palestinos no hubieran abandonado sus hogares. Faltaba madurez: los judíos encabezaban la lucha contra el colonialismo británico en la región, eran la primera fuerza progresista del Medio Oriente. Y los árabes los agredieron comandados por oficiales Ingleses... La falta de madurez les impidió ver los derechos judíos, que armonizaban con los intereses árabes. Esa misma falta de madurez los incita actualmente a querer borrar la historia. Ignacio hubiera repetido que los argumentos y las simpatías serían diferentes sí e petróleo lo tuviera Israel o su territorio fuera más grande. Entonces las exigencias de seguridad que reclama se aceptarían como lógicas, tan lógicas y aceptables como las que exigen para sí China, o la URSS o Francia. Y mi indignación me hincharía como a un batracio.

Jorge Silverman hubiera evitado cualquier referencia al conflicto árabe-israelí, para no incordiar nuestra relación dentro y fuera del trabajo. Hubiera callado, perplejo y con cierto disgusto, ante las referencias sobre mi promisoría amistad con Myriam. Y yo no descubriría -- no descubriría nunca -- la relación que existía entre ellos. Conoció a Ben Aarón y su hija

la misma roche del accidente, como yo. Se asombró, como yo, cuando el profesor Günther la llevó a la cena de Navidad. Pero emergió con ella de la oreja de Ingrid Beickert, como si ya los uniera un afecto que entre nosotros aún no se había manifestado cabalmente. Su condición de judío chileno lo ponía más cerca de una israelí que la mía, de palestino refugiado: los judíos se mofan de la geografía, sólo se amarran a la historia, porque para ellos la historia envuelve al planeta como un polvo sanguinolento e imantado. Son partículas del mismo polvo, una en Chile, otra en Israel.

No menos variadas hubieran sido las reacciones en la Clínica. 'El *Privat Dozent* Doktor Franz Braüer hubiera olvidado los convencionalismos académicos -- como siempre para abrir grande los ojos y adelantar groseramente su abdomen en actitud de asombro. A continuación gritaría que los árabes pensarnos con el pene, después se alborozaría por el sensacionalismo político, a continuación preguntaría con lascivia si me resultó fácil llevarla al lecho y, queriendo saber más, me invitaría a comer. En el restaurante devoraría fuentes enormes y deglutiría litros de cerveza. Enrojecido por la ingesta, luchando por reprimir eructos, fluctuaría entre el buen humor y la melancolía. Al principio ofendería a árabes y judíos, me azotaría con bromas. La incesante carga de alimentos lo iría apagando hasta que con el postre, rendido y fraternal, me extendería la fofa mano transpirada para desearme buena suerte.

En cuanto el profesor Karl Mecke, sus orejas notablemente adheridas al cráneo y su nariz torcida hacia las nubes permanecerían indiferentes porque nada ajeno a la neurocirugía podría interesarles. Sus ojos de acero, cuyo resplandor hierático no era reducido ni por los cristales de sus gafas, sólo veían enfermos, radiografías y campos operatorios. Brauer, Jorge y yo coincidíamos en sospechar que tras su delantal y su profesión, sólo existía el vacío. Pero como ocurre siempre, apreciaciones semejantes -- tan esquemáticas, tan absolutas -- estaban muy lejos de la verdad.

- 5 -

Fuimos al Hotel Hirsch.

Contra el telón fuliginoso del cielo se recortaba el perfil de una cabeza de ciervo fraguada en bronce. Un par de reflectores estratégicos iluminaban las banderas de Siria y Alemania Federal, sobre la fachada amarilla del hotel, que ondulaban mansamente tocándose con frecuencia en el vaivén de la brisa.

A medida que nos aproximábamos mis pies se iban sintiendo más pesados como si la nieve intentara adherirlos al piso. Pero charlaba con Myriam simulando despreocupación.

En el cálido vestíbulo, con olores a maderas y tapices, vi a Daud Gomaa e Ibrahim Koury. Caminamos hasta la ropería y entregamos nuestros abrigos a una mujer seca y muda. Saludé a unos conocidos desde lejos, intentando evitarlos. Empujé suavemente a Myriam hacia el salón de fiestas, como si allí, en el centro de la multitud, podríamos pasar más inadvertidos que en el vestíbulo decorado con resistentes palmeras de interior.

El cielorraso estaba surcado por hilos desde los cuales colgaban banderitas de todos los países árabes. Junto al escenario donde actuaba enérgicamente la orquesta, dos enormes mapas cubistas representaban a Siria y al mundo árabe. Numerosas parejas ya estaban bailando.

Casi todos los jóvenes eran árabes que estudiaban en Friburgo. Las muchachas en cambio, parecían alemanas o de otros países. Los profesores invitados se nucleaban en pequeños grupos reconocibles por su actitud aún recatada, casi alerta.

Saqué mi paquete de cigarrillos y se lo tendí a Myriam. Al levantar los ojos, divisé junto a una mesa servida al profesor Karl Mecke, conversando de pie con otras dos personas.

- ¿Vamos a saludarlo? -- propuse sintiéndome obligado. Había dicho que amaba a Siria.

- ¡Buenas noches! -- saludé fuerte para sobrepasar la estridencia de la orquesta.

El rostro de Mecke pasó por dos expresiones opuestas, con la rapidez de un fogonazo. Sonrió al verme y se sorprendió al identificar a Myriam. Hice las presentaciones. Lo acompañaban otros profesores universitarios.

Permaneció silencioso, con sus ojos fijos en Myriam. Apoyado sobre el borde de la mesa tendida, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada inmóvil, parecía un muerto verticalizado.

Daud Gomaa se aproximó en su calidad de anfitrión del ágape. No tuve más alternativa que presentarle a Myriam; Gomaa no entendió bien su nombre, que pronunció adrede con voz inaudible.

- ¿De Friburgo? -- preguntó inocentemente.

- No, de Israel -- contestó Myriam con su habitual tranquilidad.

Gomaa quedó alelado. Parpadeó brevemente. Yo imaginaba el discurrir de sus pensamientos: esta mujer bromea, provoca, es realmente israelí, hizo un chiste.

Gomaa tardó en reaccionar. Yo miraba el techo. ¿De qué parte de Israel, entonces? -- preguntó sonriendo, decidido a seguir la corriente.

- De Ramlé -- respondió ella con igual seriedad.

Gomaa quedó cortado, esta vez inequívocamente.

- Entonces... ¿Es usted judía... de Israel?

- Ahá -- replicó imperturbable. Señalando con su mano, quiso restarle significación: Yo soy israelí de Ramlé, el profesor Mecke es alemán de Hannover; usted es sirio de...

Mecke salió de su mutismo Invadiendo bruscamente la conversación:

- ¿Cómo lo sabe?

Myriam arqueó sus cejas: ¿Qué cosa?

- Mi... mi procedencia.

- Porque me lo han dicho y por la pronunciación perfecta de su alemán.

Mecke forzó una sonrisa tonta. Se arregló el nudo de su corbata plateada. Indeciso, miró hacia atrás como si le interesaran la repostería y las bebidas que llenaban la mesa.

- De Homs... -- dijo Gomaa, casi boquiabierto.

- Usted es de Homs -- continuó Myriam --. Ya ve, somos vecinos. Ramlé y Homs están más cerca que Friburgo y Hannover.

“¡Que cambien de tema!”, rogaba para mis adentros. Levanté un plato con *kebbe*.

- Prueben este manjar. Gomaa no se reponía de la sorpresa.

- Es la primera vez que lo corno -- dijo uno de los profesores --. Mm...No está mal.

- Sírvete uno tú también -- extendí el plato a Gomaa.

Mecke llenó seis copas con zumo de frutas, pero antes de alcanzarle una a Gomaa, éste se disculpó, desapareciendo entre la gente. Myriam se encogió de hombros. Yo bebí con súbita e Intensa sed.

Al rato se detuvo la orquesta y el locutor pidió silencio. Miramos hacia el escenario Ibrahim Koury se acercó al micrófono. Su cara estaba dividida por el formidable bigote: arriba brillaban sus ojos perspicaces, abajo temblaba su perilla minúscula.

- Señoras y señores En nombre de la Organización de Estudiantes Árabes de Friburgo y de los estudiantes sirios, les doy, la bienvenida. Hoy celebrarnos otro aniversario de aquel glorioso 17 de abril de 1946 en que las tropas extranjeras evacuaron nuestro territorio nacional. Fue el corolario de una larga lucha en la que cayeron muchas vidas y se forjaron muchos sueños. Aquí, lejos de nuestra querida patria, nos hemos reunido para que la angustia de la distancia se diluya en el calor de una fiesta. Agradezco a los señores profesores que han respondido a nuestra

invitación, brindándonos con su presencia la jerarquía y la fraternidad que debe poseer esta conmemoración. Agradezco a los numerosos amigos y amigas que se han hecho presente para testimoniar la hondura de sus vínculos.

Koury se inclinó para levantar una copa.

- Brindemos por la prosperidad de Siria y de los demás países árabes. Por la amistad con Alemania. Por la paz con justicia y honor. ¡Por la felicidad de todos!

Una salva de aplausos ahogó sus últimas palabras. Estallaron algunas hurras.

La orquesta reinició su actividad. Las parejas se lanzaron a la pista. Invité a Myriam.

- Bailas muy bien -- comentó al final de una seguidilla de aciertos plásticos.

- Opino lo mismo de ti.

- Pero te supera ese muchacho... -- señaló hacia un lado con la cabeza.

- ¿Cuál?

- Ese que te hace guiños.

Detrás de algunas parejas, asomándose cada vez que se le permitía el ritmo de la música, aparecía Sherif.

- ¡Ah! Es Sherif Tamir. Un buen amigo. No me asombra tu comentario.

Al detenerse la orquesta Sherif se aproximó. Saludó con exagerada cortesía a Myriam y luego nos presentó a su compañera Katherin Zruberg, estudiante de física.

- Me parece que nos conocemos -- dijo Sherif a Myriam.

- Así es, Nos hemos visto en Bad Godesberg, en las jornadas organizadas por la Fundación Humboldt.

- Tienes buena memoria -- hizo un gesto simpático, golpeándose con dos dedos su frente.

- Recuerdo cuando me acompañaste con tu paraguas hasta el ómnibus, a la salida del concierto.

- Ah, es verdad. ¡Cómo llovía!

- Fueron días divertidos.

- Lo curioso -- observó Sherif -- es que no nos hayamos vuelto a ver.

Katherin Zruberg se puso inquieta al sentirse desplazada e inició una conversación conmigo. Elegante y minuciosamente arreglada, parecía una de esas muchachas ardientes que encantaban a Sherif, para alternar sexo

y cultura, y no morir exprimido como un zángano, pero que no aprendió aún a ejercitar la indulgencia. Yo trataba de escuchar a Myriam y Sheriff, por lo cual me resultaba penoso responderle. Sherif rodeó con su brazo la cintura de Katherin, pero continuó hablando Con Myriam. Los ojos de Katherin adquirieron un destello feroz.

La orquesta acudió en su ayuda, Cada uno retomó su pareja. La pista se atiborró, El salón era evidentemente pequeño. El propósito de realizar la fiesta allí para lograr plenitud, superó los cálculos. En la pista era difícil moverse. El baile se iba convirtiendo en un hermético atado de personas. Cuando paró la música, nos sentimos prisioneros transpirados, agotados, en medio de una escarpada muchedumbre.

- ¡Bebamos algo! -- exclamó Sherif por encima de varias cabezas.

- Vamos hacia aquella ventana -- dije.

Era difícil alcanzar las bebidas. Sherif se introdujo entre los cuerpos y volvió con cuatro copas llenas, haciendo equilibrio, para no volcarlas sobre la ropa de sus vecinos.

- ¡Salud!

- Por Katherin Zruber y por Myriam Ben Aarón -- brindó Sherif. El zumo de frutas refrescó nuestras gargantas secas.

- Es delicioso como agua de oasis.

- No hay bebidas alcohólicas ¿verdad? -- observó Katherin.

- No -- dijo Sherif --. Esta fiesta es una conmemoración que no puede degenerar por causa de ningún intemperante.

- Buena medida preventiva.

- No es de los organizadores, Katherin -- explicó --: lo exigía la gerencia del hotel.

- Entonces es una gerencia antipática -- dijo otra voz. Miramos en dirección al nuevo interlocutor.

- ¡Ignacio Nassif! ¿Qué haces aquí?

- Lo mismo que tú; bebiendo este insípido zumo de frutas -- hizo una mueca con su boca de por sí ya torcida.

Ignacio vestía *clergyman* y sostenía en su mano izquierda un vaso a medio terminar.

- A la señorita Ben Aarón la conozco -- le tendió la mano.

- Soy Sherif Tamir -- se presentó simulando formalidad.

- Nos conocernos. ¿Qué tal Sherif?

- Muy bien. Maravillosamente acompañado -- señaló a las mujeres con inefable gozo.

- No esperaba encontrar sacerdotes en esta fiesta. -- confesó Katherin.

- ¡Esta es una fiesta de santos! -- exclamó Ignacio con excelente humor --. Ni siquiera hay vino.

- Pero la música no sigue lo cánones gregorianos -- ironizó Sherif.

- Todavía no he oído la música del cielo ni la del infierno para juzgar a la de esta orquesta -- replicó al instante el cura.

- ¿Qué te parece el baile? -- insistió Sherif.

- Animado.

- ¿No crees que el diablo se mete en los cuerpos? Las contorsiones son feroces.

- ¿Quieres que lo condene? David bailó delante del Arca Sagrada. La Biblia no especifica cómo movió los pies, los brazos ni las caderas. Tal vez hoy se baila igual que tiempos de David.

- Eres un cura muy evolucionado o muy pícaro...

- ¿Me prefieres tonto?

- ¡Sherif! -- le reprochó Katherin --: ¡no molestes al padre!

- ¿Molestarlo? ¿Acaso no se defiende? Es capaz de pulverizarnos.

Por el micrófono me llamaron a la mesa de entradas.

- ¿Qué pasará?

- Tal vez te necesiten en la Clínica -- pensó Ignacio.

- Es raro. No avisé que estaba aquí.

- Pero medio Friburgo se ha enterado de esta fiesta.

- Permiso -- deposité la copa --. Veré de qué se trata. Salí del salón desbordante. El corredor alfombrado me pareció enorme: amplio como un campo de tulipanes, libre del humo y de los cuerpos apretados.

Frente a la mesa de entradas, en un pequeño círculo de sillones, estaban sentados Daud Gomaa, Ibrahim Koury y Omar Dakani. Vacilé.

- ¿Qué ocurre? -- mi mirada salteó a Omar.

- Siéntate.

Me ubiqué en un espacio frente a los tres.

- ¿Fumas? -- ofreció Daud Gomaa.

- Ya fumé, gracias -- fruncí el ceño, poniéndome en guardia.

- Bueno. Preguntarás para qué esta reunión.
- En efecto.
- Desearíamos nos expliques la presencia de esa judía.

Los miré en silencio. Los tres fumaban, comprimiendo nerviosamente sus cigarrillos. Permanecían inclinados hacia adelante, listos para recibir mi respuesta.

- ¿Es un interrogatorio?

Omar Dakani se mordió los labios, Su pelo negro y duro parecía una madeja de alambre.

- No lo tomes a mal -- intervino Koury --. Pero es insólita la presencia de una israelí en la fiesta nacional siria. Estamos sorprendidos. Ella vino contigo y queremos saber por qué.

- Porque celebra la independencia de Siria. Me pidió que la trajera y yo no encontré motivos lógicos para negarme. Eso es todo.

- ¿Crees que eso es todo? -- preguntó Gomaa --. ¿Bromeas? Omar no abría la boca. Seguía fumando tensamente,

- ¿Qué otra cosa puede haber? -- separé las manos.

- Nos asombran desde hace tiempo tus relaciones con ella -- dijo Koury adelantando la barra negra de su bigote.

- ¿Ustedes controlan mis relaciones?

- ¡No hablemos de control! No somos tus padres ni agentes secretos. Pero un refugiado palestino tiene muy poco en común con una israelí para forjar una relación, una amistad.

- Eso "muy poco en común" nos vincula. Es suficiente para acercar dos personas. No le busques la quinta pata al gato. Ella no expulsó a mi familia ni nos hizo la guerra. También ha sido víctima de la guerra. Es una mujer como cualquier otra. Perdió a sus padres y vive en Ramlé. Guardando las distancias que corresponden, no veo motivos de inquietud porque llegue a ser mi amiga o porque haya venido a esta fiesta.

- Estoy absorto -- proclamó Koury.

- Yo también -- apoyó Gomaa.

- ¿Por qué? ¿Debo rechazar de plano a cualquiera que sea judío?

- Que sea judío, no: que sea sionista, israelí. ¿Olvidas lo que esa sola palabra implica para los árabes, para los palestinos?

- No lo olvido. Pero... ¡qué te crees!

- Entonces ¿qué plan tienes con esa chica?

- ¿Tengo obligación de informarlo?
- Pues no. Tranquilizarnos solamente. ¿Te acuestas con ella?
- Aún no.
- ¿Esperas conseguirlo pronto?
- No lo sé. Tal vez...

Se miraron entre sí. El cruce de destellos rasgó un tul. Simularon ver claro. El rostro de Koury se alegró.

- ¡Bueno, eso es otra cosa! -- exclamó incorporándose --. Pero no era necesario que la trajeras aquí. En cierta medida, empaña nuestra fiesta. Conquistala con otros medios. Pero ¿qué tiene que hacer una sionista aquí, entre nosotros? Su presencia no es grata.

Me levanté también.

- Puedes traerla a mi departamento -- ofreció Gomaa --. Mi *Hausfrau* ha salido de viaje por una semana, de modo que no hay dificultad en entrar y salir con cuantas mujeres quieras.

- Gracias -- respondí --. Ya te avisaré.

Omar Dakani se levantó y se acercó bruscamente, empujado por un resorte sin graduación. Sus labios gordos se movieron, pero sin articular sonido. Puso una mano en mi hombro. Le brotó un ronquido.

- Nuestra causa es tu causa.

- Lo sé, Omar, lo sé.

- Esa judía no puede ser tu amiga. Algo se trae entre manos. La Conocí en Bad Godesberg. Es arrogante, tiene maldad.

Esbocé una sonrisa. Estaban sinceramente preocupados por las consecuencias de mi relación con Myriam. No la juzgaban como mujer, como un ser desprovisto de complicaciones. Su origen y su filiación la ponían en el campo enemigo y eso era evidente, indiscutible.

- Quédense tranquilos. No le será fácil hacerme sionista...

Me palmearon amistosamente. Koury miró su reloj pulsera.

- Tenemos que atender a los invitados. Regresemos.

- Esa judía no me gustó desde que la vi mascullo Omar con la cabeza baja, impetuosa.

Avanzamos por el amplio corredor y entramos al salón atestado. La música estridente y el vaho de la pesada atmósfera nos rechazaron. Me separé de ellos. Fui al lugar donde habla dejado a Myriam, junto a una ventana. Caminé haciendo equilibrio por la orilla de la pista, recibiendo empellones.

La inquietud de mis amigos atravesó mi epidermis, pero no sacudió mi Interior. Su desborde, su exageración, quitaban la fuerza convincente. El tiempo transcurrido y las experiencias acumuladas ya me hablan demostrado que no era antinatural una corriente de afecto honesta con Myriam y hasta con Ben Aarón. La política no descompone todas las almas como los gusanos a una fruta.

Junto a la ventana encontré solamente a Katherin Zruberg conversando con Ignacio Nassif.

- Por fin vuelves. ¿Quién te llamó?

¡Bah! No tiene importancia. ¿Y los otros? Allí están, bailando.

¡Ah! -- vi a Myriam y Sherif.

- Parecen divertirse -- observó con irónica amargura Katherin.

- Sherif es muy ocurrente -- dijo Ignacio.

Katherin me enfrentó.

- ¡Bailemos!

Contraje la frente, sorprendido, y encogí los hombros. Su cuerpo elegante, erguido, empezó a cimbrear como un bambú. Su rostro tenso preludiaba descargas histéricas.

Dimos un paso hacia la pista. Ella acentuó el ritmo con rabia, chasqueando los dedos y golpeándose los hombros con su agitada cabellera. Su pelvis dibujaba arabescos caprichosos de irresistible súcubo.

- ¡Ha!... ¡Ha!... ¡Ha!... -- lanzaba grititos martillando el ritmo.

Su cuerpo se encogía y estiraba. Sus brazos y caderas ampliaron su área de acción empujando con rabia a las parejas vecinas. Miraba el piso o el techo, acompañándose con flexiones y extensiones espasmódicas de la cabeza, Sus movimientos, variaciones y adornos se ajustaban con precisión al ritmo que parecía reforzado por golpes de metrónomo. Katherin se había entregado a una danza ritual. Yo la seguía impulsado por la violencia de su estilo, pero deseando la detención de la música. La orquesta continuaba con frenesí, casi saltando sobre la tarima, revoleando cabelleras, en esa recíproca corriente de estímulo establecida con el público delirante: el baterista hacía estallar pompas incandescentes a su percusión diabólica. Toda la sala parecía temblar: oscilaban las paredes. Se cortó un hilo cargado de banderitas; sus oriflomas saltaron sobre las cabezas.

- ¡Ha!... ¡Ha!... ¡Ha!...

El *crescendo* progresaba enloquecido, debocado, dispuesto a reventar de gozo. Vertical, como una flecha, subió su intensidad hasta tocar en lo alto

el acorde último, aullante, ensordecedor, interminable... que explotó como un fuego de artificio. Y se apagó.

Katherin cayó en mis brazos. Jadeante.

Regresamos junto a Ignacio secándonos la cara y el cuello. Myriam y Sherif se nos unieron. Katherin lo miró con ojos envenenados. Sherif rodeó su cintura, ella se resistió. La besó.

Ignacio llenó nuestras copas.

- ¡Brindemos!

El zumo de frutas me pareció delicioso como nunca. Katherin lo sorbió de un trago y pidió más.

A medianoche la orquesta terminó su actuación. Katherin no volvió a desprenderse de Sherif; estaba desgreñada y parecía ebria.

En el vestuario la mujer seca y muda nos devolvió los abrigos; los arrojó casi con insolencia sobre el mostrador.

- ¿No te despidas del profesor Mecke? -- recordó Myriam.

- No lo he vuelto a ver. Es posible que se haya ido.

Eché una última mirada a las increíbles palmeras de interior, prisioneras estoicas de ese hotel alemán, y salimos.

La noche nos recibió en su oscuro ámbito helado. Nuestras voces retumbaron en las calles desiertas, haciendo temblar la exigua luz amarilla que derramaban los faroles.

Sherif intentó acompañarnos, aunque la casa de Katherin quedaba en otra dirección. Myriam se negó. Es tarde.

Enlazamos nuestros brazos y emprendimos la marcha hacia la calle Belfort. A mis espaldas me pareció oír el disgusto de Sherif: Myriam no era bocado fácil.

Nos alejamos del hotel perdiendo de vista su pintoresco letrero de bronce. Nuestros pasos resonaron metálicamente en la penumbra. Myriam estaba contenta.

- ¿Te gustó la fiesta?

- ¿Por qué no había de gustarme? ¿Sabes una cosa? Es la primera vez que concurro fuera de Israel a una celebración árabe.

- Fue una pequeña aventura.

- Una pequeña aventura... -- Sin embargo, no ocurrió nada desagradable, como presentías.

Deglutí la acritud que contenía mi aparte con Gomaa, Koury y Omar.

- Esto demuestra -- prosiguió Myriam --, que tenemos el seso tan cargado de prejuicios que no queda lugar para la confianza En Israel he visitado aldeas árabes, brindé, comí, y me divertí junto a los paisanos. ¿Por qué tiene que ser distinto aquí? ¡Ya sé, ya sé!... La política, la diplomacia, los intereses.

- Celebro que podamos hacer comentarios felices.

- ¿Tanto temías?

- Aún no llegó el tiempo en que los israelíes sean bien vistos en una celebración siria, Myriam.

- Lo dices como una profecía. Llegará el tiempo.

- No distorsiones mis palabras -- gruñí afectuosamente.

- Ningún pueblo comprendería mejor a los árabes que el judío. Estoy convencida. Los judíos hemos padecido infinitas torturas. Casi siempre estuvimos solos. El Estado de Israel sigue el mismo curso: algunos le profesan simpatía, otros le prometen ayuda, pero llegado el momento crítico, Israel queda solo. Los judíos somos minoría fuera de Israel e Israel es minoría entre las naciones. En ambas circunstancias no es redituable permanecer a su lado, si no se obtienen inmediatas ventajas políticas o económicas. Y fíjate, lo mismo ocurre con los palestinos: la cacareada solidaridad árabe buscó usarlos en provecho de intereses que no tenían en cuenta solamente sus legítimas aspiraciones, Cuando los palestinos exigían demasiado, también se los abandonó o castigó, lo debes saber muy bien.

- En parte es cierto -- me sorprendió su manera de razonar.

- La fuerza de los palestinos, me parece -- prosiguió Myriam --, radica en su anomalía, igual que los judíos: dispersión, opresión y una indestructible nostalgia.

- Amamos la misma tierra. Nos la disputamos.

- Por esa tierra los judíos hemos echado mano a todos los recursos, heroicos, suicidas, legales e ilegales.

Sonreí: también nosotros.

- Pero los israelíes hemos tardado en comprenderlo; algunos no lo comprenderán nunca, a pesar de las guerras y el sufrimiento.

- ¿Qué cosa, Myriam?

- Que ustedes forman un pueblo. Y que no renunciarán a la tierra.

- ¿No lo entendías?

- No. Para mi, para la mayoría, el nacionalismo palestino era una invención. La guerra habla producido un problema humanitario, de gente

que perdió su hogar. Y la solución consistía en dárselo, simplemente Pero no sólo de hogar vive el hombre. Y los palestinos, en forma abierta o clandestina, razonable o bárbara, luchan para conseguir la dignidad de un Estado propio Igual que los israelíes. Te diré más: mi amor hacia Israel me impulsa a comprender tu causa, que fue traicionada por los mismos árabes que afirmaban defenderla, Jordania en primer término, que se tragó la margen occidental del Jordán, destinada al Estado palestino. Durante tres lustros nadie exigió el fin de la usurpación jordana. Sólo se habló de usurpación israelí, retaceando la verdad.

- ¿Qué solución defenderías en concreto?

- Un Estado palestino con mayoría árabe junto al Estado Israelí con mayoría judía.

- ¿Repartiéndonos el país?

- Repartiéndonos el país, como tuvo que ser desde el principio, de no haber intervenido Gran Bretaña y los grupos reaccionarios árabes.

- Pocos judíos piensan así.

- Son cada vez más. Ojalá ocurriese lo mismo entre los tuyos. No debemos olvidar que los judíos, cuando aceptaron la partición de Palestina votada por las Naciones Unidas en 1947, reconocieron no sólo un Estado judío, sino también uno árabe.

- Esta conversación Myriam ¿no es el delirio de un borracho?

Llegamos a su casa. La puerta de robusto pino oscuro era realidad, la dureza de las paredes eran realidad Sólo los pensamientos y las pasiones se agitaban como espectros inasibles La ayudé a abrir la puerta, Me tendió su mano tibia.

- Gracias por la noche, a pesar de la política.

La mantuve apretada. Contemplé sus ojos, su nariz, su boca. Hice un leve movimiento de aproximación

Esbozó una sonrisa tierna.

- Aún no -- dijo. El sentimiento marcha a la zaga. Dejemos que madure.

Solté su mano.

Myriam entró, dejándome grabada para siempre esa expresión adorable de su rostro, como un hechizo. De ella sólo conocía su nacimiento y su presente: lo demás era un enorme hueco incomprensible... ¿Como Israel? Surgió de repente, con vigor, y se instaló en el centro de mi vida... ¿Como Israel? Me fascinaba... y atemorizaba incluso.

Pocos días después Ibrahim Koury y Omar Dakani irrumpieron en mi cuarto.

- ¡Qué sorpresa! Adelante, pónganse cómodos -- señalé las sillas.

Omar se rascó el pelo de alambre retorcido.

- Escúchame -- dijo con inquietante seriedad --. Tienes que confiar en nosotros y sernos absolutamente franco.

- Explíquense -- me senté también --. No sé a qué viene eso.

- Eres reservado. Bueno, es tu temperamento. Pero aquí formamos una colonia pequeña y debemos apoyarnos mutuamente.

- ¿Y bien?

- Algunos dedicamos unas horas por semana a la organización de Estudiantes Árabes y otros ninguna. Sería justo, correcto, que todos cincháramos por igual. Tú no has concurrido si quiera a una reunión.

- Se me incorporó hace poco y la primera reunión de la que tuve noticia fue la del sábado, en el hotel Hirsch.

- Precisamente. Y has concurrido con una israelí.

- ¿Volvemos al asunto? -- exclamé fastidiado.

- Es que hay algo importante -- intervino Koury --. Somos tus amigos, recuérdalo. No queremos incomodarte. Pero tenemos la responsabilidad de velar unos por otros. Mañana te necesitaremos a ti.

Crucé los brazos sobre mi pecho y me respaldé, dispuesto a escuchar.

- Veamos, ¿qué les preocupa ahora?

- No te impacientes -- Omar frunció su ceño --. Tienes que decirnos cómo empezó tu relación con esa chica y en qué punto están.

Resoplé.

- ¿Sabes quién es su padre?

- Si, lo sé.

- Me... refiero a su función diplomática.

Hubo una pausa. Nos estudiamos.

- Sé que trabaja en el Ministerio de Relaciones Exteriores -- dije.

- Ese sujeto pasó por Friburgo rumbo a Nueva York. A nuestra Organización llegó una información alarmante.

Fruncí el entrecejo, con sorpresa y desconfianza.

- Se dirige a las Naciones Unidas -- agregó Koury --. Aquí te han visto cenando con él y su hija.

Ahugué mi disgusto por ese mal disimulado control. Ahora me urgía conocer los datos aparentemente graves sobre Ben Aarón.

- Es desusado, sí -- dije --. Pero no le veo otra cosa.

- ¿Estás ciego? Ese individuo -- no querían llamarlo por su nombre -- encabezaría la delegación judía en la UN cuando se discuta el problema de los refugiados palestinos. Para eso viajó a Nueva York. ¿Te parece poco?

Mis ojos se dilataron. Abrí la boca, pero las palabras no salieron de mi garganta.

- Es significativo que un diplomático de ese nivel se detenga a conversar y cenar con un simple médico árabe como tú. ¡Lo hizo porque eres un refugiado, porque necesitaba algo de ti!... -- bramó Omar.

- ¿De qué hablaron? -- interrogó Koury --. ¿Trató de sacarte alguna información? ¿Te preguntó sobre tu vida en los campamentos?

A medida que lanzaban sus preguntas impacientes, desordenadas, pero lógicas, mi rostro comenzó a palidecer. Permanecí mudo. Confundido.

Una maraña de ideas y acontecimientos empezaron a rodar. Sabía que Ben Aarón era un diplomático, pero no que su misión estaba dirigida contra los refugiados palestinos. Nunca me dijeron ni él ni Myriam tal cosa. ¿Acaso se vincularon conmigo con el propósito de obtener realmente algún dato o alguna ventaja en el asunto? ¿Sería posible?

Fui hacia la ventana. La abrí, miré la calle y la volví a cerrar. Apoyé mi frente contra los cristales. Omar se acercó y puso su mano sobre mi hombro.

- Dinos qué pasa -- imploró --. Esto es muy extraño.

- ¡Somos tus amigos! -- repitió Koury atusándose el bigote.

- A ese hombre lo operé a fines del año pasado, cuando sufrió un accidente automovilístico. Lo sabe medio Friburgo. Después... no sé. Empecé a conversar con su hija. Es su hija adoptiva. Hace poco ella me invitó a su casa y me reveló que él trabajaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que estaba en Friburgo de paso y me quería saludar. Después de todo, lo habla operado. Llegó, se mostró agradecido y cortés -- me detuve. Omar volvió a su silla, amoscado.

- Sigue, sigue -- exclamó Koury.

- Me pidió que le contara dónde estudié, cómo conseguí mi beca, en fin, que le contara mi historia.

- ¡Canalla! ¡Te usó! ¡Judío cochino! -- Omar dio un puñetazo sobre la mesa.

- ¿Qué le contaste? -- preguntó Koury.

- Lo que recordaba. Pero él habló más que yo, Fue una charla amable.
- ¡Su hija era el anzuelo!
- No sé... No sé...
- ¡Perra! -- Omar rechiné los dientes --. Merece que la desuellen.

Cuando se fueron y quedé solo, mi conciencia empezó a debatirse con masoquismo. Las dudas y temores que yacían amordazados empezaron a devorarme. Sus colmillos se hundían en mis sentimientos de afecto por Myriam, intentando pulverizarlos Un sabor a traición, a engaño, estafa, me roía como ácido No podía pensar claramente.

Ben Aarón era un funcionario israelí vinculado a la cuestión de los refugiados. Sufrió un accidente en Alemania y lo opera nada menos que un refugiado palestino. ¡Brillante situación! ¡Se sintió privilegiado! El mismo lo confesó. Pero no pudo desarrollar su diálogo, fracasó en el primer intento. Se fue porque tenía que irse o porque necesitaba recabar consejo. Entonces lanzó su primer señuelo: una carta a Günther con referencias amistosas; después el segundo, mucho más sutil y peligroso:

Myriam. Y un tercero, como remache: Ingrid Beickert.

- ¡No, no es cierto! -- quise arrancar de cuajo esos pensamientos.

Pero los pensamientos volvían, tozudos, atrabiliarios, agresivos,

Myriam cultivó mi amistad, me recitó versos de poetas musulmanes, provocó una corriente de afecto, rajó mi coraza con el sol agrieta la cutícula de los higos. Y cuando mi guardia cayó, volvió Ben Aarón. Revolvió mi memoria, estrujó mi experiencia, arrancó de mí cuanto le era necesario. Su portafolio engordó monstruosamente. Llegaría a Nueva York con una carga de dinamita. Después... Después intentó encubrir su delito; me invitó a cenar. Fue una comida entretenida, grata. Y no se habló más de los refugiados... ¡Miserable!

Transpiraba. Saqué una toalla y froté mi rostro y mi cuello.

- Estoy delirando.

Descolgué mi abrigo. Enrollé mi garganta con el echarpe que me regaló Jorge Silverman. Fui directamente a la casa de Myriam. Ni el frío de la tarde, ni la distancia amenguaron ¡ni tormentosa pesadilla. Atendió la *Hausfrau*, que me reconoció en seguida. Su rostro despejado no amenguó mi tempestad.

- Myriam aun no regresó -- contestó respetuosamente, sin ocultar el asombro que le producía la notable alteración de mi aspecto.
- ¿Tardará mucho? -- pregunté con impaciencia, más desconcertado aun.
- Creo que sí. No cenará en casa. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

- No. No es necesario -- reflexioné un momento --. Bueno, sí. ¿Me facilita un pedazo de papel?

- Cómo no -- dudó y, casi con miedo, agregó --: por favor, pase usted -- se puso a un costado de la puerta.

Entré en el conocido living Sobre un sillón yacía la guitarra. Evoqué las escenas allí vividas, dulces como veneno de reyes.

La *Hausfrau* me alcanzó un *block* de papel carta y un sobre. Dio un paso hacia atrás y aguardó que redactara mi esquela. Saqué mi estilográfica y me dispuse a escribir. Sobre mi hombro percibía la mirada asustada de la mujer que estudiaba mis movimientos, mi pelo desordenado, mi piel desusadamente blanca. Me sentí incómodo. Apoyé la pluma, pero no salió una letra. Me incorporé y casi hice caer la silla. La *Hausfrau* se persignó.

- La hablaré personalmente.

Se mantuvo rígida.

- Iré a la Universidad -- intenté explicarle --. Está allí ¿verdad?

Asintió Con un movimiento de cabeza.

Todas las *Hausfrauen* son idénticas, me dije, y regresé directamente a mi cuarto.

No quería hablar con nadie. La señora Schneider se hallaba ausente. Di vuelta a la llave de mi habitación, encendí la radio y me preparé una cena frugal. El disgusto se multiplicaba.

Abrí un libro de medicina y, con papel y lápiz a un lado, me puse a estudiar. A estudiar forzadamente. Para huir. Pero la carrera se producía hacia atrás.

8 - ¡Oh, Tu, Envuelto en la Capa! ¡Levántate y Predica!

- 1 -

Tío Yussef había llegado a Ramlé transmitiendo la decisión de algunos dirigentes árabes: abandonar Palestina. Decisión trágica. Monstruosa. En los pocos días que transcurrieron desde la partida de mi padre hacia Haifa y su regreso en compañía de tío Yussef, el mundo pareció haberse transfigurado. La paz y la alegría de mi infancia quedaron repentinamente cortadas por un tijeretazo violento. Las mujeres y los niños lloraban, mientras los hombres iban y venían mal humorados impartiendo órdenes y contraórdenes, según el resultado de improvisadas reuniones, corrillos, y consejos celebrados a puertas cerradas o en plena calle. Mi tío Yussef era un hombre respetado: recibía informaciones directas, se le confiaban misiones importantes y se escuchaba con atención su palabra. Recibirlo era un acontecimiento que nos honraba. Con respetuoso temor me acerqué a su lado; acaricié mis cabellos, infundí ánimo a los parientes, formulando votos para que pronto estuviésemos de regreso en nuestros hogares y recordásemos con la risa que provocan las anécdotas felices, los días que vivíamos entonces. Pero ni la seguridad ni la fuerza convincente de su voz, pudieron deshacer la congoja que nos atenazaba. En pocas horas se llenaron cofres y baúles, se encajonó y empaquetó lo más valioso. Ropas, frazadas, joyas y recuerdos familiares se mezclaron rápidamente. Mi padre, luego de impartir brevemente sus instrucciones que no podían ser discutidas, acompañó a tío Yussef en su recorrida por la ciudad. Una parte considerable de la población se negaba a partir, mientras familias enteras ya esperaban en las puertas de sus viviendas. Nosotros estábamos también listos para el viaje cuando regresó mi padre. Vino muy excitado, como consecuencia de las acaloradas discusiones que mantuvo con los vecinos. Comentó que, felizmente, habían llegado otros emisarios y una gran parte de Ramlé sería evacuada. Pero se refirió con amargura de Ibrahim Masra, quien rechazó la orden de destierro.

Ibrahim Masra vivía al lado de nuestra casa. Su hijo Hussein tenía mi edad y éramos amigos; juntos solíamos corretear por los peldaños de la Torre de los Cuarenta y hacer mil travesuras. Por la tapia del patio interior de nuestras casas solíamos comunicarnos a través de caminos “secretos”. Me gustaba ir con frecuencia a casa de Hussein porque allí me convidaban con dulces. Mi padre veía con buenos ojos esta amistad; a su vez él era amigo de Ibrahim Masra. Pero ese día terminó también su amistad. Nuestros bultos, mis hermanos y hermanas, mi madre, varios parientes y otras familias trepamos a un camión. Las puertas y ventanas de la casa de Ibrahim Masra permanecían cerradas. Quise despedirme de Hussein, mas mi padre lo impidió violentamente. De varias bocas salieron insultos contra

Masra; le decían “traidor», “vendido a los judíos”, “tendrás tu merecido junto con los sionistas”. Un muchacho saltó de nuestro camión y corrió hacia la casa de Masra. Con un carbón dibujó rápidamente en su puerta dos triángulos opuestos: la infamante estrella de David. Regresó corriendo. Lo ayudaron a subir, recibéndolo con una ovación trepidante. El vehículo se puso e marcha. Reinaba mucha agitación y yo no me daba cuenta de lo que realmente ocurría. Mirando por la abertura posterior, vi por última vez a nuestra casa y su calle por donde correteé diez años. También vi a hombres, mujeres y niños sentados sobre sus bultos en las aceras, esperando. Tras nuestro camión venían otros. Era una caravana. Ramlé iba quedando atrás, envuelta en nubes de limón y nogal. Así quedó en mi memoria, con esos colores fantásticos y ese sabor.

Avanzamos por un territorio donde no había judíos, supongo, porque nadie nos molestó. El viaje duró varias horas. El camión se bamboleaba sin cesar. Era una excursión extraña, una aventura triste. Mi garganta estaba anudada porque no venía Hussein. Tío Yussef tampoco estaba con nosotros para brindarnos consuelo: arriesgando su vida, viajó a otras localidades con el propósito de continuar estimulando su evacuación antes que sean desvastadas por los judíos; luego se nos uniría en la montaña. Mi padre trataba de infundirnos valor, explicándonos una y otra vez que pronto estaríamos de regreso en nuestro hogar y recibiríamos un premio por este sacrificio.

- 2 -

Esa noche *Frau* Schneider casi murió de susto. Eran las tres o cuatro de la madrugada cuando sonó el timbre imperiosamente. Su sonido estridente evocó en sueños al del teléfono.

- Debe ser de la Clínica -- pensé indeciso. Me di vuelta en la cama y agucé el oído. Las zapatillas de *Frau* Schneider clapotearon con su ruido familiar y perezoso, dirigiéndose hacia la puerta.

Pobre vieja, ¿quién sería a estas horas? Oí cuando levantó la mirilla. De pronto lanzó un grito aterrador. Di un puntapié a la Bettdecke Y salí corriendo

- ¡Qué pasa, *Frau* Schneider! ¡Qué pasa!

Varios hombres, rodeándola, me miraron. Frené de golpe. Dos agentes de policía uniformados y un tercero de civil estaban parados en el vano de la puerta. *Frau* Schneider, envuelta en su vieja bata y con el cabello suelto, mantenía aún su mano sobre la boca, deteniendo su grito de espanto.

- ¿Qué ocurre? -- volví a preguntar.

El hombre de civil medianamente obeso extrajo un papel.

- Tiene que acompañarnos.

- ¿Yo?

- Sí, usted. Son órdenes.

- ¡*Mein lieber Gott!* -- exclamaba temblorosa *Frau Schneider* --. ¡Qué hizo! ¡Qué hizo!

- ¿Por qué? -- insistí.

Ambos agentes uniformados se me acercaron.

- Después conversaremos. Vístase.

Los agentes me acompañaron hasta mi cuarto.

- Empiece a vestirse -- dijo uno de ellos, impaciente.

- Yo no comprendo nada -- protesté--. Soy extranjero. Estoy aquí becado. ¿Me entienden? Elevaré una queja a mi embajada.

- Ya le exhibimos la orden de arresto -- se limitó a contestar.

- ¿A estas horas? Me vestí nerviosamente.

- Bueno. Estoy listo...

- Se deja el abrigo -- señaló.

Lo recogí y salimos al vestíbulo.

- ¡Yo me lo esperaba! -- exclamaba *Frau Schneider* a través de su convulsionado llanto --. Le aconsejé... le aconsejé...

El hombre de civil le sostenía una mano, consolándola.

- ¡Pero es inocente!... -- insistía ella --. Es Un buen chico. La culpa la tienen sus malos amigos... *Frau Winkler* lo predecía...

- ¿Puedo saber a qué se debe todo esto? -- interpele con agresividad.

Sin responder me llevaron a la calle. Allí esperaba un auto celular. Los policías se sentaron a mi lado. El vehículo se puso en movimiento. Sus rostros permanecían indiferentes. Trabajaban; era parte de su rutina. Cumplían órdenes y con ello daban paz a su espíritu. No les importaba quién era yo ni lo arbitrario que resultaba todo este trámite.

Avanzamos velozmente por las calles solitarias. En pocos minutos llegamos a la Jefatura de Policía. El vehículo frenó bruscamente. Se abrió la portezuela y descendimos.

Mientras me conducían por los bruñidos corredores, pensaba en la conducta que debía adoptar. Era la primera vez que estaba metido en un embrollo semejante. ¿Tenía que someterme o negarme al interrogatorio?

Si me negaba, creerían que soy en verdad culpable de un delito del cual ni tenía noticias. Si me prestaba mansamente al interrogatorio, también podían considerarme culpable, creyendo que simulaba tranquilidad de conciencia. Pero al fin de cuentas yo era un extranjero becado y gozaba de un mínimo de inmunidad o de prerrogativas. Era lógico que protestara y exigiera la protección de la embajada jordana. Era médico. ¿No se reduciría todo a unas pocas preguntas y me dejarían en libertad? Tal vez me necesitaban como simple testigo. ¿Se trataría de algún herido que asistí en la Clínica?

Entré en una habitación sobriamente decorada: sillas, un escritorio, una máquina de escribir, un grabador. Me trajeron café. Estaba más aguado que nunca, pero lo sorbí de un golpe. Al cabo de media hora ingresaron dos personas más. Me saludaron amablemente. En la pieza éramos seis. El que parecía superior se sentó tras el escritorio, abrió una cigarrera y me la tendió. Cuando me ofrecieron lumbre observé que otro agente ponía en marcha el grabador.

Me preguntó mi nombre, edad, nacionalidad, profesión, domicilio en Jordania y en Friburgo.

- Bien -- dijo respaldándose en su sillón giratorio --. Vayamos al grano. ¿Desde cuándo conoce usted a la occisa?

- ¡Qué occisa! ¡Ni sé de quién me están hablando!

- Myriam Ben Aarón, doctor.

Me enderecé como un resorte. Pestañeé largo rato. Mi lengua se trabó.

- ¿Có... mo... dice... usted?

El policía me miró fijamente, sin inmutarse. Otros dos me cogieron de los brazos obligándome a tomar asiento.

- Myriam Ben Aarón -- repitió.

- ¿Quiere decir... que... murió?

- Asesinada. Esta noche.

Un barreno se hundió en mis órbitas. La parte posterior de mi lengua se adhirió al paladar y me dolía. Una corriente de arácnidos mordían mi cuerpo. Miré en varias direcciones. No sabía qué decir, qué hacer. No era posible. No. Myriam. Esto era una broma. No, no.

Me hicieron preguntas. Yo continuaba turbado, confundido. Mi boca estaba reseca y no me salían las palabras. Durante varios minutos aguardaron que me recompusiera. Luego me ametrallaron a preguntas. Contesté automáticamente, repitiendo, equivocándome, incurriendo en contradicciones. No persiste en mi recuerdo más que una sensación oprimente. El rostro inquisidor del jefe, la luz taladrante de la lámpara que hizo girar hacia mis ojos, el aire helado que inflaba mi cabeza. Las

preguntas me asaltaban antes de terminar una frase, obligándome a dar marcha atrás, corregir lo dicho, repetirlo después. Me agitaba incómodo sobre la silla dura, Mi ropa se había empapado.

De pronto se callaron. Pensé que habíamos concluido. Me aflojé el nudo de la corbata y desprendí el cuello. Oí que cambiaban la cinta del grabador. Luego reiniciaron el ataque. En Una hora, o dos, o tres, me hicieron contar decenas de veces las mismas historias. Las ventanas permanecieron herméticamente cerradas y no supe cuándo se hizo de día. El sol hiriente de la lámpara se mantuvo inmóvil sobre mis ojos, hasta que los policías consideraron concluida la sesión,

Luego me ayudaron a ponerme de pie y me condujeron a una habitación vecina, invitándome a recostarme en un sofá. Obedecí, vencido. Sobre mis sienes martillaban violentamente las arterias. Mis ojos vacíos, enceguecidos, permanecieron clavados en el cielorraso, observando tontamente cómo cambiaba de color, desgarrándose en caprichosas figuras. Cuando entraron en reposo, una pálida tonalidad cetrina, uniforme e inquietante como un trozo de infinito, me adormeció.

- 3 -

Pero no era un sueño. Estaba sobre un sofá y en una habitación de la Jefatura de Policía. Un agente uniformado vigilaba.

- ¿Café? -- preguntó señalando una bandeja.

Me restregué furiosamente los párpados.

- Quiero hablar con su superior -- exigí.

El policía se encogió de hombros, levantó el auricular y transmitió mi pedido. En seguida apareció Herr Abetz, pelirrojo y robusto como un vikingo.

- Buen día. ¿Durmió bien? ¿Está más tranquilo?

Me ofreció un cigarrillo, mientras con su mano izquierda apretaba el botón del grabador.

- Lo escucho -- cruzó sus manos sobre el abdomen.

- Esto no puede ser -- me quejé con voz pastosa y ronca --. Es absurdo. No tienen derecho a retenerme un minuto más.

- Necesitamos esclarecer un crimen. Usted sabrá disculparnos. Pero es nuestra obligación interrogarlo y conservarlo aquí

- ¡Por qué diablos se la toman conmigo!

- Usted la buscaba ayer tarde. La *Hausfrau* lo notó exaltado.
- Ya le dije porqué. ¡Cuántas veces se lo voy a repetir!
- Y luego fue a la Universidad.
- No. Fui a mi cuarto.
- Necesitaba encontrarla.
- Pero no la he vuelto a ver. No la quería ver más. ¡Dios mío!... Me hubiera mordido el puño antes de tocarla. Tenía motivos para disgustarme, incluso para maldecirla. Pero jamás cometería un crimen, yo no soy un asesino. Entiéndame ¡¡no soy un asesino!! - Entonces ¿quién la mató?
- No sé... Pero conmigo pierden el tiempo.
- ¿Cree que sus amigos de la Organización de Estudiantes Árabes...?

Levanté mis ojos. Ese hombre insistía en lo mismo. Ya me lo había preguntado veinte veces. *Frau* Schneider habló hasta por los codos, complicando a medio mundo. No se olvidó de una sola persona que me haya visitado en mi cuarto. Desde que se produjo el disturbio en la Universidad y la chismosa de su vecina Winkler le calentaba la cabeza con inventivas terroríficas, todos los árabes de Friburgo eran peligrosos para ella.

- Dígame -- acercó una silla, montándola a horcajadas --. ¿Puede ser Sherif Tamir?
- No.
- Estuvieron juntos en la fiesta del hotel Hirsch.
- No tiene nada que ver... ¡Y qué sé yo! -- Pregúnteselo a él.
- Mientras usted dormía, ya fue interrogado. Y tras él una docena de otras personas.
- El doctor Tamir hizo algunos desaires a su compañera buscando la simpatía de la señorita Ben Aarón. Luego quiso ir con ustedes, pero ésta se negó. Ellos se conocían desde tiempo atrás.
- ¿Y por eso se comete un homicidio?
- Alguien lo sugirió.
- No yo, por cierto.
- La señorita Katherin Zruberg.
- ¡Es una histérica celosa! Lo conozco a Tamir y no lo creo capaz de matar a nadie.
- Qué piensa de los señores Koury, Gomaa, Dakani?

- Igual.

- ¿Estuvieron ayer con usted?

- Sí, sí. Ya se lo dije. Koury y Dakani vinieron a mi cuarto y me revelaron la misión de Isaac Ben Aarón en las Naciones Unidas. Pero después se fueron a su casa. No son asesinos.

- Sin embargo, ellos sugieren que usted la mató.

- ¡Cómo! ¡Qué dice!

Me incorporé de un salto. El policía uniformado se acercó intentando proteger a Abetz de una posible agresión. Abetz oprimió el respaldo de la silla, listo para usarla en su defensa; después hizo un gesto al uniformado para que se mantuviera al margen.

- El señor Koury y el señor Dakani, separadamente, nos proporcionaron un relato coincidente con el suyo -- dijo despaciosamente --. Pero ambos iniciaron la defensa de usted, justificando el asesinato que cometió.

- ¡Son unos idiotas!

- Cállese. Las circunstancias que rodean al homicidio pueden constituir un atenuante -- forzó una sonrisa.

- ¡Qué atenuante ni qué diablos! Yo no la he vuelto a ver desde la noche del sábado.

- Sin embargo, sus amigos dan por sentada su responsabilidad.

- ¡Qué saben! ¡Son unos imbéciles si han dicho eso!

- Pero no se les ocurre que haya sido distinto. Usted se enteró de una presunta alevosía y montó en cólera ¿no es así? Fue a la calle Belfort para exigirle explicaciones a la señorita Ben Aarón, o para reprocharle su conducta. La *Hausfrau* se asustó con solo verle la cara. Dijo que le tuvo miedo... Usted intentó escribir una nota violenta. ¿Qué hizo después?

- Fui a mi cuarto.

- La buscó -- prosiguió reconstruyendo el crimen sin hacer caso de mis palabras --. Se encontraron y discutieron. En la oscura y solitaria Parochialstrasse los agravios fueron más intensos.

Usted se defendió. Ella era una chica orgullosa y valiente. Quizá lo agredió primero y tuvo que actuar en legítima defensa...

Hubo lucha. El médico forense lo certifica. Pero un incontrolado puntapié u otro elemento contundente le partió la nuca... Usted huyó, quizá no sabía que estaba muerta, tuvo miedo y corrió a su casa.

- ¡Mentira! De la calle Belfort volví directamente a mi cuarto. ¡Ni siquiera salí para cenar!

- *Frau* Schneider dice que no Oyó cuando usted regresó.

- *Frau* Schneider está loca.

- Bueno, doctor -- hizo un gesto de fatiga --. Ya es hora que terminemos. Confiésenos la verdad.

- ¡Qué verdad quiere! ¿Que me atribuya un crimen que no cometí?

Herr Abetz me contempló un instante. Lanzó un prolongado suspiro y se levantó. Su cabeza de color ladrillo contrastaba con las paredes grises.

- Sírvase otro cigarrillo -- me regaló el paquete --. Volveré a conversar con sus amigos.

Me desplomé en el sofá. Cuando Abetz estaba por trasponer la puerta, exclamé:

- ¡Espere, espere!

Abetz se volvió. Sus ojos se iluminaron, creyendo estar a punto de recibir la ansiada confesión.

- ¿Cuándo saldré de aquí?

Hizo una mueca, frustrado.

- Cuando hayamos esclarecido el crimen... si usted es inocente.

- ¡Quiero un abogado!

- Está en su derecho.

- Mándeme uno. Cualquiera -- me revolví el cabello con los dedos. Herr Abetz se frotó la perilla.

- No, no, aguarde -- corregí --: Telefoneé al doctor Rolf Freytag. Vive en Munich. Rolf Freytag.

Los policías se miraron.

- ¿No hay abogados en Friburgo?

- Lo quiero a Freytag. Es el único que conozco. Y le tengo confianza. Háblele, explíquele mi caso -- bajé la cabeza --. Quién sabe si vendrá, Necesito asesorarme. Esto es horrible.

- Usted permanece incomunicado -- dijo Abetz, abandonando la habitación --. Trataré de localizar a ese... ¡Rolf Freytag!

Me incliné hacia adelante, dejando caer mi cabeza entre las rodillas. Jamás hubiera imaginado semejante final. Myriam... Su nuca partida. Sentí compasión por ella. Su incomprensible conducta para conmigo quedó sellada por un signo de interrogación. La verdad de sus sentimientos murió con ella. Pagó demasiado cara su traición, si realmente la hubo. Evoqué su rostro limpio y altivo, sus ojos profundos, su sonrisa tierna. Cayó en plena

juventud, rozagante de vida. Escapó de otras muertes, se salvó del mar y aquí... “un puntapié u otro elemento contundente”... Recordaba con cuánta alegría fue al hotel Hirsch y que satisfecha regresó, “Tenemos la cabeza tan cargada de temores que no dejan lugar para la confianza”. Qué bien tocaba la guitarra y cuán pura era su voz, Era bella, muy bella... ‘Ningún pueblo comprendería mejor a los árabes que el judío’, afirmó la última vez.

Mi garganta se había anudado. Myriam no merecía ese destino. Demasiada vida se concentraba en ella para que un solo golpe la anulara definitivamente. Dolía. Sublevaba. Crispé los puños convulsivamente.

¿Quién pudo asesinarla? ¿Omar Dakani?

Moví violentamente la cabeza para ahuyentar ese pensamiento. Pero el rostro de Omar se fijaba en mi mente. ¿Sería posible? ¿A tal extremo llegaba su odio, su capacidad de venganza? Veía a Omar corriendo tras Myriam por la oscura callejuela. Oía el ruido de sus pisadas. Ella trataba de escapar, de alcanzar la otra calle, el farol lejano. El gritaba; sus gritos enardecían sus puños y daban más fuerza sus piernas. La alcanzó, sujetándola de lo cabellos. Se arrojó sobre ella como una fiera. Myriam se defendió, golpeándolo con sus delicados puños y sus zapatos; le mordió el brazo. Pero Omar estaba hecho un animal, la volteó y descargó su mortal patada. Un quejido postrero, leve como un soplo, arrancó el alma de Myriam, que se fugó con el viento helado de la Parochialstrasse.

Me froté la cara para borrar esas imágenes.

- ¿Puedo beber más café? -- pregunté al policía.

Mi cerebro siguió agitándose. Cada vez estaba más seguro que el asesino era Omar Dakani. ¿Debería decirlo? Al fin de cuentas, él y Gomaa me señalaban como culpable. Pero no, no. Quizá fue una treta de Herr Abetz... ¡Dios mío! ¡Qué confuso estaba todo!

Recordé el tan sonado disturbio en la Universidad Auxilié a Myriam; entonces la salvé de Omar. Pero esta vez Omar se las cobró todas juntas. Huí con ella en el Volkswagen me introduje en el acto de la *Verbindung*, exigí la ayuda de Ignacio. ¿Todo eso para qué? ¿Para evitar un disgusto al profesor Günther? ¿O porque ya estaba enamorado de ella?

¿Qué diría Günther ahora? Seguramente corría la versión de mi culpabilidad. En la Clínica yo era noticia. En Friburgo entero era noticia. Toda la Burse hablaba de mí, se tejían las versiones más antojadizas; me describían como un tipo raro, un psicópata, un basilisco; las monjas que me conocieron se persignaban al escuchar mi nombre.

“Es el vértigo de amor el que hace girar las esferas”.

Un gancho de carnicero se clavó en mi garganta. Torcí mi cuerpo y aplasté la cara contra el asiento, rompiendo a llorar,

Myriam y los esquemas de mi status de refugiado Se revolvían en una extraña mixtura, como carne y alfileres. Las advertencias de Ignacio, las ironías de Sherif, los relatos de Ingrid Beickert, los comentarios de gente conocida y desconocida se habían hundido en mi conciencia como un puñetazo feroz en una Bettdecke. Soporté el impacto, simulé ignorarlo. Pero Myriam quebró mi resistencia, llevándome al infierno de las tribulaciones, evocando episodios reprimidos que sacaron de golpe sus cabezas y rompieron en pedazos la superficie azul. Los recuerdos se soltaron como una jauría.

- 4 -

Corría mayo y las noches eran frías aún. La lluvia tamborileaba sobre la lona produciendo un ruido tan fuerte que asustaba; entraba agua por los costados. Las bujías de aceite producían una luz mortecina e inestable. Mis padres y todos mis hermanos estábamos aglomerados en esa pequeña tienda rodeados por barro. Nos consolábamos diciendo que esto duraría poco, que era sólo un paseo. Pero el campamento aumentaba. El número de carpas crecía en forma alarmante. Diariamente afluían centenares de personas. En pocas semanas el oleaje de refugiados se hizo incontenible. A la evacuación de los primeros árabes de Palestina siguió una especie de histeria colectiva y las poblaciones se levantaron en masa emprendiendo una desordenada huida. Mi padre buscaba a los recién llegados para informarse sobre los últimos sucesos. Se enteró de que los judíos habían proclamado su Estado y los ejércitos regulares de Egipto, Transjordania, Siria, Líbano, Irak, con la colaboración de la Arabia Saudita y el Yemen, invadieron Palestina para destruirlos. Mi padre se felicitaba por habernos traído a la montaña, donde las tropas de la Legión Árabe estaban adiestradas y dirigidas por oficiales británicos, de modo que no sólo nos encontrábamos a buen resguardo, sino que seríamos los primeros en regresar a nuestros hogares tras los soldados victoriosos. No se equivocó por lo de buen resguardo: no supimos de la guerra sino a través de informaciones. Transcurrieron días y semanas. A pesar de la precaria vida que llevábamos, reinaba un cierto optimismo gracias a la constante prédica de los dirigentes. Pero los judíos no pudieron ser vencidos. Llegó la primera tregua y cundió la consternación en el campamento. ¿Tregua con los judíos? ¿No iban a ser arrojados al mar en una vertiginosa acción punitiva? Los temores reprimidos afloraron, escuchándose lamentos por doquier. Mi padre adquirió una fisonomía taciturna, esfumándose su seguro optimismo de otrora; buscaba noticias con la ansiedad de quien está al borde de perderlo todo. Al reanudarse las hostilidades, llegaron informes sobre importantes victorias judías. Esos

informes tenían un efecto más contundente que las victorias mismas. Muy claro lo expresaba Al-Urdun.¹³

“Por la huida y la caída de las otras aldeas son responsables nuestros jefes, quienes esparcieron rumores exagerando los crímenes judíos y describiéndolos como “atrocidades”, a fin de excitar a los árabes... Esta fue una política errada. Al difundir rumores sobre las atrocidades judías, el asesinato de mujeres y niños, infundieron miedo y terror en los corazones de los árabes palestinos, hasta el punto que huyeron abandonando sus hogares y sus bienes al enemigo”.

El eco de las victorias judías precedía en muchos kilómetros a los judíos mismos, de tal suerte que cuando estos llegaban a una aldea, la encontraban vacía, Los refugiados sumaron 200.000 y al sobrevenir la segunda tregua, ascendían a 300.000. La moral declinó rápidamente. Los refugiados aumentaron. La promesa de regresar pronto a nuestros hogares se fue difiriendo. Las emisoras árabes relataban heroicos episodios, asegurando la victoria final. Pero la guerra se prolongaba. La vida en carpa se hacía intolerable, especialmente para familias que habían vivido con cierto confort, como la nuestra. Con mis hermanos empezamos a corretear descalzos buscando diversiones en la mugre. Imitamos a otros chiquillos y nos metimos en tiendas ajenas para robar alimentos. La promiscuidad se hizo sentir en todos los aspectos. La ropa se gastaba sin poder renovarse, la comida era escasa y monótona, el agua debía racionarse.

No me gustaba Volver a la cama porque mi madre lloraba siempre. Mi padre la reprendía, descargando sobre ella su amargura. Al cabo de un tiempo tío Yussef pudo localizarnos. Su familia estaba en otro campamento, en Siria. Me asombró encontrarlo tan escuchimizado. Habló largamente; su voz no tenía el aplomo de antes, El desastre se había introducido en su encorvado esqueleto. Me llamó a su lado y hundió sus dedos en mis cabellos, duros de tierra. Sonrió por primera vez, pero era una sonrisa mustia. Me habló de la pequeña Modiha, quien estaba a salvo con el resto de la familia cerca de Kuneitra; ella sería mi esposa, pero ya nadie podía predecir bajo qué circunstancias se celebraría el casamiento.

En 1949 se firmó el armisticio con los judíos. El Estado de Israel era una dramática realidad y se extendía muchos kilómetros más allá de los límites que fijó la partición votada por las Naciones Unidas. ¡Ese era el resultado de la guerra de exterminio que nos prometieron nuestros fementidos dirigentes!... Ramlé y muchas otras localidades que hubieran pertenecido al Estado árabe de Palestina, quedaron bajo la jurisdicción israelí, Nuestra evacuación dejó de ser un paseo, como nos aseguraron: nos habíamos transformado en desplazados. El Reino Hashemita de Transjordania, cuya Legión Árabe dirigida por oficiales británicos fue la que desempeñó el

¹³ Al-Urdun, periódico jordano, 9 de abril de 1953.

mejor papel durante la guerra reteniendo la mayor parte de la Palestina que no pudieron conquistar los judíos, se anexó la margen occidental del Jordán, inclusive la Ciudad Vieja de Jerusalén. Consecuentemente, el país cambió su nombre y Transjordania empezó a llamarse Jordania. En el campamento corrió la voz de que Palestina había desaparecido y tuvimos la impresión de que, en efecto, quedamos suspendidos en el vacío. Entre los judíos y nuestros hermanos se repartieron la patria. Pero ni aún así comprendían la magnitud del desastre. Ni los más pesimistas calcularon que empezaba uno de los problemas más largos y penosos de la historia árabe: el de los palestinos. A lo largo de las fronteras fijadas por las armas se extendían los campamentos atestados Millares de tiendas precarias, que no podían soportar las inclemencias del tiempo, alojaban a personas de distinto nivel, hundidas en la misma frustración. Muchos ni siquiera cabían en esas tiendas y dormían a la intemperie. El hambre y la decepción crecían como nubarrones. El odio contra los judíos se intensificó, incluso en los corazones que los habían considerado con indiferencia. El orgullo árabe fue terriblemente pisoteado. La amargura era exasperante Pero la victoria judía, siempre negada por nuestros voceros, no impediría el retorno -- se presentía. Esta idea se fortificó cuando la decisión de las N.U., de diciembre de 1948, por la cual se "debía permitir a los refugiados que deseen regresar a sus hogares y vivir en paz con sus vecinos, que lo hagan así lo antes posible". La esperanza del retorno fue avivada por los gobiernos árabes. El odio a los judíos y el sueño del regreso se desarrollaron juntos. Pronto algunos dirigentes palestinos fueron señalados como culpables de nuestra desesperada situación. Recuerdo cuando tres vecinos de Ramlé discutieron agriamente con mi padre por haberlos acuciado a evacuarla: los que permanecieron en su hogar la estaban pasando mejor. Entonces no se pensaba en la identidad palestina, como ahora. Tuve miedo. Mi padre retrocedió algunos pasos cuando ellos alzaron los puños, gritando y saliéndosele los ojos. En esos días se produjeron varias escenas de violencia. En algunas ocasiones debieron actuar enérgicamente los soldados de la Legión Árabe para restablecer el orden. Los campamentos se agitaban dentro y fuera de las carpas. La amargura de mi padre se volcaba contra mi madre, acusándola por cualquier nimiedad. Mi madre lloraba y esto lo exasperaba más aún; pero ella no podía contener su llanto. En otras carpas la situación era inversa, porque la desgracia unía a las familias. Pero mi padre tenía que aguantar fuera de la carpa las recriminaciones de los vecinos y adentro los sollozos de su esposa. Se había transfigurado, no era el mismo de Ramlé. Le temíamos profundamente. Una noche se produjo la escena más escalofriante de mi vida, cuando interrumpió mi sueño con sus gritos. No me atreví a intervenir, ni siquiera a levantar la cabeza del suelo. A mi lado se apretaban mis hermanos y el resto de la familia, en la más completa promiscuidad. Mis ojos eran los únicos que se movían, girando en sus órbitas para ver las fantasmagóricas sombras que se agitaban al ritmo de los golpes que mi padre propinaba a mamá. Mi cuerpo se estremeció. Mi

pecho parecía un tambor enloquecido; cada golpe que asestaba parecía descargarse sobre mi rostro. La escena no duró mucho. Mi padre, enfurecido, echó a su mujer. La noche estaba cubierta de escarcha reluciente. Temblamos de pánico. Mi madre, sollozando siempre, volvió con la cabeza gacha, murmurando disculpas. Mi padre se incorporó de nuevo y la volvió a expulsar. Temíamos que ocurriera lo irreparable. ¡Ojalá que ella quedara afuera esperando que cesara la crisis! La excitación que lo dominaba era capaz de llevarlo a cualquier extremo. Pero ella regresaba como el animal a su redil, como la hembra que no puede abandonar a sus hijos. Entonces mi padre se levantó, aspiró hondo y, vaciando una montaña de dolor contenido, gritó fuerte la sentencia temible: “¡Te repudió!”. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Esa sentencia dicha tres veces adquiere para los árabes fuerza de ley. Es el divorcio. Mi madre se agitó en mi grotesco zollhipismo. Pero su desesperación no originó clemencia en el pecho torturado de mi padre. Ella rogó permanecer como sirvienta junto a sus hijos. Sus palabras entrecortadas por los espasmos fueron apagadas por el rugido final de mi padre, quien repitió diez veces, o veinte, como un eco diabólico e infinito su frenético repudio, con tanta fuerza que se oyó en varias tiendas a la redonda. La sentencia era inapelable. La Sura LXV del Corán así lo determina. Mi madre salió a la Intemperie, bajo ese cielo cubierto de heladas estrellas cuyo enigmático titilar parecía augurar un futuro siniestro. Yo permanecí rígido como una estaca. Mi almohada se había empapado de lágrimas.

Mi padre se acostó nuevamente, sin mirarnos, como si nosotros no hubiéramos presenciado nada. Adquirió la espantosa indiferencia de los locos. Cuando pareció haberse - dormido, giré la cabeza y mis ojos se encontraron con los de mi hermano; pero no abrimos la boca. Las horas pasaron lentamente. Los primeros rayos del alba no conseguían diluir la noche. No aguanté más y salí. Caminé por el suelo arenoso y aún frío, pasando por debajo o saltando por encima de las cuerdas que sostenían las tiendas. Mi madre no apareció en ninguna parte. Llegué hasta donde concluían las carpas. Vi un par de soldados respaldados contra unas piedras, haciendo guardia dormidos. Sin saber qué hacer, les arrojé un guijarro que rebotó cerca, sobresaltándolos. De un salto me escondí. Asomé un ojo. Los soldados otearon a diestra y siniestra sin verme. Palmeándose, lanzaron una nerviosa carcajada.

A mi lado sonó otra risita. Un niño de mi edad gozaba la pequeña hazaña. En su mano sostenía varios guijarros. Hizo señas para que me apartara. Se asomó al borde de la carpa y apuntó. Con un movimiento preciso lanzó el proyectil, que rebotó en la nuca del soldado inmediatamente partimos a la carrera. Oímos gritos y amenazas que se apagaron en el denso laberinto. Ya seguros, nos arrojamos sobre la arena. Por un momento creí haber olvidado la desgracia de mi madre; pero la presencia de mujeres que iban y venían, iniciando las tareas, reavivó su recuerdo. Nuestras manos sucias se hundieron en la arena y levantaron los puñados,

dejándola escurrirse entre los dedos como delgados chorros de agua amarilla. Luego, empujándola con las palmas, formamos montículos que imitaban la redondez de las colinas. Mi flamante amiguito se llamaba Abbás y su rostro estaba tan sucio como el mío. Seguramente olía mal, pero no distinto de mí. La vida en el campamento nos redujo al común denominador de la roña. Sus ojos grandes tenían un malicioso brillo y relampagueaban continuamente, incluso bajo los mechones de pelo que le caían hasta la nariz sin molestarle, como tampoco le molestaban los mocos que resbalaban por su labio superior. Me contó sobre su familia. Se enterneció por la desgracia de mi madre, invitándome a visitarlo seguido en su carpa.

Me contó algunas historias, quizá inventándolas sobre la marcha para consolarme. Pero no satisfecho con su éxito, recordó que esa mañana practicarían la “escisión” a varias niñas y nosotros podríamos arreglárnosla para espiar a través de las ranuras de la carpa. El espectáculo valdría la pena: una ceremonia proveniente de Egipto y que se propagó a escasos sectores de los países árabes vecinos. Se trataba justamente de un grupo de familias cuyo origen era egipcio y que habían emigrado a Palestina décadas atrás para huir de la miseria que reinaba en el valle del Nilo, donde no podían aspirar a otra remuneración que pan de maíz y *mesch*, especie de queso regional. En nuestro campamento se aglomeraban muchos refugiados cuyos orígenes se remontaban a regiones distantes como nuestra familia, que provenía de Siria y la familia de Abbás de Egipto. A comienzos del siglo parece que en Palestina no habitaban más de 500.000 árabes. Durante el Mandato Británico vinieron numerosas caravanas de sirios y egipcios, atraídas por los elevados salarios que pagaban los sionistas. De ese modo, muchos palestinos no tenían un fuerte arraigo ancestral en esta tierra. ¿Explica la facilidad con que aceptaron evacuarla?

Abbás me llevó hacia rincones desconocidos del campamento. Robamos manojos de dátiles y algunos panes, que nos significó un buen desayuno. Correteamos como rapaces, escapando al castigo que nos juraban los burlados. Esperamos que llegara la hora de la ceremonia. La “escisión” que, según algunos, equivale en las muchachas a la circuncisión de los varones, me producía tanta curiosidad como temor.

A media mañana Abbás decidió que fuéramos al grupo de tiendas donde tendría lugar.

Chiquillas de seis, siete y ocho años eran sujetadas por sus madres y tías. Lloraban desesperadamente. Las mujeres intentaban consolarlas.

- De ahora en adelante serás una señorita.
- No llores, hija. Es por tu bien. A mí me hicieron lo mismo.
- En vez de protestar, deberías desearlo. Te librarás de malos apetitos. Serás una mujer decente.

Pero las chiquillas no entendían razones. La *daya*, vieja comadrona, ya las había examinado unos días antes, abriéndoles las piernas y palpando la intimidad de su órgano. La comadrona decía que era necesario extirparla de raíz.

- ¡Dolerá, mamá! ¡Dolerá! -- chillaban. Varias mujeres opuestas al procedimiento, discutieron con las madres, pero no pudieron disuadirlas. Mascullando insultos, un grupo se alejó.

Nos arrastramos sigilosamente por el suelo, como serpientes. Levantamos con cuidado el borde de lona y nos deslizamos en su interior, escondiéndonos tras un desordenado apilamiento de objetos que se eliminaron del centro del recinto para dar espacio suficiente a la comadrona. La vieja mujer, gorda y refulgente de collares y brazaletes, sostenía en su mano derecha una navaja, hizo una seña e introdujeron a la rastra a la primera niña, que manoteó cuanto estaba a su alcance, gritando a todo pulmón. Lucharon hasta aplastarla de espaldas sobre una alfombra cubierta con un paño blanco; varias mujeres la comprimían con todas sus fuerzas. Le abrieron las piernas. La *daya*, sentada en el suelo, introdujo su mano izquierda y separó los labios de la vulva. Los chillidos de la criatura se hicieron más agudos. Yo temblaba, con los ojos fijos en la escena. La comadrona procedía lentamente, valorando su trabajo. Por entre la cortina de gritos que profería la chiquilla, se oían las sentencias de la vieja:

- Es grande. Habrá que cortarlo de raíz... De lo contrario no habrá garantía contra la desvergüenza de las muchachas... La inclinación al vicio es nefasta.

Blandió la navaja. Su índice y pulgar habían protruído y sostenían firmemente al clítoris. Con un golpe seco lo hizo saltar. El aullido de la muchacha me perforó la cabeza. Un chorro de sangre manchó el Lienzo blanco.

A una indicación de la comadrona, todos los brazos soltaron a la niña. Se revolcó en el suelo. Su rostro estaba desfigurado por el dolor, su respiración parecía cortarse. La levantaron y arrastraron fuera de la tienda. La comadrona felicitó sonriendo a la temblorosa madre, por haber salvado a su hija de la prostitución. Limpió la navaja y pidió que trajeran la siguiente. Miré a Abbás, indicándole que nos fuéramos. Pero él quería quedarse. Tiritando, me arrastré fuera de la tienda. Algunas mujeres me descubrieron. Lanzaron gritos de espanto. Se arrojaron sobre mi, golpeándome salvajemente. La *daya* acudió agitando su navaja. Abbás aprovechó la confusión para huir y también lo hicieron varias chiquillas destinadas a la escisión. Por un instante me sentí potente: un libertador. Forcejeé como loco y, antes que la comadrona descargara su furia, salí como un rayo... No dejé de correr hasta que llegué al otro extremo del campamento.

Soporté varios interrogatorios. Mi aspecto se tomó lamentable, sin afeitarse, despeinado, con la camisa fuera de los pantalones. Me sacudían la congoja y los remordimientos. Mi impotencia frente a los hechos consumados aumentaban la desazón. Hasta el miedo de ser juzgado culpable se diluía en el dolor profundo que me inundaba.

Pasaron doce horas, quizá todo un día. La puerta se abrió bruscamente y una figura corpulenta hizo su aparición. Me afirmé en el sofá para tomar impulso y lanzarme a sus brazos.

- Doctor Freytag! -- exclamé casi llorando.

Le toqué las manos, el pecho, los hombros, para cerciorarme de que estaba conmigo de verdad. Le saqué el abrigo y lo deposité sobre la mesa.

Freytag esbozó una sonrisa amistosa, viéndome zumbar alrededor suyo como un insecto enloquecido. Se desplazó hasta el sofá y con su mano izquierda me indicó que tomara ubicación a su lado. Luego hizo una señal al policía para que nos dejara solos.

- Necesito saber la verdad -- dijo afectuosamente, apoyando su mano grande sobre mi inquieta rodilla --. La absoluta verdad si quiere que lo ayude.

Asentí con la cabeza. Deglutí saliva. Saqué temblorosamente un cigarrillo del usado paquete. Freytag me tendió fuego. Empecé a contarle. Al principio titubeaba, anudándome en el ovillo de la historia. Me escuchó atentamente. Formuló preguntas para aclarar el desorden de mi relato quebrado y nervioso. Me dio la impresión de que ya conocía mucho de lo que yo decía. Cuando le referí el impacto que me produjo enterarme de la misión que, cumplía Ben Aarón en la NU, arqueó sus cejas, sorprendido. La sorpresa se transformó en sonrisa indulgente. Acarició sus cabellos de azogue.

- ¿No lo cree repudiable? -- protesté--. He pensado que me utilizará en el debate sobre los refugiados en contra de los míos. Demostrará que gozamos de becas y privilegios. Que no son ciertos los informes sobre nuestra situación desesperada. Que se malgasta la ayuda...

Freytag levantó su enorme brazo y me rodeó los hombros.

- ¿No se está sobrevalorando?

- Soy un ejemplo poco favorable para los míos.

- No es usted un ejemplo: es la excepción. Pero quédese tranquilo: ningún caso aislado goza de fuerza suficiente en una mesa de las Naciones Unidas. Estoy seguro de que Ben Aarón ni lo mencionará. Pasó por Friburgo para visitar a Myriam. Usted lo operó, demostró amplitud de criterio y es el único palestino refugiado de allende la frontera con quien se encontró desde la creación de Israel. Quiso hablar con usted. ¿Qué hay de extraordinario en ello? ¿Por qué buscarle segundas intenciones?

- Myriam no fue honesta conmigo -- lancé la frase y bajé la cabeza, ya arrepentido.

- ¡Usted mismo no cree en sus palabras! -- reaccionó al instante --. Myriam era una muchacha íntegra, sana. En su temperamento no encajaban intrigas ni traiciones. Me asombra su actitud... y la deploro. Está cayendo en una simplificación injusta.

Permanecí mirando el suelo.

- ¿Quién es el asesino? -- mascullé con rabia.

- Se lo podré anunciar dentro de algunas horas. Aun faltan pruebas. Además, tengo que hacer algunas entrevistas. Primero iré a casa de Ingrid y luego conversaré con el profesor Günther.

¿Günther? ¿Qué tenía que ver en este asunto Günther? El conoció al padre de Myriam, al profesor Meiersohn, pero no tenía noticias de Dakani.

- ¿Sospecha de un árabe? -- me así de su solapa implorando respuesta.

Los ojos de Freytag giraron hacia mis manos crispadas. Lentamente, mis dedos se aflojaron, vencidos.

- Un refugiado palestino siempre es sospechoso.

- Yo no quise ser refugiado. Yo no elegí mi destino.

- Usted desea continuar siendo refugiado.

- No sé lo que quiero... Somos y dejamos de ser casi siempre por obra de fuerzas que no nos pertenecen.

El abogado palmeó mi espalda y se incorporó. Me esmirrié bajo su sombra.

- ¿Ya se va? -- pregunté desolado.

- En tres horas, a más tardar, me tendrá nuevamente aquí.

Recogió su abrigo y caminó hacia la puerta.

- Usted me habla sibilantemente. ¿Qué ocurre? ¿Debo creer que yo la maté? ¿Que sufro de amnesia criminal?

- Quédese tranquilo: será puesto en libertad -- sonrió apenas, con tristeza -
- La cárcel alemana no es para usted: usted pertenece a otro tipo de cárcel.

Freytag abandonó el cuarto, cruzándose con el policía que volvió para continuar ejerciendo su vigilancia.

- ¡No elegí ser refugiado! -- exclamé a media voz, mordiéndome el puño.

Me recosté en el sofá. Mi cerebro era mi prisión. "Otro tipo de cárcel". Una prisión ideal para los cancerberos, porque en vez de huir, yo mismo me ocupaba en reforzar sus barrotes, asegurar sus llaves y elogiar sus verdugos. Durante muchos años la palabra "refugiado" sonó extraña e indeseable. Nos hicieron refugiados y nos mantuvieron como tales sin que tuviéramos conciencia de ello. Jamás se auscultó nuestra opinión ni se atendieron nuestros anhelos. Cuando en 1951 Israel, presionado por la opinión mundial, accedió repatriar 100.000 árabes, hervimos de júbilo. En los campamentos prendieron las discusiones y se debatió violentamente sobre quiénes serían los agraciados: si los que tenían pocos o numerosos hijos o si los que habían dejado en manos del enemigo una importante o magra propiedad. Una versión oficial puso fin a las rencillas, informando que se daría prioridad a los que denunciaran familiares en territorio israelí. Mi padre afirmó en seguida que era primo de Ibrahim Masra, aquel sobre cuya puerta un muchacho dibujó la infamante estrella de David. Masra no era pariente. Pero no hubo necesidad de desmentirlo: nuestros sueños se frustraron cuando los gobiernos árabes, brutalmente, rechazaron la oferta judía. Entonces mi padre descargó horribles epítetos contra su "primo" Ibrahim, a quién culpó por el funesto desenlace de sus ilusiones... Porque los gobiernos árabes querían nuestro bien: nos beneficiábamos todos o ninguno.

Más adelante, los judíos consintieron en transferir a nombre de los refugiados los depósitos bloqueados en los bancos de Israel y cuyo monto ascendía a ocho millones de dólares, además de los bienes depositados en dichos bancos y el contenido de las cajas fuertes. Mi padre, quien fue un notable de Ramlé, integró la comisión que discutió con los delegados israelíes este asunto. Dejó el campamento y quedó bajo el cuidado de abuela. Durante su ausencia muchos hombres vinieron a preguntar por él, impacientes por conocer el resultado de las negociaciones, pues en ellas se cifraban las esperanzas de recuperar patrimonios dados por perdidos. Era obvio que Israel tenía la obligación de transferirnos esos fondos y el hecho de que así lo hiciera nos pareció elogiabile. Pero los gobiernos árabes manifestaron su desagrado por esta medida, porque implicaba reconocer nuestro desprendimiento definitivo del territorio ocupado. Lanzaron una serie de obstrucciones y las tratativas concluyeron mal. Cuando mi padre regresó, fue arrestado. Cundió el estupor. Días más tarde lo pusieron en libertad. Merced a los buenos oficios de la Comisión de Conciliación de la ONU para Palestina, se logró por fin la transferencia

de esos fondos. Entonces mi padre ya no fue favorecido. Algunos vecinos afortunados utilizaron este dinero para establecerse en el comercio o la pequeña industria. Mi familia en cambio, debió permanecer en el campamento.

Saqué mi puño de la boca y vi marcados en él las huellas de mis dientes. ¿Por qué tenía yo que defender a los dirigentes árabes que nos condujeron al desastre de 1948, que nos obligaron a abandonar nuestros hogares, a huir del enemigo? ¡Qué paradoja! Excepto Jordania, que se anexó un tercio de Palestina, ningún país árabe aceptó concedernos su ciudadanía. Egipto jamás permitió que sus refugiados abandonaran la franja de Gaza, como si fueran prisioneros. Arabia Saudita se negó a recibirnos aunque importaba mano de obra italiana e india. ¡Qué cruel fue para tío Yussef y su familia, que yacían en un campamento cercano a Kunéitra, sobre las montañas de Siria, conocer el resultado del programa elaborado por la UNWRA para mejorar su situación! Durante dos años, desde 1952 a 1954, estuvo pendiente de los planes que preveían la absorción de todos los palestinos asilados en Siria. Por el campamento de mi tío pasaron los técnicos estudiando planes de riego, mejoramiento de tierras y conveniencia de cultivos. ¡Qué alegría poder volver a trabajar y tener una casa! La financiación del gigantesco programa correría por cuenta de fondos internacionales. Siria obtendría un importante incremento de su potencial productivo. Desde Jordania envidiábamos la suerte de nuestros parientes, sobre quienes se derramaba la luz de un amanecer... que nunca llegó. Porque Siria interrumpió las conversaciones aduciendo que no podía diluir la identidad palestina de sus refugiados. Simultáneamente, inspirada en ese plan, invitó a 500.000 labradores egipcios para incorporarse a su territorio proveyéndolos de los medios necesarios para su integración. ¡Invitó a 500.000 ciudadanos egipcios y rechazó a 85.000 refugiados! En la carta de tío Yussef vimos manchas: de sus lagrimones... o de un salivazo.

Mordí otra vez mi puño. Sentí que mis incisivos se hundían en los músculos interfalángicos. El policía me contemplaba tensamente, listo para arrojarse sobre mí en cuanto se hiciera nítida una maniobra extraña. Pero nada extraño podía suceder. Yo aprendí a no depender de mí, a no ser dueño siquiera de mi propia vida: otros dirigen, otros piensan, otros resuelven. Yo no tengo pasta de héroe, me revuelco en las dudas, soy un escéptico de la violencia y de la sangre. Me dejo zarandear.

Varios parientes de Abbás que se refugiaron en la franja de Gaza, emigraron a Libia con ayuda de la UNRWA, donde el descubrimiento de nuevos yacimientos petrolíferos reclamaban mano de obra. Fueron alojados en las propiedades que abandonaron los judíos expulsados en 1948. La economía era floreciente. El futuro se desplegaba como un abanico fantástico. Pero ellos no decidían por sí mismos: el gobierno egipcio revocó la decisión de permitir que emigraran de Gaza sus mujeres y niños para unírseles en Libia. Los hombres debieron retornar a sus

mugrientos campamentos, trayendo anécdotas sobre un país muy rico y sin gente, a donde había tanta gente sin riqueza.

Cuando Canadá propuso contribuir a solucionar nuestra afligente situación recibiendo 2.000 familias, ya la UNRWA estaba encadenada: el Líbano y Egipto le habían advertido que no financiara la emigración a países de ultramar y Siria prohibió que se trasladara uno solo de sus refugiados a un país no árabe. El ofrecimiento canadiense fue rechazado. Éramos un instrumento precioso de la política que no se podía dejar esfumar. Nos habíamos convertido en un pueblo mártir que devoraban propios y extraños. Dejé caer mi cabeza entre las rodillas. Mis mejillas pesaban; las vetas de los mosaicos parecían adquirir movimientos pseudopódicos. Israel es culpable de nuestra situación, pero no el único. Esta es la mortificante realidad. Sin embargo, es mejor seguir acusándolo a él. Que pague el intruso, el que desató nuestras miserias. Es más simple y más digerible. Está al frente, lo podemos apuntar con el índice, no es necesario mirar alrededor ni hacia adentro. Los sionistas son nuestro azote. Ellos nos invadieron con dinero y con labradores, se apropiaron de las tierras negociando con *effendis*, nos apabullaron con su progreso colonialista, nos redujeron a una segunda categoría. Soportaron nuestras protestas y nuestros ataques. Y cuando la guerra les resultó favorable, nos expulsaron de Palestina, Por su culpa seguimos siendo refugiados. Así nos enseñaron a repetirlo diariamente, como las aleyas del Corán. ¿Para qué cambiar?

- 6 -

Freytag no regresó en el tiempo anunciado. Pasó esa tarde y esa noche y la mañana siguiente. Mi cabeza urdía ficciones. Me trajeron una comida que engullí sin ganas. Las horas se desplazaron lentamente. La guardia cambió tantas veces, que ya no recordaba cuántos policías me vigilaron ni cuántas veces repitieron su permanencia en mi cuarto. Miré las paredes, la puerta cerrada, toqué el blando sofá y pensé que una celda sería menos confortable. Pedí que me trajeran el diario para enterarme de la repercusión del asesinato y las versiones que circulaban en torno al mismo, pero sólo me facilitaron revistas viejas. Las hojeé sin interés, hastiado; las arrojé al piso. Apoyé mis codos sobre las rodillas y mi cabeza sobre los puños, quedándome inmóvil, como fascinado.

Freytag: Ya no me interesan los territorios allende el Oder y Neisse: allí viven polacos. Expulsarlos significa producir más refugiados de guerra ¿hasta cuándo? Pero a los árabes sí les interesan los territorios ocupados por judíos; es un eufemismo genial para los árabes intransigentes: "territorios ocupados" no son únicamente los perdidos en la Guerra de Seis Días, sino el corazón de Tel Aviv. Hoy se erige bajo una aparentemente justa reclamación que Israel retroceda hasta las fronteras de 1967, para

mañana hacerlo hasta las de 1947 (que lo dividían en tres porciones), y pasado mañana ahogarlo en el mar. ¿Me equivoco? Es lo que ahora se gusta llamar táctica y estrategia. La táctica sirve para el consumo internacional, la estrategia para un nuevo genocidio. Omar: Los sionistas son guerreros, asesinos, agresores... Nuestro cáncer.

Sherif: ¿Los prefieres corderos, como los saboreó Hitler, y las Cruzadas, y la Inquisición, y el Zar de Rusia? ¿Esos te gustan?... ¿No los hubieras despreciado por cobardes, inferiores, boludos? Seamos realistas, querido, los judíos no son peores que nosotros.

Ignacio: ¿Olvidas que nunca hubo un Estado palestino? Espero que lo habrá. Pero para ello es necesario alcanzar la adultez. De lo contrario el Estado artificial será Palestina, no Israel. Un pueblo adulto no vive gracias a la muerte de otro... ¿Las fronteras? ¿Crees en las fronteras? Las fronteras del Tercer Mundo fueron trazadas por las metrópolis imperialistas: no tienen que ver con los pueblos, su historia, ni su geografía... Yo anhelo un mundo árabe grande, poderoso y, sobre todo, responsable, cuyas fronteras respondan a una nueva realidad progresista. No son fronteras lo que dificulta el nacimiento de un hermoso Estado palestino.

Yo: No acepté ingresar en la guerrilla porque soy un antihéroe: no me entusiasman los actos suicidas ni confío en la fertilidad de la sangre.

Freytag: Nuestro siglo es el más cruel de la historia humana: ciento cincuenta millones de refugiados hasta 1960. Se ha perdido la memoria. Nasser contrató científicos nazis: nadie se acuerda. La Liga Árabe fue creada en 1945 a instancias del Ministerio de Colonias Británico: nadie se acuerda. El Muftí de Jerusalén y sus secuaces organizaron pogroms: nadie se acuerda. En Europa se exterminaron judíos por no considerarlos una religión y ahora se desconoce derechos nacionales a los judíos por considerarlos solamente una religión: nadie se acuerda.

Freytag apareció de repente. Su figura llenó la puerta. Sin avanzar, descargó su vozarrón.

- ¡Vamos! Ya está libre.

Me incorporé.

- Lávese un poco -- agregó imperiosamente -- Le facilitarán una máquina de afeitar también.

- ¿Confesó el asesino?

Freytag entró en la habitación. Sus ojos apuntaban directamente hacia los míos, escrutando aún, como queriendo obtener un dato que faltaba.

Saqué mi pañuelo y lo pasé por mi rostro. Me ardían los párpados.

- El asesino es el profesor Karl Mecke.

Sus palabras cayeron sobre mi cabeza como una viga de acero.

Retrocedí unos pasos y tropecé contra un sillón.

- ¿Qué dice usted?... ¿El profesor Mecke?

- El profesor Karl Mecke, en efecto. Antes se lo conocía como Karl Schustermann.

Lo miré perplejo, anonadado, sin comprender nada, absolutamente nada.

Freytag me alzó de un brazo y, como si fuera un plumero, me arrastró a la calle. Prometió contestar a mis confusas y repetitivas preguntas cuando estuviéramos dentro del taxi.

Había empezado a llover y el limpiaparabrisas levantaba esforzadamente a derecha e izquierda las olas de agua. Freytag ordenó ir a casa de Ingrid Beickert. Se acomodó los extremos de su abrigo y metió la mano en un bolsillo interior. Extrajo su billetera, la abrió y separé una pequeña fotografía marrón, vieja.

- Este es Karl Schustermann.

La contemplé. No era el rostro de Mecke. Seguía perplejo.

- Karl Schustermann es un criminal de guerra. Actuó en los campos de exterminio experimentando técnicas quirúrgicas en seres humanos. Dispuso de más personas que ratas, pero no de quirófanos dotados. Intervino sin anestesia, ni siquiera usó desinfectantes. Ensayó lisa y llanamente técnica quirúrgica, como si trabajara con los cadáveres de un anfiteatro anatómico. Pero no eran cadáveres: eran seres vivos, sufrientes, desamparados. Usted es médico y no preciso decirle la suerte que esperaba a cada uno de esos desgraciados. Karl Schustermann amaba la cirugía infantil. Practicó hasta hartarse. No había dificultad en arrancar a los niños de los brazos maternos y preparar series de todas las edades. Se convirtió en un cirujano habilísimo, conocedor incomparable de la anatomía y fisiología quirúrgicas. Pero cuando terminó la guerra fue señalado como una bestia. Al abrirse los campos de exterminio salieron espectros enloquecidos por degollarlo. Schustermann huyó. Se desfiguró la nariz y se aplanó las orejas; hasta perder la semejanza con su rostro anterior. Esta fotografía pasó a ser la de un desaparecido, un muerto. Schustermann se evaporó de Europa y algunos rastros indican que por 1948 estuvo en Siria, Pero luego no se supo más de él.

- En 1949 -- prosiguió Freytag -- llegó el doctor Karl Mecke a Friburgo, ciudad donde no lo conocían, pues nació en Hannover y estudió en Berlín, según informaba. Alemania estaba en pleno proceso de reconstrucción: todo nuevo brazo que se ofrecía a colaborar era bienvenido. No se formulaban preguntas sobre un pasado que se quería enterrar de prisa. Mecke se distinguió como hombre correcto, trabajador y reservado. Sobresalió como cirujano; usted ha conocido su brillante capacitación.

Poco a poco, y sin forzar ningún trámite, fue escalando posiciones. Ahora sólo Günther está por encima de él. El camino se había desbrozado de malezas. Los años corrían en paz. Paz definitiva... Pero una nubecilla quebró la paz. En 1966 el Centro de Documentación judía con asiento en Viena descubrió una pista a la que pocos daban crédito. Esta sospecha llegó a conocimiento de Mecke.

Mecke no se inmutó. No era fácil identificar como Schustermann al respetable y digno neurocirujano. Karl Mecke, con quien no tenía en común ni siquiera el rostro. Pero esa tranquilidad no le duró mucho: irrumpió en escena Myriam Ben Aarón Era hija, nada menos que del profesor Meiersohn a quien Schustermann traicionó, arrestó y ayudó a matar, como narra Ingrid en sus memorias ¿recuerda? Los años transcurridos podían haberle hecho olvidar centenares de niños, hombres y mujeres mutilados durante sus experimentos, pero no al profesor Meiersohn que fuera su maestro, que fue un hito de la medicina alemana. ¿Su hija venía a cobrarse la venganza? Era una muchacha firme y arrogante, capaz de enfrentar cualquier situación. Su aparición súbita en Friburgo lo hizo trastabillar. Su nombre falso, su nariz pequeña, sus orejas aplastadas quizá eran una careta sin opacidad, alevosamente translúcida. Tuvo miedo. Se despeñaría de la alta investidura conquistada todos sus esfuerzos, su saber, su habilidad, se perderían como un puñado de arena absorbido por el océano. Myriam Ben Aarón visitaba con frecuencia al profesor Günther en la Clínica y solía cruzarse con él: lo saludaba, a veces lo seguía. Ella estaba en estrecho contacto con Ingrid Beickert cuya actuación anti-nazi era conocida. Myriam mantenía vinculaciones con usted, un árabe, y concurrió a la fiesta de la independencia siria. Mi conclusión, entonces para Mecke ya no cabían dudas sobre los propósitos de Myriam. La encontró en la calle. La detuvo, la enfrentó. Estaba excitado, descontrolado, torpe. Probablemente quiso actuar con diplomacia, pero sus nervios lo traicionaron. Los pocos testigos que se han interrogado no conocen los pormenores del episodio. Tal vez es cierto que la mató involuntariamente, enceguecido, asustado. Grita que es inocente. También dirá que arrestó a Meiersohn cumpliendo órdenes y que todos sus experimentos fueron operaciones necesarias. Ningún criminal de guerra confiesa su culpa. Mentirá hasta el cansancio; hartarán sus proclamas de honorabilidad; enervará su amnesia y su ignorancia sobre las interminables filas de niños judíos mutilados con sus propias manos delicadas. Su proceso no se diferenciará de los muchos que ya hemos oído. Pero Mecke será condenado. Será condenado por Myriam, espero. No será condenado por sus espantosas actividades anteriores. A esta altura, los criminales de guerra reciben castigos suaves, como si merecieran un premio por haber burlado durante años la persecución de la justicia. Mecke será condenado por asesinar a Myriam Ben Aarón como merece; Schustermann, que experimentó con niños, las pagará de rebote. No deja de ser grotescamente irónico...

Llegamos a la casita violeta. La lluvia volcándose con furia. De un salto cruzamos la vereda y nos pegamos a la puerta para resguardarnos del agua. Junto a nuestros zapatos las gotas salpicaban; el esporádico gruñido de un trueno rompía la húmeda uniformidad tamboril.

Ingrid Beickert nos hizo pasar al salón-estudio. Estaba avejentada y triste. Las arrugas se habían pronunciado y sus ojos verdes parecían faroles extinguidos.

A través del ventanal donde me apoyé con Myriam y toqué su mano, oscilaban las agujas de la lluvia. A ambos lados, en semipenumbra, vigilaban los libros. El escritorio sostenía, la habitual carga de revistas y carpetas. Mis pies sintieron la blandura de la misma alfombra. Frente a mí, la vieja mesita circular. El sillón. Myriam estaba ahí, sonriendo, tranquila y desvuelta, lista para intervenir. Hasta la tenue fragancia de los muebles contribuía a intensificar la evocación. Y el buda silente.

Ingrid Beickert no pudo permanecer quieta. Le saltaron las lágrimas. Intentó disimularlas levantándose para traer una botella de *cognac*.

- Siéntate Ingrid -- pidió Freytag --. Quiero contarte. Schustermann ha confesado ya su identidad.

Ella no se sorprendió. Colocó todo sobre una bandeja y la depositó sobre la mesita.

- Qué importa... -- murmuró --. Para qué queremos otro criminal de guerra si el precio es tan alto.

Freytag miró inconscientemente la marca de la botella, la destapó y vertió el *cognac*.

- Myriam no sabía quién era Mecke -- habló Ingrid monótonamente, con los ojos fijos --. No lo supo hasta el último momento, tal vez el último minuto. Quizá sin saberlo del todo.

Freytag meneó su cabeza.

- Y Mecke enloqueció, convencido que ella lo perseguía... ¡Lo perseguían los muertos!

- Pobre muchacha...

Freytag le puso una copa en la mano. Ella concentró su mirada opaca sobre mi frente.

- Hay obras, hijo, que por su grandeza o el esfuerzo que demandan, parecen inmunes a la destrucción, como si sus creadores, al darles el fuego de su arte y su trabajo, las marcaran con sangre inmortal. Pero se rompen como una frágil varilla de vidrio... en manos de cualquiera... que ni las contempla... ni presiente su valor... ni la magnitud apabullante del daño.

Se electrificó brevemente la estancia y el bramido prolongado de un trueno estremeció las paredes. Ingrid no se inmutó, cavilando siempre, con sus ojos detenidos.

- Ahí está su historia... la primera parte de su vida, en un cajón del escritorio. ¿Cuánto hace que se la conté? Fue aquí mismo, Rolf estaba con nosotros. ¡Qué epopeya! Nazis e ingleses... Y ahora, de nuevo nazis. Se cerró el ciclo. Es diabólico: caso perfecto.

Omar Dakani me sobresaltó, evocado por la taumaturgia de las palabras. Su odio hacia Myriam -- hacia los judíos -- ¿era la continuación del odio nazi? Cambiaban los atuendos, pero no el personaje. Los judíos son maléficos; los prefiero corderos, humillados, boludos, los mismos que gozó Mecke en los campos de concentración.

El *cognac* se deslizó por mi garganta como una cinta caliente. Los labios de Ingrid insinuaron una sonrisa, tenue y lejana.

- Ella le tenía afecto a usted. Fue lo único que me confió. Pero en su corazón había más.

Bajé los párpados, no pude resistir.

- Alguna vez, si las fuerzas me acompañan, terminaré de escribir sobre Myriam. Necesitaré hacerlo...

Contemplé el cajón del escritorio donde guardaba sus notas.

- Será una manera de prolongarle la vida -- comenté impensadamente.

- Pero será sólo un trozo de Myriam, una pequeña rama del frondoso árbol. Ningún autor agota a un biografiado. Cada ser trasciende y se continúa en los demás, en otro plano del infinito. No se termina nunca.

- Myriam se prolonga en usted -- me miró Freytag, muy serio.

Esperé que completara su pensamiento.

- Ella le ayudó a encontrarse -- hizo una pausa larga --. Hace tiempo, le expresé que muy pocos tienen la posibilidad de mirar el problema de los palestinos con nueva luz. Estoy seguro que ya tiene la luz. Y en gran parte se la debe a Myriam. ¿No es así?

Contemplando el cristal de mi copa, donde refulgían los rayos de la lámpara, repliqué:

- Tengo una luz, pero no sé si es la mejor, la más pura o la más fuerte,

Freytag leyó en mi camisa.

- Myriam atravesó su armadura -- apoyó un dedo en mi pecho, hundiéndolo --. ¿Cree en la Providencia o en el Destino o en la Casualidad? Lo han elegido, mal que le pese. Acéptelo.

Esas palabras trajeron como un relámpago al Corán: “Dios no se avergüenza en ejemplificar con un insignificante mosquito”.

- ¿Y qué sugiere, pues? Soy un mosquito en el mundo. Nada más.

- Haga un examen de su amistad con Myriam. Desmenúcela. Pulverízela si es necesario. Pero no deje que muera. Ella le hizo captar la tremenda fragilidad de los sentimientos y propósitos que no abrevan en el amor. Sólidas estructuras fraguadas en el prejuicio y en el odio se quiebran como gajos resecos.

Freytag puso otra vez su manaza sobre mi rodilla y, comprimiéndola, añadió:

- Para usted Myriam no es un mero accidente: es el instrumento de una conmovedora revelación. Y las revelaciones hinchan nuestras cabezas como un globo que va a estallar. Dé cauce a esa revelación. ¡Libérese pues! Rompa su coraza de temores. Sea honesto consigo mismo... Quémese. Quémese si es preciso, pero no se repliegue. Sería una irreparable frustración. Sería... sería una cobardía.

Lo miré cansado, impotente.

La mano de Freytag se cerró de nuevo sobre mi rodilla, estrangulándola imperiosa.

- ¡Escriba!

Poco a poco mis labios se extendieron en escéptico rictus.

- ¿Escribir yo? Soy médico, doctor Freytag.

Freytag contempló el resto de *cognac*, que aún conservaba en su copa y lo yació de un trago, con rabia, decepcionado.

- “Si no hay unión posible contigo, prométela al menos a mi esperanza” -- recitó Myriam

La sala se tornó espectral.

Algunas semanas después, en la humilde mesa de mi cuarto coloqué un *block* de papel. Era gris, ordinario, barato. Permaneció intacto varios días. Lo desplazaba hacia un lado u otro para ubicar un libro, depositar la bandeja con el desayuno, responder a una carta. Por fin intenté comenzar a escribir, pero sobrevino la misma parálisis que me inhibió delante de la *Hausfrau* cuando pretendí redactar una enojada nota para Myriam.

El *block* continuó vacío, resistiéndose a recibir mi narración. Lo rechacé hacia un ángulo de la mesa y provocó la caída de varios libros apilados, casi todos de medicina, excepto un tratado de lengua alemana y un pequeño ejemplar en árabe de los Hádices del Profeta. Lo recogí. Me respaldé en mi butaca y repasé el opúsculo. Allí estaba la clave, se condensaba en pocas palabras.

Con trazos gruesos los copié, ocupando casi toda la extensión de la página. Arranqué la hoja y la puse al frente. La miré, pidiéndole fuerzas; comencé a escribir. Todas las noches hice lo mismo. Y esa hoja, allí, al frente, impulsó mi trabajo y lo controló, línea tras línea, haciéndome corregir y hasta redactar tres veces un mismo capítulo.

Ahora, al cerrar esta historia, vuelvo a leer esa hoja implacable:

Di la verdad aunque sea amarga.

Di la verdad, aún contra ti mismo.
